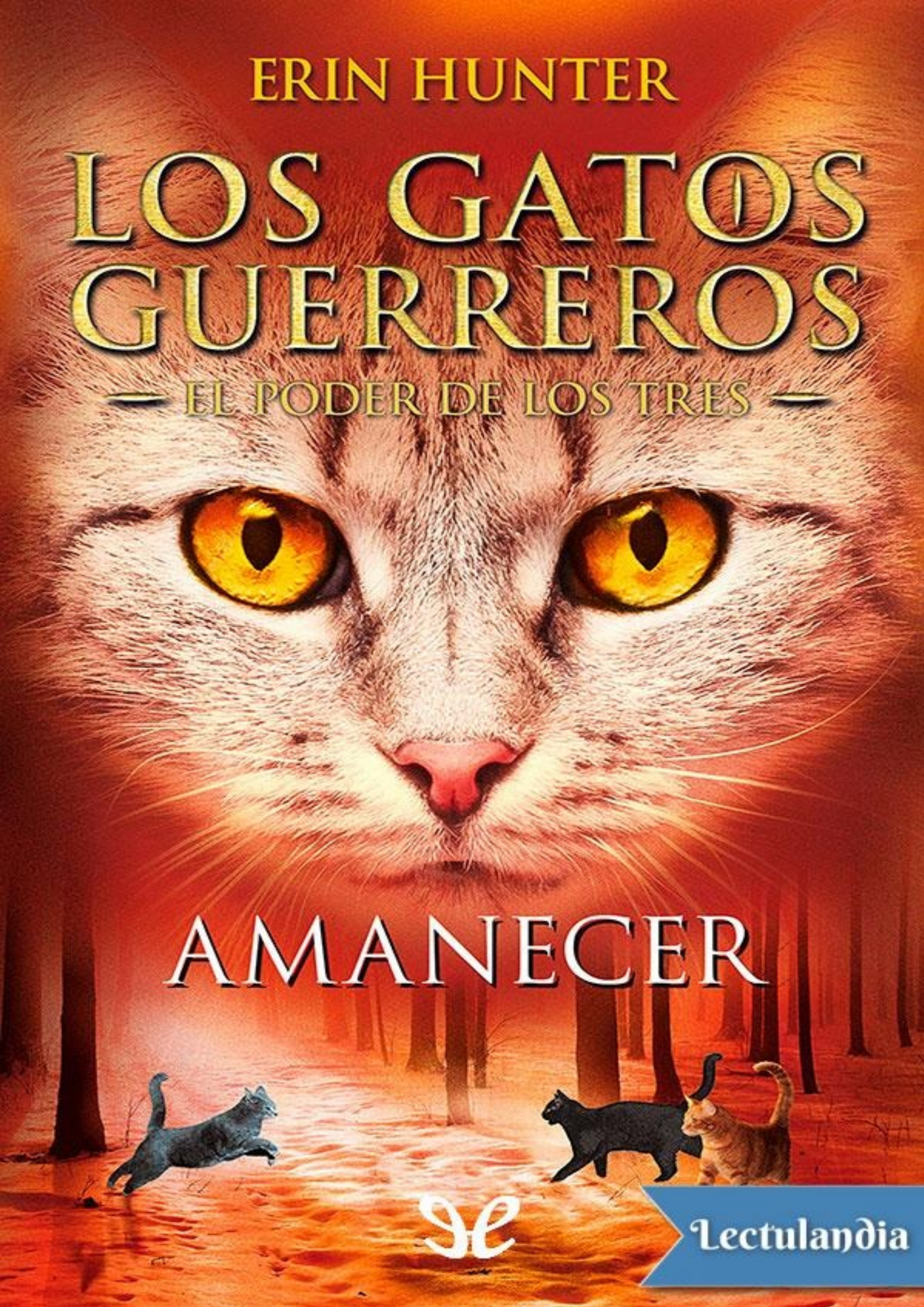
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL PODER DE LOS TRES



AMANECER

Lectulandia

Glayino, Carrasquera y Leonino se han enterado de su parentesco con Esquiruela y, por tanto, de que podrían no ser los tres poderosos que menciona la profecía. Sin este propósito guiando el curso de sus vidas, se sienten a la deriva. Leonino está decidido a usar sus habilidades guerreras para descubrir la verdad y, después de unirse a la misión para encontrar a Solo, será testigo de acontecimientos que lo afectarán profundamente. Carrasquera está conmocionada y se dejará llevar por la ira, actuando con descuido, lo que tendrá consecuencias trágicas. Glayino, decidido a saber la identidad real de sus padres, deberá usar sus dotes detectivescas para discernir la verdad entre tanta mentira.

Erin Hunter

Amanecer

Los gatos guerreros: El poder de los tres - 6

ePub r1.0
Titivillus 12.01.2022

Título original: *Sunrise*
Erin Hunter, 2009
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Lynn y Steve Wiman,
con sincero agradecimiento.

Un agradecimiento especial
a Cherith Baldry.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

— ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

• Lugarteniente

— ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

• Curandera

— HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

— GLAYO: gato atigrado de color gris.

• Guerreros

— (*gatos y gatas sin crías*)

— ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

— Aprendiz: RAPOSINO

— MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

— TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro y ojos verdes.

— NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo y ojos azules.

— FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

— ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

— ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

— CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

— ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

— CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

— Aprendiza: ALBINA

— BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

— LÁTIDO GRIS: gato gris de pelo largo.

— BAYO: gato de color tostado.

— PINTA: pequeña gata gris y blanca.

— RATONERO: gato gris y blanco.

— LEONADO: gato atigrado dorado de ojos ámbar.

— CARRASCA: gata negra de ojos verdes.

— CARBONERA: gata atigrada de color gris.

— ROSELLA: gata parda.

— MELADA: gata atigrada de color marrón claro.

• Aprendices

— (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

— RAPOSINO: gato atigrado rojizo.

— ALBINA: gata blanca.

• Reinas

— (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

— FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

— DALIA: gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos, madre de dos cachorros, hijos de Zancudo: Rosina (gatita de color tostado oscuro) y Tordillo (gatito blanco y negro).

— MILI: gata atigrada de color gris y ojos azules, antigua minina doméstica, madre de tres cachorros, hijos de Látigo Gris: Gabardilla (gatita marrón oscuro), Pequeño Abejorro (gatito gris claro con rayas negras) y Floreta (gatita tricolor con manchas blancas).

• Veteranos

— (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

— RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

— MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

— ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• Lugarteniente

— BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• Curandero

— CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

— Aprendiz: ROSO (gato rojizo)

• Guerreros

— ROBLEDO: pequeño gato marrón.

— Aprendiz: ZARPA DE TIGRE (gato atigrado marrón oscuro)

— SERBAL: gato rojizo.

— CHAMUSCADO: gato negro.

— Aprendiz: RAPACERO (gato atigrado marrón claro)

— YEDRA: gata blanca, negra y parda.

— Aprendiza: CANELITA (gata de color marrón claro)

— SAPERO: gato marrón oscuro.

— GRAJO: gato negro y blanco.

— Aprendiza: OLIVINA (gata parda)

— PELOSA: gata atigrada de pelo largo que le apunta en todas las direcciones.

— LOMO RAJADO: gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

— Aprendiza: TOPINA (gata gris de zarpas negras)

— CRÓTALO: gato marrón oscuro de cola rayada.

— Aprendiz: CARBONCILLO (gato gris oscuro)

— ESPUMOSA: gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.

— Aprendiz: RUANO (gato moteado de color marrón y rojizo)

• Reinas

— AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

— TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

• Veteranos

— CEDRO: gato gris oscuro.

— AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• Líder

— ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

• Lugarteniente

— PERLADA: gata gris.

• Curandero

— CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

— Aprendiz: AZORÍN (gato gris moteado)

• Guerreros

— OREJA PARTIDA: gato atigrado.

— CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

— CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.

— COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

— NUBE NEGRA: gata negra.

— GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

— TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

— LEBRÓN: gato marrón y blanco.

— HOJOSO: gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

— Aprendiza: CARDERA (gata blanca de pelo largo)

— MANCHADA: gata atigrada gris moteada.

— Aprendiza: CAÑERA (gata atigrada de color marrón claro)

— SALCE: gata gris.

— Aprendiza: FOSQUINA (gata de color gris oscuro)

— HORMIGUERO: gato marrón con una oreja negra.

— RESOLDO: gato gris con dos patas oscuras.

— Aprendiza: ZARPA SOLEADA (gata parda con una gran mancha blanca en la frente)

— COLA BRECINA: gata atigrada de color marrón claro y ojos azules.

— VENTOLERO: gato negro de ojos ámbar.

• Veteranos

— FLOR MATINAL: reina de color carey muy anciana.

— MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

CLAN DEL RÍO

• Líder

— ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• Lugarteniente

— VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

• Curandera

— ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.

— Aprendiza: BLIMA (gata atigrada de color gris)

• Guerreros

— PRIETO: gato negro grisáceo.

— MUSGAÑO: pequeño gato atigrado de color marrón.

— Aprendiza: PALOMINA (gata de color gris oscuro)

— JUNCAL: gato negro.

— MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

— Aprendiz: GUIJOSO (gato gris moteado)

— FABUCÓN: gato marrón claro.

— TORRENTERO: gato atigrado de color gris oscuro.

— Aprendiz: MALVINO (gato atigrado marrón claro)

— BOIRA: gata atigrada gris claro.

— FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

— ROANA: gata gris moteada.

— SALTÓN: gato blanco y canela.

— AJENJO: gato atigrado de color gris claro.

— Aprendiz: ORTIGO (gato atigrado marrón oscuro)

— NUTRIA: gata marrón oscuro.

— Aprendiz: SOPLO (gato blanco y gris)

— PINOCHA: gata atigrada de pelo muy corto.

— Aprendiz: PARDALÍN (gato pardo y blanco)

— CHUBASCO: gato moteado de color gris azulado.

— VESPERTINA: gata atigrada marrón.

— Aprendiza: COBRIZA (gata de color rojizo oscuro)

• Reinas

— NÍVEA: gata blanca de ojos azules, madre de Bichín, Pinchito, Petalina y Matojillo.

• Veteranos

— GOLONDRINA: gata atigrada oscura.

— PIZARRO: gato gris.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

— SOLO: gato de pelaje largo y multicolor, con ojos de color amarillo claro.

— HUMAZO: musculoso gato de color blanco y gris que vive en un granero junto al cercado de los caballos.

— PELUSA: pequeña gata blanca y gris que vive en el cercado de los caballos.

— PUMA: gato viejo, rechoncho y solitario de hocico gris.

— AUDAZ: gata atigrada de color marrón oscuro.

— SOLDADO: corpulento gato gris.

— MANCHITAS: gata marrón moteada, madre de cuatro cachorros.

— FREDO: gato blanco y negro con una oreja desgarrada.

— COMINO: gato flacucho de color marrón y hocico gris.

— CARBÓN: gato negro de pelo largo.

— MONA: gata blanca y canela.

— CHINO: gato atigrado de color gris claro.

OTROS ANIMALES

— MEDIANOCHE: tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.

Emblemas De Los CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
VISTA DE GATO

Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE
VISTA DE DOS PATAS
Laguna Cristal
Cantera
Carretera de la cantera (abandonada)
Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Colinas de Hare
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Río Alba
Carretera de Littlepine

Prólogo

La luz de la luna bañaba la hondonada rocosa con tanta intensidad que parecía que fuera de día; sin embargo, debajo de los arbustos y en los rincones del despeñadero, las sombras oscuras daban la impresión de alargarse como garras. Hojarasca Acuática estaba inclinada sobre el cuerpo inerte de Cenizo. La luz pálida de la luna volvía plateado el pelaje gris del guerrero muerto, mientras la curandera se lo limpiaba para el entierro. A su lado, Glayo la ayudaba alisándole el pelo de la cola a Cenizo y ahuecándoselo a medida que se iba secando.

Hojarasca Acuática levantó la cabeza para observar el resplandor gélido que proyectaban en el cielo los espíritus de sus antepasados.

—Que el Clan Estelar alumbre tu camino, Cenizo —dijo, y luego bajó la voz, que se propagó tenuemente por el aire frío, para repetir las palabras que empleaban los curanderos, desde hacía más estaciones de las que ningún gato podía contar, cada vez que moría un compañero de clan—: Que encuentres buena caza, corrientes de agua y cobijo donde dormir.

Esas palabras, que deberían haberla reconfortado con la promesa de una vida larga y feliz para el guerrero caído, se le clavaron como espinas afiladas. Su mente regresó al instante en que había descubierto las claras marcas de unos colmillos en el cuello de Cenizo. Demasiado pequeñas para ser de perro, demasiado limpias para ser de zorro y demasiado afiladas para ser de tejón. Solo podían ser de gato. Pero ¿de cuál? ¿Quién detestaba tanto a Cenizo como para matarlo a sangre fría, sin dejar la más mínima señal de pelea? ¿Habría sido un simple enfrentamiento a causa de las fronteras o de una presa robada? «¿Puede que haya sido un miembro del Clan del Viento, o un gato descarriado que estaba de paso? ¡Por favor, Clan Estelar, que sea esto último!».

La idea de que pudiera haberlo matado un gato del Clan del Trueno la heló hasta los huesos. Cenizo no tenía pelos en la lengua y era obstinado, sí, pero también un guerrero leal y respetado. Seguro que ninguno de sus compañeros de clan tenía razones para querer verlo muerto, ¿o sí?

Hojarasca Acuática se inclinó de nuevo sobre el cadáver y comenzó a limpiarle la tierra y las piedrecitas de las almohadillas. De repente, algo suave y ligero tembló contra su hocico. Cuando se apartó, la curandera vio un mechón de pelo entre las garras de Cenizo.

«¡No! ¡No puede ser! ¡Conozco ese olor!», pensó, tras acercarse de nuevo para olfatear el mechón.

Desesperada, intentó convencerse de que el pelo pertenecía a uno de los gatos que había cargado con Cenizo desde el lugar en el que lo habían encontrado, flotando en el arroyo de la frontera con el Clan del Viento. Sin embargo, ese olor a agua de río era demasiado fuerte para proceder de un gato con el pelaje seco. Además, ahora las zarpas de Cenizo estaban inertes, y las uñas, envainadas; si hubiera rozado a otro gato, no habrían podido arrancarle ni un solo pelo.

El mechón solo podía pertenecer al asesino del guerrero.

Sin aliento y agitada, Hojarasca Acuática lo retiró con delicadeza y se lo llevó a su guarida. Una vez allí, obligó a sus temblorosas garras a dejarlo en una hoja, que dobló en un paquetito prieto. Luego lo guardó en el fondo del almacén, en la roca, justo en la parte más profunda de la grieta, detrás del último fardo de hierbas. La verdad sobre la muerte de Cenizo no debía salir a la luz, jamás.

Con más dolor del que nunca había imaginado que podría sentir sin morirse, se preguntó: «¿Todo esto ha sido culpa mía?».

Fauces Amarillas saltó sobre Estrella Azul, derribándola e inmovilizándola contra la hierba frondosa del bosque por el que paseaba el Clan Estelar.

—¡Todo esto es culpa tuya! —bufó—. Nada habría pasado si no hubieses permitido que ese maldito secreto se enquistara en el Clan del Trueno.

Estrella Azul golpeó la barriga de Fauces Amarillas con las patas traseras, pero no pudo librarse de la antigua curandera.

—¿A ti qué te pasa? —le espetó—. No olvides que fui la líder de tu clan.

Todo el respeto que Fauces Amarillas había sentido una vez por la antigua líder del Clan del Trueno se había esfumado. Todo lo que habían vivido

juntas se desintegró frente al espantoso futuro que preveía para el clan al que había pertenecido.

—Tu secreto ha causado lo mismo que un gusano cuando se abre paso en una manzana —gruñó Fauces Amarillas, con los colmillos cerca de la oreja de Estrella Azul—. Ahora el Clan del Trueno tiene el corazón podrido… y se derramará más sangre antes de que la verdad salga a la luz.

—Eso no puedes saberlo —protestó Estrella Azul, debatiéndose por zafarse de su oponente.

—¡Incluso un conejo ciego podría verlo! La verdad saldrá a la luz. Medianoche se lo contó todo a Solo. Y ambas sabemos que Solo regresará al Clan del Trueno.

Haciendo acopio de todos sus reflejos de guerrera experimentada, Estrella Azul le dio un cabezazo a Fauces Amarillas en el pecho y logró apartarse deslizándose a un lado. De repente, la antigua curandera se rindió, dio un salto y se sacudió el alborotado pelaje gris.

Estrella Azul se puso en pie resollando.

—¿De qué sirve pelear? —preguntó con voz ronca cuando recuperó el aliento—. El daño ya está hecho… Y da igual lo que digas, esto no es culpa mía.

Fauces Amarillas gruñó.

—Todavía no puedo creer que Medianoche nos haya traicionado —continuó la antigua líder—. Confiaba en que cuidaría de los clanes.

—Medianoche no nos ha traicionado —replicó Fauces Amarillas con el pelo erizado—. La traición empezó con las primeras mentiras, con el secreto que te has estado guardando todas estas lunas. ¡El Clan del Trueno ha vivido en una mentira! Si esos tres gatos son tan poderosos como dice la profecía, habrían sido capaces de hacer frente a la verdad. A menos que creas que nos equivocamos con ellos desde el principio.

—¡Ni hablar! ¿Quiénes si no iban a ser los tres elegidos? ¡No era mi intención mentir! —añadió Estrella Azul, casi lamentándose—. Pero ¿cuándo querías que se lo contara? Han sido felices. Esquiruela y Zarzoso son buenos padres. ¿De qué habría servido contarles lo que sucedió en realidad?

—Pronto lo averiguaremos —gruñó Fauces Amarillas—. Los secretos no pueden permanecer enterrados eternamente.

Luego sacudió la cola y empezó a alejarse, pero, de repente, se detuvo para mirar por encima del hombro.

—Y cuando esos tres gatos no sean lo bastante fuertes para enfrentarse a la verdad —añadió—, entonces tú, Estrella Azul, habrás destruido al clan al

que tanto amas…

1

Los helechos muertos crujían bajo las patas de Leonado a medida que este recorría el bosque. Por encima de los árboles sin hojas, el cielo estaba oscuro y vacío. De repente, el terror le erizó el pelo del cuello, y el joven guerrero se estremeció desde las orejas hasta la punta de la cola.

«Este lugar jamás ha conocido la luz del Clan Estelar», se dijo.

Siguió adelante, bordeando matas de helechos y olfateando debajo de los arbustos, pero no encontró el menor rastro de otros gatos. «Ya estoy harto», pensó, mientras se tiraba de la cola para liberarla de una zarza rastrera. Sintió pánico al mirar hacia la oscuridad que se extendía entre los árboles, y se preguntó: «¿Y si no encuentro la forma de salir de aquí?».

—¿Me buscabas?

Leonado se volvió en redondo, sobresaltado.

—¡Estrella de Tigre!

El enorme guerrero había aparecido por detrás de un zarzal. Su pelaje atigrado resplandecía con una luz extraña que a Leonado le recordó el resplandor repulsivo de los hongos de los árboles muertos.

—Te has saltado muchas sesiones de entrenamiento —maulló Estrella de Tigre, deteniéndose apenas a una cola de distancia del guerrero del Clan del Trueno—. Deberías haber vuelto antes.

—No, no debería haber vuelto antes —le espetó Leonado—. De hecho, no debería haber vuelto, y tú jamás deberías haberme entrenado. ¡Zarzoso no es mi padre! ¡Tú y yo no somos de la misma sangre!

Estrella de Tigre parpadeó una vez, pero no mostró la menor señal de sorpresa, ni siquiera le temblaron las orejas. Entornó los ojos ámbar hasta convertirlos en unas rendijas; parecía que estaba esperando a que Leonado dijera algo más.

—¡Tú… tú lo sabías! —exclamó el joven.

Tuvo la sensación de que los árboles daban vueltas a su alrededor. «¡Esquiruela no es la única que guarda secretos!».

—Por supuesto que lo sabía. —Estrella de Tigre se encogió de hombros —. Pero eso no importa. Tú estabas más que dispuesto a aprender de mí, ¿no es cierto?

—Pero…

—La sangre no lo es todo —gruñó el atigrado, y frunció la boca, mostrando sus afilados colmillos, que destellaron—. Si no, pregúntaselo a Estrella de Fuego.

Invadido por la furia, Leonado sintió que se le empezaba a erizar el pelo del cuello.

—Estrella de Fuego es mucho mejor guerrero de lo que tú lo fuiste jamás.

—No olvides que él tampoco es de tu misma sangre —bufó Estrella de Tigre bajando la voz—. Es absurdo que lo defiendas ahora.

Leonado se quedó mirando al guerrero iluminado por el crepúsculo. «¿Sabe quién es mi verdadero padre?».

—Desde el primer momento supiste que no estaba emparentado con Estrella de Fuego —gruñó—. ¡Y dejaste que creyera esa mentira!

Estrella de Tigre sacudió una oreja.

—¿Y qué?

Leonado sintió que la rabia y la frustración lo desbordaban. Dio un salto y se abalanzó sobre Estrella de Tigre para intentar derribarlo. Le golpeó la cabeza y los omoplatos con las uñas desenvainadas, y le arrancó unos mechones de pelo gruesos. Sin embargo, la nebulosa roja de la ira que le llenaba la cabeza lo volvió torpe, lo descentró. Sus golpes atinaban de casualidad, arañando a duras penas la piel de Estrella de Tigre.

El enorme atigrado se quedó quieto, se dejó caer a un lado y con una zarpa rodeó la pata de Leonado para hacerle perder el equilibrio. El joven guerrero aterrizó entre los helechos con una sacudida que le cortó la respiración. Un segundo más tarde notó que una zarpa gigantesca lo inmovilizaba contra el suelo.

—Te he enseñado cosas mejores, pequeño guerrero —se burló Estrella de Tigre—. Has perdido práctica.

Leonado se incorporó respirando hondo. Estrella de Tigre se apartó de un salto y se agazapó a un zorro de distancia, con los ojos ámbar en llamas.

—Te voy a demostrar yo quién ha perdido práctica… —resolló Leonado.

Se obligó a sofocar la rabia que sentía y a llenarse de determinación gélida; todos los movimientos de combate que había aprendido a lo largo de

su vida estaban en la punta de sus zarpas, listos para ser ejecutados. Cuando Estrella de Tigre saltó hacia él, el joven se sentía preparado. Se lanzó hacia delante con la cabeza baja y se colocó debajo de la barriga de su rival. En cuanto Estrella de Tigre aterrizó, Leonado se volvió en redondo y le propinó un par de golpes en las ancas antes de ponerse fuera de su alcance.

Estrella de Tigre dio media vuelta para encararse a él.

—Mejor —maulló, todavía con tono burlón—. Eso significa que he sido un buen maestro.

Antes de que el joven guerrero pudiera responder, el atigrado corrió hacia él, se desvió en el último momento y le atizó un zarpazo al pasar por su lado. Leonado notó que sus garras le arañaban el costado y que empezaba a sangrar. Sintió una punzada de miedo. «¿Y si me mata aquí? ¿Moriré de verdad?».

Se concentró de nuevo. Como Estrella de Tigre se dirigía otra vez hacia él, se apartó a toda prisa. Trató de atacarlo, pero sus garras se deslizaron por su piel sin causarle daños.

—Demasiado lento —bufó Estrella de Tigre—. Vas a tener que trabajar más duro ahora que sabes que la profecía no se refiere a ti, sino a unos gatos que comparten sangre con Estrella de Fuego, ¿no?

Leonado sabía que Estrella de Tigre intentaba provocarlo para que se desconcentrara y no pudiera luchar. «¡No pienso escucharlo! ¡Lo único que necesito es ganar este combate!».

Saltó de nuevo contra Estrella de Tigre, retorciéndose en el aire, como le había enseñado durante sus largas visitas nocturnas, y aterrizó directamente sobre los grandes omoplatos del atigrado. Le clavó las garras y se estiró para hundirle los colmillos en el cuello.

Estrella de Tigre probó de nuevo la táctica de dejarse caer para tirar a Leonado al suelo con él, pero esta vez el joven guerrero estaba sobre aviso. Se zafó de su pesado cuerpo pateándole el estómago.

—¡No vas a engañarme dos veces con el mismo truco! —bufó.

Estrella de Tigre se debatió para levantarse, pero le brotaba sangre de un corte en la barriga, así que volvió a derrumbarse y se quedó boca arriba. Leonado le plantó una zarpa en el pecho y otra en el cuello con las uñas desenvainadas.

El atigrado lo fulminó con la mirada. Durante un segundo, el miedo centelleó en sus llameantes ojos ámbar.

—¿De verdad crees que puedes matarme? —gruñó—. Jamás lo harías.

—Lo sé. —Leonado envainó las uñas y retrocedió—. Tú ya estás muerto.

Dio media vuelta y se alejó, todavía con el pelo erizado y todos los sentidos alerta, por si Estrella de Tigre lo seguía y saltaba de nuevo sobre él. Pero el guerrero oscuro no emitió ni un sonido, y pronto quedó atrás entre los interminables árboles.

A Leonado le daba vueltas la cabeza. ¡Había vencido a Estrella de Tigre! «Quizá sí que tengo poder, después de todo… Pero ¿cómo puede ser, si no soy uno de los tres elegidos?».

Se detuvo, viendo apenas la maleza enmarañada y los árboles del bosque oscuro que lo rodeaban. «¿Quiero saber quiénes son mis verdaderos padres? —se preguntó—. ¿Importa siquiera?». Tal vez lo mejor fuera dejar que sus compañeros de clan lo aceptaran por quien creían que era, para así poder seguir esforzándose en mejorar sus habilidades de combate. «Ya soy el mejor luchador del Clan del Trueno. Sé que puedo ser un gran guerrero».

—Cenizo ha muerto —dijo en voz alta—. Y Esquiruela no revelará su secreto a ningún otro gato. A sus compañeros de clan les dolería demasiado descubrir que los ha estado mintiendo durante tantísimo tiempo. ¿Por qué no dejar que todo siga igual?

Leonado se despertó con el sol dándole en la cara. La mayoría de los guerreros ya habían salido de la guarida. El joven solo vio el pelaje blanco y gris de Ratonero, que había sido el encargado de montar guardia la noche anterior.

Las mandíbulas del guerrero se abrieron en un bostezo.

—Gracias al Clan Estelar que hoy no me tocaba salir con la patrulla del alba —masculló.

Cuando intentó ponerse en pie, todos sus músculos protestaron. Sintió el cuerpo dolorido de la cabeza a las patas. Y en un costado, la sangre le había apelmazado el pelaje dorado.

«¡Espero que nadie lo haya visto!», pensó, y empezó a limpiarse con lametazos veloces y rítmicos.

La pelea con Estrella de Tigre había sido un sueño, ¿no? Leonado no entendía por qué sentía tanto dolor y agotamiento si no había sucedido en realidad. Además, tenía un corte, como si un guerrero vivo le hubiera clavado las zarpas en el costado… Intentó no pensar en ello. «No importa —se dijo—, porque no pienso volver. Se acabó».

Se sintió mejor después de asearse, porque el pelo ahuecado le ocultaba el corte. Cuando hubo terminado, oyó las voces de varios gatos justo fuera de la

guarida, aunque no lo bastante cerca como para distinguir lo que decían. Picado por la curiosidad, se puso en pie, se desperezó gustosamente arqueando el lomo y se abrió paso entre las ramas para salir al claro.

Espinardo estaba a un par de zorros de distancia, con Zancudo sentado cerca y Nimbo Blanco paseándose de un lado a otro delante de ellos. Centella miraba a su pareja, Nimbo Blanco, con cierta inquietud, sentada al lado de Fronda, Fronde Dorado y Acedera. Melada y Bayo estaban tumbados no muy lejos, con los ojos clavados en Espinardo.

—¡A Cenizo lo mató un gato del Clan del Viento! —gritó el guerrero marrón dorado—. Esa es la única explicación posible.

Unos cuantos asintieron dándole la razón, aunque Leonado vio que otros intercambiaban miradas dubitativas.

—Estrella de Fuego dijo que creía que lo había hecho uno de nosotros —maulló Melada, que sonó nerviosa por contradecir a un guerrero experimentado.

—Los líderes de clan también se equivocan —contestó Nimbo Blanco—. Estrella de Fuego no siempre tiene razón.

—Yo estoy segura de que ninguno de nosotros sería capaz de matar a Cenizo —intervino Fronda con más calma—. ¿Por qué íbamos a querer hacer algo así? ¡Cenizo no tenía enemigos!

«¡Ojalá eso fuera cierto!», pensó Leonado.

Por mucho que intentara olvidarla, la noche del incendio y la tormenta se había grabado a fuego en la memoria del joven. Aún podía oír el rugido de las llamas en lo alto de la quebrada y verlas lamer ávidamente a su alrededor y al de sus hermanos mientras Cenizo les bloqueaba el paso en un extremo de la rama por la que debían escapar. La confesión que Esquiruela le hizo a Cenizo resonó de nuevo en sus oídos: Carrasca, Glayo y él no eran hijos suyos. Fue la única manera de salvarles la vida, fingir que le traía sin cuidado lo que les ocurriera. Sin embargo, con esa confesión le había entregado a Cenizo un arma más temible que cualquier rama en llamas. Leonado sabía que el guerrero gris contaría la verdad a todos los clanes en la última Asamblea; solo la muerte podía cerrarle la boca para siempre y mantener a salvo el secreto.

—¡Leonado! ¡Eh, Leonado! ¿Estás sordo?

Los pensamientos del joven regresaron a la hondonada, donde Zancudo lo señalaba con la cola.

—Tú has sido el último aprendiz de Cenizo —le dijo el guerrero negro cuando se unió al grupo de mala gana—. ¿Sabes si había discutido con algún gato?

—Sobre todo con alguno del Clan del Viento —añadió Espinardo, agitando los bigotes con elocuencia.

Leonado negó con la cabeza.

—Mmm… no —respondió, incómodo.

No podía mentir y decir que Cenizo había discutido con un miembro del Clan del Viento, aunque deseaba que fuese así hasta con el último pelo de su cuerpo. Permitir que sus compañeros creyesen semejante cosa podría provocar una guerra a muerte entre ambos clanes.

—La verdad es que no vi mucho a Cenizo antes de su muerte —añadió.

Para su alivio, nadie cuestionó sus palabras.

—Si Cenizo hubiese discutido con alguien del Clan del Trueno, lo sabríamos —insistió Fronde Dorado—. Aquí es imposible guardar un secreto.

«¡Si tú supieras…!», pensó Leonado.

—Fronde Dorado tiene razón —dijo Acedera, que le tocó la oreja a su pareja con el hocico—. Pero, aun así, tampoco podemos afirmar que un gato del Clan del Viento…

—Cenizo murió en la frontera del Clan del Viento —la interrumpió Zancudo—. ¿Qué más necesitas?

Acedera se volvió hacia él con el pelo del cuello erizado por el tono hiriente con el que acababa de hablarle.

—Alguna otra prueba aparte del lugar donde encontramos su cuerpo, antes de empezar a acusar a nadie.

Melada y Fronde Dorado coincidieron con un murmullo, pero Leonado se dio cuenta de que la mayoría estaban convencidos de que el gato responsable de la muerte de Cenizo pertenecía al Clan del Viento. Y por mucho que lo preocupara en qué iba a desembocar todo aquello, no pudo reprimir una sensación de alivio que lo hizo sentir culpable.

—¿Es que vamos a dejar que el Clan del Viento se vaya de rositas? —quiso saber Espinardo, pegando las orejas a la cabeza y hundiendo las garras en la tierra.

—¡No! —Bayo se levantó de un salto—. Tenemos que enseñarles que no pueden meterse con el Clan del Trueno.

A Leonado se le revolvió el estómago al ver que los guerreros se apiñaban alrededor de Espinardo. Se comportaban como si el guerrero marrón dorado fuese su líder y parecían dispuestos a seguirlo a la batalla para vengar el asesinato de su compañero de clan.

—Lo mejor sería que atacáramos por la noche —empezó Espinardo—. La luz de la luna será suficiente para ver por dónde vamos, y ellos no esperarán

problemas.

—Pues van a ver cómo los tienen… —Zancudo sacudió la cola.

—Nos dirigiremos al campamento del Clan del Viento —prosiguió Espinardo—; un grupo de asalto puede atacar desde aquí…

—¿Qué? —gruñó una voz justo detrás de Leonado.

Sobresaltado, el joven guerrero miró por encima del hombro y vio a Zarzoso. Él, como todos los demás, estaba tan absorto escuchando el plan de Espinardo que no había oído acercarse al lugarteniente del clan.

—Vamos a atacar por sorpresa al Clan del Viento —explicó Espinardo, tensando los músculos, como si pensara salir del campamento en ese mismo instante—. Uno de sus miembros mató a Cenizo, y…

—Nadie va a atacar al Clan del Viento —lo interrumpió Zarzoso con un destello de furia en sus ojos ámbar—. No tenemos pruebas de que un gato del clan vecino haya matado a Cenizo.

Leonado miró al guerrero al que siempre había considerado su padre. «¿Sabe la verdad?», se preguntó, recordando todas las veces que Zarzoso había jugado con él y con sus hermanos a pelear cuando eran cachorros, y todas las veces que los había ayudado o aconsejado ya de mayores. Esquiruela le había dicho a Cenizo que Zarzoso no sabía la verdad, pero Leonado no tenía motivos para fiarse de ella. «Si lo sabe, entonces miente muy bien. Tanto como Esquiruela».

El lugarteniente no esperó respuesta. Se dirigió hacia las rocas desprendidas por las que se trepaba a la Cornisa Alta, pero se detuvo tras dar unos pasos para volverse hacia Leonado y pedirle que se acercara.

—¿Te encuentras bien? —la voz del atigrado rebosaba comprensión—. Después de todo, Cenizo era tu mentor.

«Pero no estábamos unidos». Leonado no quiso pronunciar esas palabras en voz alta, pero siempre había sabido que entre Cenizo y él había algo extraño; no habían conseguido crear el auténtico vínculo que se suele forjar entre mentor y aprendiz. ¿Acaso Cenizo lo detestaba tanto como a Esquiruela? Qué forma de desperdiciar odio: él ni siquiera era hijo de la guerrera de color rojizo.

—Estoy bien —masculló.

Zarzoso le apoyó la cola en el omoplato.

—Pues no me lo parece —maulló—. ¿Hay algo que quieras contarme? Ya sabes que siempre puedes venir a hablar conmigo.

Durante un par de segundos, a Leonado se le paró el corazón. «¿Acaso Zarzoso sospecha que yo maté a Cenizo?».

—Es duro perder a un gato al que estabas unido —continuó el lugarteniente—. Pero, como ya te he prometido, su muerte no quedará impune.

Desenvainó sus largas y curvadas uñas, y las hundió en el suelo de la hondonada. Leonado se estremeció, imaginándolas clavadas en la garganta del culpable…

—Cuando encuentre al gato que lo hizo —gruñó quedamente—, lamentará haberle arrebatado la vida a un guerrero de mi clan.

A continuación, el lugarteniente se volvió para dirigirse a la Cornisa Alta, pero, antes de llegar al pie de la pared rocosa, Estrella de Fuego salió de su guarida. Se detuvo un momento para mirar el claro; el pálido sol de la estación sin hojas convirtió su pelaje en llamas. Luego bajó ágilmente por los peñascos para reunirse con Zarzoso y Leonado, pero primero saludó con la cabeza al grupo de gatos que rodeaban a Espinardo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Algunos quieren atacar al Clan del Viento —le informó Zarzoso—. No sabía que en el Clan del Trueno hubiera tantos cerebros de ratón.

Estrella de Fuego agitó las orejas.

—Es difícil aceptar la muerte de un guerrero —maulló en voz alta—. Pero este no es momento de atacar. En lugar de eso, encabezaré una patrulla para ir a hablar con Estrella de Bigotes, a ver si él sabe algo.

—¡Claro que sabe algo!

Zancudo se había vuelto hacia ellos, erizando el pelo del cuello con agresividad.

—Deberíamos atacar ahora, antes de que perdamos más guerreros —dijo Espinardo.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—No tiene sentido provocar problemas innecesarios —maulló.

—Sí que lo tiene —respondió Espinardo, avanzando hasta quedarse frente al líder—. ¡Ha muerto un guerrero!

Los gatos que lo rodeaban lanzaron aullidos de aprobación.

—¡Debemos vengar a Cenizo!

—¡Era un buen guerrero!

—¡Todo el clan lo respetaba! ¡Ningún miembro del Clan del Trueno era capaz de matarlo!

Leonado no pudo unirse a ellos, ya le resultaba bastante duro ocultar el miedo y la angustia a sus compañeros de clan. Ellos recordaban a Cenizo como un guerrero valiente y leal. No conocían al gato que estaba dispuesto a

destruir a su clan para vengarse de Esquiruela por haber elegido a Zarzoso en vez de a él.

Estrella de Fuego levantó una pata para pedir silencio, pero seguía esperando a que los alaridos cesaran cuando un grupo de gatos entró en el campamento por el túnel de espinos. Se trataba de la patrulla de caza liderada por Tormenta de Arena. Manto Polvoroso, Esquiruela y Carrasca aparecieron tras ella, y fueron a dejar las presas al montón de la carne fresca antes de acercarse a los gatos que rodeaban a Estrella de Fuego.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Carrasca cuando llegó junto a Leonado.

El joven guerrero observó a Esquiruela, que escuchaba con expresión de sufrimiento cómo sus compañeros de clan alababan a Cenizo. Leonado sabía que estaba pensando lo mismo que él: que el guerrero gris había sabido esconder muy bien su lado oscuro al resto del clan. «¿Qué sabe Esquiruela de la muerte de Cenizo?», se preguntó el joven guerrero, evitando cruzar la mirada con ella.

—Leonado, ¿qué está pasando? —insistió Carrasca con un tono más cortante y clavándole una zarpa en el costado.

Él la miró. En los ojos verdes de su hermana percibió angustia, como si no hubiese dormido en toda una luna. «Seguro que se siente igual que yo», pensó.

—Espinardo y otros gatos quieren atacar al Clan del Viento por la muerte de Cenizo —le explicó.

A Carrasca casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿De verdad creen que fue un gato del Clan del Viento? —preguntó sorprendida.

—Algunos sí. Pero Estrella de Fuego…

Leonado se interrumpió cuando el líder corrió de nuevo hacia las rocas desprendidas y saltó sobre un peñasco.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Cornisa Alta, para una reunión de clan! —aulló.

Los que ya estaban en el claro siguieron sus instrucciones y se acomodaron al pie del peñasco. Leonado vio que algunos seguían hablando entre ellos, pero en voz baja.

Raposino y Albina salieron de la guarida de los veteranos, situada debajo de la madreselva que se enredaba en un avellano, empujando una bola enorme de musgo usado. Musaraña y Rabo Largo los siguieron y se acomodaron en

una zona soleada. Ratonero apareció procedente de la guarida de los guerreros bostezando y sacudiéndose trocitos de musgo del pelo.

Látigo Gris y Mili salieron de la maternidad, con sus cachorros tropezando entre las patas. Betulón y Candeal los siguieron más despacio; el embarazo de la gata blanca estaba muy avanzado, y Betulón no se separaba de ella. Dalia fue la última en llegar y se sentó en la entrada de la maternidad, lavándose el pecho minuciosamente, mientras Rosina y Tordillo rodaban a su alrededor jugando a pelearse.

Hojarasca Acuática y Glayo se quedaron justo delante de la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida de la curandera, lejos del resto. Leonado intentó captar la atención de su hermano, pero este se negó a corresponderle, y en su lugar miraba resueltamente a Estrella de Fuego.

—Sé que todos os estáis preguntando qué hacer respecto a la muerte de Cenizo —empezó el líder—. Os prometo que el gato que lo ha matado recibirá su castigo. Pero no tenemos pruebas de que haya sido el Clan del Viento.

—Para mí hay pruebas suficientes —rezongó Zancudo.

Estrella de Fuego pasó por alto la interrupción.

—Encabezaré una patrulla para ir a hablar con Estrella de Bigotes. No para acusarlo ni para atacar a su clan. Cenizo murió en la frontera del Clan del Viento, y es posible que algún guerrero de Estrella de Bigotes viera algo.

Se oyeron murmullos de disconformidad entre algunos gatos. Espinardo sacaba y escondía las garras sin parar, pero no dijo nada.

—Zarzoso, tú vendrás conmigo —continuó Estrella de Fuego—. Y Fronde Dorado, Acedera y Leonado. Saldremos de inmediato.

Al oír su nombre, Leonado sintió que se le encogía el estómago. Durante un segundo pensó en protestar. Detestaba la idea de verse envuelto en la investigación de la muerte de Cenizo, pero, si decía algo, dirigiría la atención hacia él. No tenía motivos para negarse a ir al Clan del Viento; hasta donde sabían los demás, él estaba tan conmocionado por la muerte de Cenizo, y tan dispuesto a vengarse, como el resto.

—Bien —le susurró Carrasca al oído—. Así, a la vuelta, me contarás qué ha pasado.

—De acuerdo —masculló él—, pero preferiría mantenerme al margen.

Estrella de Fuego bajó de un salto del peñasco y pasó entre el grupo de gatos, seguido de Zarzoso. A continuación se les unieron Fronde Dorado y Acedera.

«Gatos que no quieren atacar al Clan del Viento —advirtió Leonado—. Estrella de Fuego no va a correr riesgos».

El líder los guio hacia el túnel de espinos, pero antes de salir llamó a Látigo Gris con un movimiento de la cola.

—No les quites el ojo de encima a Espinardo y los demás —le susurró—. Asegúrate de que no intentan atacar por su cuenta.

Látigo Gris asintió muy serio.

—No te preocupes. Me pegaré a ellos como si fuera su propio pellejo.

Leonado y el resto siguieron a Estrella de Fuego a través del bosque, en dirección a la frontera del Clan del Viento. Las hojas caídas crujían bajo sus patas; a la sombra de los árboles, entre los cuales el sol de la estación sin hojas no penetraba, todas estaban ribeteadas de escarcha. Las ramas desnudas trazaban unos diseños delicados contra el cielo.

La patrulla caminaba tras el líder en un silencio solemne. Leonado iba en la retaguardia y percibía que los demás estaban inquietos, pues se detenían cada pocos pasos a olfatear el aire. De repente, Acedera se volvió en redondo, sacudiendo la cola, alterada por el ruido de una bellota que había caído al suelo.

—Ya no sentimos que estamos en nuestro propio territorio —maulló disgustada al reparar en el error que acababa de cometer—. Podría haber cualquier cosa acechando. ¿Y si a Cenizo lo mató un gato descarriado?

—Podría ser.

Fronde Dorado le tocó el hombro con la punta de la cola.

—Tranquila —añadió—, estás a salvo con nosotros. Un solo gato no puede con una patrulla entera.

—El carroñero de Solo podría seguir por aquí, rondando al acecho —continuó Acedera—. Nadie sabe adónde fue después de que lo echaran del Clan de la Sombra.

Estrella de Fuego, que se había detenido a esperar a sus compañeros, plantó las orejas con interés.

—No es mala idea estar alerta por si descubrimos algún indicio de su presencia. Se lo diré al resto del clan cuando regresemos.

—A mí no me parece que Solo sea la clase de gato capaz de matar —comentó Zarzoso pensativo—. Es más propio de él conseguir que otros le hagan el trabajo sucio.

Estrella de Fuego asintió.

—Cierto. Pero quizá Cenizo lo sorprendió haciendo algo para dañar al Clan del Trueno.

—Cenizo podría haberlo atacado solo por el hecho de encontrárselo en nuestro territorio —maulló Fronde Dorado—. Se habría enfrentado incluso a un tejón para proteger al clan.

—Era un guerrero leal —coincidió Zarzoso.

Abatido, a Leonado le habría gustado poder sentir lo mismo que los demás y lamentar sinceramente la pérdida de su antiguo mentor. Pero la tan admirada lealtad de Cenizo no le habría impedido acabar con la reputación del Clan del Trueno revelando el secreto de Esquiruela en la Asamblea. Incluso había confesado que había conspirado con Alcotán para que Zarzoso asesinara a Estrella de Fuego. Su obsesión por Esquiruela había hecho trizas su compromiso con el Clan del Trueno. Sin embargo, ahora que había muerto, el clan estaba decidido a convertirlo en un héroe. Leonado se moría de ganas de aullar la verdad a todos los gatos del bosque, pero sabía la destrucción que eso provocaría. Cuando la patrulla se puso en marcha de nuevo, solo pudo echar a andar tras los demás, odiando lo mucho que necesitaba el silencio y odiándose a sí mismo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Zarzoso, que se había quedado rezagado para caminar junto a él—. Seguro que lo echas mucho de menos.

Leonado sintió que lo invadía la furia al ver que Zarzoso había malinterpretado su estado de ánimo.

—¡Estoy bien! —le espetó, consciente de que se estaba comportando de un modo absurdo—. Déjame tranquilo de una vez, ¿quieres?

Al lugarteniente se le dilataron los ojos, pero no dijo nada; se limitó a asentir y a apretar el paso para alcanzar a Estrella de Fuego.

—No deberías tratarlo así —le dijo Acedera, acercándose a él para rozarle la oreja con la nariz—. Es lógico que Zarzoso esté preocupado; es lo que hacen los padres. —Sus ojos ámbar brillaron con afecto—. Mis hijas ya son guerreras, pero siempre serán mis cachorritas.

Leonado asintió, incómodo, pero fue incapaz de responder. Su secreto lo tenía atrapado como el aumento de una crecida, separándolo de los demás gatos del clan. «¡Zarzoso no es mi padre! —deseaba gritar—. ¡Todo lo que os han contado es mentira!».

2

Soplaba un viento frío procedente del páramo cuando Estrella de Fuego y la patrulla llegaron al arroyo que señalaba la frontera con el Clan del Viento. Leonado sintió un hormigueo en las zarpas al acercarse a la orilla. Estaban cerca del lugar en el que habían encontrado a Cenizo. Intentó bloquear el recuerdo del cuerpo del guerrero, encajado detrás de una roca y cabeceando debido a la corriente. Sin embargo, era incapaz de lamentar su muerte.

Cruzaron el arroyo y corrieron por el territorio del Clan del Viento sin ni siquiera olfatear el aire. Leonado supuso que a los demás también los espeluznaba el recuerdo del guerrero muerto. Estrella de Fuego los guio a la carrera hasta que el arroyo quedó oculto por las rocas y los juncos.

Leonado saboreó el aire y se estremeció. Percibió un matiz de nieve que seguramente procedía de las montañas. Una bruma oscura como las nubes de tormenta recorría el horizonte. El joven guerrero sabía que estaba mirando hacia el lejano hogar de la Tribu de las Aguas Rápidas. «¿Cómo les debe ir?», se preguntó. La estación sin hojas era aún más dura allí, donde la nieve cubría profusamente la roca pelada y las presas escaseaban. «Aun así, ojalá pudiera volver —añadió para sí mismo, consciente de que no se refería tan solo a las montañas, sino también al pasado—. Cuando estaba con la tribu, sabía quién era yo y cuál era mi destino».

—Hay gatos del Clan del Viento cerca —anunció Estrella de Fuego.

Leonado se sobresaltó y se sintió culpable; concentrado pensando en la tribu, no había reparado en el olor del Clan del Viento, y eso que era intenso y reciente. En ese instante se preguntó por primera vez cómo acabarían la misión. La hostilidad seguía instalada entre los dos clanes vecinos. Seguro que Estrella de Bigotes veía una acusación tras las preguntas de Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno cruzó el páramo en dirección al campamento del Clan del Viento flanqueado por sus guerreros. El viento los abofeteó, y una fuerte ráfaga estuvo a punto de derribar a Acedera.

—¡No soy capaz de imaginar por qué hay gatos que eligen vivir aquí! —bufó la guerrera, luchando por mantener el equilibrio.

—¡Porque nos gusta! —respondió un sonoro maullido.

Cuando levantó la cabeza, Leonado vio que una patrulla del Clan del Viento había aparecido por detrás de una loma: Oreja Partida, el gato que había hablado, seguido de Corvino Plumoso, Cola Blanca y Cola Brecina.

Al mirar a los ojos a Cola Brecina, el joven guerrero solo percibió un desprecio distante en la gata que había sido algo más que su amiga. El joven sintió un pesar amargo dentro de él. Si echaba la vista atrás, se daba cuenta de que aquellos días habían sido los más felices y despreocupados de toda su vida, incluso aunque hubiera quebrantado el código guerrero para reunirse con Cola Brecina en los túneles que discurrían por debajo del bosque. Ahora le daba la sensación de que ella sería capaz de matarlo por un par de colas de ratón. Leonado se estremeció al imaginarse su propio cadáver tendido en el arroyo.

—Buenos días, Oreja Partida.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza cuando la patrulla se acercó.

—¿Qué hacéis aquí?

Oreja Partida sonó receloso pero no hostil, aunque Corvino Plumoso estaba erizando el pelo del cuello y Cola Blanca había desenvainado las uñas.

—Necesito hablar con Estrella de Bigotes —le explicó Estrella de Fuego —. ¿Podríamos visitar vuestro campamento?

Oreja Partida vaciló, entornando los ojos con desconfianza, pero luego asintió.

—De acuerdo. Os escoltaremos, pero será mejor que no intentéis nada.

—Solo queremos hablar —le prometió Estrella de Fuego.

Poniéndose en cabeza, Oreja Partida los guio colina arriba, en dirección al campamento del Clan del Viento. Corvino Plumoso y Cola Blanca flanquearon la patrulla del Clan del Trueno, mientras Cola Brecina les iba a la zaga. Leonado era plenamente consciente de la presencia de la gata a su espalda, y sentía que su mirada lo atravesaba como una espina.

Por fin, Oreja Partida los condujo por la larga ladera que llevaba al círculo de arbustos de aulaga que rodeaba el campamento del Clan del Viento. Cuando se abrieron paso entre las ramas espinosas, Leonado se detuvo a mirar hacia abajo. El campamento del clan vecino era un lugar desolado: una amplia

hondonada de hierba áspera donde las rocas asomaban a través de una fina capa de tierra. Unos arbustos de espino retorcidos les proporcionaban el único cobijo, aparte de la madriguera de tejones abandonada donde se guarecían los veteranos.

Leonado vio a Estrella de Bigotes sentado cerca del centro de la hondonada, hablando con Cascarón, el curandero del clan. Otros gatos —entre los que estaban la lugarteniente, Perlada, y Ventolero, el hijo de Corvino Plumoso— lo escuchaban a su alrededor.

El joven guerrero sintió un cosquilleo de curiosidad cuando percibió la urgencia en la postura y la expresión de Cascarón. No podía oír lo que estaba diciendo el curandero, pero parecía que estuvieran informando al líder de su clan de algo serio.

«¿De qué se tratará? —se preguntó Leonado—. ¡Es imposible que sepan algo de la muerte de Cenizo!».

Estrella de Bigotes levantó la vista cuando Oreja Partida descendió por la cuesta para anunciar a los visitantes. Al ver a Estrella de Fuego y a los demás, vaciló unos segundos, y luego se dirigió apresuradamente a Cascarón. El curandero asintió, y Estrella de Bigotes por fin hizo una seña con la cola para autorizar que el líder del Clan del Trueno bajara con sus guerreros al campamento.

—Buenos días, Estrella de Bigotes —lo saludó Estrella de Fuego, deteniéndose delante de él e inclinando la cabeza—. Gracias por permitirnos hablar contigo.

En la mirada que Estrella de Bigotes le lanzó no había rastro de su antigua amistad.

—Di lo que tengas que decir —maulló con cautela.

Su tono crispado hizo que Leonado se preguntara si en el Clan del Viento todo iba bien. «Quizá pase algo que no quiere que sepamos». Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que los gatos parecían flacos y desnutridos, pero ese ya era el aspecto que solían tener los miembros del Clan del Viento.

—Me gustaría hablar contigo en privado —empezó Estrella de Fuego.

Estrella de Bigotes negó con la cabeza, erizando el pelo del cuello.

—Cualquier cosa que tengas que decirme puedes decírmela delante de los miembros de mi clan.

Mientras pronunciaba esas palabras, Perlada se situó junto a él. La lugarteniente no abrió la boca, se limitó a observar a la patrulla del Clan del Trueno con expresión tranquila y sincera.

—¿Y bien? —quiso saber Estrella de Bigotes.

—Si eso es lo que quieres… —aceptó Estrella de Fuego—: La noche de la Asamblea encontramos el cadáver de Cenizo en el arroyo que marca la frontera entre nuestros territorios. Tenía una dentellada en la garganta; creemos que lo mató un gato.

Al instante, los miembros del Clan del Viento empezaron a erizar el pelo, y Ventolero soltó un aullido de indignación.

Estrella de Bigotes sacudió la cola y hundió las garras en la tierra. Sus ojos llamearon de rabia.

—¿Cómo te atreves a dar por sentado que nosotros hemos tenido algo que ver con eso? —bufó—. No ganamos nada asesinando a uno de vuestros guerreros.

—Ninguno de nosotros tenía nada pendiente con él —apuntó Perlada.

—En este clan sí que somos leales al código guerrero —dijo Corvino Plumoso, frunciendo la boca con un gruñido.

Leonado se preparó para la batalla que estaba seguro que iba a estallar en cualquier momento. Pero Estrella de Fuego permaneció tranquilo, ni siquiera movía la punta de la cola.

—Nadie os está acusando —aseguró el líder del Clan del Trueno—. Hemos venido a preguntaros si esa noche visteis algo en la frontera.

—¿Qué? ¿A alguno de mis guerreros matando a Cenizo, por ejemplo? —Estrella de Bigotes seguía con la cola erizada de ira—. Deberías buscar primero dentro de tu propio clan, Estrella de Fuego. Preguntarte si los tuyos, y no los nuestros, son leales al código guerrero.

Leonado sintió que se le erizaba el pelo del cuello y los omoplatos, como a Fronde Dorado y Acedera, mientras que Zarzoso escondía y sacaba las garras ante aquel insulto velado. «¿Qué más da si en el Clan del Trueno hay gatos de sangre mestiza? —se preguntó Leonado con ferocidad—. Todos somos leales al código guerrero. —Recordó de nuevo el cadáver de Cenizo, empapado e inerte—. Todos excepto uno».

Vio a Cola Brecina a un lado, con los ojos clavados en él. Parecía que lo estaba retando a atacar para tener la ocasión de saltar sobre él y clavarle los colmillos. Ventolero se había acercado tanto a ella que sus pelajes se rozaban, y el joven guerrero miró a Leonado con expresión desafiante, como si le estuviera diciendo: «Ahora es mía».

«Toda para ti», contestó Leonado con la mirada.

—Entonces, ¿no visteis nada? —insistió Estrella de Fuego en un tono más duro, como exigiendo una respuesta.

—Nada. —Estrella de Bigotes escupió la palabra como si fuera un trozo de carroña—. Y ahora salid de nuestro territorio. Perlada, llévate a un par de guerreros y escóltalos hasta la frontera.

La lugarteniente asintió con rapidez y señaló con la cola a Oreja Partida y Ventolero, que se acercaron a la patrulla del Clan del Trueno mirándolos con hostilidad.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza ante el líder del Clan del Viento.

—Gracias, Estrella de Bigotes. Si te enteras de algo, por favor, ¿podrías mandarnos un mensaje?

Estrella de Bigotes no respondió. Mientras seguían a Estrella de Fuego, Leonado intentó mantenerse digno al tiempo que los conducían por la cuesta de la hondonada y a través de la barrera de arbustos de aulaga hasta el páramo abierto.

Ninguno de los gatos del Clan del Viento habló mientras llevaban a la patrulla de vuelta hasta la frontera. Perlada impuso un paso rápido, pero Leonado habría querido adelantarse a la carrera y regresar al bosque, lejos de las frías miradas de aquellos gatos hostiles. Sin embargo, tampoco el bosque era ya seguro… No había ningún sitio en el que pudiera esconderse de la muerte de Cenizo y de lo que eso significaba para su clan.

Cuando llegaron a la ladera que descendía hasta el arroyo, Perlada se detuvo.

—Podéis regresar al campamento —les dijo a Oreja Partida y Ventolero —. Yo los acompañaré el resto del camino.

—¿Por qué? —quiso saber Ventolero.

—Os necesitan para una patrulla de caza —respondió la lugarteniente del Clan del Viento—. ¿O es que creéis que los conejos van a entrar corriendo en el campamento por su propio pie?

Ventolero, irritado, soltó un bufido y Oreja Partida se mostró inquieto y se detuvo una vez a mirar atrás mientras subían a la cima de la colina, antes de desaparecer en dirección al campamento.

Perlada observó a sus compañeros en silencio hasta que quedaron fuera del alcance de su vista. Después se volvió hacia el líder del Clan del Trueno soltando un suspiro.

—Quería hablar contigo a solas, Estrella de Fuego. Tengo que contarte una cosa.

A Leonado le dio un vuelco el corazón. ¿Estaba Perlada cerca del arroyo aquella noche? ¿Podía ponerle nombre al gato cuyos colmillos habían segado

la vida de Cenizo? La lugarteniente del Clan del Viento parecía demasiado tranquila para haber presenciado un asesinato.

—Adelante —la instó Estrella de Fuego.

—Hace unos pocos amaneceres, yo encabezaba la patrulla del alba a lo largo del arroyo cuando vi a Solo… ¿Te acuerdas de aquel gato que se hizo con el control del Clan de la Sombra durante una temporada?

—¿A Solo? —Repitió el líder del Clan del Trueno, con los ojos desorbitados—. Creía que había abandonado el lago.

—No… Por lo menos, hace unos días estaba aquí.

—¿Y por qué Estrella de Bigotes no me ha dicho nada?

La sorpresa de Estrella de Fuego empezaba a dar paso a la rabia.

Perlada se encogió de hombros con expresión incómoda. Leonado sabía que era una gata justa e imparcial, seguro que no le gustaban las tensiones que había entre su clan y el Clan del Trueno. Sin embargo, su lealtad a Estrella de Bigotes no le permitía hablar con franqueza.

—La muerte de Cenizo es un problema vuestro, no nuestro —señaló—. No puedes esperar que Estrella de Bigotes se muestre contento tras irrumpir en su campamento acusando a sus gatos de asesinato.

—Nosotros no… —empezó indignado Zarzoso, cuyos ojos ambarinos echaban chispas.

Estrella de Fuego levantó la cola para pedirle que guardara silencio.

—Acabemos con este malentendido de una vez por todas —le dijo a Perlada—. Nosotros no estamos acusando al Clan del Viento de nada. Solo queremos averiguar todo lo que podamos sobre la muerte de Cenizo. Ahora cuéntanos lo que sepas sobre Solo, por favor. ¿Dónde lo viste? ¿Cuándo?

—Hará un cuarto de luna —respondió la gata—. Estaba cerca del lago, en el bosque de vuestro lado del arroyo. Creo que él no nos vio; estaba demasiado ocupado comiendo.

—¡Ladrón de presas! —bufó Acedera.

—Ese no fue el día que murió Cenizo —murmuró Zarzoso, pensativo—. Pero el sitio queda cerca de donde encontramos su cadáver.

—Muy cerca —coincidió Estrella de Fuego—. Gracias, Perlada. Es lo más útil que hemos descubierto hasta ahora.

La lugarteniente inclinó la cabeza.

—Me alegro de haber ayudado. Que os vaya muy bien, Estrella de Fuego, a ti y a tu clan.

Leonado advirtió compasión en los ojos de la gata. «Se ha dado cuenta de que tenemos problemas —pensó—. ¡Si supiera cuántos…!».

Cuando la patrulla de Estrella de Fuego llegó al campamento, el sol ya había rebasado su cénit y unas sombras negras y largas empezaban a alargarse por la hondonada. Las reinas y Betulón compartían lenguas amodorrados delante de la maternidad. Nimbo Blanco, Centella y Pinta estaban junto al montón de la carne fresca. Raposino y Albina practicaban movimientos de combate delante de su guarida. Leonado oyó que Albina chillaba:

—¡Asesino del Clan del Viento! ¡Voy a arrancarte el pellejo!

—Será mejor que acabemos con esto. Convocaré una reunión de inmediato —suspiró Estrella de Fuego.

Zarzoso agitó los bigotes, sorprendido.

—¿No deberíamos hablar primero con los guerreros más experimentados?

El líder negó con la cabeza.

—No. Todo el clan está involucrado. Quiero contarles lo de Solo ahora mismo, antes de que algunos de los exaltados consigan escaparse para atacar al Clan del Viento.

A continuación, cruzó el claro en dirección a las rocas desprendidas, pero, antes de alcanzarlas, Pinta reparó en los recién llegados y se levantó de un salto.

—¡Eh! —aulló—. ¡Estrella de Fuego ha vuelto!

Entre las ramas de la guarida de los guerreros se asomaron varias cabezas. Las reinas se incorporaron plantando las orejas, mientras los cinco cachorros salían atropelladamente de la maternidad, tropezando unos con otros. Glayo se asomó desde detrás de la cortina de zarzas con un fardo de hierbas en la boca. Para cuando Estrella de Fuego llegó a la Cornisa Alta, ya no fue necesario convocar al clan. Todos los gatos del campamento se habían congregado para escuchar lo que su líder tenía que decirles. Leonado, Zarzoso y el resto de la patrulla fueron a sentarse en la última fila.

—¡¿Qué habéis descubierto?! —exclamó Espinardo, al pie de las rocas desprendidas—. ¿Cuándo atacamos?

—No vamos a atacar —respondió Estrella de Fuego—. El Clan del Viento no mató a Cenizo.

Un murmullo nervioso se propagó entre los gatos, pero Estrella de Fuego no esperó a que empezaran a discutir.

—Estrella de Bigotes y sus guerreros —prosiguió a toda prisa— no sabían nada de la muerte de Cenizo hasta que yo se lo he dicho. Y Perlada nos ha dado una información muy valiosa: hace pocos días vio a Solo por el arroyo, cerca del lago.

Espinardo se levantó de golpe ondeando la cola.

—¡Ahí es donde encontramos el cadáver de Cenizo!

Se oyeron alaridos de espanto y furia, y varios gatos se pusieron en pie con los ojos llameantes y el pelo erizado, dispuestos a atacar al solitario en ese mismo instante.

—¡Solo mató a Cenizo!

—¡Asesino sarnoso!

—¡Deberíamos buscarlo y enseñarle lo que ocurre cuando un gato descarriado ataca a un guerrero!

Estrella de Fuego alzó la cola para exigir silencio.

—Todavía no tenemos pruebas —dijo cuando aflojó el estruendo—. Pero…

—¿Qué más pruebas necesitamos? —replicó Musaraña con un carraspeo —. ¡Mira lo que hizo con el Clan de la Sombra!

—En el Clan de la Sombra no mató a nadie —le recordó Manto Polvoroso —. ¿Qué razones podría tener para matar a Cenizo?

Musaraña, asqueado, soltó un bufido.

—A mí no me extrañaría nada de ese pedazo mugriento de carroña.

—Aun así, debería haber tenido una razón —maulló el lugarteniente, apoyando a Manto Polvoroso—. Pocos gatos matan solo para divertirse.

Al oír eso, Leonado recordó las historias que le habían contado sobre Azote, el líder del Clan de la Sangre, que había intentado apoderarse del viejo bosque. Él sí que parecía que disfrutaba matando. El joven guerrero no creía que Solo fuera así.

—A lo mejor Cenizo sorprendió a Solo en nuestro territorio —sugirió Centella—. Quizá pelearon…

—Pero en el cuerpo de Cenizo no había señales de lucha —la interrumpió Tormenta de Arena—. No tenía heridas, aparte de la dentellada en el cuello, ¿no es cierto, Hojarasca Acuática?

Todos se volvieron hacia la curandera, que estaba sentada delante de su guarida, lejos de la multitud que rodeaba la Cornisa Alta. La gata respondió asintiendo brevemente con la cabeza, pero no dijo nada.

—Muy bien —maulló Nimbo Blanco—. Entonces, puede que Solo sorprendiera a Cenizo desprevenido y aprovechara la ocasión para meter cizaña entre el Clan del Viento y el Clan del Trueno.

—Eso sí que suena propio de Solo —coincidió Esquiruela, sacudiendo la cola—. Enfrentarnos a unos con otros y luego dar un paso adelante para hacerse con el poder.

—De todos modos, creo que necesitamos más información —maulló Látigo Gris en voz baja—. Es útil saber que Perlada vio a Solo, pero eso no coloca sus colmillos en el cuello de Cenizo.

—Tienes razón. —Estrella de Fuego asintió—. ¿Alguien puede decirnos algo más sobre Solo?

Para su sorpresa, Leonado vio que Carrasca levantaba la cola, indecisa.

—Yo… —maulló la joven guerrera—. Yo lo vi, Estrella de Fuego, junto al lago, poco después de que lo expulsaran del Clan de la Sombra.

«¡Carrasca no me lo había contado!», pensó Leonado al tiempo que sentía que se le encogía el estómago de nervios. Pero, por otro lado, Glayo y él también le habían ocultado a su hermana que habían recogido nébeda en el territorio del Clan del Viento. «¿Cuándo empezamos a tener secretos entre nosotros?».

—Cuéntanos qué sucedió —le ordenó Zarzoso.

—No mucho —respondió Carrasca—. Dijo que los clanes lo necesitaban y prometió que regresaría.

Nimbo Blanco sacudió la cola.

—¡Eso es una amenaza, lo miréis por donde lo miréis!

—¿Por qué no nos informaste en su momento? —le preguntó Estrella de Fuego a Carrasca.

La joven guerrera bajó la cabeza.

—No creí que tuviese importancia. Pensé que solo lo decía porque estaba enfadado por haber perdido el control del Clan de la Sombra. Y como vi que se dirigía al territorio del Clan del Viento por la orilla del lago, pensé que se marchaba de aquí.

—Aun así, deberías habérnoslo contado —le dijo Estrella de Fuego, aunque con tono amable—. Yo podría haber ordenado a las patrullas que estuvieran ojo avizor.

Carrasca se miró las patas.

—Lo lamento, Estrella de Fuego.

—¿Hay algo más que creas que deberíamos saber? —le preguntó él.

—No… no estoy segura —dudó la joven guerrera—. Mencionó que había conocido a Medianoche, pero no veo qué tiene la tejona que ver con la muerte de Cenizo.

—Quizá eso nos ayude a encontrarlo —intervino Zarzoso—. Si Solo conoció a Medianoche, ¡tal vez viniera del lugar donde se ahoga el sol!

Al lugarteniente le brillaron los ojos. Leonado supo que estaba recordando el heroico viaje que habían hecho desde el viejo bosque, en busca de la tejona

que les contaría a los clanes dónde vivirían a partir de ese momento.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —le preguntó Manto Polvoroso a Estrella de Fuego.

—No hace falta ni preguntarlo —gruñó Espinardo—: ¡Vamos a ir a encargarnos de Solo, por supuesto!

Leonado recordó lo convencido que estaba Espinardo esa misma mañana de que un gato del Clan del Viento había matado a Cenizo. El guerrero atigrado no había tardado mucho en cambiar de opinión. Pero al menos ya nadie insinuaba que el asesino era un miembro del Clan del Trueno.

«Están encantados de culpar a Solo porque es un gato descarriado», comprendió.

—No podemos estar seguros de que Solo matara a Cenizo —maulló Estrella de Fuego por encima del coro que apoyaba las palabras de Espinardo —. Pero debemos averiguarlo. Mandaremos una patrulla al lugar donde se ahoga el sol para que encuentre a Solo y lo traiga de vuelta al campamento. Así podremos interrogarlo, y si de verdad fue él quien mató a Cenizo, recibirá su castigo.

Leonado sintió un hormigueo por toda la columna cuando pensó en la posibilidad de volver a ver a Solo. No estaba seguro de querer ir con la patrulla. El gato solitario sabía más de lo normal; sabía más sobre él de lo que ningún otro gato parecía haber sabido jamás. Tal vez nadie quisiera oír en realidad las respuestas a las preguntas de Estrella de Fuego.

—Zarzoso, tú conoces el camino hasta el lugar donde se ahoga el sol —maulló Estrella de Fuego—, así que dirigirás la patrulla. Fronde Dorado, Pinta y Betulón te acompañarán.

Betulón miró con tristeza a Candeal y se inclinó para lamerle una oreja. Era evidente que no deseaba separarse de su pareja ahora que estaba a punto de dar a luz.

—Podría ser peligroso —le dijo Zarzoso a Estrella de Fuego—. Tal vez deberíamos llevarnos un par de gatos más.

—Cierto. —El líder miró a su alrededor—. Leonado y Carrasca. Podéis partir al amanecer.

Leonado miró a su hermana y vio que se le había erizado el pelo del cuello y que sus ojos verdes destellaban, pero no supo decir si era debido al miedo o a la emoción.

Pinta se levantó de un salto y corrió junto a Carrasca.

—¡¿No es genial?! —exclamó—. Vamos a hacer algo de verdad para ayudar al clan.

Carrasca movió las orejas y respondió algo que Leonado no logró oír. El resto del clan se había apiñado en torno a los elegidos, y estaban felicitándolos y dándoles consejos. Todos parecían muy motivados, dispuestos a encontrar y destrozar al asesino. Él era el único que se mostraba reacio a vengar la muerte de Cenizo.

Unos momentos antes había sentido alivio al ver que las sospechas se alejaban del Clan del Trueno. Sin embargo, culpar a Solo porque sí no le parecía bien. No quería que le recordaran la desconfianza que los gatos de clan sentían de forma instintiva por los forasteros, los gatos que no habían nacido en un clan.

«¿Y si yo también soy un gato descarriado? —se preguntó—. ¿Se volverán todos contra mí?».

3

Glayo permaneció sentado mientras el resto del clan bullía a su alrededor, alborotado por la tensión y el entusiasmo.

—Tengo miedo.

El curandero reconoció la voz de Pequeño Abejorro a su lado.

—¿Y si Solo viene al campamento y nos da caza?

Mili lamió a su cachorrito para consolarlo con el contacto de su áspera lengua.

—Solo está muy lejos, pequeñín.

—Y aquí tenemos guerreros grandes y fuertes que nos protegen —añadió Dalia—. ¿Crees que vuestro padre permitiría que alguien os pusiera una garra encima?

—¡No! —exclamó Pequeño Abejorro, más animado—. ¡Mi padre es el mejor!

A Glayo le habría gustado que hubieran podido tranquilizarlo a él con la misma facilidad que al cachorro. Sabía que se avecinaban malos tiempos. El miedo, las sospechas y las acusaciones lo acribillaban desde todas las direcciones, como si sus compañeros de clan estuvieran lanzándole piedras. Se sentía mareado, con náuseas; el suelo que pisaba ya no parecía sólido.

Junto a él, Musaraña se puso de pie con un suspiro ruidoso.

—Si la intención del asesino de Cenizo era provocar problemas, misión cumplida. Al llevarse a uno de nuestros guerreros, ha metido el hocico en una colmena.

«Y terminará con picaduras», pensó Glayo, aunque prefería no pensar en lo que podía sucederle al asesino de Cenizo.

De repente, detectó el olor de Leonado entre los olores mezclados de los gatos del clan, pero su hermano no redujo el paso cuando pasó por su lado.

—¡Así que te vas en busca de Solo…! —exclamó Glayo.

Leonado se detuvo.

—Sí.

Glayo estaba desesperado por volver a hablar con su hermano como siempre: con normalidad, sin guardarse nada. Pero el secreto que compartían desde la noche de la tormenta hacía que eso fuera imposible.

Carrasca rompió el incómodo silencio cuando se acercó a ellos.

—No nos habías contado que viste a Solo —maulló Glayo, imaginándose a su hermana encogiéndose de hombros.

—No me pareció que tuviera importancia —respondió ella.

—Aun así, deberías habernos dicho algo —contestó Leonado, disgustado —. Se suponía que Solo iba a ayudarnos con la profecía.

—¡¿Qué profecía?! —le espetó Carrasca—. En lo que a nosotros respecta, no existe ninguna profecía.

—Cuando viste a Solo, aún no lo sabías.

Glayo se estremeció al oírlos discutir. No servía para nada, excepto para impedir que hablaran de lo único que importaba: si creían que Solo había matado a Cenizo.

«Me alegro de que no me hayan nombrado para participar en la misión —pensó—. ¡No querría tener que oírlos durante todo el trayecto hasta el lugar donde se pone el sol y durante toda la vuelta!».

—¡Glayo, estás aquí! —la voz de Hojarasca Acuática interrumpió sus pensamientos—. Quiero que vengas a ayudarme a preparar hierbas para la patrulla.

—De acuerdo, voy.

El curandero se puso en pie y siguió a su mentora hasta la guarida, dejando a Leonado y Carrasca con su discusión. En cuanto cruzó la cortina de zarzas, la boca se le llenó con el olor de las hierbas de viaje.

—Lo he preparado todo —le explicó Hojarasca Acuática—. Solo tenemos que empaquetarlo en hojas.

Fue un alivio tener algo con lo que distraerse, pero terminó enseguida con la tarea y salió al claro con un fardo para Zarzoso. Para entonces, la emoción que había despertado la patrulla había empezado a desvanecerse, y los gatos comenzaban a regresar a las guaridas. Le costó distinguir el olor de Zarzoso con las hierbas que llevaba en la boca, pero al final lo localizó con Esquiruela, cerca del montón de la carne fresca.

—Ojalá vinieras con nosotros —estaba diciéndole Zarzoso a su pareja cuando el joven curandero llegó a su lado—. Tenemos tan buenos recuerdos de ese viaje…

Glayo captó melancolía en su tono. Era como si el lugarteniente estuviese recordando unos momentos felices que ya pertenecían al pasado, y lamentando que todo hubiera ido mal desde entonces.

«Me pregunto si sabe hasta qué punto ha ido mal», pensó el joven curandero.

—Sí, ojalá pudiera ir —coincidió Esquiruela con la voz apagada—. Pero creo que no estoy lista para hacer un viaje tan largo, después de lo malherida que salí de la batalla.

—Sabes que no tienes que preocuparte por Solo, ¿verdad? —la tranquilizó Zarzoso—. Yo te mantendré a salvo.

—Lo sé —suspiró ella.

Glayo sintió que un hormigueo le recorría la piel. ¡Esquiruela nunca había necesitado que otro gato la mantuviera a salvo! Antes le habría arrancado las orejas a cualquiera que lo hubiese insinuado. Pero ahora sonaba… rota. La gata irradiaba tanta culpabilidad y añoranza que Glayo casi sintió lástima por ella.

Pasó junto a la guerrera para dejar el fardo de hierbas a los pies de Zarzoso.

—Toma —le dijo—. Son hierbas de viaje. Cómetelas y descansa todo lo que puedas hasta la hora de la partida.

—Gracias, Glayo.

—¡Oye, Zarzoso! —lo llamó Látigo Gris acercándose a él desde el otro lado del claro—. Estrella de Fuego quiere que yo ocupe tu puesto como lugarteniente mientras estás fuera. ¿Puedo hablar contigo un momento sobre las patrullas fronterizas?

—Claro. —Zarzoso engulló las hierbas a toda prisa—. ¿Qué quieres saber?

—Es que creo que a algunos gatos les sigue preocupando el Clan del Viento…

Las voces de los dos guerreros se fueron apagando mientras se alejaban por el claro. Glayo dio media vuelta para regresar a su guarida, pero Esquiruela lo interceptó.

—Glayo, quiero hablar contigo.

—Ya no queda nada que decir —le soltó él.

«Y no quiero oír nada que tengas que decirme», añadió para sus adentros.

Rodeó a la gata que se había hecho pasar por su madre y se dirigió a su guarida. Se sentía vacío, como si un abismo enorme se hubiera abierto en su interior. Llevaba mucho tiempo dejándose guiar por la profecía para descubrir

quién era y cuál iba a ser su destino; sin ella, ¿sería un simple curandero el resto de su vida? «¿Y dónde está nuestra verdadera madre? —se preguntó—. ¿Qué le ocurrió?».

Detestaba sentir que ya no tenía el control. Nervioso, tropezó con la cortina de zarzas que cubría la entrada de su guarida. Las patas se le habían enredado con un zarcillo largo, y las espinas le arañaron la piel y la nariz. Soltó un alarido, sobresaltado.

—¡Glayo!

De repente, Hojarasca Acuática estaba a su lado.

—No te muevas. Te sacaré de ahí.

—Estoy bien —gruñó él.

Jamás había cometido una torpeza parecida, ¡ni siquiera cuando era un cachorro! Se quitó las zarzas a tirones, y notó cómo se arrancaba un mechón de pelo cuando entró bruscamente en la guarida.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la curandera, preocupada—. Te sangra el hocico. Iré a por unas telarañas.

—Te he dicho que estoy bien.

Esquivó a su mentora, dándose un lametazo en la pata y pasándosela luego por el hocico. El corte le dolía, pero no soportaba que lo agobiaran.

«¿Por qué no me deja en paz? —pensó enfadado, mientras iba hacia el almacén a recoger más hierbas—. No tiene que preocuparse por mí. ¡No somos familia!».

Cuando ya había repartido todas las hierbas de viaje, Glayo aprovechó que tenía un momento para escoger una presa del montón de la carne fresca. Mientras devoraba un campañol, oyó la voz de Bayo a un par de colas de distancia.

—¡Pues yo no me fío del Clan de la Sombra! —exclamó el joven guerrero —. Después de todos los problemas que tuvo con Solo, Estrella Negra haría cualquier cosa para demostrar que su clan sigue siendo fuerte.

—¿Acaso tienes el cerebro de un ratón? —contestó Manto Polvoroso, irritado—. ¿O estás insinuando que fue un guerrero del Clan de la Sombra el que cruzó todo nuestro territorio para matar a Cenizo?

—Pues podría ser —masculló Bayo.

—Claro, y los erizos vuelan —soltó burlón Manto Polvoroso.

Tras engullir el último bocado de campañol y relamerse el hocico, Glayo regresó a la guarida. «¡Estoy harto de que los gatos se pregunten quién mató a

Cenizo!».

Sin embargo, camino de la maternidad, mientras les llevaba atanasia a Mili y Gabardilla, que seguían recuperándose de la tos verde, no pudo evitar oír a Nimbo Blanco, Centella y Dalia, que estaban sentados cerca de la entrada.

—No te preocupes por nada, Dalia —tranquilizaba Nimbo Blanco a la reina de color tostado—. Se van unos cuantos guerreros, pero nos quedamos muchos para protegeros a ti y a los cachorros.

—Látigo Gris dice que podemos doblar la vigilancia del campamento —añadió Centella.

—Sé que todos ayudaréis. —Dalia sonaba preocupada—. Pero ¿hacemos bien trayendo a ese asesino al campamento?

Glayo no quería oír más conversaciones acerca de Solo, así que se abrió paso entre las zarzas de la maternidad, donde se encontró a los cachorros tan alborotados como cuando las hormigas ven que les pisotean el hormiguero.

—¡Ahora eres tú el criminal! —chilló Rosina, propinándole un zarpazo a Floreta en la oreja—. ¡Y todos nosotros vamos a darte caza!

Floreta soltó un grito de emoción, y Glayo estuvo a punto de tropezar con los cachorros, que se lanzaron sobre la pequeña formando una montaña de cuerpos agitados.

—¡Ya basta! —exclamó Mili, espantada—. No tiene gracia. Un valiente guerrero del Clan del Trueno ha muerto.

«Cenizo nunca fue tan importante cuando estaba vivo», pensó Glayo.

Los cachorros se tranquilizaron un poco mientras Glayo dejaba la atanasia y se marchaba. De regreso a su guarida, el joven curandero pasó por delante de Estrella de Fuego, que estaba con Tormenta de Arena, Látigo Gris y Fronde Dorado.

—No podemos dar por hecho que los problemas han terminado —maulló Tormenta de Arena—. Yo que tú, Estrella de Fuego, aconsejaría a todos los gatos que se mantuvieran lejos de la frontera del Clan del Viento, excepto cuando salgan a patrullar.

—Exacto —coincidió Látigo Gris—. No queremos encontrarnos a otro guerrero muerto en el arroyo.

Glayo contuvo un suspiro. «¿De qué sirven las patrullas y los vigilantes? El asesino está aquí».

Se había levantado brisa cuando se acercó al montón de la carne fresca, donde Leonado y Carrasca estaban comiendo con el resto de los que iban a

salir en busca de Solo. Esa misma mañana no había sabido qué decirles a sus hermanos, y ahora, ya de noche, seguía igual.

—Hola —los saludó—. ¿Listos para mañana?

—Todo lo listos que se puede estar —respondió Carrasca.

—Será raro irnos sin ti. —Leonado le restregó el hocico por el omoplato —. Será la primera vez que nos separemos.

Glayo asintió. El curandero había sido incluso capaz de soportar el largo viaje hasta las montañas de la Tribu de las Aguas Rápidas, pero en esta ocasión tenía que quedarse. A pesar de lo nervioso que lo habían puesto sus hermanos esa mañana, se sentía mal no yendo con ellos, sobre todo porque sabía que los hilos del secreto que los unía no podía romperlos ninguna distancia.

—Bueno… supongo que esto es una despedida —masculló.

—Supongo —maulló Leonado.

Glayo le tocó la nariz con la suya, y luego tocó la de Carrasca.

—Adiós, Glayo —murmuró ella.

Deberían haberse dicho más cosas, pero la tensión palpitaba entre los tres como los hilos de una telaraña. Al final, Glayo bajó la cabeza y musitó:

—Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino.

Y se dirigió hacia la guarida de la curandera.

Cuando abrió los ojos, Glayo vio unas rocas peladas que se extendían a izquierda y derecha, mientras que un precipicio abismal se abría a sus pies. Sorprendido, saltó hacia atrás. El viento barría la cima de la montaña, alborotándole el pelo. Cuando se hubo recuperado de la impresión de verse allí, reconoció el lugar en el que había conocido a Medianoche.

El curandero miró hacia arriba y vio las estrellas dando vueltas en el cielo, tan deprisa que se convertían en estelas borrosas. Intentó clavar las uñas en la escasa tierra que pisaba, aterrorizado por la posibilidad de caer de cabeza en el abismo.

Luego percibió el ruido de unas garras sobre la roca. Tras despegar la vista de las estrellas móviles, se volvió en redondo y vio el voluminoso cuerpo y la cabeza rayada de la tejona.

—¿Qué quieres? —le espetó el joven, procurando parecer menos asustado de lo que estaba.

—Solo no mata a Cenizo —respondió Medianoche con voz ronca—. Pero tú ya lo sabes. Esos gatos una búsqueda inútil emprenden.

Luego se acercó más a Glayo, con la luz de las estrellas brillando en sus ojillos negros.

—La verdad salir debe —añadió.

—¿Por qué?

Glayo no pudo evitar que esa vez la voz le temblara.

—Cualquier otra cosa para siempre destrozará a tu clan.

Las palabras de Medianoche cayeron como piedras en un estanque profundo.

—Pero… —empezó a protestar Glayo.

En ese instante, el viento arreció, llevándose las palabras de la tejona y las del curandero, junto con la imponente figura de Medianoche, hasta que Glayo se dio cuenta de que ella, él y las estrellas estaban siendo absorbidos por un remolino enorme.

Sintió que aterrizaba con una sacudida y abrió los ojos en la oscuridad de su lecho. El aire olía a escarcha, y Glayo supuso que faltaba poco para el amanecer.

Hojarasca Acuática estaba dando vueltas en la cama, cerca del joven.

—Es hora de que la patrulla parta —maulló—. ¿Quieres venir a despedirte?

Glayo se había despedido la noche anterior, pero salió del lecho y siguió a su mentora hasta el claro. Casi todos los miembros de la patrulla estaban reunidos cerca de la entrada del túnel de espinos, junto a Estrella de Fuego, Látigo Gris y Esquiruela.

Más o menos a un zorro de distancia, Glayo reconoció a Betulón y Candeal; sus olores mezclados le indicaron que estaban pegados el uno al otro.

—Cuídate y descansa mucho —le dijo Betulón a su pareja—. Come mucha carne fresca y avisa a Hojarasca Acuática si notas algo…

—Chist —susurró Candeal con ternura—. Estaré bien. ¡No soy la primera gata que va a tener cachorros!

Glayo siguió adelante y se encontró cerca de Esquiruela, que estaba despidiéndose de Zarzoso. Al contrario que Candeal, ella lograba mantener sus emociones bajo control, y el curandero fue incapaz de descifrar qué estaba sintiendo.

—Ten cuidado en el lugar donde se ahoga el sol —le pidió Esquiruela al lugarteniente del Clan del Trueno—. No te acerques demasiado al borde de los acantilados. Podrían volver a ceder.

—Lo sé. No quiero tener que darme otro baño.

Zarzoso intentaba sonar animado, pero Glayo notó que sus palabras eran forzadas.

—Zarzoso, recuérdame algo sobre las patrullas de caza —los interrumpió Látigo Gris—. Los mejores lugares son cerca de la vivienda abandonada de los Dos Patas y del árbol muerto, ¿verdad?

—Así es —respondió el guerrero—. Y asegúrate de que las patrullas que cacen por el árbol muerto tengan cuidado de no traspasar la frontera del Clan de la Sombra.

—Lo harás bien, Látigo Gris. —Estrella de Fuego tranquilizó a su viejo amigo—. Ya conoces el territorio bastante bien.

Los gatos que se quedaban se apartaron cuando la patrulla estuvo lista para partir. Un silencio solemne se instaló entre ellos. Glayo percibió cómo la tensión aumentaba de repente; nadie había salido jamás en una misión como aquella.

—Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino —maulló Estrella de Fuego —. Vais a descubrir la verdad.

«¡No! ¡La verdad está aquí!». Glayo cerró la boca con fuerza para no gritar esas palabras. Medianoche le había dicho algo que él ya sabía: Solo no había matado a Cenizo. La patrulla se dirigía en vano hacia el peligro. ¿Cómo es que sus compañeros de clan no eran capaces de ver que tenían que buscar entre ellos para descubrir la verdad?

Se preguntó si la patrulla encontraría a Solo, y qué ocurriría en ese caso. Sintió un hormigueo en las zarpas cuando pensó en lo que Solo podría contarles.

«Él conoce la profecía…».

4

Una capa espesa de escarcha cubría el suelo del bosque cuando la patrulla de Zarzoso lo cruzó en dirección al lago. Los gatos avanzaban en silencio entre los helechos plateados, formando unas nubes blancas con el aliento. Por encima de Carrasca, el cielo empezaba a aclararse, adoptando un color grisáceo.

La gata sentía que con cada paso que daba las patas se le iban a congelar. Parecía como si unas garras de hielo le arañaran la piel. El frío intenso le insensibilizaba la punta de las orejas, y se sentía mareada. Desde la revelación de Esquiruela, le costaba muchísimo tragar incluso la presa más pequeña del montón de la carne fresca. Lo único que le aportaba energías era la imperiosa necesidad que sentía de averiguar lo que sabía Solo.

Leonado caminaba a su lado, decidido y serio, y con los ojos ámbar clavados en el bosque. Su presencia reconfortaba a su hermana, aunque esta notaba la ausencia de Glayo como la punzada de una espina.

«Quizá sea mejor que se haya quedado en el campamento —pensó—. Él no podría encontrar a Solo por su cuenta».

Zarzoso los guio hasta el arroyo, que siguieron colina abajo hasta la orilla del lago, donde el agua estaba inmóvil, cubierta por una capa de hielo fina.

«¿Es que tenemos el cerebro de un ratón? —se preguntó la joven—. ¿Cómo se nos ocurre hacer un viaje tan largo en plena estación sin hojas?».

Sin embargo, a pesar del frío, la tensión entre los miembros de la patrulla menguó a medida que fueron recorriendo la orilla que bordeaba el territorio del Clan del Viento. Pinta redujo el paso para unirse a Carrasca.

—¡¿No es genial?! —dijo Pinta, con los ojos brillantes por la emoción y dando un saltito, como una cachorrita entusiasmada—. Vamos a un sitio al que no ha ido ningún gato.

—Alguno sí que ha ido —respondió Carrasca, que no tenía ganas de oír la cháchara de su amiga—. Zarzoso y Esquiruela fueron al lugar donde se ahoga el sol con el resto de los elegidos por el Clan Estelar.

—¡Eso sí que debió de ser emocionante! —suspiró Pinta—. Tus padres han viajado más lejos que nadie. ¡Qué aventureros son!

«No. Solo son unos mentirosos», pensó Carrasca amargamente.

Mientras bordeaban el territorio del Clan del Viento no percibieron la menor señal de ninguno de sus miembros, pero, a medida que se aproximaban al cercado de los caballos, Carrasca empezó a captar un olor intenso al clan vecino. Zarzoso se detuvo, levantando la cola para indicar a la patrulla que hiciese lo mismo, y permaneció unos segundos con la cabeza alzada y la boca abierta para saborear el aire.

Al ver que los demás habían empezado a erizar el pelo, Carrasca reparó en lo nerviosos que se habían puesto de repente. No estaban quebrantando el código guerrero al mantenerse pegados a la orilla del lago, pero el simple olorcillo a Clan del Viento los había impulsado a desenvainar las uñas. «Esto es lo que nos ha hecho la muerte de Cenizo».

—¿Por qué tendrían que ponernos problemas? —preguntó Pinta, desconcertada—. Podemos caminar junto al lago, ¿no?

Antes de que Carrasca pudiera responder, una gata gris apareció en lo alto de la ribera y descendió en dirección a la patrulla.

—¡Perlada! —Zarzoso se relajó—. Buenos días.

—Buenos días, Zarzoso.

La lugarteniente del Clan del Viento inclinó la cabeza al llegar junto al grupo de gatos del Clan del Trueno.

—Me preguntaba si iríais en busca de Solo. Por eso estáis aquí, ¿verdad?

Zarzoso asintió.

—Haya matado a Cenizo o no, tiene que responder a algunas preguntas.

—En ese caso, debo enseñaros algo. Seguidme.

Perlada echó a andar por la orilla hasta el cercado de los caballos. La valla de los Dos Patas era una red que brillaba como una telaraña enorme bajo la creciente luz del día.

—Aquí está.

Perlada apuntó con las orejas a una parte de la red donde se había quedado atrapado un mechón sedoso de pelo rojizo.

Zarzoso se acercó a olfatearlo y luego se volvió hacia la patrulla con los ojos dilatados.

—Es de Solo.

A Carrasca le martilleó el corazón en el pecho. La prueba de la presencia de Solo le evocó el recuerdo del solitario con más intensidad que nunca. Solo parecía saber mucho, había profetizado muchas cosas… y aun así había resultado ser un traidor.

—Entonces, ¡se fue por aquí! —exclamó Fronde Dorado con los ojos relucientes—. Vamos por el buen camino.

—El olor es rancio —apuntó Zarzoso—, pero no excesivamente viejo. Es evidente que pasó por aquí hace unos cuantos días.

Perlada retrocedió un paso hacia su propio territorio.

—Adiós, y buena suerte.

—Gracias, Perlada —contestó Zarzoso—. Nos has ayudado mucho… ¿Por qué?

La lugarteniente del Clan del Viento agitó las orejas.

—Porque quiero que mi clan esté a salvo. Hay que encargarse de Solo antes de que provoque más problemas.

Sin esperar respuesta, volvió a subir por la ribera y desapareció tras una loma.

—O quiere que dejemos de culpar al Clan del Viento —masculló Betulón en cuanto Perlada quedó fuera de la vista.

—Podría ser —maulló Zarzoso—. Pero ahora no tenemos que preocuparnos de eso. Venid todos a olfatear este mechón de pelo y clavaos su olor en el cerebro. Luego volveremos a ponernos en marcha.

A continuación, se deslizó por debajo de la valla de los Dos Patas y echó a andar por el campo. El suelo estaba tan duro como la piedra, y la hierba crujía bajo sus patas. Su ruta los conducía cerca de las guaridas de madera. Carrasca notó que se le erizaba el pelo del cuello al captar olor a Dos Patas y a perros, aunque todo parecía tranquilo y en silencio.

La joven gata esperaba que Zarzoso cruzara el recinto a toda prisa, pero el guerrero se detuvo en la entrada del establo.

—¿Por qué nos paramos? —quiso saber Carrasca.

—No nos quedaremos mucho, pero quiero que Pinta conozca a unos gatos que viven aquí —respondió él—. Hola —llamó en voz baja a través de la apertura.

Pinta, confundida, levantó la cabeza al oírlo, pero, antes de que pudiese decir nada, dos gatos aparecieron entre las sombras. El primero era un macho blanco, gris y musculoso; el segundo, una gata más pequeña y de color más claro.

—¡Zarzoso! —El gato sonó sorprendido pero contento de ver al lugarteniente—. ¿Qué estás haciendo aquí…? ¿Y todos ellos? Espero que vuestro clan no se haya metido en problemas.

—Nada que deba preocuparte —contestó Zarzoso.

—¿Quiénes son esos? —le susurró Carrasca a Leonado al oído.

Su hermano se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Humazo, Pelusa —continuó Zarzoso—: esta es Pinta, la hija de Dalia.

El lugarteniente hizo un gesto con las orejas para indicarle a la joven guerrera que se colocara a su lado, delante de los gatos del establo.

—Pinta, este es Humazo… tu padre.

A Pinta se le salieron los ojos de las órbitas por la sorpresa.

—Dalia nos trajo aquí cuando éramos cachorros. ¡Papá!

La joven gata corrió a restregar el hocico contra la barbilla del gato. Ronroneando sonoramente, Humazo le dio un lametón entre las orejas.

—Os echo de menos a todos —murmuró, y rozándola con la punta de la cola, invitó a su compañera a que se adelantara—. ¿Te acuerdas de Pelusa? —le preguntó a Pinta—. Ayudó a Dalia a cuidar de vosotros cuando nacisteis.

Pinta vaciló.

—No me acuerdo de eso… —maulló, inclinando la cabeza ante Pelusa—. Pero recuerdo verte aquí cuando Dalia nos trajo de vuelta.

—¿Cómo está Dalia? —le preguntó Humazo a Zarzoso—. ¿Y los otros cachorros… los dos chicos?

—Todos están bien —lo tranquilizó Pinta con los ojos relucientes—. Ahora mis hermanos ya son guerreros del Clan del Trueno, todos somos guerreros, y se llaman Bayo y Ratonero. Bayo perdió media cola en una trampa para zorros…

Pelusa la interrumpió con un grito ahogado.

—¿Quedó malherido?

—No, no demasiado. Hojarasca Acuática… que es nuestra curandera… cuidó de él. Ahora es un guerrero muy valiente, igual que Ratonero.

—¿Y Dalia? —le preguntó Humazo a Zarzoso con una sombra de tristeza en la mirada—. ¿Es feliz en el clan? Cuando trajo de vuelta a los cachorros, después del ataque de los tejones, estaba muy asustada.

Zarzoso asintió.

—Ha encontrado su lugar. Jamás será guerrera, pero es tan gata del Clan del Trueno como la que más.

—¡Ha tenido una nueva camada! —exclamó Pinta—. Dos cachorros, Rosina y Tordillo. ¡Son una preciosidad!

—Ya veo que ha seguido adelante… —murmuró Humazo, que se sacudió como para quitarse de encima los recuerdos—. Así que ahora eres guerrera… —le dijo a su hija—. Enséñame lo que has aprendido.

—Vale.

Pinta adoptó la postura del cazador y empezó a avanzar sigilosamente.

—Estoy acechando a un ratón —explicó—. Debo posar las patas como si fueran tan ligeras como las nubes, porque el ratón percibirá las vibraciones a través del suelo. Luego, cuando estoy lista… —Hizo una pausa, balanceando las ancas—. ¡Ataco!

Saltó por los aires y aterrizó atrapando la cola de Betulón con las patas delanteras.

Betulón pegó un brinco del susto.

—¡Oye! ¡Me has hecho daño!

A Pinta le destellaron los ojos.

—Entonces, ¡atácame!

Carrasca vio cómo Betulón se abalanzaba sobre la joven guerrera, que lo esquivó y le propinó un golpe en el bíceps con las uñas envainadas. El guerrero se volvió en redondo y saltó sobre ella con un alarido; los dos rodaron enzarzados por el suelo.

«Mis hermanos y yo éramos así —pensó Carrasca—. No teníamos preocupaciones». Al ver el orgullo en los ojos de Humazo, sintió una oleada de celos. «¿Mi padre estaría orgulloso de mí? —se preguntó—. ¿Sabe siquiera que existo?».

—Estoy impresionado —maulló Humazo cuando Pinta y Betulón se separaron para sacudirse el pelo—. No cabe la menor duda de que el Clan del Trueno enseña a los gatos a cuidar de sí mismos.

Pelusa se adelantó, con expresión tímida pero amable.

—¿Os gustaría quedaros con nosotros el resto del día? —propuso.

—Buena idea —dijo Humazo, que señaló con la cola el interior del establo—. Aquí dentro se está caliente, y hay muchos ratones si tenéis hambre.

—Gracias, pero no podemos —respondió Zarzoso—. Tenemos que seguir.

—¡Vamos tras los pasos de un asesino! —proclamó Pinta.

Humazo y Pelusa intercambiaron una mirada de alarma y erizaron el pelo del cuello.

—¿Qué…? ¿A quién han matado? —preguntó la gata, nerviosa.

—Es una larga historia.

Zarzoso le dio un toque a Humazo con la cola para tranquilizarlo.

—Y no tenéis que asustaros por nada. Vamos en busca de un gato que podría haber visto qué ocurrió, para hablar con él, eso es todo.

Humazo se relajó y alisó el pelo del cuello.

—¿De quién se trata? —quiso saber.

—Es un gato de pelaje multicolor y largo —respondió Zarzoso—, con los ojos amarillo claro.

Pelusa dio un respingo.

—¡Yo vi a un gato así! Estaba cruzando el campo, era muy temprano, hará un par de amaneceres.

—Le estamos pisando los talones —ronroneó Zarzoso—. Así que en marcha.

Pinta se acercó a su padre para entrechocar las narices.

—Adiós —maulló—. Pasaré a verte a la vuelta.

—Ven cuando quieras —contestó él, visiblemente apenado por dejar ir a su hija tan pronto.

—¡Lo haré! —le prometió Pinta.

Mientras cruzaban el campo tras los pasos de Solo, Betulón se colocó al lado de Carrasca.

—Debe de ser raro ser un gato de clan a medias —murmuró, demasiado bajo para que lo oyera Pinta—. Imagínate no ver nunca a tu familia…

Carrasca no respondió. «Pues es mejor que lo que soy yo —pensó desolada—. ¡Yo no pertenezco a un clan ni a medias!».

5

Mientras la patrulla atravesaba el siguiente campo, empezaron a caer unos copos sedosos que se derretían en cuanto tocaban el suelo. Leonado estornudó cuando uno le aterrizó en la nariz.

En el extremo opuesto del campo se encontraron con una gran extensión de piedra blanquecina, con unas guaridas enormes y rojas a un lado. Como para entonces nevaba con más intensidad y se había levantado un viento que azotaba los copos por la extensión desprotegida, los gatos se aventuraron por la dura superficie. Leonado, al lado de su hermana, intentaba protegerla un poco del viento.

De repente, de una de las guaridas brotó un fuerte resoplido. Leonado sintió que el pavor le atenazaba las patas y echó a correr sobre la piedra, rozando la nieve con la barriga. Carrasca salió disparada tras él, seguida de Pinta.

De nuevo se oyó el mismo resoplido, y luego un maullido de Zarzoso.

—¡No pasa nada! ¡Solo son caballos! —gritó el lugarteniente.

«¡Solo caballos!». A Leonado las patas lo impulsaron a seguir, imaginándose a aquellas criaturas gigantescas de pesadas pezuñas que podían partirle la columna vertebral de un solo golpe. Una cancela de los Dos Patas se alzaba entre la nieve, que se arremolinaba. El joven guerrero pasó por debajo retorciéndose y tensó los músculos, preparándose para seguir huyendo. Carrasca y Pinta le pisaban los talones.

—¡No! —chilló Zarzoso—. ¡Parad! ¡Sendero atronador!

Leonado frenó en seco cuando unos rayos amarillos cruzaron la nevada. Un monstruo de ojos relucientes pasó de largo, generando una ráfaga de aire que abofeteó a Leonado y le empapó las patas con un chorro sucio de nieve derretida. El joven y sus dos compañeras retrocedieron encogiéndose. Con el

corazón desbocado por el miedo, Leonado esperó a que Betulón, Fronde Dorado y Zarzoso se unieran a ellos.

—¿Y vosotros os llamáis «guerreros»? —les espetó Zarzoso con desdén —. Os habéis dejado llevar por el pánico. Los caballos estaban dentro de las guaridas. No había el menor peligro hasta que habéis decidido cruzaros en el camino de un monstruo.

—Lo lamento —musitó Leonado.

La vergüenza le abrasó el cuerpo, como las llamas que prenden un bosque. Las duras palabras de Zarzoso le dolieron muchísimo más porque era consciente de que tenía toda la razón. En su primera salida del campamento, los tres habían actuado como aprendices.

Pinta agachaba la cabeza también por la vergüenza, y Carrasca se había dado la vuelta y se sacudía las patas para librarse del agua sucia. Leonado sabía lo importante que era para su hermana cumplir con el código guerrero; debía de estar furiosa consigo misma por haberse asustado de esa manera. «¿Y qué me dices de ti? —se preguntó en silencio—. El guerrero más valiente del Clan del Trueno, aterrorizado por un caballo que ni siquiera estaba suelto».

Zarzoso soltó un suspiro y se relajó.

—De acuerdo. Vamos a ver cómo cruzamos por aquí.

Leonado oyó el rugido de otro monstruo mientras el lugarteniente del Clan del Trueno se acercaba con cautela al borde del sendero atronador. La criatura brillante pasó a toda prisa emitiendo una llamarada de luz. En la dirección contraria, un monstruo más grande todavía, y cuyas zarpas redondas y negras eran tan inmensas como peñas, se les acercaba lanzando un gruñido gutural.

«¿Cómo vamos a cruzar esto? —pensó Leonado—. ¡Nos van a aplastar!».

Vio que Carrasca y Pinta seguían sobresaltadas, con el pelo erizado y los ojos desorbitados por el miedo. Supuso que él debía de tener el mismo aspecto. Se preparó para obligar a sus patas a cruzar la superficie negra y dura del sendero atronador.

—Venid aquí, a mi lado —les ordenó Zarzoso con calma—. Lo cruzaremos de uno en uno. Fronde Dorado, tú serás el primero, así les enseñas cómo se hace.

Fronde Dorado movió las orejas en señal de asentimiento.

—No está tan mal —les dijo a los jóvenes en un tono agradable—. El sendero atronador del viejo bosque era muchísimo más grande que este.

A Betulón se le erizó el pelo.

—Entonces, ¡me alegro de que ya no vivamos allí!

Fronde Dorado se situó junto a Zarzoso y esperó a que pasara de largo otro monstruo. Cuando su rugido se apagó en la distancia, Zarzoso maulló:

—Adelante, vamos.

Fronde Dorado saltó y el pelaje casi se le esfumó en la agitada nieve. Cuando llegó al otro lado, todo seguía en silencio.

—¡Carrasca, ahora tú!

Tomando una bocanada de aire, la guerrera se lanzó hacia el sendero atronador. Leonado clavó las garras en el suelo, intentando no temblar, hasta que vio a su hermana sana y salva junto a Fronde Dorado.

El gruñido de otro monstruo se acercaba entre la nieve. El joven guerrero se encogió al verlo; era una criatura gigantesca de colores que cegaban. El corazón se le aceleró aún más al ver a varios Dos Patas en sus entrañas. «¿Se los ha comido? —pensó—. ¿Nos comerá a nosotros?».

—Leonado, ahora vas tú —anunció Zarzoso.

Haciendo acopio de todo su valor, el joven guerrero se colocó al lado del lugarteniente y echó a correr. Durante unos segundos, su mundo se llenó del hedor asfixiante del monstruo que acababa de pasar, y la superficie negra le arañó las almohadillas mientas corría. Luego se encontró en una estrecha franja de hierba entre el sendero atronador y un seto espinoso, y Carrasca, que se apretujaba contra él.

—Lo hemos conseguido —murmuró su hermana.

—¿Sabes? Betulón tiene razón —le susurró Leonado conforme se apaciguaban los latidos de su corazón—. Si el viejo sendero atronador era peor que este, ¡yo tampoco querría haber vivido cerca de él!

Pinta se les unió al cabo de un momento, y luego lo hizo Betulón. Después hubo un desfile de monstruos que dejó a Zarzoso aislado en el otro extremo. Cuando por fin desapareció el último, aunque todavía se oían sus rugidos en el aire, Zarzoso saltó al sendero y corrió hacia sus compañeros.

De repente, otro monstruo apareció en la distancia, y Betulón chilló:

—¡Cuidado!

El lugarteniente del clan mantuvo el ritmo, y mucho antes de que el monstruo pudiera alcanzarlo, él ya estaba a salvo con el resto de la patrulla.

—¿Lo veis? No ha sido nada.

Movió una oreja despreocupadamente.

—Venga, ahora sigamos.

Las hojas mojadas de debajo del seto se aplastaron contra la barriga de Leonado cuando el joven guerrero se arrastró para pasar al siguiente campo. Un fuerte olor lo envolvió mientras se ponía en pie al otro lado. Sin embargo, tuvo que hacer memoria, ya que el recuerdo de aquel hedor se le escapaba como una presa escurridiza.

—¿Qué es eso? —preguntó Pinta, nerviosa, señalando con las orejas el centro del campo.

Leonado miró a través de los copos de nieve. Delante, apiñados en pequeños grupos, había unos animales enormes de color blanco y negro. Mientras los observaba, uno de ellos levantó la cabeza y emitió un sonido quedo y lastimero.

—¡Vacas! —exclamó Carrasca, acercándose a su hermano—. ¿Te acuerdas, Leonado? Las vimos de camino a las montañas.

—Vacas… claro.

La mente de Leonado regresó al momento en que conocieron a Puma, el viejo solitario. Él les había mostrado unas vacas cuando habían pasado junto a una granja; y su madre —«no, Esquiruela», se corrigió— les contó que esas criaturas tan grandes no eran peligrosas, siempre que no te pisaran.

—Las vacas no suponen ningún problema —tranquilizó Zarzoso a Pinta cuando salía de debajo del seto—. No nos atacarán.

La joven guerrera lo miró poco convencida, y cuando Zarzoso se puso a la cabeza para guiarlos a través del campo, Leonado se sintió inclinado a compartir los temores de su compañera.

Las vacas se reunieron alrededor de la patrulla, mirándolos con sus enormes ojos acuosos. A Leonado le pareció que estaba demasiado cerca de sus pétreas pezuñas, y no le gustaba el aspecto que tenían esos cuernos grandes y curvados que les salían de la cabeza. Las técnicas de combate de los gatos no servirían de nada contra animales de aquel tamaño. Las vacas se inclinaron para olfatearlos con su aliento caliente y húmedo. Leonado creyó que iba a ahogarse en ese intenso hedor, y sus tristes mugidos le resultaban ensordecedores.

Mientras Zarzoso los guiaba tranquilamente por aquel bosque de patas, una de las vacas le dio una bofetada a Carrasca con su larga cola. La joven retrocedió de un brinco y chocó contra el joven guerrero.

—¡Cagarrutas de zorro! —exclamó.

Leonado la ayudó a recuperar el equilibrio.

—Empiezo a preguntarme si esto de verdad va a ser una gran aventura —masculló Carrasca mirando a Pinta, que asintió enérgicamente para

demostrarle que estaba de acuerdo—. El viaje a las montañas fue mucho más fácil, incluso con los perros del granero.

«Y aquel viaje tenía un objetivo —añadió Leonado para sus adentros—. No fuimos en busca de un gato del que sé con certeza que no es un asesino».

Dejaron atrás a las vacas y avanzaron por la nieve hacia el otro extremo del campo. Leonado saboreó el aire por si detectaba el olor de Solo, pero no captó nada.

«Solo huelo a vacas —rezongó en silencio—. ¡Apenas puedo localizar a mis propios compañeros!».

Para su alivio, no tardó en distinguir el siguiente seto, alzándose oscuro contra la profusa nieve. La patrulla llegó hasta él y se detuvo al abrigo de sus ramas espinosas.

—¡No lograremos cruzarlo! —exclamó Betulón, con los ojos dilatados de angustia—. Las espinas nos harán pedazos.

—Eso no va a pasar —maulló Zarzoso—. Solo tenemos que encontrar un sitio por donde el seto sea menos denso.

Y echó a andar bordeándolo. «Espero que no tengamos que volver sobre nuestros pasos», pensó Leonado, abatido, tratando de sacudirse la nieve de encima.

Y cuando distinguió el rugido de un nuevo sendero atronador al otro lado del seto, se le cayó el alma a los pies.

—¡Otra vez no! —masculló.

Zarzoso se detuvo por fin.

—Creo que podríamos pasar por aquí.

Señaló con el hocico un tramo del seto en el que dos ramas arqueadas formaban un hueco pequeño.

—Leonado, ¿quieres probar?

El joven guerrero asintió y examinó con los bigotes la anchura del agujero. Luego se aplastó contra el suelo y se arrastró hacia delante. Las espinas le arañaron el lomo, y notó que el pelo se le enganchaba a medida que avanzaba hacia el otro lado y se ponía en pie.

—Se pasa bien —anunció.

Mientras lo seguían Carrasca y Betulón, Leonado se quedó mirando el vasto paisaje blanco. El suelo descendía con suavidad hacia el sendero atronador que acababa de oír: era mucho más ancho que el primero, con monstruos que rugían en ambas direcciones, y estaba bordeado por las luces cegadoras de los Dos Patas.

«¡Este sí que no lo conseguiremos cruzar!», pensó desesperado.

De repente, lo distrajo un alarido de sorpresa. Cuando se volvió, vio a Pinta saliendo del seto y tocándose el hocico muy nerviosa.

—¡Se me ha clavado una espina en la nariz! —gimió la joven.

—Déjame ver —dijo Carrasca, que se le acercó—. Estate quieta y deja de tocártela.

Pinta se sentó con los ojos rebosantes de dolor. La espina era grande y se le había clavado profundamente en la nariz, que estaba roja por la sangre.

Leonado observó cómo su hermana usaba las habilidades de curandera que había aprendido tiempo atrás con Hojarasca Acuática. Carrasca le lamió la zona alrededor de la espina y luego la agarró con fuerza con los dientes. Tirando con firmeza, la extrajo y la escupió al suelo. La sangre volvió a brotar de la nariz de Pinta y salpicó la nieve.

—¡Ay! —protestó la joven guerrera.

—Necesitamos un poco de agua para limpiarle la sangre y cerrar la herida —maulló Carrasca.

Leonado miró a su alrededor, dispuesto a traérsela, pero no había ni rastro de ningún arroyo…

—Presiona el hocico contra la nieve —le ordenó Carrasca a Pinta—. Eso detendrá la hemorragia.

Parpadeando dudosa, la joven guerrera enterró la nariz en una zona limpia.

—¡Está muy fría! —se quejó.

—Quédate así un momento —contestó Carrasca—. Te prometo que te vendrá bien.

«Espero que tenga razón, o Carrasca provocará que Pinta pierda la nariz por congelación», pensó Leonado al tiempo que veía lo preocupada que observaba su hermana a la paciente.

Pinta mantuvo el hocico en la nieve unos instantes. Cuando levantó la cabeza vieron que se le habían pegado algunos puñados blancos a la cara, como si estuviera transformándose en Nimbo Blanco, con su largo pelaje del color de la nieve.

—Ya-ya no-no me du-duele mucho —anunció, castañeteando los dientes.

Carrasca se inclinó para inspeccionarle la herida que le había provocado la espina. Le retiró la nieve con cuidado y vio un agujero limpio, casi cerrado ya.

—Creo que ha funcionado.

—Bien hecho —ronroneó Zarzoso tras ellas.

Leonado vio que miraba con cariño a la joven, con el mismo orgullo paterno que Humazo había mostrado con Pinta.

Carrasca se dio media vuelta y el joven guerrero imaginó cuánto deseaba ella contestarle, pero que se veía incapaz de hacerlo. Antes, la aprobación de Zarzoso significaba muchísimo para los tres hermanos, pero ahora ya no. «Sean cuales sean nuestras virtudes, no las hemos heredado de ti», le dijo al lugarteniente en silencio.

La nevada estaba empezando a remitir, pero las nubes que cubrían el cielo les impedían saber dónde se encontraba el sol. «Quizá nos estemos acercando al momento de su puesta», pensó el joven guerrero estremeciéndose. Justo ante ellos se desplegaba el enorme sendero atronador, y más allá, la tierra se extendía hasta donde alcanzaban a ver, totalmente plana excepto por una pequeña arboleda en el centro. A un lado, Leonado distinguió un grupo de luces parpadeantes.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando con la cola—. Parece como si muchas estrellas se hubiesen caído al suelo.

—No. Son montones y montones de viviendas de los Dos Patas, están todas juntas —le explicó Fronde Dorado.

Pinta soltó un respingo.

—¡Yo no pensaba que había tantos Dos Patas en el mundo!

—Espero que no tengamos que acercarnos a ellos —repuso Betulón.

Pinta asintió.

—No somos mininos domésticos —masculló Leonado, y tuvo la impresión de que estaba intentando convencerse a sí mismo.

Zarzoso y Fronde Dorado encabezaron la marcha hacia el sendero atronador y se agazaparon justo en el borde, uno a cada lado de la patrulla. Los monstruos pasaban gruñendo, y sus luces destellantes se reflejaban en la superficie húmeda y negra.

—Esta vez, en cuanto haya un hueco lo bastante grande, cruzaremos todos juntos —decidió Zarzoso—. Cuando os diga que corráis, corred como si os persiguiera toda una tribu de tejones.

Mientras esperaban la señal del lugarteniente, Leonado intentó con todas sus fuerzas ocultar su miedo. Aquel sendero atronador era infinitamente peor que el que habían cruzado hacía un rato. ¡Parecía que la corriente de monstruos no fuese a terminar jamás!

A su lado, Pinta también temblaba, y Betulón tenía el pelo erizado, como si estuviera a punto de enfrentarse a una horda de enemigos. Al otro lado del

joven guerrero, Carrasca clavaba con furia las garras en el suelo y los ojos en Zarzoso, a la espera de que este les diera la orden de cruzar.

«¿Por qué siempre tengo que ser valiente? —se preguntó Leonado, abatido—. No tendría por qué serlo, ya no, ahora que hemos descubierto que la profecía no se refiere a nosotros. Por lo que sabemos, ¡incluso podríamos ser mininos caseros!».

Esa idea lo inundó de espanto y vergüenza. Estaba tan absorto en su desdicha, que por poco no escuchó el aullido de Zarzoso:

—¡Ahora!

6

Carrasca saltó hacia delante con sus compañeros de clan. Al llegar a la mitad del sendero atronador, oyó en la distancia el rugido de otro monstruo que se aproximaba rápidamente. Una luz cegadora se inclinó hacia ella cuando la enorme criatura pareció surgir de la nada. Carrasca corrió todavía más, golpeando con las patas la dura superficie para impulsarse todo lo rápido que pudo hacia el otro lado.

Un alarido aterrorizado surcó el aire. En cuanto alcanzó la seguridad de la hierba del arcén, Carrasca se volvió en redondo y vio a Pinta paralizada de miedo, encogida en mitad del sendero atronador, en plena trayectoria del monstruo.

—¡No! —gritó Carrasca—. ¡Pinta, corre!

Sin embargo, el pánico impedía moverse a su amiga. Con un gruñido de furia, Zarzoso regresó a la carrera al sendero atronador y agarró por el pescuezo a la joven, que ya casi estaba bajo las patas del monstruo.

—¡Los va a matar a los dos! —aulló Betulón.

Los rayos centelleantes de la mirada del monstruo barrieron a los dos guerreros mientras Zarzoso tiraba de su compañera de clan a través de la superficie negra. Al principio, Pinta iba a rastras, como si estuviera muerta, pero luego, en apenas un segundo, se puso en pie y salió disparada. Zarzoso corrió tras ella, con el monstruo prácticamente encima. Durante un momento, Carrasca estuvo segura de que el monstruo los aplastaría con sus veloces patas, pero luego pasó de largo con un rugido, mientras Zarzoso seguía corriendo. Pinta llegó a la franja de hierba y se derrumbó en el suelo. Zarzoso frenó en seco a su lado.

El lugarteniente resopló irritado.

—Ese ha sido un ejemplo de cómo no cruzar un sendero atronador.

—Lo siento. —Pinta sonaba como una cachorrita asustada—. ¡Lo siento mucho!

Los demás se dejaron caer al suelo, resollando. Incluso Leonado parecía sobresaltado. «Solo debe de ser más valiente de lo que creíamos —pensó Carrasca mientras intentaba recuperar el aliento—. ¡Él ha hecho todo este viaje a solas!».

Fronde Dorado se acercó a Pinta para consolarla con un lametazo.

—No pasa nada —murmuró—. Todos cometemos errores.

—Pero ¡podría haber provocado que mataran a Zarzoso! —replicó ella con los ojos desorbitados de espanto—. Gracias, Zarzoso. ¡Me has salvado la vida!

La furia reflejada en la mirada del lugarteniente se apagó.

—Asegúrate de que no tenga que hacerlo de nuevo —le contestó con un guiño.

—Te lo prometo.

Después de dejarlos descansar unos momentos, Zarzoso les ordenó que se pusieran en marcha de nuevo.

—No podemos quedarnos aquí. Vayamos hacia los árboles. Puede que allí haya presas.

Los gatos lo siguieron a través de la hierba áspera. Ya no nevaba, pero una espesa capa blanca cubría el suelo y se les pegaba a las zarpas. «Tengo tanto frío que creo que estoy convirtiéndome en una gata de hielo», pensó Carrasca, intentando sacudirse de las patas los terrones blancos y helados. De cara, soplaba un frío glacial que levantaba la nieve suelta y se la lanzaba a los ojos.

—¡Cagarrutas de ratón! ¡Cómo duele! —masculló la joven.

A medida que se iban acercando al bosquecillo, Carrasca vio que los árboles eran más bajitos que los del territorio del Clan del Trueno, y que estaban retorcidos en formas extrañas. Parecían los arbustos del páramo del Clan del Viento, doblados como Dos Patas encorvados. Pero, al saborear el aire, la joven guerrera advirtió que los olores eran los más familiares que había captado desde que habían salido del bosque. El hedor del sendero atronador se estaba difuminando, y en su lugar detectó un olor a hojas y corteza; se le hizo la boca agua al reconocer el olor a ratón, conejo y ardilla.

—Nos quedaremos aquí a comer y descansar —anunció Zarzoso cuando llegaron al lindero de la arboleda—. No encontraremos un lugar mejor donde pasar la noche.

Betulón plantó las orejas, y Carrasca intercambió una mirada esperanzada con Leonado ante la idea de no tener que seguir avanzando entre la nieve.

—Todavía no puede haberse puesto el sol —protestó Fronde Dorado, observando las nubes grises que seguían cruzando el cielo.

—No, pero estamos cansados y helados —respondió Zarzoso—. Y como no podemos ver el sol, no podemos estar seguros de si vamos hacia el lugar donde se ahoga.

Fronde Dorado se encogió de hombros, asintiendo, y los seis se internaron en el bosquecillo. Bajo la protección de los árboles no había tanta nieve, y Carrasca sintió que las patas empezaban a entrarle en calor. El suelo era irregular, y descendía bruscamente hacia un arroyuelo que discurría entre las raíces de los árboles.

—Cazad lo que podáis y luego descansad —les ordenó Zarzoso.

A Carrasca le pareció percibir tensión en la voz del lugarteniente; quizá estaba preocupado por lo que iba a depararles aquella misión. «¿Acaso sabe que nos aguarda algo peligroso?».

Fronde Dorado desapareció entre la vegetación, y Leonado y Betulón se marcharon juntos.

—¿Te gustaría cazar conmigo? —le preguntó Carrasca a Pinta.

Su amiga aún parecía conmocionada por el susto que se había dado en el sendero atronador.

—¡Eso sería genial! —Pinta irguió las orejas—. ¿Dónde empezamos?

—Aquí mismo; es tan buen lugar como cualquier otro.

Las dos jóvenes guerreras saborearon el aire. Carrasca captó un olor fuerte a ardilla, y al cabo de un instante divisó una que rebuscaba al pie de un árbol de espino retorcido. Ladeando las orejas, se la señaló a Pinta. Su amiga asintió con los ojos centelleantes.

Carrasca le indicó que se quedara donde estaba, y luego, adoptando la postura de acecho, dibujó un círculo amplio para rodear el tronco. Había usado ese movimiento tantas veces en el territorio del Clan del Trueno que casi sintió como si volviera a estar en casa. Fue aproximándose a la ardilla por el otro lado, cada vez estaba más cerca, mientras deslizaba las patas por la hierba áspera. Cuando creyó que ya estaba lo bastante cerca, soltó un aullido sobrecogedor y saltó. Presa del pavor, la ardilla huyó a toda prisa, pero fue a parar directamente a las garras de Pinta, que la despachó con una dentellada veloz en el cuello.

—¡Magnífico! —exclamó Carrasca.

—Ha sido idea tuya —respondió Pinta, que parecía más animada.

Mientras Carrasca se dirigía hacia su amiga, Leonado apareció por detrás de un zarzal.

—Betulón y yo hemos cazado un conejo muy gordo.

Y entonces llegó Betulón, arrastrándolo a duras penas entre las patas delanteras. Lo dejó con un fuerte suspiro y se tropezó con las ramas bajas de un avellano. Un montón de nieve se desprendió y le cayó encima; el guerrero salió bufando de rabia y sacudiéndose de la cabeza a la cola.

Carrasca no pudo contener un ronroneo de risa.

—Ten cuidado, o tendremos que llamarte «Copito de Nieve» —se rio.

Los cuatro jóvenes llevaron las presas a un hueco resguardado junto al arroyo, donde el suelo estaba cubierto de hojas muertas. Zarzoso no tardó en aparecer con otra ardilla, y Fronde Dorado llegó con un par de ratones. Mientras comían, la calidez de sus cuerpos se extendió por el pequeño hueco. Con las ramas de los arbustos colgando sobre sus cabezas, Carrasca pensó que aquello parecía casi una guarida.

Cómoda y con el estómago lleno, la joven se relamió el hocico.

—Podría dormir durante una luna —dijo somnolienta.

—Muy bien —maulló Zarzoso—, pero será mejor que hagamos turnos para montar guardia.

—Yo seré el primero —se ofreció Leonado.

—De acuerdo —dijo Zarzoso, que abrió las fauces en un gran bostezo—. Despiértame cuando termines, y yo haré el siguiente.

Lo último que vio Carrasca mientras se acomodaba para dormir fue la figura de su hermano, mirando entre los árboles con las orejas plantadas.

La despertó el tacto de una garra en el costado. Parpadeando confundida, al principio pensó que estaba en la guarida de los guerreros. «Pero ¿y el musgo y los helechos? ¿Y por qué oigo una corriente de agua?».

Luego recordó que iban de camino al lugar donde se ahogaba el sol, con Zarzoso y el resto de la patrulla. El campamento del Clan del Trueno se hallaba a una jornada de distancia, y todo lo que la rodeaba era nuevo y desconocido.

Pinta estaba mirándola.

—Es tu turno —le dijo—. Eres la última.

Carrasca se levantó tambaleándose y se desperezó arqueando el lomo. Leonado, Betulón y Fronde Dorado estaban ovillados cerca de ella.

—¿Y Zarzoso? —preguntó bostezando.

—Se ha despertado mientras yo estaba de guardia —le explicó Pinta—. Me ha dicho que iba a inspeccionar los alrededores.

A continuación, se instaló entre las hojas y se enroscó la cola sobre la nariz.

—Voy a dormir todo lo que pueda —murmuró.

Carrasca se lavó, librándose de los trocitos de hojas secas que se le habían pegado al pelo, y luego dio unos pasos hasta el borde del arroyo. Antes de inclinarse a beber, paseó la vista por los árboles. Apenas distinguió las ramas contra el cielo, que empezaba a cambiar del negro al gris. Todo estaba en silencio.

Bebió unos tragos largos del agua helada. Y cuando se sacudió las gotas de los bigotes, oyó un grito de auxilio y entrevió un mirlo alzando el vuelo. Al cabo de un momento, entre los árboles apareció Zarzoso cargado con un conejo.

—Aquí la caza es buena —maulló el atigrado, dejando la presa a los pies de Carrasca.

A la joven se le hizo la boca agua con el delicioso olor que emanaba la presa.

—¿Debería cazar algo más? —se preguntó—. Un conejo no bastará para los seis.

—De acuerdo —respondió el lugarteniente—. Pero no salgas de la arboleda. Yo despertaré a los demás. La próxima vez, tú harás la primera guardia —añadió—. Ahora tenemos que ponernos en marcha.

Carrasca siguió el arroyo, saltó por encima de una cascada pequeña y prácticamente cayó sobre un campañol justo antes de que pudiera escabullirse a su madriguera. Tras echarle tierra encima, la guerrera subió por la orilla y se detuvo a saborear el aire, aguzando el oído para captar los leves sonidos de las presas. No tardó en localizar a un ratón que mordisqueaba semillas debajo de un arbusto. Con las patas más ligeras que el viento, Carrasca se deslizó por el suelo y le partió el cuello de un zarpazo veloz. Después de recoger el campañol, regresó con las dos piezas de carne fresca.

Antes habría estado orgullosa de su destreza como cazadora, sobre todo al mostrarle a Zarzoso la rapidez con la que conseguía presas. Pero ahora ni siquiera pudo mirarlo a los ojos mientras él la felicitaba. Todo su entrenamiento, todo lo que creía que sabía, solo sería polvo si ella ni siquiera era una gata de clan auténtica.

El resto de los integrantes de la patrulla ya estaban despiertos. Comieron deprisa y siguieron a Zarzoso hasta el borde del bosquecillo.

—Ya estamos cerca del hogar de Medianoche —maulló el lugarteniente —. Tened cuidado, y no os separéis de mí.

Ante ellos, el terreno era plano y estaba vacío, excepto por las viviendas de los Dos Patas, sin ningún cobijo a la vista. El cielo estaba despejado, solo había unas pocas nubes deshilachadas, y la luz lechosa del alba comenzó a brillar a espaldas de la patrulla. El viento golpeó a Carrasca en la cara en cuanto abandonaron la protección de los árboles. Era frío y cortante, cargado de un matiz poco familiar, como a sangre congelada.

—¡Este viento va a arrancarme el pelo! —protestó Betulón.

A Carrasca le escocían los ojos y la boca, y notaba el pelaje pegajoso. Entornó los ojos y bajó la cabeza, acercándose a Leonado mientras avanzaban sobre la hierba reseca, hasta que, por debajo del silbido del viento, distinguió un rugido sordo que no se parecía a nada que hubiese oído.

Leonado se detuvo de repente. Pero, incapaz de hacerlo a tiempo, Carrasca chocó contra él, bufó irritada y trastabilló cuando Pinta chocó a su vez contra ella. Cuando levantó la cabeza, Carrasca vio que Zarzoso y Fronde Dorado estaban juntos, contemplando algo. La joven guerrea se les acercó, y los seis terminaron formando una línea.

«¡Por el gran Clan Estelar!». ¡Habían llegado al mismísimo final de la tierra! A sus pies, el suelo descendía formando un cúmulo de rocas. Y desplegándose ante ellos, hasta donde Carrasca alcanzaba a ver, había una extensión interminable de agua gris que rugía y se agitaba sin parar.

—Bienvenidos al lugar donde se ahoga el sol —anunció Zarzoso.

7

Cuando la patrulla se marchó en busca de Solo, Glayo se quedó en el claro, olfateando el matiz a nieve que detectó en el viento que se había levantado con el amanecer. Oyó que el suelo crujía bajo las patas de varios gatos a medida que entraban en la guarida de los guerreros. Entre sus compañeros de clan se había instalado una tensión extraña.

—Patrulla del alba —anunció Látigo Gris no muy lejos de él—. Tormenta de Arena, la encabezarás tú. Llévate a Raposino y Esquiruela. Y tened cuidado en la frontera del Clan del Viento.

—¿De verdad tengo que ir con ellos? —Glayo percibió angustia en la voz de Raposino—. No me gusta el Clan del Viento.

—Chist —le espetó Fronda, espantada—. Ya sabes que ahora no hay nada que temer.

Glayo hizo una mueca. Parecía como si todo el clan creyera que el asesino de Cenizo era Solo y que ya no había nada por lo que preocuparse. «Pero ¡se equivocan! ¡Están totalmente equivocados!».

—Raposino, tú eres mi aprendiz —maulló Esquiruela con irritación—. Por supuesto que vas a venir conmigo. Aunque, si lo prefieres, puedes quedarte a comprobar si los veteranos tienen garrapatas.

—Uf… no. Creo que iré a patrullar.

—Estarás bien —lo tranquilizó Estrella de Fuego, que acababa de bajar de la Cornisa Alta—. ¿Quiénes van a formar las patrullas de caza, Látigo Gris?

—Creo que yo dirigiré una —le respondió el guerrero gris—. Me llevaré a Acedera y Ratonero. —En voz más baja, añadió—: Si las lideramos tú y yo, todos creerán que hay algo que temer.

—Bien pensado —aprobó Estrella de Fuego.

—Manto Polvoroso, tú dirigirás la otra —continuó Látigo Gris, recuperando el tono—. Nimbo Blanco y Centella irán contigo. Probad por la

frontera con el Clan de la Sombra, pero recordad lo que dijo Zarzoso: mucho cuidado con traspasarla.

—No nací ayer, gracias —le espetó Manto Polvoroso, molesto.

—¿Nos llevamos a Albina? —preguntó Centella—. No sale mucho, ahora que Candeal está en la maternidad.

—Claro —respondió Látigo Gris—. ¡Albina! Deja de jugar con ese trozo de corteza y ven.

La aprendiza llegó a la carrera, maullando entusiasmada.

—Vas a salir de caza con Manto Polvoroso, Nimbo Blanco y Centella —le explicó el guerrero gris—. Contamos con que traigas un montón de carne fresca.

—Seguro que sí —afirmó Estrella de Fuego—. Lo estás haciendo muy bien, Albina.

Glayo notó la felicidad orgullosa que embargó a la aprendiza cuando se unió al grupo de guerreros.

—No tardaremos mucho en celebrar una nueva ceremonia de nombramiento de guerreros —le dijo Estrella de Fuego a Látigo Gris.

Aunque el líder sonó contento, Glayo captó las dudas que zumbaban tras sus palabras. Sabía que Estrella de Fuego tenía la mente puesta en la patrulla que había ido en busca de Solo.

«¿De verdad Solo mató a Cenizo? ¿He acertado al enviar a tantos guerreros en su busca? ¿Mi clan será vulnerable sin ellos?». Glayo oía los pensamientos de Estrella de Fuego con tanta claridad que parecía que los estuviera expresando en voz alta. Para su sorpresa, percibió que el líder seguía sintiéndose débil tras el ataque de tos verde que le había arrebatado una de sus nueve vidas; en su mente acechaba el miedo a que la enfermedad regresara.

«Y quizá hace bien en mostrarse temeroso», pensó Glayo, que oyó que Zancudo resollaba trabajosamente cerca de la maternidad, mientras sus cachorros se lanzaban sobre él.

—Muy bien —maulló Dalia, la madre de los pequeños—. Podéis practicar los movimientos de combate con vuestro padre. Zancudo, ¿no podrías hacer mejor el papel de tejón aterrador?

—Los tejones… no… —empezó Zancudo, con dificultades para respirar — tienen… tos verde —terminó, a duras penas.

Cerca de ellos, Mili estaba lavando a sus tres cachorros, interrumpiéndose de vez en cuando para toser.

—No te quedes fuera si hace más frío —advirtió Látigo Gris a la reina, acercándose a ella—. Y vosotros tres, no juguéis a lo bruto con vuestra

madre.

—No lo haremos —respondió Floreta con su vocecilla aguda.

—Muy bien, pues las patrullas ya pueden salir —anunció Látigo Gris—. Estad ojo avizor e informad de cualquier cosa rara que veáis.

La hondonada rocosa se sumió en el silencio tras la partida de las patrullas. Los guerreros que quedaban regresaron a la guarida para escapar del frío. Dalia y Mili rodearon a sus cachorros.

—Es hora de hacer un poco de ejercicio —maulló Mili—. Correr alrededor del claro os mantendrá calientes. A ver quién es el primero en coger un palo de la barrera de espinos y volver aquí.

—¡Yo! —chillaron todos los cachorros a la vez, y luego salieron disparados a través del claro.

Glayo se apartó de un salto para que no lo atropellaran y volvió a su guarida.

En cuanto cruzó la cortina de zarzas, lo rodeó una nube de polvo de musgo y helechos.

—¿Qué está pasando? —preguntó, conteniendo un estornudo.

—Estoy renovando los lechos —le explicó Hojarasca Acuática—. ¿Puedes venir aquí a enrollar este musgo usado?

Cuando Glayo se acercó a ella, las patas se le hundieron en los montones de musgo y helechos que Hojarasca Acuática ya había sacado.

—Creo que va a nevar —dijo el joven—. El musgo fresco de fuera estará empapado.

—Podemos escurrir el agua —replicó la curandera—. Este relleno viejo está asqueroso. ¿Cómo vamos a pedirles a los gatos enfermos que duerman en él?

«Yo preferiría dormir en eso que salir y terminar mojado y congelado», pensó Glayo.

El curandero estaba empezando a reunir los montones de desechos, medio enterrado en frondas secas y puñados de musgo, cuando oyó que entraba alguien. Por encima del olor polvoriento de los lechos viejos distinguió el olor de Estrella de Fuego.

—¿Cómo te encuentras, Hojarasca Acuática? —le preguntó el líder del clan.

—Bien, gracias —respondió ella en tono brusco, sin dejar de sacar relleno.

—Quería preguntarte una cosa…

El líder enmudeció, y Glayo percibió que irradiaba nerviosismo. El joven se agazapó entre los helechos, tratando de no estornudar y esperando que Estrella de Fuego no necesitara hablar en privado con su mentora.

—¿Y bien? —le espetó Hojarasca Acuática.

—Yo solo… —El líder se interrumpió de nuevo.

«¡Dilo de una vez!», lo instó Glayo en silencio.

—Ya sé que no soy quién para decirle a una curandera cómo hablar con el Clan Estelar —maulló Estrella de Fuego, sonando más incómodo con cada palabra que pronunciaba—. Pero me preguntaba si… ¿Has pensado en buscar a Cenizo en el Clan Estelar para que te cuente quién lo mató?

«¡¿Qué?!». Glayo por poco se ahoga con un trozo de musgo.

Hojarasca Acuática guardó silencio durante un momento que se hizo bastante largo. Cuando por fin habló, su voz sonó tan gélida como la nieve de la estación sin hojas.

—Yo no elijo con quién me encuentro en el Clan Estelar. Son nuestros antepasados quienes se acercan a mí; yo no puedo ir a buscarlos. Si Cenizo viene a verme y quiere hablar, lo escucharé.

Glayo no solo percibió conmoción y rabia en su mentora; había algo más. ¿Podía ser… miedo?

—Disculpa —dijo Estrella de Fuego—. No era mi intención…

—Haré todo lo que pueda, te lo prometo —añadió ella con un tono más amable—. Yo quiero saber quién mató a Cenizo tanto como tú.

«¿Y por qué a mí me cuesta tanto creerte?», replicó Glayo para sus adentros.

Ese mismo día, después de sacar de la guarida todo el relleno usado de los lechos y llevarles atanasia a los gatos que aún sufrían las consecuencias de la tos verde, Glayo se dirigió al montón de la carne fresca, donde escogió un campañol. La nevada había cubierto el campamento, pero en ese momento un débil rayo de sol le calentó la piel.

Mientras comía, advirtió que Hojarasca Acuática salía de la guarida de los veteranos con Musaraña y Rabo Largo.

—¡Glayo! —lo llamó la curandera—. Cuando termines quiero que vayas a dar un paseo con los veteranos. Es la primera vez que salen del campamento desde que contrajeron la tos verde.

El joven engulló un nuevo bocado de campañol.

—De acuerdo.

—No somos cachorros, ¿sabes? —rezongó Musaraña—. Podemos ir y volver del lago sin necesidad de que alguien nos guíe.

—Lo sé —respondió Hojarasca Acuática con paciencia—. Pero quiero que Glayo busque hierbas. Nos estamos quedando sin atanasia, y también nos vendría bien tener perifollo y milenrama. Tal vez haya crecido un poco debajo de los árboles que hay cerca del lago.

Musaraña se limitó a responder soltando un suspiro exagerado. Glayo imaginó que la escuálida veterana marrón estaría poniendo los ojos en blanco en señal de hastío.

Hojarasca Acuática se acercó a él.

—Quiero que cuides especialmente de Musaraña —le susurró—. Asegúrate de que no se excede, y fíjate en su respiración. —Luego añadió en voz más alta—: Musaraña, quizá Rabo Largo y tú podríais ayudar a Glayo a cargar con las hierbas que encuentre.

—Creo que seremos capaces de hacerlo —gruñó la vieja gata.

Glayo se tragó el resto del campañol y abrió la marcha hacia el túnel de espinos. Musaraña lo siguió, guiando a Rabo Largo. Parecía que en el bosque reinaba la calma ahora que casi todas las hojas habían caído de las ramas. Glayo tuvo que abrirse paso entre los montones de hojas muertas, alerta para evitar los montículos de nieve que aún quedaban debajo de los árboles. En el aire había un matiz a escarcha.

El olor del agua condujo al joven hacia el lago. Iba pendiente de Musaraña y Rabo Largo, que caminaban junto a él, y percibió antes que la veterana la rama caída que se cruzaba en su camino.

—Por aquí —le indicó a Rabo Largo, poniéndole la cola sobre el lomo para guiarlo alrededor del obstáculo.

—Creo que ves mejor que cualquiera de nosotros —dijo Musaraña, que no sonó tan malhumorada como de costumbre; al contrario, casi parecía impresionada.

«Ojalá fuera así —pensó Glayo—. Ahora mismo, no puedo ver muy lejos». Deseaba saber qué había pasado con la profecía, y si Pedrusco sabía algo sobre el secreto que había desvelado Esquiruela. Pero, sobre todo, deseaba saber quiénes eran sus verdaderos padres.

Los árboles empezaron a desaparecer, y un viento frío golpeó a Glayo en la cara cuando se aproximaron al lago.

—Tú vete a hacer lo que tengas que hacer —le dijo Musaraña—. Rabo Largo y yo vamos a buscar un lugar soleado donde echar una cabezada.

—Sí, debería haber hierbas…

—Mira —lo interrumpió la anciana—, ya sé que Hojarasca Acuática te ha enviado con nosotros solo para asegurarse de que llegábamos al lago sin desplomarnos. ¡A estas alturas de la estación sin hojas, tendrás suerte si encuentras bastante hierba para llenarte la boca!

—Eso no es cierto —protestó él.

—Venga, ve; estaremos bien —afirmó Rabo Largo.

—Y si necesitas ayuda, solo tienes que llamarnos —añadió Musaraña—. Quizá tenga el paso vacilante, pero mis oídos están perfectamente.

—Vale.

Aliviado de poder librarse de esa obligación, Glayo corrió por la orilla del lago hasta las retorcidas raíces del árbol entre las que había escondido el palo. El viento gélido que procedía del lago soplaba a contrapelo cuando arrastró el palo hasta debajo de un saúco. Luego se tumbó con las zarpas encima de las marcas.

«Vamos, Pedrusco. Tengo que hablar contigo».

Un escalofrío de alarma le recorrió la columna cuando comprendió que podría volver a verse con el Clan Antiguo. Algo en su interior lo empujaba hacia allí —el deseo de ver a los amigos que había hecho, la curiosidad por averiguar cómo habían sobrellevado el viaje hasta las montañas—, pero tuvo que luchar contra eso. Sabía que los garras afiladas del Clan Antiguo no podrían ayudarlo en ese momento.

Aunque Glayo se concentró con todas sus fuerzas para representarse la cueva subterránea donde esperaba Pedrusco, aún podía notar la hierba bajo la barriga y una ramita rozándole la oreja.

—No hay necesidad de hacer eso —dijo a su espalda una voz ronca—. El palo no es la respuesta a todo.

Glayo abrió los ojos de golpe y descubrió que podía ver. Seguía estando bajo el saúco, pero cuando se volvió vio a Pedrusco detrás de él, casi transparente contra la hierba y los árboles. El anciano se arrastró por debajo del arbusto para reunirse con el curandero; su cuerpo pelado olía a piedras y a la oscuridad interminable de los túneles.

Glayo reprimió un escalofrío.

—¿Siempre has sabido que Esquiruela nos estaba mintiendo? —le preguntó.

Los ojos abultados y ciegos de Pedrusco se volvieron hacia él.

—Las respuestas se hallan dentro de tu propio clan —contestó—, si es que puedes encontrarlas.

—Eso no es una respuesta —maulló Glayo, irritado—. ¡Necesito tu ayuda!

—Yo no puedo darte la clase de ayuda que quieres —replicó el anciano.

—Entonces, ¿qué pasa con la profecía? Si nosotros no estamos emparentados con Estrella de Fuego…

—Construye tu propio futuro, Glayo —lo interrumpió Pedrusco—. No esperes que lo dejen a tus pies como una pieza de carne fresca.

El joven sintió un hormigueo de irritación por todo el cuerpo. ¿Cómo se suponía que iba a construir su propio futuro si nadie le contaba nada? Clavó las garras en la tierra.

—¡Glayo! —lo llamó Musaraña desde la orilla del lago—. ¡Glayo!

La oscuridad se abatió sobre la vista del joven curandero. El olor de Pedrusco se desvaneció.

—¡Glayo! ¿Dónde estás?

El curandero salió de debajo del saúco al tiempo que cubría de hojas secas el palo. Tendría que regresar más tarde a esconderlo debidamente.

—¿Qué hacías ahí debajo? —le preguntó la veterana acercándose a él—. Ya estamos listos para marcharnos. No sé si tenemos que ayudarte a cargar con algunas hierbas…

—Mmm… pues no. No-no he encontrado nada —tartamudeó.

La anciana suspiró.

—Quizá no estabas buscando en el sitio adecuado. Por lo que yo sé, las hierbas no crecen bien debajo de los arbustos de saúco. Justo detrás de ti hay una mata enorme de atanasia —añadió.

Glayo sintió que ardía de vergüenza. Debería haber dedicado un momento a recoger hierbas antes de intentar hablar con Pedrusco. Se había concentrado tanto en contactar con el viejo espíritu que ni siquiera había reparado en el intenso olor de la atanasia.

—Gracias —masculló.

Advirtió la irritación de la veterana mientras recolectaban juntos la atanasia. No había tanta como para que Glayo necesitara que lo ayudaran a llevarla, y no localizó otras hierbas de regreso al campamento.

—¿Eso es todo? —le preguntó Hojarasca Acuática.

Cuando Glayo llegó con la atanasia los estaba esperando delante de la guarida.

—¿Y qué pasa con el perifollo y la milenrama que te he pedido?

—No los he encontrado —respondió él con la boca llena de tallos.

Su mentora soltó un resoplido.

—Seguro que ni los has buscado. Glayo, no te he mandado afuera a que perdieras el tiempo. ¡Se supone que debes hacer tu trabajo! —la voz se le transformó en un gruñido—. Si todo el mundo lo hiciera, no tendríamos problemas.

«¿Qué mosca le ha picado?», se preguntó el joven. Ese mal genio no era propio de la curandera. Por una vez, no quería discutir con ella, así que se dirigió a la guarida para guardar la atanasia.

Hojarasca Acuática lo adelantó con brusquedad.

—¡Deja eso! Ya lo haré yo.

Prácticamente le arrebató las hierbas de la boca, y, hecha una furia, se las llevó a la grieta.

Glayo salió de la guarida y se dirigió al montón de la carne fresca. Sin embargo, ya había comido y ni siquiera lo tentó un ratón recién cazado. Las punzadas que sentía en el estómago eran más fuertes que las del hambre. Añoraba a sus hermanos más de lo que habría creído posible. Nunca habían estado separados tanto tiempo.

En su sueño, Medianoche le había dicho que la patrulla había emprendido una búsqueda inútil, y Pedrusco, que las respuestas se hallaban dentro del Clan del Trueno. Sin embargo, Glayo no sabía cómo iba a encontrarlas solo. ¿Qué clase de poder era tener la capacidad de pasearse por los sueños de otros gatos si cuando despertaba seguía ciego? Era imposible que averiguase nada cuando la oscuridad lo atrapaba a cada paso.

8

Leonado se quedó sin aliento mientras contemplaba la extensión de agua gris. Un frío cortante y glacial le azotaba el pelo con tanta intensidad que el joven sintió que iba a derribarlo en cualquier momento y lanzarlo a las rocas del fondo del acantilado.

—Por aquí —ordenó Zarzoso.

El lugarteniente guio a la patrulla por el extremo del precipicio hasta una torrentera estrecha bordeada de hierba rala. Leonado suspiró aliviado cuando se libraron del viento.

—Medianoche vive cerca de aquí —les explicó Zarzoso cuando todos se reunieron a su alrededor al fondo de la torrentera.

—¿Cómo supisteis dónde encontrarla? —le preguntó Carrasca con curiosidad.

—No lo sabíamos —admitió él—. Ni siquiera sabíamos que estábamos buscando a una tejona. —Sacudió la punta de la cola—. Yo encontré su madriguera al caerme dentro.

A Pinta se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Te hiciste daño?

—¿Medianoche no te daba miedo? —quiso saber Betulón.

—Este no es momento para contar historias —respondió Zarzoso, agitando una oreja como si quisiera ahuyentar a una mosca—. Tenemos que seguir.

A continuación condujo a la patrulla a lo largo de la torrentera. De vez en cuando ascendía para asomar la cabeza y ver cuánto trecho del acantilado habían recorrido; mientras, los demás permanecían agachados en el fondo, escuchando las ráfagas de viento que azotaban en lo alto.

Por fin, Zarzoso les hizo una señal con la cola para que subieran a reunirse con él.

—Ya casi hemos llegado —les dijo—. No os quedéis atrás.

Los miembros de la patrulla pegaron la barriga a la hierba, corta y áspera, y avanzaron detrás de Zarzoso hacia el borde del acantilado.

«¿Es que va a saltar por ahí?», se preguntó Leonado conforme iban acercándose al abismo.

Sin embargo, justo antes de que la tierra desapareciese bajo sus patas, Zarzoso saltó a otra torrentera, una muchísimo más profunda y estrecha, que descendía por una pendiente escarpada del acantilado. El resto de los gatos lo siguieron, con Leonado cerrando la marcha. Las afiladas piedras que cubrían el suelo se le clavaban en las zarpas o resbalaban a su paso, y a punto estuvo de caerse. Betulón patinó y chocó contra Pinta, y Fronde Dorado tuvo que frenarlos a los dos para que no salieran rodando.

—¡Gracias! —maulló Betulón, resollando.

—Mirad bien dónde ponéis las patas —les aconsejó el guerrero.

La torrentera terminaba en una playa pedregosa; la arena estaba casi cubierta por completo de guijarros. Leonado había visto olas en el lago cuando el viento soplaba con fuerza, pero las olas que ahora tenían delante eran muchísimo más grandes y rompían contras las rocas salpicando chorros de espuma. Pinta se quedó observándolas despavorida, tan aterrada que apenas era capaz de poner una pata delante de la otra.

—Odio esto —masculló Carrasca, retrocediendo hacia la pared del acantilado—. Tengo el pelo mojado y pegajoso. —Giró la cabeza para darse un lametón en el lomo—. ¡Puaj!

Leonado notaba el pelo igual de pringoso, y arrugó la nariz por el olor desconocido que impregnaba el aire. «Este no es lugar para gatos», pensó.

Con un movimiento de la cola, Zarzoso saltó a un saliente rocoso y desapareció de inmediato por debajo del borde del acantilado.

—¿Adónde ha ido? —quiso saber Betulón, desconcertado.

Leonado vio el brillo de los ojos ámbar del guerrero al fondo del acantilado.

—¡Venga! —los llamó el lugarteniente.

De mala gana, la patrulla lo siguió por debajo de las rocas afiladas, semejantes a colmillos, hasta una caverna de techo bajo. Leonado se quedó mirando las claras paredes arenosas y el suelo alfombrado de unas piedras grandes y lisas. Por encima de ellos, una luz gris se colaba por un pequeño agujero del techo.

—¿Es por ahí por donde te caíste, Zarzoso? —preguntó Leonado, recordando lo que había dicho el lugarteniente sobre cómo encontró a

Medianoche.

Él asintió.

—La cueva estaba llena de agua, y por poco me ahogo. Tu madre me salvó la vida.

A Leonado lo recorrió un escalofrío tan cruel como el agua estruendosa que rompía en el exterior. «Esquiruela no es mi madre». Tales palabras estuvieron a punto de salir de su boca, pero se las tragó. Si Zarzoso no sabía nada, aquel no era el lugar adecuado para contárselo.

Carrasca no había oído lo que Zarzoso acababa de contarle a su hermano. Estaba olfateando con curiosidad por la cueva, cerca del fondo, donde el suelo se elevaba y se volvía blando y arenoso. En la parte más alta había unas ramas entrelazadas.

—¿Qué hace esto aquí? —preguntó.

—Es la guarida de Medianoche —respondió Zarzoso.

Por primera vez, Leonado advirtió el olor a tejón por debajo del olor a agua. Se le erizó el pelo del cuello, pero se obligó a relajarse. El olor no era reciente y, además, Zarzoso les había contado que Medianoche era amiga de los gatos.

—¿Vendrá a buscarnos? —preguntó Pinta, nerviosa.

—Espero que sí —contestó Carrasca—. Glayo nos ha hablado de ella, y sabe muchas cosas.

Sus ojos verdes miraron a Leonado desde las sombras.

«¿Es eso lo que quieres, Carrasca? —se preguntó Leonado—. ¿Crees que Medianoche puede decirnos quiénes son nuestros padres?».

—Medianoche no está aquí. —Zarzoso sonó decepcionado—. Y su olor es rancio, así que no tiene sentido que nos quedemos a esperarla. Hace varios días que no viene. Será mejor que regresemos.

Al salir de la cueva, descubrieron que el nivel del agua había subido. Una ola rompió contra las rocas y lamió los guijarros de la playa. Leonado saltó hacia atrás cuando el agua se arremolinó en torno a sus patas, antes de retirarse con un repiqueteo siseante.

—Volvamos a la torrentera, deprisa —les ordenó Zarzoso.

El lugarteniente encabezó la patrulla a través de las rocas. Leonado trastabilló cuando el agua espumeó y le mojó la barriga, pero logró mantenerse en pie y ponerse a salvo con mucho esfuerzo en la escarpada torrentera en la que se habían refugiado Zarzoso y Pinta. Carrasca llegó arrastrándose después de él, con el pelo empapado y pegado al cuerpo.

—¡Detesto este lugar! —bufó la joven, sacudiéndose para intentar secarse —. Medianoche debe de tener el cerebro de un ratón para querer vivir aquí…

Un agudo grito de alarma la interrumpió. A Betulón lo acababa de golpear una ola enorme justo cuando trataba de saltar a la torrentera. Carrasca alargó una zarpa, pero, antes de poder agarrar a su compañero, la ola se lo llevó, dejándolo fuera de su alcance. Leonado lo entrevió luchando en el agua, con la boca abierta en un alarido de terror, y luego su cabeza desapareció bajo la superficie gris.

—¡Se va a ahogar! —chilló Carrasca.

En ese instante, una sombra sobrevoló a Leonado: Zarzoso había saltado al agua y estaba nadando con todas sus fuerzas hacia el punto en el que había desaparecido Betulón. Fronde Dorado, que seguía plantado a duras penas en las rocas de más abajo, se lanzó tras el lugarteniente del clan.

Leonado tensó los músculos para unirse al grupo de rescate, pero Carrasca le cortó el paso.

—No puedes —le dijo con voz ronca—. ¡Morirán más gatos!

—Tiene que haber algo que podamos hacer —maulló él, desesperado.

Al mirar a su alrededor, vio un arbusto retorcido que crecía entre las rocas a un par de colas de distancia de donde se encontraban.

—¡Pinta! —la llamó—. ¿Puedes romper una rama de ese arbusto?

La joven estaba mirando el lugar donde se ahoga el sol, paralizada por el espanto, viendo cómo sus compañeros de clan luchaban contra las olas. Se sobresaltó al oír a Leonado, pero luego se volvió y comenzó a tirar de la rama más larga.

Leonado fue a ayudarla. Para su alivio, el arbusto estaba seco, así que la rama se rompió bien y entre los dos pudieron llevarla hasta el borde del agua. Leonado soltó un respingo de alivio al ver que Betulón había vuelto a salir a la superficie. Zarzoso lo llevaba agarrado por el pescuezo, mientras Fronde Dorado nadaba a su otro lado, intentando empujarlo en dirección al acantilado.

Leonado dejó la rama al final de la torrentera y le hizo una seña con la cola a su hermana.

—Agárrala por el extremo —le indicó—. Sujétala bien con las garras y los dientes, y no dejes que se te escape.

Carrasca hizo lo que le decía, y empujó la rama hacia el agua todo lo que pudo. Leonado y Pinta se agazaparon a su lado; los tres estaban montados en el extremo de la rama para mantenerla firme en medio de las olas batientes. Entre sus patas se arremolinaba el agua.

«No podremos aguantar así mucho rato —pensó Leonado con tristeza—. Las olas acabarán arrastrándonos a nosotros también». Entornó los ojos para inspeccionar el agua, que rugía, y localizó a sus compañeros de clan, cabeceando en la superficie mientras una ola los empujaba hacia la orilla. Ese breve día de la estación sin hojas estaba llegando a su fin. El sol poniente bañaba de rojo la superficie del agua y convertía las cabezas de los guerreros en poco más que unas sombras meciéndose en un mar de sangre.

La ola los acercó más. Fronde Dorado alargó una zarpa y logró clavar las uñas en el extremo de la rama.

—¡Agárrate a ella! —le gritó a Betulón.

El terror había paralizado a Betulón, que tenía los ojos clavados en la nada, pero, cuando Zarzoso lo soltó del pescuezo, se aferró desesperadamente a la rama y se arrastró por ella hasta que alcanzó a pisar las rocas del fondo de la torrentera. Leonado soltó su extremo de la rama para izar más el cuerpo desmadejado del guerrero, que estaba chorreando y acababa de vomitar una gran bocanada de agua.

Fronde Dorado también trepó por la rama hasta ponerse a salvo, y se sacudió el pelo mojado.

—¡Zarzoso! —aulló—. ¡Zarzoso! ¿Dónde estás?

Cuando se dio cuenta de que el lugarteniente había desaparecido, a Leonado lo invadió el espanto y se quedó petrificado. «No puede haberse ahogado —pensó—. ¿Qué vamos a hacer sin él?».

Pero entonces vio su oscura cabeza emergiendo a la superficie, a un par de zorros de distancia del extremo de la rama. Estaba intentando nadar, pero sus esfuerzos eran en vano, se sentía mucho más débil.

Las olas sacudían a Carrasca y Pinta, que seguían sujetando la rama. La cola de Carrasca se hundió en el agua.

—¡Retroceded un poco, pero no la soltéis! —les ordenó Leonado, con el corazón latiéndole tan fuerte como las olas en la orilla. Luego aulló—: ¡Zarzoso! ¡Aquí!

El lugarteniente lo oyó y pareció que recuperaba la energía. Hizo un esfuerzo para mantenerse a flote y dejó que la siguiente ola lo empujara hacia la rama. Logró clavar las garras en ella y elevarse antes de que la ola lo arrastrara de nuevo al retirarse.

—¡Cagarrutas de zorro! —bufó sobre las piedras de la torrentera, con el agua mojándole las patas—. De verdad creía que me iba con el Clan Estelar.

Los gatos comenzaron a alejarse del agua ávida. Zarzoso subió por la torrentera hasta Betulón, que seguía tirado en las rocas con los ojos cerrados.

Solo el movimiento de su pecho revelaba que estaba vivo.

Zarzoso le dio un empujoncito.

—¿Betulón?

El joven atigrado abrió los ojos y soltó un suspiro tembloroso.

—Podría haberme ahogado —dijo con la voz quebrada por el miedo—. Y no habría vuelto a ver a Candeal… ni habría conocido a nuestros hijos.

—Pero ahora ya estás bien. —Zarzoso tenía la voz ronca; el agua salada le había irritado la garganta—. Venga, pongámonos en marcha.

El lugarteniente del clan no permitió que la patrulla descansara hasta que llegaron a la torrentera menos profunda, la que discurría a lo largo del acantilado. Protegidos del viento, y con las olas retumbando contra el muro de roca, pudieron parar a lavarse. Leonado hizo una mueca cuando notó el sabor de la sal, y vio que el resto de sus compañeros también arrugaban la boca mientras se limpiaban.

—Gracias, Zarzoso y Fronde Dorado —murmuró Betulón—. Me habéis salvado la vida.

Fronde Dorado le tocó el lomo con la punta de la cola.

—Ya ha pasado todo, y, gracias al Clan Estelar, no ha muerto nadie. Zarzoso, ¿qué crees que deberíamos hacer ahora teniendo en cuenta que Medianoche no está aquí?

Con un movimiento de las orejas, el lugarteniente aceptó que su compañero cambiara de tema con tanta diplomacia.

—Seguiremos buscando a Solo. En el poblado de los Dos Patas seguro que hay gatos que lo han visto.

A Fronde Dorado se le erizó el pelo del cuello al oír el nombre de Solo.

—Sí, tenía cierto aire a minino doméstico.

«Ese gato no es ningún minino doméstico». Leonado no se atrevió a decirlo en voz alta, por si alguno de sus compañeros le preguntaba por qué sabía tanto sobre Solo. En su lugar, intercambió una mirada dubitativa con Carrasca. No estaba seguro de querer ir al poblado de los Dos Patas, y sabía que su hermana sentía lo mismo. Pinta también parecía nerviosa, pero fue Betulón quien al fin dijo lo que todos estaban pensando.

—¿Es necesario que nos acerquemos tanto al territorio de los Dos Patas? No es lo que deben hacer los gatos de clan.

—No tenemos elección —gruñó Zarzoso—. ¡No vamos a regresar con nuestro clan sin Solo!

«Me pregunto si Zarzoso tendría las mismas ganas de ir tras el asesino de Cenizo si supiera que este pretendía destrozar a Esquiruela», pensó Leonado.

Sin embargo, Zarzoso tampoco sabía que Esquiruela le había mentido. «Le ha dejado creer que es nuestro padre. ¿Sentiría él la misma lealtad hacia ella si descubriera la verdad?».

El joven negó con la cabeza para intentar librarse de todas las mentiras. Tenía que concentrarse en lo único que dependía de él: convertirse en el mejor guerrero posible para el Clan del Trueno. «Sé que todavía puedo luchar sin resultar herido. Solo necesito una oportunidad para demostrarlo…».

—¿Qué ocurre? —le susurró Carrasca al oído—. ¿Has captado algo? —le preguntó, erizando el pelo.

Leonado reparó en que estaba clavando las garras en el suelo, como preparado para atacar.

—No, no pasa nada —respondió en un susurro, obligándose a relajarse—. Es que estaba pensando en Solo.

—Esto es lo que vamos a hacer —anunció Zarzoso—. Como cerca de los acantilados no hay ningún lugar habitable para los gatos, y tampoco hay nada que cazar, nos dirigiremos hacia los alrededores del poblado de los Dos Patas. Allí buscaremos gatos que puedan haber visto a Solo.

—Siempre y cuando nos quedemos en los alrededores… —masculló Carrasca.

La patrulla ascendió a lo alto de la torrentera y avanzó en dirección al borrón rojo que formaban las viviendas de los Dos Patas, en el extremo opuesto del acantilado. A pesar del viento, que no había amainado, Leonado se sintió agradecido de dejar atrás el estruendo de las aguas turbulentas.

El sol se había esfumado, el lugar donde se ahogaba lo había engullido, y las sombras iban extendiéndose sobre la hierba. A Leonado le rugió el estómago, y recordó que no había comido nada desde primera hora de la mañana.

—Buscaremos presas en cuanto lleguemos al poblado de los Dos Patas —le prometió Fronde Dorado al oír cómo le rugían las tripas.

«¿Y qué clase de presas encontraremos allí? —se preguntó el joven guerrero—. ¡Yo no pienso tomar comida para mascotas!».

Conforme se acercaban a las viviendas de los Dos Patas, Leonado se notaba cada vez más nervioso, y advirtió que sus compañeros —con el pelo erizado y la mirada inquieta— se sentían igual. Algo negro se abalanzó hacia ellos lanzando un chillido estridente. Leonado se tiró al suelo y rodó sobre sí

mismo exhibiendo las garras y los colmillos, a tiempo de ver cómo un murciélago se alejaba aleteando hasta desaparecer en la creciente oscuridad.

Betulón reprimió un ronroneo de risa.

—Ojalá lo hubieras atrapado —maulló—. Así podríamos haber comido algo.

—Habría sido poca cosa entre seis —gruñó Leonado.

En las viviendas de los Dos Patas comenzaron a encenderse las luces, y el cielo se fue iluminando con un espeluznante resplandor anaranjado. Leonado arrugó la nariz al captar olores extraños, y notó que se le erizaba el pelo del cuello por los sonidos estridentes y desconocidos.

A Carrasca le brillaban los ojos y se le había erizado tanto la cola que en ese momento le medía el doble de su tamaño. Incluso Zarzoso y Fronde Dorado se movían con cautela ante las gigantescas guaridas de los Dos Patas que se alzaban a poca distancia.

—Yo no creo que Solo viva con los Dos Patas —maulló Zarzoso—, así que lo más probable es que lo encontremos… a él o a los gatos que lo hayan visto… en las afueras.

Condujo a la patrulla a través de una franja de hierba más blanda y se detuvo delante de una valla alta hecha de tiras planas de madera. Leonado saboreó el aire; entre muchos olores que no logró identificar, distinguió el de los perros y los Dos Patas.

—Cada vivienda tiene al lado un pequeño trozo de territorio —explicó Zarzoso—. Y este está delimitado por una valla de madera o de piedra. Creo que esa es la forma que tienen los Dos Patas de marcar sus fronteras.

—¿Cómo sabe tanto sobre eso? —murmuró Carrasca con recelo.

—En el viejo bosque había un poblado de Dos Patas —le respondió Fronde Dorado—. Justo al lado de nuestro territorio. ¿No recuerdas la historia de cómo Estrella de Fuego se alejó de su hogar con los Dos Patas y conoció a Látigo Gris en el bosque?

—Más o menos —maulló ella, encogiéndose de hombros.

Zarzoso los guio a lo largo de la verja, hacia un hueco inundado de luz naranja. Sin embargo, antes de que llegaran a él, oyeron unos fuertes ladridos al otro lado de la valla. Leonado pegó un salto cuando dos perros empujaron la endeble madera. El joven intercambió una mirada de espanto con Carrasca. «¿Y si cede?».

—¡Corred! —aulló Zarzoso.

La patrulla avanzó a toda prisa a lo largo de la valla y se coló por el hueco. En cuanto pisaron la piedra negra del final de la verja, Leonado quedó

cegado por un rayo de luz blanca. ¡Un monstruo iba derecho hacia ellos!

Alguien soltó un alarido de pavor. Durante un segundo, Leonado vio a sus compañeros de clan recortados contra el resplandor que desprendían los ojos del monstruo. Luego saltó hacia atrás, hacia el borde del sendero atronador, donde aterrizó bruscamente en mitad de unos espinos.

Cuando se atrevió a alzar la vista, el monstruo había reducido el paso y estaba girando hacia una abertura que había en la parte trasera de una de las viviendas. A ambos lados del sendero atronador, unos árboles de piedra altos proyectaban hacia abajo una luz naranja intensa. Leonado vio a Betulón despatarrado al pie de la valla, y sobre esta Fronde Dorado mantenía el equilibrio con el lomo arqueado y la cola erizada. Carrasca y Zarzoso salieron juntos de las profundas sombras de debajo de un árbol.

—¿Betulón? —lo llamó Leonado en voz baja—. ¿Te encuentras bien?

Para su alivio, el joven guerrero atigrado se puso en pie y agitó los bigotes.

—Tengo a todos los guerreros del Clan Estelar en la cabeza —maulló—. ¡Esa cosa era feroz!

Los espinos sobre los que había aterrizado Leonado crecían junto a otro hueco en la valla de los Dos Patas. Al joven se le contrajo el estómago al ver que aún había un monstruo más delante de la vivienda, pero se tranquilizó al darse cuenta de que estaba dormido.

Al otro lado del hueco, algo reluciente que pertenecía a los Dos Patas había volcado, y un montón de basura se había vertido por el suelo. Leonado arrugó la nariz al oler la carroña. Al instante, el montón se movió y Pinta salió de debajo de él, sacudiéndose porquerías del pelo.

—He tirado esta cosa —se lamentó la gata—, y ahora estoy cubierta de todas estas asquerosidades.

Leonado se acercó a ayudarla. La guerrera tenía pegados al pelo pedazos de algo que olía como una planta, pero que estaban fríos y eran viscosos, como si fuera hierba que alguien hubiera recogido y ahora se estuviera pudriendo abandonada bajo la lluvia. Receloso, Leonado alargó una zarpa para quitarle los trozos de encima; Carrasca y Zarzoso se le unieron para ayudar.

—Esto sabe fatal.

Pinta se lamió el omoplato y luego se pasó la lengua por la boca, como para tratar de librarse del sabor repugnante.

—Preferiría comer cagarrutas de zorro —añadió.

Fronde Dorado se situó al borde del sendero atronador para vigilar por si aparecían más monstruos. Aún tenía el pelo erizado, igual que Zarzoso, que seguía ayudando a Pinta a limpiarse.

Al ver que los dos guerreros veteranos estaban tan alterados, Leonado se sintió un poco más valiente.

—No debía de haber perros en el poblado de los Dos Patas del viejo bosque —le susurró a Carrasca—. Incluso a Zarzoso lo han pillado por sorpresa.

—Me pregunto qué más nos sorprenderá —respondió ella.

Mientras tanto, Betulón había cruzado el sendero atronador para ir a olfatear el montón de basura que había salido del objeto reluciente.

—¡Eh, mirad esto! —exclamó—. Zarzoso, ¿podemos comérnoslo?

En un primer momento, Leonado no estuvo seguro de qué era lo que estaba sacando su compañero de la basura. Se veía liso y blanquecino, y olía ligeramente a carne fresca, aunque no se parecía a ninguna presa que hubiese visto antes. También desprendía hedor a Dos Patas. Leonado sabía que no deseaba comérselo, pero, al mismo tiempo, el estómago le rugió al pensar en comida.

Zarzoso lo olfateó con cuidado y le un mordisquito en un lado para probarlo.

—Sabe un poco como el mirlo —les informó al cabo—. No creo que nos haga daño, y necesitamos alimentarnos.

—Supongo que eso significa que no cree que podamos atrapar muchas presas por aquí —le susurró Carrasca a Leonado al oído.

Zarzoso dividió la presa de los Dos Patas en seis partes iguales. Betulón volvió a revisar la basura, pero no encontró nada más.

—No está mal —le dijo Leonado a Carrasca con la boca llena—, si pasas por alto el olor a Dos Patas.

Carrasca estaba comiéndose su parte a bocados rápidos.

—¡Uf! Donde se ponga un buen campañol carnoso…

Tras mitigar un poco el hambre, Leonado se notó más fuerte, pero, cuando Zarzoso los guio hacia el interior del poblado de los Dos Patas, comenzó a sentirse atrapado. Las guaridas de piedra roja se alzaban por todos lados, más cerca que las paredes de la hondonada y más altas que los árboles del bosque. Al joven le dolían las almohadillas de caminar por la piedra. «¿Cómo puede un gato vivir aquí?».

A medida que iban avanzando por el sendero atronador, el resplandor anaranjado de los árboles de piedra proyectó las sombras de los gatos,

enormes y temblorosas, contra la pared. De repente, Carrasca se puso tensa y tocó a Zarzoso con la cola.

—¡Ahí delante hay algo! —siseó.

Leonado se quedó paralizado justo cuando Zarzoso alzaba la cola para indicarles que se detuvieran. Casi esperaba oír el rugido de otro monstruo, pero nada quebró el silencio, excepto el sonido de unas pisadas acercándose.

Pinta se arrimó a Leonado, que la notó temblar.

—¿Y si es un perro? —susurró la guerrera.

—Pues pelearemos contra él —replicó Leonado, flexionando las garras.

Pero se relajó soltando un suspiro cuando vio que un pequeño gato blanco y negro doblaba la esquina. El recién llegado frenó en seco y miró horrorizado a la patrulla, luego arqueó el lomo erizando hasta el último pelo.

Comenzó a retroceder casi de inmediato, sin dejar de mirar aterrorizado a los gatos de clan. Antes de que pudiera huir, Zarzoso dio un paso hacia él.

—No vamos a hacerte daño —le aseguró, alzando una zarpa para enseñarle que tenía las garras envainadas—. Solo queremos hablar contigo.

—¡Eso es lo que dijo él! —maulló el pequeño gato, que parecía muerto de miedo—. ¡Y mirad lo que pasó!

Antes de que Zarzoso pudiera preguntarle a qué se refería, el gato blanco y negro se volvió en redondo y se marchó por donde había aparecido. Zarzoso se lanzó tras él seguido de toda la patrulla, pero, cuando doblaron la esquina, el sendero atronador estaba vacío. Nada se movía bajo la cruda luz naranja.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó Zarzoso, apretando los dientes.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿de qué estaba hablando ese gato? —preguntó Fronde Dorado, perplejo.

Leonado intercambió una mirada con Carrasca y se dio cuenta de que en ella también había brotado la idea que había cruzado de inmediato su mente: «¡De Solo!».

—Me pregunto a quién se refería cuando ha dicho «él» —dijo Fronde Dorado pensativo, inspeccionando el sendero atronador, que ahora estaba en silencio. ¿Creéis que podría ser Solo?

—¡Me apuesto una luna de patrullas del alba a que sí! —respondió Betulón, entusiasmado.

—Nosotros no nos parecemos en nada a Solo —maulló Zarzoso—. Pero somos forasteros, al igual que él.

—¿Y qué habrá ocurrido? —Pinta se estremeció—. Por la forma en que ha actuado ese gato, debe de tratarse de algo malo.

Nadie respondió. Leonado sintió que se le revolvía el estómago. Sus compañeros parecían inquietos, tenían los ojos dilatados de miedo, como si esperaran encontrarse a Solo debajo de la siguiente hoja muerta.

—Es demasiado tarde para seguir buscando —Zarzoso rompió el silencio —. Vamos a descansar un poco, ya continuaremos mañana.

Los condujo por la misma ruta que acababan de recorrer, a lo largo del sendero atronador y de la valla al otro lado de la cual los perros habían intentado atacarlos. Ahora todo estaba tranquilo, aunque el olor a perro seguía siendo fuerte. Leonado desenvainó las uñas, listo para despellejar a aquellas criaturas crueles. Pero no oyeron nada al otro lado de la verja. Por fin llegaron a la franja de hierba blanda y árboles que habían cruzado para llegar al poblado de los Dos Patas.

Leonado y Carrasca se acomodaron en una guarida que improvisaron entre las raíces de un árbol; el resto de la patrulla encontró cobijo cerca.

—Estoy tan cansada que se me podrían caer las patas —musitó Carrasca, bostezando.

—A mí también.

Leonado temía que sus preocupaciones y la rareza del entorno lo mantuvieran despierto, pero, cuando su dolorido cuerpo se ovilló entre las hojas muertas, sintió que el agotamiento lo aplastaba como un pelaje pesado. Mientras se quedaba dormido, aún pudo oír en la distancia el rugido del lugar donde se ahoga el sol.

9

Glayo se despertó cuando una brisa fría le alborotó el pelo.

—Aquí hay que poner algo de relleno —refunfuñó para sí mismo al salir de su lecho pelado—. ¡Hay tanta corriente que parece que esté durmiendo en lo alto del risco del territorio del Clan del Viento!

Levantó la cabeza para captar los olores de primera hora de la mañana. Había un fuerte olor a hierbas en el aire. Cuando bajó la cabeza para atusarse el pelo, percibió que Hojarasca Acuática estaba delante de la cueva de las provisiones. La gata estaba haciendo paquetes de atanasia, y junto a ella detectó una mezcla recién preparada de bayas de enebro y hojas de margarita para aliviar el dolor de articulaciones que tenía Musaraña.

—¿Quieres que lo reparta yo? —se ofreció Glayo, acercándose a su mentora.

Hojarasca Acuática pegó un brinco.

—¡No te acerques con tanto sigilo! ¡Me has dado un susto de muerte! —Luego añadió, juntando con cuidado las hierbas—: No, puedo arreglármelas. Prefiero que vayas a la maternidad a examinarlos a todos, y también que mires si en los lechos hay pulgas. Ayer vi a Gabardilla rascándose.

Glayo dio media vuelta, ardiendo de resentimiento.

—¿Qué soy, curandero o aprendiz? —masculló, lo bastante alto para que Hojarasca Acuática lo oyera, pero ella no respondió.

Cuando el joven entró en la maternidad, saludó a sus compañeros de clan y enseguida empezó a buscar pulgas.

—Ay, gracias, Glayo —maulló Mili—. Estoy segura de que tengo un par. Será un gran alivio librarme de ellas.

—Tenéis que cambiar el relleno de los lechos —le indicó él, mientras localizaba una pulga en el cuello de Gabardilla y la ensartaba con una garra —. Les pediré a Raposino y Albina que se encarguen de ello.

«A menos que Hojarasca Acuática quiera que también me ocupe yo de eso», pensó malhumorado.

—Bueno, tú ya estás —le dijo a Gabardilla—. Floreta…

Se interrumpió lanzando un grito de sorpresa cuando notó que unas garras se le clavaban en la cola. Se volvió en redondo para liberarse y captó el olor de Tordillo.

—Estaba jugando a que tu cola era un ratón —le explicó con orgullo el cachorrito—. ¡Y lo he cazado!

Glayo le mostró los colmillos.

—¡Guárdate las garras para ti!

—No tienes por qué ponerte de esa manera —protestó Dalia—. Tordillo solo estaba jugando.

Glayo se tragó una réplica mordaz y siguió examinando a Floreta y a Pequeño Abejorro. Tordillo se apartó de Dalia y se colocó con rapidez junto al curandero para observar interesado cómo separaba el pelo de la cachorrita.

—¿Te comes las pulgas? —maulló—. ¿Están asquerosas?

—¿Por qué no pruebas una y lo averiguas por ti mismo? —le sugirió Glayo.

—¡Tú eres una pulga y yo te como! —chilló Floreta, empujando a Glayo y saltando sobre Tordillo.

El joven se tambaleó cuando ambos comenzaron a pelear encima de él.

—¡Ya basta! —gruñó—. Floreta, ¿quieres que te quite las pulgas o no?

Al momento, la pequeña dejó de jugar y volvió a quedarse quieta delante de Glayo. Tordillo se les arrimó; el joven notó su aliento en la oreja.

—¿Te gusta ser curandero? —le preguntó Tordillo—. A mí no me gustaría si lo único que haces es buscar pulgas.

«¡Clan Estelar, dame paciencia!», pidió Glayo para sus adentros.

—Eso no es lo único que hacen los curanderos —respondió, apretando los dientes—. Tenemos que saber de hierbas y…

—¿Tú crees que yo sería un buen curandero? —lo interrumpió el pequeño —. Se me daría bien encontrar hierbas. Puedo oler cualquier cosa. ¿Puedo ser curandero? ¿Puedo?

—Tendrás suerte de convertirte en guerrero si no cierras el pico —masculló Glayo.

—¡Mamá! —Tordillo soltó un quejido, cruzando el suelo de la maternidad cubierto de helechos—. ¡Mamá, Glayo ha sido malo conmigo!

—¡¿En serio, Glayo?! —exclamó Dalia, irritada, desde el otro extremo de la guarida—. Parece que esta mañana tienes el pelo lleno de hormigas.

Deberías marcharte y volver cuando puedas ser más agradable.

El joven no le hizo caso y, de repente entristecido, siguió buscando pulgas en silencio. Quería que Carrasca y Leonado regresaran. Debían estar los tres juntos… sobre todo ahora que no tenían ni idea de dónde habían nacido, quiénes eran sus padres o por qué Esquiruela les había mentido durante tanto tiempo.

Cuando Glayo salió por fin de la maternidad, se detuvo unos segundos y soltó un largo suspiro al notar en la piel los débiles rayos de sol de la estación sin hojas. Se volvió al percibir unos pasos a su espalda y el olor del líder del clan.

—Buenos días, Glayo —lo saludó Estrella de Fuego con preocupación en la voz—. ¿Te encuentras bien? ¿Hay algún problema?

—Estoy bien.

Agachó la cabeza, incómodo. No quería contarle que todos sus problemas se debían a sus compañeros de clan. Después de todo, y hasta donde él sabía, Estrella de Fuego jamás le había mentido.

El joven sintió una punzada de pena al pensar que no estaba emparentado con el líder del Clan del Trueno. El respeto que sentía por el gato rojizo no tenía nada que ver con la profecía, sino con la manera en la que Estrella de Fuego lideraba el clan, llegando incluso a perder una vida a causa de la tos verde que había sufrido por proteger a los suyos.

—Bien —murmuró Estrella de Fuego, aunque era evidente que no acababa de creerle—. Ya sabes que siempre puedes hablar conmigo si hay algo que te preocupa.

—Sí… vale.

Glayo se sintió más incómodo aún. «Estrella de Fuego, ¡te aseguro que no quieres saber las cosas que podría contarte!».

Cuando el líder se dirigió hacia el montón de la carne fresca, Glayo se sintió aliviado. Una vez que estuvo solo en el lindero de la hondonada, inspeccionó el claro. Localizó a Musaraña y Rabo Largo compartiendo lenguas delante de su guarida, y oyó que la flaca veterana se quejaba:

—La estación sin hojas nunca fue tan fría en el viejo bosque.

En la entrada de la guarida de los aprendices, Raposino y Albina estaban practicando un nuevo movimiento de combate. Glayo se recordó que debía decirles que cambiaran el relleno de los lechos de la maternidad. Nimbo Blanco y Centella iban hacia el túnel de espinos.

—Creo que deberíamos buscar presas cerca de la vivienda abandonada de los Dos Patas —propuso Nimbo Blanco.

—¡Estúpida bola de pelo! —le respondió Centella con cariño—. Cuando los gatos con tos verde se alojaron allí, espantamos a todas las presas.

—Pero han tenido tiempo para volver…

Glayo dejó de oírlos cuando salieron del campamento.

A pesar de la débil calidez del sol, el frío atenazaba cada vez más al joven curandero. Jamás se había sentido tan solo. Pedrusco le había dicho que las respuestas estaban dentro de su propio clan. «Pero ¿y si yo no tengo clan?».

—¿Tengo que hacerlo? —protestó Glayo al entrar en el claro musgoso donde los aprendices entrenaban—. Es una pérdida de tiempo considerando que debemos ir a buscar hierbas.

—Las hierbas no se irán a ninguna parte —replicó Hojarasca Acuática con aspereza—. Sabes tan bien como yo que todos los gatos deben recibir entrenamiento de combate básico, incluso los curanderos.

Glayo tuvo que morderse la lengua para no quejarse más. Detestaba tener que aprender a pelear porque sabía que nunca lo haría bien. Pero era inútil intentar hablar de eso con Hojarasca Acuática, y más teniendo en cuenta el mal humor que había mostrado los últimos días.

—Bien —maulló la curandera, guiándolo al centro del claro—. Empecemos con algunos movimientos defensivos. Te voy a atacar, y quiero que te apartes y me golpees cuando pase por tu lado.

—Vale. Cuando antes empecemos… ¡Ay!

Mientras hablaba, Hojarasca Acuática pasó junto a él dando un salto y le propinó un zarpazo en la oreja.

—¡No estaba listo! —aulló el joven.

—¿Crees que un guerrero del Clan de la Sombra te va a avisar? Tienes que estar alerta todo el tiempo, Glayo.

Con esas últimas palabras, Hojarasca Acuática saltó de nuevo sobre él. Pero esa vez Glayo estaba más preparado; se apartó de un brinco y asestó un golpe donde creía que estaba su mentora, pero apenas la rozó.

—Mejor —admitió la gata—. Pero no lo has hecho lo bastante bien. Vamos a repetirlo.

Glayo consiguió atizarle algunos zarpazos, pero sentía las patas pesadas y torpes y sus sentidos no eran tan agudos como de costumbre. Aunque la curandera daba golpes ligeros y mantenía las garras envainadas, el joven

empezó a sentirse magullado y exhausto. Al final, cuando estaba saltando a un lado, perdió el equilibrio en una zona de suelo áspero y cayó, sacudiendo las patas, sin tocar siquiera a Hojarasca Acuática.

—Estoy aquí, Glayo —le dijo ella desde el otro extremo del claro—. En serio, tienes el mismo sentido de combate que una cría de conejo. Creo que no lo estás intentando siquiera.

—¡Claro que lo intento! —bufó el joven.

—¿Sabes cuál es tu problema? —maulló ella con frialdad—. Que esperas que Leonado y Carrasca te protejan, así no tienes que molestarte en aprender a defenderte.

—¡Eso no es verdad!

—Pues yo creo que sí. Pero Leonado y Carrasca no siempre estarán a tu lado. Ahora no están aquí. Necesitas ser capaz de cuidar de ti mismo.

Glayo no respondió. «No lo entiende —pensó hastiado, levantándose y sacudiéndose el musgo del pelo—. Para ella y Esquiruela no es lo mismo. Si estuviesen unidas de verdad, sabría que Esquiruela nos ha mentido y que no es nuestra madre. Hojarasca Acuática jamás le habría permitido hacer algo así. Me pregunto cómo reaccionaría si supiera cómo es su hermana realmente».

Glayo regresó cojeando a la guarida de la curandera envuelto en los húmedos olores del atardecer. Le dolían las patas, y la cabeza le latía por el golpe que se había dado contra un árbol. Estaba demasiado exhausto para buscar hierbas con las que curarse.

—Espero que Hojarasca Acuática se haya quedado contenta —rezongó, mientras se ovillaba en su lecho—. Probablemente mañana estaré demasiado agarrotado para hacer nada.

Cerró los ojos… y los abrió al cabo de un segundo en un bosque frondoso y exuberante, con la luz de las estrellas danzando en las hojas. Sus dolores se habían esfumado, y una brisa cálida y perfumada le acarició el pelo. La estación sin hojas del bosque real no era más que un recuerdo lejano.

Ante él, un sendero estrecho se perdía entre matas de helechos arqueadas. Glayo comenzó a seguirlo plantando las orejas, buscando a su alrededor algún gato conocido. Oyó susurros en la vegetación y entrevió pelajes, como si por todas partes lo rodearan gatos, pero ninguno salió a saludarlo.

—¿Quién hay ahí? —preguntó—. ¿Fauces Amarillas? ¿Estrella Azul? ¿Alguien me oye?

No hubo respuesta. Más frustrado con cada paso que daba, Glayo siguió la senda hasta un claro cubierto de hierba mullida. En el centro había una charca en la que se reflejaban las estrellas. Pero ningún gato a la vista.

—¿Dónde estáis? —aulló el joven, entrando en el claro—. ¿Por qué no queréis hablar conmigo?

Las hojas de los helechos del otro extremo susurraron al inclinarse, y apareció Jaspeada. Glayo sintió un alivio que duró muy poco: la gata lo miraba con cautela y con la cola enroscada.

—Jaspeada… —empezó dubitativo.

—No podemos darte las respuestas que estás buscando —lo interrumpió ella—. Vuelve a tu clan. En él encontrarás la verdad.

—Pero… ¡tienes que contarme algo más que eso! —le suplicó Glayo—. ¿El Clan Estelar siempre ha sabido que Esquiruela y Zarzoso no son nuestros padres?

Los ojos ámbar de Jaspeada destellaron iracundos.

—¿Cuándo comprenderás que el Clan Estelar no lo sabe todo? —gruñó, sacudiendo la cola—. ¡A veces, nosotros también tenemos preguntas! ¡A veces solo somos gatos, como tú!

Sin darle a Glayo la oportunidad de responder, la gata se volvió en redondo y desapareció entre los helechos.

Glayo corrió tras ella, pero notó que el suelo cedía bajo sus patas. Se despertó sobresaltado en su propia guarida, con los ojos abiertos a la oscuridad y deseando gemir como un cachorrito abandonado por su madre.

«Todos me han abandonado: Carrasca y Leonado, el resto de mis compañeros de clan, y ahora también el Clan Estelar. Estoy completamente solo».

Incluso su fe en la profecía, que parecía prometer tanto, estaba construida sobre una mentira.

«Quizá también sea ciego en mis sueños. ¿Qué voy a hacer ahora?».

10

Carrasca se revolvió incómoda en el lecho que habían improvisado debajo de las raíces de un árbol. A su lado, Leonado sacudía las orejas y la cola, como si su sueño se estuviera viendo perturbado por oscuras pesadillas. Carrasca no sabía cómo su hermano había sido capaz de dormirse tan cerca del poblado de los Dos Patas. Incluso en mitad de la noche rugían los monstruos, chillaban los Dos Patas y ladraban los perros.

«Nunca había estado en un sitio tan ruidoso —pensó, tratando de acomodarse entre las hojas muertas—. ¿Cómo lo soportan los mininos caseros?».

Hacia el amanecer, la joven guerrera se sumió en un duermevela intermitente que terminó cuando Leonado se levantó. Carrasca lo siguió sin parar de bostezar.

El resplandor naranja del cielo que cubría el poblado de los Dos Patas había dado paso a la pálida luz del alba. Los tejados de las casas eran siluetas negras contra el cielo. Soplaba una brisa fría, y las briznas de hierba estaban ribeteadas de escarcha. Zarzoso y los demás gatos de clan se quedaron mirando el contorno de las viviendas.

—Tenemos que volver a entrar a buscar al gato que vimos anoche —maulló Zarzoso—. Debe explicarnos qué quiso decir.

Pinta agitó los bigotes, nerviosa.

—Es evidente que aquí no les gustan los forasteros.

Betulón le tocó la oreja con la nariz.

—Somos bastantes, podemos ganar a unos cuantos mininos asustadizos.

Carrasca intercambió una mirada con su hermano.

—Yo creo que estamos sobre la pista de Solo —murmuró Leonado, arañando la hierba—. Te apuesto el campañol más rollizo del montón de la

carne fresca a que él es la razón de que ese gato blanco y negro se asustara tanto al vernos.

Carrasca asintió. La curiosidad le dio más seguridad cuando siguió a Zarzoso de nuevo por la franja de hierba y entre las viviendas de los Dos Patas. Vio que sus compañeros sentían lo mismo, porque avanzaban con los ojos brillantes y la cola erguida. «¡Somos guerreros! —se recordó—. No debemos temerle a nada».

Conforme la patrulla se internaba en el poblado de los Dos Patas, la brisa se transformó en un viento gélido que soplaba entre aquel mundo de piedra roja. Apenas había la luz suficiente para distinguir la dirección correcta, y no había ni un rayo de sol que derritiera el hielo que cubría los charcos junto al sendero atronador.

—¡Me muero de sed! —gimoteó Carrasca—. Tengo la lengua como si fuera pelo de ratón.

Mientras Zarzoso se detenía a saborear el aire, Carrasca se agachó junto a uno de los charcos y tocó el hielo con la lengua, agradeciendo el cosquilleante frescor.

—Vamos —maulló al cabo el lugarteniente del clan—. Por aquí.

Carrasca fue a incorporarse, pero tuvo que detenerse tras ahogar un grito. La lengua se le había pegado al hielo, y un dolor agudo la había atravesado al intentar liberarse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Leonado.

—*Mi lenga…* —Carrasca apenas podía articular las palabras—. ¡*Tá pegada*!

Leonado soltó un resoplido, disimulando un ronroneo de risa. Betulón se inclinó hasta quedar frente a la joven, que se irritó mucho al ver su expresión risueña.

—¡*Nes divetido*! —les espetó lo mejor que pudo con la lengua adherida al hielo.

—Apartaos —les dijo Fronde Dorado con calma a los jóvenes guerreros —. Dejadme echar un vistazo.

Se inclinó junto a Betulón, empujándolo educadamente.

—Bueno, no cabe duda de que estás pegada —le dijo a Carrasca, que notó que él también estaba haciendo un esfuerzo para no reírse—. Supongo que podríamos romper el hielo, pero tendrías que cargar con él hasta que se derritiera.

—¡Oye, has descubierto una nueva forma de llevarles agua a los veteranos! —intervino Pinta.

Sintiendo un hormigueo de frustración, Carrasca intentó liberarse de nuevo, pero apenas logró provocarse otro latigazo de dolor.

—*¡Duele! ¡Ced ago!*

Se imaginó a sí misma agachada en el duro suelo con la lengua estirada, y de repente sintió que le entraban ganas de ponerse a reír. «Supongo que estoy bastante graciosa». No recordaba la última vez que algo le había parecido divertido.

—Carrasca. —Zarzoso estaba a su lado; sus ojos ámbar centelleaban, pero le tocó la oreja con la nariz y le dijo con voz amable—: Exhala con fuerza. El calor de tu aliento debería fundir el hielo.

Luego se agachó y echó él también su aliento sobre el trozo de hielo en el que la joven se había quedado pegada. Carrasca sintió una oleada de calidez; era genial ver que alguien cuidaba de ti. Sin embargo, la calidez se transformó en hielo cuando Zarzoso añadió:

—¿Sabes? Eres igual que tu madre. Ella siempre se quedaba enganchada en todas partes.

«¡Esquiruela no es mi madre!».

Carrasca exhaló con fiereza, volvió a tirar de la lengua y dio un respingo cuando logró soltarse por fin. En el charco congelado brillaba el agua que Zarzoso había derretido con su aliento, pero Carrasca no pensaba darle las gracias.

—Bueno —maulló, incorporándose—, estoy bien, así que vamos a…

Se interrumpió al oír un gruñido sordo a su espalda. Todos los gatos se dieron la vuelta. A un par de zorros de distancia, cinco perros se habían alineado al otro lado del sendero atronador y les estaban bloqueando el paso. Eran todos distintos, el más pequeño tenía el pelaje áspero, marrón y blanco, y el más grande era una bestia enorme de color negro y canela. El odio centelleaba en sus ojos despiadados.

—Oh, no… —musitó Pinta.

—Retroceded —ordenó Zarzoso en voz baja pero firme—. No deis media vuelta y echéis a correr.

El pánico congeló las patas de Carrasca al suelo con más fuerza que el hielo que le había atrapado la lengua. La joven no podía moverse. Era demasiado fácil imaginarse los colmillos de los perros hundiéndose en el cuerpo y la sangre chorreando…

Carrasca se tambaleó cuando Leonado le dio un empujón.

—¡Venga! —siseó su hermano.

De repente, la guerrera descubrió que podía moverse de nuevo. Todos sus instintos la impulsaban a bufar y salir disparada, pero se obligó a retroceder paso a paso. La línea de perros avanzó, manteniendo la misma distancia entre ellos y los gatos. El enorme perro negro y canela abrió la boca, mostrando sus babeantes colmillos amarillos y emitiendo un gruñido largo.

«Ya queda poco —se dijo Carrasca—. En cuanto estemos lejos de este poblado de los Dos Patas, podremos trepar a los árboles».

Sin embargo, a continuación oyó otro gruñido detrás de ellos y se le erizó hasta el último pelo del cuerpo. Mirando por encima del hombro, vio que habían aparecido dos perros más y que les estaban cortando la vía de escape. Con la boca abierta y la lengua colgando, parecían tan feroces como los primeros.

—Somos carne fresca —murmuró Betulón.

En ese preciso instante, los perros que tenían delante dieron un salto.

—¡Corred! —aulló Zarzoso.

Y se dirigió a toda velocidad hacia un pasaje estrecho con viviendas de los Dos Patas a un lado y una valla alta de madera al otro. El resto de la patrulla corrió tras él, con los perros ladrando a la zaga. Carrasca no había estado tan aterrorizada en toda su vida, ni siquiera cuando Cenizo los acorraló en lo alto de la hondonada en llamas. Esperaba que unos afilados dientes amarillos le desgarraran el costado en cualquier momento. Sentía como si le ardieran las patas de tanto correr por la piedra, y el pecho le quemaba al respirar.

Leonado corría junto a ella, con el pelo tan erizado que el gato parecía el doble de grande. Carrasca sabía que su hermano deseaba dar media vuelta y encararse a los perros. «¡No! —pensó la joven—. ¡Te harán pedazos!».

—¡No me dejes! —le pidió entre resuellos.

Pero entonces, delante de ellos, bajando por el estrecho callejón, aparecieron más perros. Zarzoso giró por un sendero que corría entre unos setos espesos; sus compañeros de clan le pisaban los talones, pero los perros estaban cada vez más cerca.

Carrasca reparó en que sus enemigos corrían a un ritmo constante, no al máximo que podían alcanzar, como si esperaran a que los gatos se cansasen para atraparlos con facilidad. «Así es como Corvino Plumoso le enseñó a Ventolero a cazar conejos cuando estábamos de camino a las montañas —recordó—. Pero ¡ahora las presas somos nosotros!».

De repente, Zarzoso se detuvo y empezó a empujarse con las patas traseras para colarse por un pequeño hueco al pie del seto.

—¡Vamos! —jadeó—. ¡Por aquí no podrán seguirnos!

Fronde Dorado empujó a Pinta y luego a Betulón.

—¡Carrasca, deprisa! —exclamó.

Carrasca no quería dejar a su hermano atrás, pero no había tiempo para protestar. Se metió por el arbusto espinoso, y la siguieron Fronde Dorado y Leonado, que corrió tanto que se dejó parte del pelo en las espinas.

—¡Carroñeros sarnosos! —aulló el joven mientras pasaba por debajo del seto.

Carrasca miró a su alrededor resollando. Estaban encima de una franja lisa de hierba de un verde vivo, rodeada de arbustos bajos. Todas las puertas y las ventanas de la vivienda que había a un lado estaban cerradas, y no había ni rastro de Dos Patas.

—Quizá ahora podamos… —empezó Fronde Dorado.

Cuando el guerrero enmudeció, Carrasca vio horrorizada que el seto terminaba cerca del muro de la casa, del que solo lo separaba una pequeña valla de madera. Los perros estaban saltándola sin el menor esfuerzo y cruzaban el césped en su dirección. Sus ojos relucían de hambre y desprecio, y sus gruñidos se habían transformado en chillidos de alegría.

«¡Están disfrutando con esto!», comprendió Carrasca mientras se volvía para salir disparada.

De repente se abrió la puerta de la vivienda. Un Dos Patas apareció a toda prisa, bramando y sacudiendo un palo largo hacia los perros. Lo siguió otro Dos Patas gritando también, con algo brillante en las manos. Lo vació sobre los perros, que se vieron rociados por una cascada de agua, aunque se limitaron a sacudírsela de encima.

El extremo opuesto del territorio de los Dos Patas también estaba bordeado por una valla de madera. Zarzoso corrió hacia allí, haciéndoles una seña a los demás para que lo siguieran, y, sin aliento, treparon por la madera resbaladiza. Cuando Pinta empezó a deslizarse hacia el suelo, Betulón la empujó desde abajo y Zarzoso la agarró por el pescuezo para acabar de tirar de ella. Carrasca se dio cuenta de que sus zarpas habían dejado manchas de sangre en la madera.

Durante unos segundos, los perros se atropellaron entre sí al pie de la valla, gimiendo y arañando la madera al intentar alcanzar a los gatos. Con el lomo arqueado y el pelo erizado, Zarzoso los miró con una mezcla de terror y furia.

—¡Dejadnos en paz, sacos de pulgas! —bufó.

De repente, el enorme perro negro y canela se separó de los demás y corrió de nuevo hacia la pequeña valla que acababan de saltar. El resto fue

tras él, y todos regresaron al callejón.

—¡Vienen a por nosotros! —exclamó Betulón.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Zarzoso con voz tensa—. Seguidme.

Saltó al suelo justo cuando el primer perro apareció por la esquina del callejón, y echó a correr casi agazapado. Los demás corrieron tras él.

«¡No podremos seguir así mucho más tiempo!», pensó Carrasca.

Zarzoso giró por otro pasaje, pero frenó de inmediato. El resto de la patrulla chocó contra él. Carrasca miró hacia delante, presa del pánico. El callejón no tenía salida. Ante ellos se alzaba un muro construido con la misma piedra roja de las viviendas de los Dos Patas, y era casi igual de alto. «¡Nunca lograremos subir por ahí!».

Zarzoso saltó para trepar por la pared, pero volvió a caer; sus patas, estiradas al máximo, ni siquiera se habían acercado a la parte superior. Carrasca sabía que Pinta sería incapaz de saltarla. Y el seto de ambos lados parecía demasiado denso para atravesarlo.

—Seguid vosotros —maulló Pinta con valentía, aunque temblando de miedo—. No os preocupéis por mí.

Fronde Dorado le tocó el lomo con la punta de la cola.

—No podemos seguir —murmuró—. Estamos demasiado agotados, y no tenemos adónde ir.

—¿Y qué os parece eso?

Carrasca había reparado en un grupo de objetos altos y relucientes, como peñascos muy lisos, plantados en un rincón; olían a basura de los Dos Patas. Los señaló con la cola.

—Podríamos escondernos ahí —sugirió.

Fronde Dorado miró a su alrededor buscando otro refugio, pero no vio nada más, y asintió deprisa.

Zarzoso guio a Pinta al escondite, y empujó a Betulón tras ella en el angosto espacio que quedaba junto a los peñascos relucientes. Carrasca y Leonado los siguieron, dejando que Zarzoso y Fronde Dorado se agazaparan en la parte de fuera, con las orejas y los bigotes temblando mientras aguardaban la llegada de los perros.

Carrasca se apretujaba contra Pinta, notaba temblar a su amiga y oía los gemidos de pavor que intentaba disimular.

—Nunca conoceré a mis hijos, lo sé —murmuró Betulón—. Solo espero que Candeal esté bien.

Unas ruidosas pisadas y unos alaridos estridentes anunciaron que los perros habían alcanzado el callejón. Carrasca captó su hedor incluso por encima del tufo de la basura. «Supongo que eso significa que ellos también pueden olernos a nosotros».

Entonces se dio cuenta de que Leonado estaba abriéndose paso hacia el lugar en el que se habían agazapado Fronde Dorado y Zarzoso. Conmocionada, como si le hubiera caído encima un chorro de agua helada, la joven comprendió que su hermano iba a salir para luchar contra los perros.

—¡No! ¡No puedes! —bufó.

—¡Claro que puedo! —replicó él, mirándola con sus ojos ámbar encendidos—. No van a herirme; ya lo sabes.

Leonado llegó al borde del peñasco plateado, pasando entre Fronde Dorado y Zarzoso y haciendo caso omiso del lugarteniente, que le preguntó:

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué crees que estás haciendo?

—¡Leonado, no! —chilló Carrasca—. ¡Detente!

11

Leonado oyó los gritos de su hermana, pero no les hizo el menor caso. Sabía, con todos los pelos de su cuerpo, que podía vencer a los perros. Notaba cómo la sangre le latía por las venas ardiente y feroz, y que en la punta de las garras tenía todos y cada uno de los movimientos que había aprendido, listos para ser ejecutados.

Parecía que los perros se acercaban a cámara lenta. Y Leonado tuvo tiempo de darse cuenta de la baba que les colgaba de las fauces y de que las patas resonaban contra el suelo. Pasó la mirada de uno a otro.

«Primero atacaré al negro y canela. Cuando él caiga, derribaré al flaco gris, y también al blanco, si tengo suerte. Luego iré a por el espantoso, el aullador de patas negras…».

Era levemente consciente de que sus compañeros de clan gritaban a su espalda, pero tampoco respondió esa vez. «Esta es mi lucha. ¡Yo soy el único que puede salvarlos!».

Cuando Leonado se preparó para saltar, vio la sorpresa en los ojos amarillos del cabecilla.

—¡No pensabais que un gato fuera a dar la cara y pelear! —se mofó—. Bueno, ¡pues ahora tenéis la oportunidad de aprender!

Sus últimas palabras quedaron ahogadas por un estrépito tremendo. Miró hacia atrás y vio que uno de los peñascos plateados había volcado y que su disco metálico rodaba por el suelo, en dirección a la jauría de perros, que justo entonces se apartaron bruscamente para evitarlo, por lo que Leonado tuvo que paralizar el ataque.

Para su sorpresa, una gata atigrada de color marrón oscuro se asomó por detrás del peñasco caído, más cerca de la valla de lo que estaban los gatos aterrorizados.

—¡Rápido! —exclamó—. ¡Ayudadme a tirar este!

Se plantó sobre las patas traseras, apoyando las delanteras en el siguiente peñasco reluciente. Zarzoso corrió a su lado, y empujaron juntos. El peñasco cayó como el primero, y el disco salió disparado de la parte superior. La basura de los Dos Patas que contenía el cubo se desparramó por el suelo.

Los perros gimoteaban frustrados, arañando los peñascos en un esfuerzo por rodearlos y hundir los colmillos en sus presas.

—¡Vamos! —ordenó la gata desconocida—. Eso no los detendrá mucho tiempo.

A continuación se coló por un hueco estrecho que había en la parte inferior del seto que hasta ese momento ocultaban los peñascos plateados, y la patrulla la siguió a toda velocidad, corriendo a través de una amplia extensión de piedra de color gris claro.

Mientras huían, Leonado oyó ladridos de nuevo y miró por encima del hombro. El pequeño perro marrón y blanco y el flaco gris se habían abierto paso a través del hueco en el seto y estaban cruzando la extensión de piedra.

—¡Los tenemos detrás! —exclamó Leonado sin aliento.

—¡Por aquí! —maulló la gata con aspereza.

Los guio por un sendero estrecho que corría entre dos vallas altas, y se detuvo junto a un agujero pequeño de bordes dentados.

—Entrad —ordenó.

Betulón pasó el primero, seguido de Pinta y Carrasca, y Leonado fue tras ellos. Soltó un alarido de espanto al darse de bruces con la hierba quebradiza. Con la cabeza dándole vueltas, se puso en pie torpemente y vio que Zarzoso ya estaba a su lado y que la gata desconocida estaba entrando por el agujero.

—¿Y Fronde Dorado? —maulló angustiado.

Le respondió un chillido cuando el guerrero se arrastró a través de la valla y agitaba las patas mientras terminaba de hacer pasar la cola.

—¡Cagarrutas de zorro! —resolló, derrumbándose sobre la hierba—. Esa bestia pulgosa me ha mordido.

Zarzoso olfateó rápidamente a su compañero de clan. A Fronde Dorado le habían arrancado un poco de piel, pero la herida no parecía sangrar.

—Te pondrás bien —concluyó el lugarteniente—. ¿Adónde vamos ahora?

La respuesta de la gata quedó ahogada por una nueva ráfaga de ladridos. La valla crujió y se ladeó cuando los perros se abalanzaron contra ella.

En las viviendas de los Dos Patas que los rodeaban comenzaron a aparecer luces en los agujeros oscuros de las paredes. Un Dos Patas gritó iracundo, pero los perros siguieron ladrando y golpeando la valla. A Leonado se le revolvió el estómago al ver que el perrito marrón y blanco había

introducido la cabeza en el hueco y que la madera estaba empezando a astillarse.

La atigrada oscura corrió hacia el perro y le propinó un zarpazo en la nariz. El enemigo retrocedió gimoteando.

—Así aprenderás —maulló satisfecha. Y luego les dijo a los gatos—: ¡Rápido, seguidme!

Todos corrieron tras ella hasta la entrada de una vivienda, hasta que Zarzoso frenó en seco.

—¡Nosotros no podemos entrar ahí! —protestó—. Es una casa de los Dos Patas.

—¡Muy bien! —le espetó la atigrada—. Quedaos aquí fuera y que se os coman.

Se coló por un agujero minúsculo que había en un lado de la pieza de madera plana que bloqueaba la entrada, y desapareció.

Zarzoso y el resto de la patrulla se miraron confundidos. Luego, el lugarteniente se encogió de hombros y alzó la cola, indicando a sus compañeros que lo siguieran. Leonado se detuvo a mirar al otro lado del césped, y vio que el pequeño perro continuaba arañando la madera: había conseguido meter también una pata por el hueco.

Leonado sintió que se le erizaba el pelo y que se enardecía de nuevo, preparándose para pelear. Ya casi podía notar el sabor de la sangre y oír los chillidos de terror cuando clavara las garras en el pellejo de sus enemigos.

Después oyó un estruendo y los gritos de un Dos Patas; sonaba mucho más cerca que antes. Los ladridos feroces de los perros se transformaron en gimoteos asustados. El perro pequeño tiró con fuerza para salir del agujero de la valla, y luego desapareció.

A Leonado se le alisó el pelo cuando el ruido se apagó. Empezaba a invadirlo la decepción por no haber podido probar su habilidad en el combate con los perros. De repente, pegó un salto cuando Fronde Dorado le dio un empujón.

—Venga —le dijo el guerrero, señalando con las orejas la entrada de la casa—. ¿A qué estás esperando?

Los demás ya habían entrado. Leonado pasó por el agujero, seguido de Fronde Dorado, y se encontró en una guarida pequeña de paredes rectas. Sus compañeros de clan estaban apretujados en el centro, mirando con nerviosismo a su alrededor. El joven saboreó el aire: percibió un intenso olor a gatos, pero solo un rastro muy leve y rancio a Dos Patas.

—Esto no es normal —empezó—. ¿Por qué…?

La atigrada marrón no le prestó atención.

—Por aquí —maulló con brusquedad—. Ya que estáis aquí, podríais conocer a los demás.

Los guio por debajo de un arco hasta una estancia más grande. La luz entraba por una rendija larga en la pared. Leonado entró vacilante, y el olor a gato se volvió arrolladoramente intenso; era casi como volver al campamento después de patrullar por el bosque. Carrasca permaneció junto a su hermano, rozándolo, mientras que Zarzoso y Fronde Dorado se quedaron algo separados del grupo. Leonado sabía que estaban listos para proteger a los más jóvenes si era necesario. «Yo también lo estoy —pensó—. Si tenemos que salir de aquí luchando, estoy preparado».

Zarzoso le indicó a su patrulla que se detuviera en el centro de la guarida. Justo debajo del hueco que había en la pared, sobre una repisa estrecha, había un gato gris corpulento, y una gata marrón moteada estaba hecha un ovillo encima de algo que parecía una roca blanda de vivos colores de los Dos Patas. Estaba amamantando a cuatro cachorritos. En el otro lado de la estancia, un gato se asomaba, apenas visible, desde debajo de una cosa de madera que también parecía de los Dos Patas.

Leonado soltó un respingo al reconocer al gato blanco y negro que estaba sentado encima de otro pedrusco de aspecto blando. Era el que se habían encontrado la noche anterior, el que había huido de ellos.

—Soy Audaz —se presentó la gata atigrada antes de que Leonado pudiera hablar—. Ese es Soldado —continuó, señalando al gato gris de la repisa—, y la reina con cachorros es Manchitas.

—Hola —los saludó Soldado, ondeando la cola perezosamente.

Manchitas se limitó a sacudir las orejas; parecía recelosa, como si temiera que los recién llegados pudieran hacerles daño a sus cachorros.

—Ese de ahí es Comino —continuó Audaz.

El gato que estaba debajo de la estructura de madera parpadeó.

—Venga, Comino, no te van a hacer daño. Y creo que ya conocéis a Fredo.

Cuando terminó, saltó a la roca mullida junto al gato blanco y negro. Fredo se quedó mirando a los gatos de clan con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada.

Zarzoso dio un paso adelante.

—¿Quiénes pensaste que éramos? —le preguntó, pero al ver que Fredo no respondía, se volvió hacia Audaz—. Cuando nos lo encontramos anoche,

pareció creer que estábamos relacionados con otro gato, uno que habló con vosotros pero que terminó causando problemas. ¿Sabes de quién se trata?

—Aquí ya no nos fiamos de los forasteros —maulló Audaz con tono solemne—. No desde Solo.

Leonado sintió que se le encogía el estómago. «¡Teníamos razón! ¡Solo ha estado aquí!».

—¿Solo? —A Fronde Dorado se le erizó el pelo del cuello—. Entonces, ¿lo conocéis?

Audaz asintió.

—Llegó durante la pasada estación sin hojas, pero nadie sabe de dónde venía. Vivió una temporada en las afueras del poblado de los Dos Patas, pero luego, cuando el tiempo se volvió más frío, se trasladó a esta casa abandonada e invitó a otros gatos sin dueño a que se le unieran.

—Yo fui uno de los primeros —dijo Comino, que salió de debajo del artilugio de madera; era un gato escuálido marrón, con el hocico gris por la edad—. Manchitas y Fredo vinieron conmigo.

—Y yo me uní más tarde, con Soldado —añadió Audaz—. Había oído hablar de la comunidad de gatos que se habían construido un hogar propio, y me pareció una buena idea.

—¿Solo actuaba como si fuera vuestro líder? —preguntó Leonado.

El solitario había intentado dominar al Clan de la Sombra; quizá no fuera la primera vez que controlaba a un grupo de gatos.

—Eso, ¿os dijo alguna vez que creyerais algo en particular? —añadió Carrasca.

Audaz pareció desconcertada.

—No exactamente. Decía que podíamos vivir como quisiéramos, porque era lo que nos merecíamos. Decía que vivíamos bien…

—¡No vivíamos bien! —espetó Comino, que se sentó para rascarse detrás de la oreja—. Teníamos que hacer todo lo que él decía, como llevarle comida y plumas para el lecho. Y atemorizaba a los cachorritos diciéndoles que, sin él, se morirían.

—¡Las cosas no iban tan mal! —protestó Audaz—. Lo que pasa es que tú solo estás pensando en lo que ocurrió después.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —Comino dejó de rascarse para fulminarla con la mirada—. ¡Ese idiota con cerebro de ratón estuvo a punto de matarnos a todos!

Fredo asintió vigorosamente, agitando los bigotes con nerviosismo, pero siguió sin hablar.

Leonado miró a Carrasca; su hermana parecía tan conmocionada como él, y arañaba el duro suelo de los Dos Patas con los ojos destellantes. «Cuando Solo vivía en el bosque, nunca quiso que murieran gatos —pensó Leonado—. ¿Se estará preguntando Carrasca si de verdad fue capaz de matar a Cenizo?».

Lo distrajeron los cachorros de Manchitas, que se separaron de su madre y saltaron, uno tras otro, de la roca blanda. Manchitas se incorporó, mirando inquieta cómo el mayor de los cuatro, un gatito marrón moteado como ella, se acercaba a Zarzoso.

—Me llamo Brito —anunció el pequeño—. ¿Cómo te llamas tú? ¿Vienes a vivir aquí?

El lugarteniente negó con la cabeza.

—Solo estamos de paso. Me llamo Zarzoso —añadió, dirigiéndose a todos, y luego presentó al resto de la patrulla—. Gracias por ayudarnos —concluyó, inclinando la cabeza ante Audaz—. Sin ti, los perros nos habrían despedazado.

—Ayudaríamos a cualquier gato al que esos perros pusieran en peligro. Y podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis.

—Gracias. —Zarzoso inclinó de nuevo la cabeza—. ¿Ahora podrías contarnos qué hizo Solo?

Audaz se instaló en el pedrusco blando, escondiendo las patas debajo del pecho. Soldado bajó con agilidad de la repisa y fue a sentarse junto a Comino. Por primera vez, Leonado reparó en que tenía una larga cicatriz en un costado, donde el pelo no había vuelto a crecerle. Al mirar a su alrededor, vio que los demás también lucían marcas de heridas: Fredo tenía una oreja desgarrada, el hocico de Comino estaba surcado de cicatrices, y a Audaz le faltaba la punta de la cola.

—Estos gatos han estado peleando duro —le susurró Leonado a Carrasca.

Luego se sentó sobre el duro suelo de los Dos Patas, añorando la hierba del bosque o el blando musgo de su lecho en la guarida de los guerreros. Carrasca se sentó a su lado, flexionando las garras, inquieta, y sus compañeros de clan se acomodaron alrededor.

—Solo no dio problemas al principio —comenzó Audaz—. Guardaba las distancias y se mantuvo alejado del territorio de los mininos caseros.

—Fue el primero en encontrar esta vivienda abandonada —intervino Soldado—. Empezó a animar a otros gatos para que vinieran a vivir aquí con él… Al principio, a gatos sin dueño.

—Dijo que quería que todos estuviéramos a salvo —maulló Manchitas, acercándose un poco al borde de la roca mullida.

Comino resopló.

—Lo más probable es que quisiera que hiciésemos cosas por él. Pedazo de gandul… Aquí tenía una vida fácil.

—¡Eso no es justo! —protestó Manchitas—. Aquí estamos mucho más seguros que deambulando por el exterior y durmiendo debajo de los arbustos.

—Bueno, ¿y qué pasó luego? —preguntó Zarzoso, para zanjar la discusión entre Comino y Manchitas.

—Se le unieron muchos gatos. —Audaz continuó con la historia—. Por aquel entonces, yo tenía dueños, pero me gustaba lo que oía sobre el proyecto de Solo, así que vine a probar.

—Yo me uní poco después que ella —maulló Soldado—. Me gustaba la libertad que nos proporcionaba. Podía entrar y salir sin que mi dueño tuviera que darme permiso.

—Y cazar nuestras propias presas era mejor que tener que comer ese pienso seco de los Dos Patas —dijo Audaz.

—Pero ¿por qué los Dos Patas dejaron que os quedarais aquí? —preguntó Fronde Dorado con curiosidad—. ¿No quieren la vivienda?

—Es evidente que no —respondió Soldado, encogiéndose de hombros.

—De vez en cuando venía algún cachorro de los Dos Patas —explicó Audaz—. Pero nunca intentaron echarnos, y ahora ya no vienen.

—Solo nos contó qué hacer si venía un Dos Patas adulto —maulló Manchitas—. Justo en la parte superior de la vivienda hay un espacio oscuro con el tejado en punta. Solo nos dijo que nos escondiéramos ahí.

—Vinieron en un par de ocasiones —Fredo habló por primera vez—. Así que nos escondimos todos.

—Y los Dos Patas no nos encontraron —anunció Manchitas con orgullo.

Aunque tenía buenas razones para no fiarse de Solo, Leonado vio que lo que había hecho allí no estaba mal. Los gatos tenían cobijo y se apoyaban entre ellos. No acababa de entender por qué los mininos caseros querían vivir allí, pero desde luego era muchísimo mejor para los solitarios que intentaban sobrevivir en el exterior durante las crudas lunas de la estación sin hojas. Era como la versión de un clan en un poblado de los Dos Patas.

—Entonces, ¿qué es lo que salió mal? —preguntó.

—¿No te lo imaginas? —respondió Audaz, desolada—. Los perros nos encontraron. No podían entrar aquí, porque la mayoría son demasiado grandes para caber por el estrecho hueco de la entrada.

—Uno muy pequeño logró colarse una vez. —Soldado extendió las garras, lanzando un gruñido gutural—. No volvió a intentarlo.

—Pero se dedicaron a esperarnos para ver cuándo salíamos —continuó Fredo, estremeciéndose—. Y luego nos perseguían.

—¡Brutos patosos y zafios! —bufó Comino, sacudiendo la punta de la cola.

—Si lográbamos cazar algo, nos robaban las presas —continuó Audaz—. Y mataron a Flora. —Se le empañaron los ojos de pena y culpa—. Era una joven preciosa. Sus dueños vivían al lado de los míos, y yo la convencí para que viniera aquí.

Bajó la cabeza, y Fredo le dio un golpecito cariñoso.

—¿Y cómo reaccionó Solo ante eso? —quiso saber Fronde Dorado tras guardar un momento de silencio para mostrar respeto.

—Nos dijo que debíamos enseñarles a los perros que teníamos derecho a vivir aquí, así que trazó un plan —maulló Soldado, retomando la narración—. Junto a la extensión de piedra donde duermen los monstruos encontró una caseta que nadie utilizaba. Dijo que si lográbamos atraer a los perros hasta allí, no podrían huir mientras luchábamos contra ellos.

Fredo se estremeció, soltando un maullido atemorizado, y hundió las garras en la roca blanda. Audaz se restregó contra él para consolarlo.

—Pero el plan no funcionó, ¿verdad? —preguntó Zarzoso.

Leonado ya conocía la respuesta a esa pregunta.

—¿Tú qué crees? —bufó Comino.

—Solo nos enseñó a pelear —prosiguió Audaz—. Pasamos mucho tiempo entrenando…

—Lo que implicó que no tuviéramos suficiente tiempo para cazar —la cortó Comino—. Mi barriga pensaba que me habían cerrado la garganta.

Audaz pasó por alto la interrupción.

—Un día, Solo dijo que ya estábamos preparados. Escogió a un gato llamado Peco para que saliera a cazar y atrajera a los perros hasta la caseta. Los demás permanecimos a la espera, listos para ir tras los perros y pelear con ellos. Solo estaba con nosotros, y cuando…

—¿Por qué estáis hablando de esa cagarruta de zorro? —maulló una nueva voz detrás de Leonado, que miró por encima del hombro y vio a un gato negro en la entrada de la guarida.

El recién llegado parecía el doble de grande porque tenía el pelo erizado, y sacudía la cola de un lado a otro.

Leonado tensó los músculos; un gato con aquel aspecto estaba listo para atacar. Sin embargo, luego advirtió que la ira que emanaba el gato no iba dirigida a la patrulla forestal.

—Todo va bien, Carbón —contestó Audaz—. Estos gatos han preguntado…

—No, todo no va bien —bufó Carbón—. Ya nunca irá bien. ¡Ni siquiera quiero volver a pensar en ese gato!

Todavía con el pelo erizado, se volvió en redondo y desapareció.

—Siento mucho si lo hemos disgustado… —maulló Pinta, mirando en la dirección en la que se había marchado el gato negro.

—No es culpa vuestra —la tranquilizó Audaz—. Carbón es hermano de Peco, y ahora no soporta que nadie mencione a Solo.

—¿Peco murió? —preguntó Carrasca.

Soldado asintió con los ojos empañados.

—Murió incluso antes de que llegáramos a la caseta. Estábamos escondidos en el tejado de una de las viviendas, y vimos a Peco salir disparado como una flecha por el espacio empedrado con los perros a la zaga. ¡Jamás he oído un estruendo mayor que el de esas bestias! Luego oímos un alarido espantoso…

Leonado sintió un hormigueo en las zarpas cuando alguien lanzó un aullido en el exterior, casi como si las palabras de Soldado lo hubieran conjurado. Lo siguió una explosión de ladridos que parecía que se acercaban a toda prisa. Los gatos de clan se agacharon, paralizados de miedo, arañando el duro suelo. Comino volvió a meterse debajo de la estructura de madera, mientras que Manchitas empezó a llamar con urgencia a sus pequeños, agitando la cola.

—Hijos… venid aquí, rápido.

Los cuatro cachorros regresaron a la carrera a la roca blanda, y su madre los rodeó protectoramente con la cola y las patas.

Solo Audaz y Soldado parecían tranquilos.

—No pueden entrar —maulló la atigrada.

Leonado se sobresaltó al oír que rascaban desde el exterior. Soldado se levantó de un salto, pero se relajó enseguida al ver que una gata blanca y canela, con un ratón colgando de la boca, asomaba la cabeza por la abertura. Justo tras ella apareció un joven atigrado gris.

—Ah, eres tú, Mona. —Soldado se estiró arqueando el lomo y luego volvió a sentarse—. Y Chino. Venid a conocer a estos gatos.

Mona entró en la guarida, mirando con sus ojos verdes a todos los miembros de la patrulla. Luego sacudió la cabeza, masculló algo inaudible con la boca llena y se retiró. Leonado oyó sus pasos al alejarse.

Chino, sin embargo, entró y se sentó, pero permaneció cerca de la puerta, sin dejar de lanzar miradas inquietas por encima del hombro.

—Estamos todos nerviosos desde la pelea con los perros —comentó Soldado.

—¿Y alguien puede culparnos por eso? —Comino volvió a salir y se dio unos lametazos en el pecho, como si intentara fingir que no había ido corriendo a esconderse.

—Contadnos lo que ocurrió —pidió Leonado—. Después de que oyerais el alarido…

—Todos corrimos a la caseta —maulló Audaz, clavando las garras en la roca blanda—. Peco ya estaba muerto. Los perros estaban lanzando su cuerpo de un lado a otro. Entonces los atacamos, pero eran demasiados, y demasiado grandes y feroces para nosotros. Todos sufrimos las consecuencias. Los perros despedazaron a Blanco, y Bufón quedó tan malherido que murió cuando lo trajimos de vuelta a casa.

—Preguntadme si Solo participó en la batalla —dijo Comino con voz ronca.

Zarzoso ladeó las orejas.

—¿Y bien?

—No alzó ni una sola zarpa para ayudarnos —gruñó el viejo gato—. ¡Ni siquiera presenció el enfrentamiento! No estuvo allí. Se limitó a hacer acto de presencia cuando ya estábamos lamiéndonos las heridas.

—¿Y qué sucedió entonces? —preguntó Fronde Dorado.

Audaz agitó las orejas.

—Si hubiera admitido que se había equivocado, quizá las cosas habrían sido distintas. Pero insistió en que habíamos sido nosotros quienes habíamos decidido pelear, y que no era culpa suya que hubiéramos perdido. Luego se sentó, comenzó a lavarse y le dijo a Carbón que le trajera algo de comer.

—Si no llego a sujetar a Carbón, Solo podría haber acabado hecho pedazos —añadió Soldado.

Betulón movió los bigotes.

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

Audaz pareció sorprenderse, pero no le preguntó qué quería decir.

—Así que le pedimos que se marchara —continuó—. Lo habríamos echado de haber sido necesario, pero él se limitó a decirnos que estábamos cometiendo un error y se fue sin pelear. —Suspiró—. Quizá tuviera razón. Yo ya no lo sé.

—No, quien tenía razón era ella —le susurró Betulón a Leonado—. Están mejor sin Solo, ¡y nosotros también!

Audaz se puso en pie, se desperezó bostezando y volvió a sentarse.

—Eso es todo lo que podemos contaros. Ahora contadnos qué sabéis vosotros.

Zarzoso y Fronde Dorado intercambiaron una mirada.

—Solo vino al bosque en el que vivimos —empezó Fronde Dorado—. Debió de ser después de marcharse de aquí. Se quedó con el Clan de la Sombra… un grupo de gatos que viven cerca de nosotros… y los convenció para que dejaran de creer en el código guerrero y en los espíritus de nuestros antepasados.

Los gatos del poblado de los Dos Patas se miraron sin entender nada. Era obvio que jamás habían oído hablar del código guerrero.

—Solo puede ser muy hábil a la hora de persuadir a alguien —murmuró Audaz.

Leonado le lanzó una mirada a su hermana. Ellos sabían mejor que la mayoría lo convincente que podía llegar a ser Solo. «Quizá tuviera razón —pensó Leonado, a pesar del espanto que le había provocado oír lo que habían hecho los perros—. Puede que estos gatos no deban culparlo a él por haber perdido la batalla. —Flexionó las garras, imaginándose lo que haría si se viera frente a uno de esos perros—. Tal vez deberían haber entrenado más».

—Entonces, ¿estáis buscando a Solo por lo que le hizo al… al Clan de la Sombra? —preguntó Audaz.

—No, es por otro guerrero… —empezó Betulón.

A Leonado se le encogió el estómago ante la idea de que alguien mencionara la muerte de Cenizo.

Zarzoso levantó la cola para hacer callar al joven guerrero.

—Necesitamos hablar con Solo de algo que ha sucedido recientemente —anunció con calma—. ¿Lo habéis visto?

—No, y no queremos verlo —gruñó Comino.

Soldado coincidió entre dientes, pero Leonado reparó en que Manchitas parecía melancólica, como si tuviera mejores recuerdos del gato solitario.

—Yo no lo he visto. —Chino, que había permanecido en silencio junto a la puerta, habló de repente, sobresaltando a Leonado—. Pero he oído que ha regresado.

Soldado arañó el suelo con fuerza.

—¡No se atrevería!

—Aquí no —se explicó Chino—, sino al otro extremo del poblado, donde vivía un gato llamado Puma.

—¡Nosotros conocemos a Puma! —exclamó Leonado, recordando al viejo gato que los había guiado durante una parte de su viaje a las montañas.

—Gracias —maulló Zarzoso—. Eso nos es de mucha ayuda. Buscaremos a Solo por allí.

—Es demasiado tarde para que salgáis ahora —dijo Audaz, que se levantó y saltó de la roca blanda para aterrizar junto a Soldado—. Podéis quedaros aquí a pasar la noche.

—Gracias —respondió Zarzoso inclinando la cabeza.

—Y Podéis comer con nosotros. Venga, Soldado, ayúdame a traer las presas.

A continuación desaparecieron y regresaron al cabo de un momento cargados con carne fresca que repartieron entre todos. Manchitas bajó de su roca, y sus cachorros la siguieron a trompicones; la reina escogió un ratón para sus hijos, que disfrutaron peleándose por él.

—Esto no es lo que les habría enseñado Solo —le susurró Leonado a Carrasca mientras se acomodaban para comerse un mirlo—. Recuerda que a los miembros del Clan de la Sombra les dijo que cada uno debía alimentarse por su cuenta. Decía que depender de otros gatos era una muestra de debilidad.

Carrasca asintió.

—Es obvio que estos gatos tienen un montón de la carne fresca en algún lugar, y que cazan para los que no pueden hacerlo por sí mismos. Son casi como un clan.

—A mí me parece que están mejor sin Solo.

A pesar de las palabras que acababa de pronunciar, Leonado sabía que algunos de esos gatos no estarían de acuerdo. Él mismo había sentido la atracción del encanto de Solo, su autoridad sosegada y la sensación de que sabía exactamente qué era lo correcto. Audaz y los demás debían de haberla sentido también, y seguramente lo echaron de menos cuando se fue. Pensativo, el guerrero se comió el mirlo. Era una pieza rolliza y jugosa, pero tenía cierto regusto a sendero atronador; de no haber estado muerto de hambre, al joven le habría costado muchísimo tragárselo.

Cuando terminaron de comer, los hijos de Manchitas empezaron a jugar con un trozo de hoja, chillando y tirándose unos encima de otros emocionados. Brito, el más grande y atrevido de los cuatro, le lanzó la hoja a Leonado.

Parte de la tensión que sentía el guerrero se disolvió al devolverle de un zarpazo la hoja al cachorro. Aquello era casi como jugar con los cachorros del clan en la hondonada rocosa. Los hijos de Manchitas eran grandes y fuertes, ya casi estaban listos para convertirse en aprendices.

«Pronto deberían empezar a aprender a cazar y luchar —pensó Leonado —. ¿Estos gatos tienen las habilidades necesarias para enseñarlos adecuadamente?».

Carrasca también se unió al juego, persiguiendo la hoja y saltando hasta que los cuatro gatitos se derrumbaron, resollando, al lado de su madre.

—Son buenos cachorros —le dijo Leonado a Manchitas, dejándose caer al suelo delante de ella—. Se convertirán en gatos fuertes.

—Eso espero —murmuró ella.

Luego se inclinó sobre Brito para lamerle el pelo alborotado, y al cabo levantó la vista y dijo:

—Sea lo que sea lo que creéis que ha hecho Solo, os equivocáis.

A Leonado se le contrajo el estómago; al mirar a su hermana, vio que sus ojos verdes se habían dilatado en señal de alarma. «¿Cuánto sabe esta gata?», se preguntó.

Estaba demasiado sorprendido para responder. Al cabo de unos segundos, Manchitas continuó en voz baja:

—Solo nunca se ensucia las patas. Si ha ocurrido algo, lo habrá hecho otro gato… quizá siguiendo sus órdenes, o quizá no. A él no podréis acusarlo de nada.

Detectaron anhelo en su voz. Incluso sabiendo todo el daño que había causado, era evidente que ella quería que Solo volviese.

—¿Es el padre de tus hijos? —le preguntó Carrasca, apoyando la cola en el lomo de la reina.

La gata negó con la cabeza.

—El padre de mis pequeños se marchó cuando los perros comenzaron a ser un problema. —Vaciló antes de añadir con tono desafiante—: Yo quería que fueran de Solo. Sé que los demás dicen que nos traicionó, pero fuimos nosotros los que decidimos luchar contra los perros. Solo no nos obligó a hacer nada.

«No, únicamente se ocupó de que pareciese que no podíais hacer otra cosa». Leonado no podía decirle eso a Manchitas. Estaba claro que seguía enamorada del solitario.

Leonado y Carrasca intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos había mencionado a Cenizo, pero Leonado sabía que la muerte del guerrero gris

debía de pesar en los pensamientos de su hermana, igual que en los suyos.

Manchitas continuó atusando a Brito.

—Si Solo regresara —maulló entre lametazos—, yo me alegraría mucho de verlo.

12

Glayo se revolvió incómodo en la tierra pelada. ¿Cómo se suponía que iba un gato a dormir sin un lecho apropiado? Pero Hojarasca Acuática lo había tenido tan ocupado durante todo el día que no le había dado tiempo de ir a buscar musgo fresco.

—Nos vendrá bien airear la guarida —había dicho la curandera.

«¡Ja!». Glayo se revolvió de nuevo, notando que el viento frío del alba le alborotaba el pelo.

El sonido de alguien que cruzaba la cortina de zarzas acabó de despertarlo. Glayo captó el olor de su mentora y el del musgo con el que cargaba. «¡Por fin! —pensó el joven—. Pero ¿por qué no me ha pedido que la ayude?». Sintió un hormigueo de irritación en las zarpas. Su mentora parecía decidida a realizar hasta las tareas más básicas sin él. «¿Es que cree que soy tan incompetente que no puedo ni traer musgo?».

Pero era inútil protestar. Glayo salió del hueco en el que debería haber estado su lecho y ayudó a Hojarasca Acuática a extender el musgo cerca del hilillo de agua, donde dormían los gatos enfermos.

—¿Quieres que vaya a por más? —se ofreció.

La gata se limitó a contestar con un gruñido que podía significar cualquier cosa. Al joven le dieron ganas de preguntarle qué mosca la había picado, pero sabía que no obtendría ninguna respuesta. «Probablemente me arrancaría las orejas solo por preguntarle —rezongó para sí mismo—. La única forma de encontrar respuestas… sobre mi pasado y sobre lo que le ocurre a mi mentora… es ir a buscarlas por mi cuenta».

Mientras Glayo se esmeraba en colocar el musgo en su sitio, sus pensamientos lo devolvieron a sus inquietudes más recientes. La ausencia de sus hermanos lo arañó como una garra. «¡Averiguaríamos muchas más cosas si pudiéramos compartir nuestros recuerdos!».

Evocó un viaje largo y frío, trastabillando sobre una capa de nieve que le llegaba hasta la barriga, siguiendo el olor de su madre. «¡No! ¡El olor de Esquiruela!». Deteniéndose con un puñado de musgo en la mano, intentó recordarse de nuevo en aquel bosque nevado. Se esforzó por distinguir los olores de cada uno: el suyo propio y el de Leonado, Carrasca, Esquiruela… ¡y otro más! Había otro gato adulto, una figura cálida y redondeada. Era la primera vez que Glayo recordaba ese detalle, pero no cabía duda de que allí había otro felino, justo delante de Esquiruela, abriéndose paso entre la nieve…

«¿Quién era? —se preguntó—. ¿Llegamos a la hondonada acompañados de dos gatos?».

Tenía que preguntárselo a alguien que formara parte del Clan del Trueno cuando Esquiruela llegó al campamento con los tres cachorros. Pero tenía que ser alguien que no recelara de sus preguntas y que después no fuera a contarle al resto del clan lo que él quería saber.

«Bueno, conozco a alguien a quien no le gusta cotillear…».

—¡Voy a por más musgo! —exclamó, colocando a toda prisa el último puñado en su sitio.

Sin darle a Hojarasca Acuática la ocasión de protestar, salió al claro por la cortina de zarzas. Pero, en vez de dirigirse al túnel de espinos, corrió hasta la guarida de los veteranos, debajo del arbusto de madreselva enredada en un avellano.

—¡Musaraña! —llamó, pasando por debajo de un tallo colgante de madreselva.

La delgada veterana estaba ovillada cerca del tronco.

—Espero que te esté ardiendo la cola o que los zorros hayan invadido el campamento —replicó ella con voz cascada y tragándose un bostezo—. O que tengas cualquier otra buena excusa para despertarme.

—Lo lamento —musitó Glayo.

«¡Cagarrutas de ratón! Menuda manera de empezar…».

—No te preocupes —maulló Rabo Largo poniendo paz.

El veterano ciego estaba sentado al lado de la vieja gata, lavándose de arriba abajo.

—Musaraña lleva rato durmiendo. Ya era hora de que se despertara.

La anciana soltó un bufido, irritada.

—Bueno, ¿qué quieres?

—He venido a ver si tienes pulgas —le explicó el joven, soltando lo primero que se le había pasado por la cabeza—. Uno de los aprendices ha

vuelto con algunas después de patrullar.

Confió en que ninguno de los veteranos le mencionara esa mentira a nadie.

—A mí no me pica nada —respondió Musaraña—. Pero puedes examinarme igualmente.

Se puso cómoda, con las patas dobladas debajo del cuerpo.

—Ten cuidado de que no se te escape ninguna —añadió cuando Glayo empezó a revisarle el pelo, que lo tenía espeso y enredado—. Ya hace mucho que eres aprendiz de Hojarasca Acuática, ¿no?

Glayo se mordió la lengua para no soltarle una fresca, porque vio que aquella podía ser la oportunidad de iniciar la conversación que él quería.

—Así es —maulló—. Yo nací en mitad de la última estación sin hojas, ¿verdad?

—La estación sin hojas más fría que recuerdo —intervino Rabo Largo—. Aún me acuerdo de lo espesa que era la nieve. ¡Todo el clan se quedó pasmado cuando Esquiruela regresó a la hondonada con tres cachorros! Dijo que habíais nacido antes de lo que se esperaba, y que por eso no había tenido tiempo de llegar a la maternidad; pero, incluso así, ¿qué reina planea dar a luz en plena estación sin hojas?

—Gracias al Clan Estelar que Hojarasca Acuática estaba con ella —añadió Musaraña, agitando las orejas cuando Glayo le separó el pelo de la cabeza—. De lo contrario, Esquiruela se habría visto en un problema serio.

«¡Hojarasca Acuática!». Glayo dejó de deslizar las garras por el pelaje de la veterana. Así que Hojarasca Acuática era el otro gato, al que no había logrado identificar… Su mentora nunca le había mencionado el hecho de que se encontraba con Esquiruela el día que él nació…

El joven localizó un palito en el suelo, lo dejó detrás de Musaraña y lo partió con los dientes.

—Ya no tienes que preocuparte por esa pulga —maulló, e intentando sonar como si la respuesta no le importara mucho, preguntó—: ¿Y recordáis algo más sobre el día que Esquiruela nos trajo al campamento?

—No mucho —contestó Musaraña—. Fue una estación sin hojas tan fría y nevó tanto que nos pasamos durmiendo la mayor parte del tiempo. Sí recuerdo que a todos les sorprendió mucho que Esquiruela no notara que le faltaba poco para dar a luz cuando se marchó. Pero, bueno, siempre ha sido una atolondrada, desde que era una cachorrita.

—¿Ocurrió algo que os pareciera… raro aquellos días? —preguntó Glayo, antes de volver a morder el palito y esperando que Musaraña no pensase que

estaba infestada de pulgas.

—¿Raro? —resopló la veterana—. Raro es casi todo lo que el clan hace hoy día.

—Yo sí recuerdo algo —maulló Rabo Largo—. Musaraña, fue por entonces cuando Hojarasca Acuática te dio aquella hierba de sabor curioso.

Glayo plantó las orejas.

—¿Qué hierba de sabor curioso?

—¿Cómo voy a saberlo? —masculló la veterana—. Hojarasca Acuática me trajo un poco de atanasia, como de costumbre. Creo que espera que viva a base de eso todas las estaciones sin hojas. A lo que iba, que la atanasia estaba mezclada con algo que sabía extraño.

Glayo sintió un cosquilleo en las zarpas; aquella hierba tenía que ser importante.

—¿Hojarasca Acuática te dijo qué era?

Musaraña se estiró, sacudiéndose el pelo.

—No. No se lo pregunté. Cuando me quejé del sabor, ella se limitó a llevarse lo que quedaba. Dijo que se había equivocado y que no era para mí.

—¿Cómo era la hierba? —insistió Glayo, acercándose a Rabo Largo para examinarlo.

—Rara, pero no desagradable. ¡Si me hubiese dado algo asqueroso, le habría arrancado las orejas! Tenía un sabor frío, como la escarcha que se pega en el pelo, y el frescor de la hierba, aunque estaba seco y polvoriento… Supongo que lo cogió del fondo del almacén.

—Qué extraño. —Glayo mordió de nuevo el palito—. No es propio de Hojarasca Acuática equivocarse con las hierbas.

La vieja gata soltó un bufido.

—¡Estaba todo el rato de arriba abajo, intentando ayudar a Esquiruela a cuidar de sus cachorros! ¡Menudo revuelo armaba! Cualquiera habría dicho que Esquiruela era la primera reina en dar a luz.

—En serio… —murmuró Glayo.

Acabó de inspeccionarle el pelo a Rabo Largo a toda prisa —y encontró una pulga de verdad, que aplastó entre los dientes—, se despidió de los veteranos y se dirigió al bosque a por musgo. Mientras arrancaba pedazos entre las raíces de un árbol, se preguntó cuál sería la hierba misteriosa que su mentora le había dado a Musaraña. Era extraño que Hojarasca Acuática no le hubiese dicho qué era ni para quién. Y más extraño aún que hubiese cometido un error con lo cuidadosa que era.

«Tengo que averiguar qué hierba era», pensó mientras recogía el musgo para llevarlo al campamento.

Al regresar a la guarida de la curandera, descubrió que Hojarasca Acuática había salido a buscar musgo mientras él estaba hablando con los veteranos.

—¿Has ido a por ese musgo al Clan del Río? —le espetó la gata—. ¿O estabas otra vez en la luna?

—Mmm… no.

Glayo dejó la carga y comenzó a arreglar su lecho.

—Se me ha ocurrido pasar primero a ver cómo estaban los veteranos. —Y añadió, ante el silencio de su mentora—: Musaraña me ha contado una historia extraña. Dice que una vez le diste una hierba de sabor curioso mezclada con la atanasia.

Hojarasca Acuática palpitó espantada, pero respondió:

—No me acuerdo de eso. ¿Cuándo fue?

—Uf, hace ya mucho.

Algo le dijo a Glayo que no concretara demasiado. No quería que la gata supiera que había estado haciendo preguntas sobre su nacimiento.

—¿Sabes cuál era?

La curandera soltó un bufido, irritada.

—¿Y cómo se supone que voy a saberlo? Por el Clan Estelar, ¿crees que no tengo cosas más importantes de las que preocuparme?

—Yo solo…

—Si te aburres tanto que tienes que ponerte a preguntar sobre algo que ocurrió la última estación sin hojas, puedo encontrarte enseguida algo que hacer. Aquí seguimos escasos de musgo, así que continúa con eso.

—Vale.

Glayo se alegró de poder marcharse. «Pero yo no le he mencionado la última estación sin hojas», pensó mientras cruzaba el claro. Además, había percibido el miedo de su mentora. «Hojarasca Acuática me ha mentido. Sí sabe qué hierba era, y sabe que es importante. Debo de estar acercándome a la verdad… y no quiere que la descubra».

13

Carrasca parpadeó sorprendida cuando al despertarse se vio entre las paredes de piedra de la vivienda de los Dos Patas, en vez de debajo de las ramas de la guarida de los guerreros en el campamento del Clan del Trueno. De inmediato recordó su viaje en busca de Solo, y cómo Audaz los había llevado a aquella casa abandonada de los Dos Patas para salvarlos de los perros.

Cuando la guerrera se incorporó, Leonado bostezó desperezándose.

—No me gusta este lugar —masculló el joven guerrero—. Ya es hora de que nos marchemos.

Carrasca coincidió con un murmullo. No estaba bien que los guerreros estuvieran tan cerca de todas aquellas cosas de los Dos Patas, incluso aunque no hubiese Dos Patas.

La luz pálida del amanecer se colaba a través del hueco en la pared. Al mirar a su alrededor, Carrasca vio que Betulón y Pinta seguían dormidos. Fronde Dorado estaba debajo del hueco, en la repisa sobre la que descansaba Soldado el día anterior. No había rastro de Zarzoso, pero al cabo de un instante el lugarteniente entró de un salto por el hueco de la pared y fue a sentarse junto a Fronde Dorado.

—Todo está tranquilo —le informó—. Pero hay un fuerte olor a perro.

Carrasca agitó los bigotes; incluso desde allí podía captar el hedor.

—Tenemos que ponernos en marcha —maulló Fronde Dorado—. ¿Has visto a Audaz?

Zarzoso negó con la cabeza. Manchitas y sus hijos dormían acurrucados formando un montón peludo encima de una de las rocas blandas, mientras que Fredo y Comino dormían encima de la otra. No se veía a ningún otro gato de la casa de los Dos Patas.

—Estará por alguna parte. —Zarzoso saltó al suelo—. Creo que podemos confiar en ella.

Fue a despertar a Betulón y Pinta. Cuando ambos estaban desperezándose, Audaz entró por el agujero de la puerta.

—Estupendo, ya estáis listos —maulló, con un saludo enérgico de la cabeza—. Vámonos.

Inició la marcha hacia el territorio de los Dos Patas a través del hueco en la pared.

—El trayecto de hoy va a ser un poco distinto —avisó a los gatos de clan cuando ya estuvieron todos bajo el aire crudo y húmedo de la mañana invernal—. No pondremos ni una pata en el suelo hasta que lleguemos a nuestro destino.

Carrasca, confundida, lanzó una mirada a sus compañeros y vio que todos parecían igual de sorprendidos. ¿Cómo iban a llegar a algún sitio sin tocar el suelo? ¿Es que Audaz esperaba que volasen?

—Desde la batalla contra los perros no es seguro caminar a ras del suelo —les explicó la atigrada—. Siempre están al acecho y nos persiguen como a presas.

Estremeciéndose, Carrasca se arrimó a Leonado.

—Eso es exactamente lo que nos pasó ayer.

Leonado asintió con un destello en sus ojos ámbar y flexionando las garras, como si estuviera imaginando la oportunidad de rajar a un perro que lo atacaba a él o a sus compañeros. «Será mejor que nos mantengamos fuera del camino de esas bestias», pensó Carrasca.

—Así que hemos encontrado una forma diferente de movernos por su territorio —continuó Audaz antes de saltar a lo alto de la valla de los Dos Patas haciendo muestra de su agilidad—. ¿Listos? —les preguntó a los gatos de clan por encima del hombro.

Zarzoso saltó a su lado de inmediato, seguido del resto de la patrulla. Audaz se puso en marcha, manteniendo el equilibrio sin esfuerzo sobre la madera estrecha. Luego dobló una esquina para pasar por delante de varias viviendas de los Dos Patas, que tenían un pequeño sendero atronador al otro lado.

Carrasca se puso tensa cuando la puerta de una de las casas se abrió y un perrito blanco salió disparado, llenando el aire de chillidos agudos.

—No os preocupéis —los tranquilizó Audaz—. Es un perrito doméstico. Es un incordio, igual que todos los demás, pero no es peligroso como los perros salvajes.

Carrasca tuvo que creerse sus palabras, pero al ver al perro saltando al pie de la valla y arañando la tierra, se alegró de no estar abajo, donde este pudiera

atraparla. La joven clavó las garras con más fuerza en la franja estrecha de madera y la mirada en la cola de Leonado.

La valla terminó ante una hilera de pequeñas construcciones de tejado plano.

—Estas son las guaridas de los monstruos —les dijo Audaz, saltando al tejado que quedaba más cerca.

—¡¿Los monstruos tienen guaridas?! —exclamó Pinta.

—Claro.

Audaz señaló a un Dos Patas que se acercaba al borde del sendero atronador.

—Mirad.

Los gatos de clan saltaron junto a ella y vieron cómo el Dos Patas abría la puerta de una de las guaridas y desaparecía en su interior. Al cabo de un momento se oyó el gruñido gutural de un monstruo, que al salir se dirigió al sendero atronador con el Dos Patas en sus entrañas.

—¡Por el gran Clan Estelar, aquí es donde duermen! —dijo Betulón con el pelo del cuello erizado.

—Sí, pero no pueden subir hasta aquí —maulló Audaz—. Continuemos.

La patrulla avanzó con facilidad por los tejados planos hasta llegar a otra valla, donde había más viviendas de los Dos Patas. La luz diurna iba en aumento, y se levantó un viento constante. Carrasca clavaba las uñas con cada paso, temiendo que una ráfaga la tirara de la estrecha pasarela. A eso se refería Audaz cuando había dicho que no iban a pisar el suelo. No había que volar, pero sí permanecer en las alturas, fuera del alcance de los perros. La joven imaginó cómo sería no atreverse a posar una pata en el suelo del bosque y a tener que saltar de un árbol a otro para evitar que los mataran.

«Ningún gato debería verse obligado a vivir así», pensó.

Cuando doblaron la siguiente esquina, la valla dio paso a una pared de piedra roja. La parte superior era más ancha, y resultaba más sencillo caminar por ella. El sendero atronador también era más ancho allí, con árboles de piedra a ambos lados y algunos monstruos avanzando por él. A menudo, la pared quedaba interrumpida por una valla de madera más baja. Audaz bajaba de un salto, la recorría a toda prisa, y volvía a subir a la pared del otro extremo. Los gatos de clan la seguían. Carrasca sintió un hormigueo de miedo al recordar cómo la manada de perros había saltado la valla baja el día anterior. Sin embargo, no apareció ningún perro, y todos consiguieron llegar al otro lado sanos y salvos.

Audaz se detuvo en un punto de la pared. Carrasca vio que más adelante una de las tablas de madera estaba abierta y había un vacío entre los dos sectores de la pared. Como si eso hubiera sido una señal, una explosión de ladridos brotó desde algún lugar detrás de ellos, y una ráfaga de viento les hizo llegar el olor de los perros.

—Tendremos que saltar —decidió Audaz—. Retroceded un poco; necesito espacio para coger carrerilla.

En cuanto los gatos de clan retrocedieron, Audaz corrió por la pared, se elevó justo en el borde, dio un fuerte salto y aterrizó limpiamente al otro lado. Los guerreros se miraron unos a otros; Carrasca vio que Betulón y Pinta estaban nerviosos.

—Ahora saltaré yo —maulló la joven, tras decidir que prefería acabar con aquello a ver cómo sus compañeros iban saltando.

Se lanzó por la pared y por el aire antes de poder pensar en el hueco y en los perros, que estaban cada vez más cerca.

Sus patas aterrizaron sobre la piedra roja del muro, y Audaz la ayudó a mantener el equilibrio.

—Bien hecho —maulló la atigrada—. Adelántate un poco para dejarles sitio a los demás.

Carrasca pasó junto a Audaz, y se volvió a tiempo de ver cómo Fronde Dorado salvaba el vacío sin el menor contratiempo. Lo siguió Betulón; sus patas delanteras aterrizaron en la pared, pero las traseras se quedaron colgando. Se le dilataron los ojos por el miedo cuando los ladridos se volvieron más sonoros y dos perros doblaron la esquina a la carrera. Veloz como el rayo, Fronde Dorado lo agarró por el pescuezo y lo subió hasta el muro; el joven guerrero levantó la cola justo a tiempo, quedando fuera del alcance de los dientes del primer animal.

Betulón se estremeció.

—Gracias, Fronde Dorado. Estaba seguro de que iba a convertirme en comida para perros.

Pinta temblaba en el otro lado, mirando aterrorizada a los perros, que se habían plantado sobre las patas traseras y estaban arañando la pared.

—No puedo, Zarzoso —susurró la gata—. No puedo. Sé que voy a caerme.

—No, no te caerás —la tranquilizó el lugarteniente—. Eres buena saltadora. Lo harás bien.

—Si te caes, yo bajaré a luchar contra los perros —le prometió Leonado.

Dirigiendo a los dos guerreros una mirada de desesperación, Pinta retrocedió un par de zorros y corrió hasta el borde de la pared. Los dos perros se abalanzaron hacia ella mientras saltaba, pero la joven logró salvar la distancia sobradamente, y fue recibida por un lametazo de Betulón.

La siguió Leonado, y luego Zarzoso, y los gatos prosiguieron la marcha con los perros pegados a la valla, a un zorro de distancia, gimoteando y aullando de frustración por no poder alcanzar a sus presas. Carrasca se preguntó si había alguna manera de librarse de ellos. El poblado de los Dos Patas no duraría eternamente. Antes o después, el grupo de gatos tendría que bajar al suelo, y entonces los despedazarían.

—¡¿Adónde os creéis que vais?! —exclamó una nueva voz.

Carrasca vio que un gato enorme de pelaje azulado se había encarado a Audaz. Tenía el aspecto lustroso y bien alimentado de una mascota, pero estaba empezando a erizar el pelo del cuello, y sus ojos azules eran poco amistosos.

—Solo estamos de paso —replicó Audaz con calma.

—Bueno, pues daos prisa —gruñó el minino—. Yo me voy a casa a dormir un poco. No quiero estar todo el día oyendo ese jaleo. Esos perros ni siquiera estarían aquí si vosotros no los hubierais traído.

Los ojos de Leonado se encendieron de rabia. El joven comenzó a abrirse paso por la valla para situarse junto a Audaz. Carrasca sintió que un hormigueo le recorría el cuerpo. Si empezaba una pelea allí, probablemente terminaría con los dos gatos cayendo de la pared y precipitándose a las fauces de los perros.

Zarzoso levantó la cola para detener a Leonado.

—No te entrometas, a menos que el minino ataque —le ordenó—. Deja que Audaz se encargue de esto.

Leonado obedeció, pero mantuvo su furibunda mirada fija en el minino.

—Eres tú quien nos está retrasando —respondió la atigrada, aún con tono tranquilo—. Si no estuvieras en medio, haría rato que nos habríamos ido.

El gato de pelo azulado soltó un bufido malhumorado, pero no dijo nada. En vez de eso, bajó de un salto al territorio de los Dos Patas, corrió hacia la vivienda y desapareció por el pequeño agujero que había en la puerta.

Carrasca se relajó; tenían cosas más importantes que hacer que enseñar modales a las mascotas. Todavía con los perros a la zaga, recorrieron el muro hasta una nueva esquina.

—Aquí es donde podemos librarnos de los perros —anunció Audaz.

Tras doblar, guio al grupo por una valla estrecha de madera que corría entre dos casas de los Dos Patas. Era imposible que los perros los siguieran por allí, pero intentaron colarse por el espacio que quedaba al pie de la valla. Sus aullidos de frustración acompañaron a los gatos mientras se acercaban a la vivienda.

—Por aquí… —les indicó la atigrada—, y vigilad donde ponéis las zarpas.

A continuación saltó a un área estrecha y plana que quedaba encima de la entrada de la casa. Y luego trepó por una enredadera que crecía a lo largo de la pared hasta que llegó al borde del tejado.

—¡No es difícil! —exclamó, mirando hacia abajo y haciéndoles una seña con la cola.

—¡Y los erizos vuelan! —masculló Betulón.

Cuando le llegó el turno, Carrasca descubrió que Audaz no los había engañado. La enredadera tenía unos tallos gruesos y retorcidos que creaban muchos asideros, y era lo bastante recia para soportar incluso el peso de Zarzoso y Leonado. Sin embargo, el borde del tejado parecía inestable, y Carrasca intentó en vano clavar las garras en él, aterrorizada por que el viento pudiera derribarla.

—¿Ahora por dónde? —preguntó Zarzoso resollando, tras llegar junto a Audaz.

A modo de respuesta, la atigrada comenzó a ascender la empinada cuesta del tejado.

—Esto es un buen atajo —maulló.

—¡No podemos subir ahí! —exclamó Pinta sin aliento—. ¡Nos caeremos!

—Si Audaz puede hacerlo, nosotros también —replicó Fronde Dorado con firmeza—. Sube, Pinta. Yo iré justo detrás de ti.

Resbalando y arañando la superficie, los gatos de clan fueron ascendiendo uno a uno la pendiente hasta donde los esperaba sentada Audaz con la cola enroscada alrededor de las patas, en la parte más alta del tejado, junto a un par de tocones de árbol hechos de piedra.

—Es genial estar aquí arriba —maulló la atigrada cuando Carrasca llegó a su lado no sin escatimar esfuerzos—. A veces vengo solo a contemplar.

«¿Subes aquí sin necesidad?». Carrasca sentía como si se le hubiesen desgastado las uñas en el desesperado ascenso. Una cresta puntiaguda se extendía en ambas direcciones; le parecía demasiado estrecha para mantener el equilibrio. El viento le azotaba el cuerpo y le pegaba los bigotes a la cara.

Como no quería que Audaz notara lo incómoda que se sentía, se obligó a levantar la vista del suelo. De inmediato, el miedo desapareció. ¡Desde allí podía verlo todo! Los tejados inclinados del poblado de los Dos Patas, la extensión plana de hierba áspera que cubría los acantilados que daban al lugar donde se ahoga el sol. Y más allá, por encima de las olas grises incansables, el horizonte.

—¡Mira! —chilló Leonado, situándose al lado de su hermana—. ¡Se ven las montañas!

Carrasca se volvió en redondo para mirar en la dirección que le indicaba el guerrero. Tras los límites del bosque, las montañas eran un borrón nebuloso en el horizonte. La joven gata distinguió laderas y precipicios grises, y cumbres nevadas que se elevaban hacia el cielo.

—¿Crees que estamos tan altos como lo estábamos en las montañas? —preguntó asombrada.

—Por supuesto que no —respondió Leonado con cierta sorna—. Tardamos muchísimo tiempo en ascender hasta la cascada.

Carrasca comprendió que su hermano tenía razón, pero, aun así, las montañas parecían estar tan cerca que casi podía imaginarse saltando del tejado y aterrizando en la cornisa que discurría tras la catarata hasta la cueva en la que vivía la Tribu de las Aguas Rápidas.

—Me pregunto qué estarán haciendo —murmuró, casi para sí misma—. ¿Volveremos a ver a Borrascoso y a Rivera?

No obtuvo respuesta. En cuanto el resto de la patrulla llegó a la cresta del tejado, Audaz se puso en pie.

—En esta parte tendréis que poner un cuidado extremo —avisó—. Bajar es muchísimo más difícil que subir. Si resbaláis… Bueno, no resbaléis, y ya está.

Con mucho cuidado y medio agazapada, Audaz inició el descenso por el otro lado del tejado. A Carrasca le patinaron las zarpas sobre la piedra lisa; no había nada a lo que agarrarse, y la pendiente parecía terminar en el vacío. Cuando estaba a medio camino, un pájaro blanco enorme pasó volando por delante de ella, soltando un graznido estridente y llenando el aire con el batir de las alas. La guerrera se quedó paralizada, intentando clavar las garras en la piedra, hasta que el ave desapareció.

—¡No pienso volver a hacer esto nunca más! —bufó Betulón a su espalda.

Carrasca estaba temblando cuando llegaron al borde del tejado y se detuvieron en un estrecho canal medio taponado con hojas y otros residuos. A

un par de zorros de distancia, hacia abajo, había un tejado plano, y más allá, un sendero atronador pequeño.

—¿Eso es otra guarida de monstruos? —preguntó Pinta.

Audaz asintió.

—Ahora tendremos que bajar al suelo porque hay que cruzar ese sendero atronador. Pero creo que estamos a salvo. Los perros salvajes no suelen llegar tan lejos.

Tras aterrizar en la hierba que crecía junto al sendero, Carrasca saboreó el aire. Captó el olor mezclado de varios perros, pero ninguno estaba cerca. Y tampoco apareció ningún monstruo cuando Audaz se detuvo a escuchar; al cabo, la atigrada ondeó la cola para que los gatos de clan cruzaran el sendero atronador.

Una vez al otro lado, Audaz subió de un salto a un muro construido con piedra gris. Mientras avanzaban por él, Carrasca vio que las viviendas de los Dos Patas eran más pequeñas allí, y los territorios anexos más estrechos. Un par de cachorros minúsculos de Dos Patas estaban jugando en una de las franjas de hierba, pero no repararon en los gatos que iban de paso.

—¿La casa de Puma queda muy lejos? —preguntó Zarzoso—. Creo que cada vez estamos más cansados y hambrientos.

Carrasca asintió entre dientes. Le dolían todos los músculos del cuerpo y notaba como si tuviera un agujero gigantesco en el estómago. El cielo estaba cubierto de nubes, pero la joven percibió que hacía rato que el sol había llegado a lo más alto, y nadie había comido desde la noche anterior, cuando habían tomado un poco de carne fresca en la vivienda abandonada de los Dos Patas.

—Ya casi estamos —respondió Audaz—. Podemos…

Una racha de viento cargado de lluvia glacial la abofeteó y la gata tuvo que interrumpirse. Betulón, espantado, soltó un alarido. Carrasca se pegó al suelo, aterrorizada ante la idea de que el viento pudiera derribarla.

—¡Por aquí! —ordenó la atigrada.

Y corrió a lo largo del muro hasta alcanzar la valla que dividía los territorios de los Dos Patas. Un pino frondoso crecía cerca de la pared. Audaz saltó a la rama que le quedaba más cerca y se abrió paso entre las agujas de pino. Luego se asomó.

—¡Venid! —exclamó—. Hay que cobijarse.

Tambaleándose por el azote del viento, los gatos recorrieron el muro para trepar al árbol. Carrasca estaba empapada cuando llegó. Las agujas de pino le

pincharon la piel cuando se internó entre las ramas, buscando asideros para elevarse más.

—¿Qué se cree Audaz que somos, ardillas? —rezongó Leonado mientras trepaba.

Las ramas se combaron balanceándose por su peso, y Carrasca sintió de repente que el árbol entero daba vueltas. Clavó las uñas con más fuerza en la corteza, y cerró los ojos hasta que la mareante sensación desapareció.

—Pensaba que vivíais en el bosque —maulló Audaz, una cola por encima de Carrasca—. ¿No estáis acostumbrados a los árboles?

—No solemos trepar por ellos —respondió Zarzoso desde más abajo, justo a la altura de la pared—. Cuando la lluvia nos sorprende en el bosque, preferimos resguardarnos entre las raíces de un árbol o bajo un arbusto.

—Bueno, todos los días se aprende algo —replicó Audaz, divertida.

Para cuando pasó la tormenta, Carrasca vio que la luz diurna empezaba a apagarse. «Espero que lleguemos a casa de Puma antes de que caiga la noche. No quiero tener que deambular en la oscuridad por este poblado de los Dos Patas», pensó. Luego bajó del árbol siguiendo a sus compañeros e intentó atusarse el pelo, pero lo tenía todo enredado y revuelto por las agujas de pino. Malhumorada, se dijo: «Con este aspecto, bien podría ser una gata descarriada en vez de una gata de clan». Luego la sacudió un dolor más profundo. «Quizá sea eso lo que soy».

La patrulla siguió a Audaz a lo largo de más muros y vallas, y por más tejados de guaridas de monstruos, hasta que el crepúsculo empezó a extenderse desde las sombras. Al final, la atigrada se detuvo en una esquina.

—¿Veis ese avellano? —les dijo, indicándoles con la cola un arbusto oscuro y frondoso que asomaba tras una valla, al otro lado de un sendero atronador estrecho—. La casa de Puma está justo detrás.

—Gracias, Audaz —maulló Zarzoso—. Jamás la habríamos encontrado sin ti.

—De nada. Allí podréis cazar y pasar la noche, pero tened cuidado —añadió más seria—. Solo tiene la capacidad de lograr que los gatos crean en él. Lo sé porque conmigo lo consiguió; yo le creí tanto que abandoné la casa de mis dueños, donde era feliz.

En la creciente oscuridad, sus ojos brillaron con tristeza.

—¿Por qué no vuelves? —le preguntó Betulón.

—Porque los otros gatos me necesitan. Todos los gatos necesitan un líder… alguien a quien seguir, alguien que tome las decisiones difíciles. Por

eso en su momento le prestamos oídos a Solo. Pero ahora ese es mi trabajo. No puedo abandonarlos.

En su voz vibraba la soledad. Carrasca se sintió muy apenada por ella. El líder de un clan se elegía según el código guerrero y recibía nueve vidas. Era un honor grandísimo, y el líder contaba con el apoyo del lugarteniente, la curandera y los guerreros más experimentados del clan. Sin embargo, Audaz no tenía a nadie.

La atigrada se sacudió, como para librarse de las lamentaciones inútiles. Entrechocó las narices con todos los miembros de la patrulla.

—Adiós, y buena suerte —maulló—. Venid a vernos si volvéis a pasar por nuestro hogar.

—Lo haremos —le prometió Fronde Dorado—. Adiós, y buena suerte también para ti.

Audaz inclinó la cabeza mientras los demás se despedían a su vez, y luego dio media vuelta para recorrer la pared de nuevo, de regreso a su casa. Iba con la cabeza y la cola bien altas.

—Adiós, Estrella Audaz —susurró Zarzoso, demasiado bajito como para que ella pudiera oírlo—. Que el Clan Estelar ilumine tu camino.

Carrasca se agazapó justo detrás de Leonado en las sombras de debajo del avellano. La vivienda de los Dos Patas parecía incluso más abandonada que la que habitaban Audaz y los demás. Las paredes y el tejado estaban llenos de agujeros oscuros.

—¿Recuerdas cuando conocimos a Puma de camino a las montañas? —le susurró Leonado a su hermana—. Nos contó que su Caminaerguido había muerto.

—A lo mejor Puma ya no está aquí.

Carrasca no estaba segura de si eso la alegraría o no. Estaba deseando volver a ver a aquel viejo excéntrico, pero le daban miedo las consecuencias de encontrarse de nuevo con Solo.

—Solamente hay una manera de averiguarlo —maulló Zarzoso.

El lugarteniente comenzó a avanzar entre los arbustos desordenados que rodeaban la vivienda. A Carrasca se le hizo la boca agua al captar un fuerte olor a ratón.

—¡Presas! —exclamó Pinta, con la voz aguda por el hambre—. Zarzoso, ¿podemos cazar?

El lugarteniente vaciló un instante.

—De acuerdo —aceptó al cabo—. Pero deprisa. Y no salgáis de este pedazo de territorio.

La patrulla se dispersó entre los arbustos. Carrasca no tardó en localizar a un ratón que rebuscaba entre las hojas muertas, y lo mató de una dentellada veloz.

—Gracias, Clan Estelar —masculló, dando el primer y delicioso bocado.

Sentía como si no hubiese comido en toda una luna. Acababa de engullir la presa cuando oyó que Zarzoso llamaba a la patrulla. Mientras avanzaba entre los arbustos, otro ratón corrió prácticamente a sus zarpas. La joven lo inmovilizó contra el suelo y le mordió el cuello, luego se lo llevó a donde estaban sus compañeros.

Los demás estaban esperándola. Leonado estaba zampándose el último bocado de su pieza, mientras Betulón se pasaba la lengua por la boca con expresión satisfecha.

—¿Habéis comido todos? —preguntó Zarzoso—. Carrasca, ¿vas a comerte eso?

La guerrera negó con la cabeza.

—Ya he comido. He pensado que podríamos regalárselo a Puma.

Zarzoso asintió con aprobación.

—Buena idea. En ese caso, sigamos.

Con cautela, y deteniéndose cada pocos pasos a escuchar y saborear el aire, Zarzoso encabezó la marcha hasta la casa de los Dos Patas y a través del oscuro agujero de la entrada. Carrasca se estremeció al entrar. Allí hacía incluso más frío que fuera, un frío crudo que ascendía del húmedo suelo de piedra. En los agujeros de las paredes crecían zarzas, como si el territorio exterior estuviese invadiendo la vivienda. Había un olor mohoso compuesto de presas rancias y hojas podridas. Sin embargo, también olía a gatos, y ese olor era más intenso y reciente que los demás.

—¿Puma? —llamó Zarzoso.

No hubo respuesta. El lugarteniente siguió avanzando, con la patrulla apelotonada tras él. Carrasca sintió un hormigueo por todo el cuerpo. Había algo extraño en aquel sitio, algo frío y poco acogedor.

Entonces, una voz sonó a sus espaldas:

—¿Me buscabais a mí?

14

Carrasca se volvió en redondo. Tras ella, en una abertura arqueada, vio la silueta de un gato grande y musculoso recortada contra la penumbra. Las manchas blancas de su pelaje relucían intensamente.

—¡Solo! —exclamó Pinta, invadida al mismo tiempo por el asombro y el terror.

«Pinta cree que es el asesino», pensó Carrasca.

Enseguida percibió que a su alrededor todo eran pelajes erizados y músculos tensos. Sin embargo, en cuanto miró los brillantes ojos ámbar de Solo, sintió que se relajaba. ¿Cómo había podido olvidar lo sabio que era, lo tranquilo y seguro que estaba acerca del futuro? No había nada que lo perturbara, porque él ya sabía qué esperar.

—Saludos, Solo. —Zarzoso dio un paso adelante—. Sí, te estábamos buscando. Tienes que regresar al Clan del Trueno.

Solo miró a los ojos a todos los miembros de la patrulla.

—Algo ha ocurrido.

Carrasca sintió que se le contraía el estómago, como si la hubiera golpeado una piedra. «¿Qué sabe sobre Cenizo?».

—Únicamente necesitamos que vengas con nosotros —respondió Zarzoso —. Estrella de Fuego quiere hablar contigo.

Solo entornó los ojos.

—Ha ocurrido algo y creéis que yo he tenido que ver. Algo malo. No habríais venido todos hasta aquí para darme las gracias. —Hizo una pausa, pensativo—. Ha muerto un gato…

Betulón soltó un respingo.

—No —se corrigió Solo—. Han matado a un gato. Y pensáis que he sido yo.

Movió la punta de la cola, pero no mostró ninguna otra emoción.

«Yo estaría aterrorizada si alguien me acusara de asesinato», pensó Carrasca, arañando la fría piedra. Sin embargo, Solo se limitó a observar sosegadamente a los gatos del bosque, esperando a que hablaran.

—¡Tiene que ser culpable! —le susurró Pinta a Carrasca—. ¡Ni siquiera ha preguntado quién ha muerto!

—¿Solo? ¿Eres tú? —una voz frágil quebró el silencio, y Puma apareció en la entrada arrastrando un conejo.

Estaba más delgado que la última vez que Carrasca lo había visto, y el pelaje atigrado parecía más desgreñado que nunca.

—¡Mira lo que traigo!

Puma dejó la presa y levantó la vista. Parpadeó atónito al reconocer a los recién llegados.

—Pero ¡si es Zarzoso! —exclamó—. ¡Y Leonino y Carrasquera! Jovencitos, espero que os estéis portando bien…

—Sí, claro que sí —respondió Leonado, acercándose al viejo solitario para entrechocarle la nariz—. Y, por cierto, ahora ya somos guerreros: Leonado y Carrasca.

—Bueno, ¡¿quién lo habría imaginado?! —A Puma le brillaron los ojos —. Bien hecho, jovenzuelos.

Durante unos segundos, Carrasca volvió a sentirse como una aprendiza. Debería haberla ofendido que Puma aún los considerara jóvenes gatos que no paraban de meterse en líos. Pero lo cierto es que añoraba aquellos días en los que todo parecía muy sencillo, y donde lo único que tenía que hacer era entrenar para convertirse en la mejor guerrera posible.

—¿Cómo está vuestro hermano? —les preguntó Puma.

—Ahora se llama Glayo —respondió Carrasca—. Y ya es oficialmente curandero.

El viejo gato sacudió la cabeza.

—¡¿Quién lo habría imaginado?! —repitió.

Zarzoso se adelantó para inclinar la cabeza ante él.

—Saludos, Puma. Me alegro de volver a verte. Ven a conocer a los demás compañeros de nuestro clan. Estos son Betulón, Fronde Dorado y Pinta.

—Es un placer conoceros —musitó el viejo, algo cohibido al estar rodeado de tantos desconocidos.

—Lo lamento, Puma. —Solo se situó delante de él—. Tengo que irme.

Puma parpadeó pasmado.

—¿Qué? ¿Por qué? —Y al ver que Solo no contestaba, añadió—: Ya sé que únicamente llevas aquí un par de días, pero creía que nos llevábamos

bien. Esta vieja casa no parece ni la mitad de vacía contigo por aquí. Y mira… —Señaló con la cola la presa que había cazado—. He encontrado un conejo. Está un poco escuálido y viejo, pero es una buena comida… —Se interrumpió, cabizbajo y encorvado.

—Disfruta tú del conejo, Puma —maulló Solo con tono amable y un centelleo en sus ojos ámbar—. Creo que los gatos del Clan del Trueno quieren que nos marchemos de inmediato.

—¿A qué viene tanta prisa? —Puma se volvió hacia Zarzoso—. ¿Por qué se tiene que ir Solo con vosotros ahora mismo? ¿No podríais quedaros un poco más? Sois bienvenidos.

«Deja que Solo se quede —quería decirle Carrasca a Zarzoso—. No tenemos por qué llevárnoslo al campamento. Puma lo necesita más que nosotros». Sin embargo, sabía que era imposible contradecir las órdenes de Estrella de Fuego.

—Pasaremos aquí la noche —decidió el lugarteniente—. Pero nos marcharemos al amanecer.

—¡Estupendo! —Puma irguió las orejas—. Comed un poco de este conejo —los invitó con orgullo.

—Gracias —respondió Zarzoso cortésmente—, pero podemos salir a cazar para aportar algo al montón de la carne fresca.

—Yo te he traído un ratón —anunció Carrasca, dejando la presa a los pies del viejo.

A Puma le brillaron los ojos.

—Es muy amable por tu parte —maulló, antes de zampárselo.

Los gatos de clan se dirigieron a la entrada de la vivienda. Fronde Dorado se volvió a mirar a Solo, que seguía plantado en mitad de la casa.

—No os preocupéis —maulló—. Estaré aquí cuando volváis.

Fronde Dorado no pareció muy convencido. Al salir, Zarzoso se acercó a su compañero y le susurró al oído:

—Quédate haciendo guardia, pero que no te vea.

Fronde Dorado asintió aliviado y se agazapó debajo de las ramas de un arbusto cercano, donde permaneció con la mirada fija en la vivienda.

La oscuridad había caído mientras estaban dentro. La cruda luz anaranjada de los Dos Patas cubría el cielo, ocultando las estrellas. A Carrasca le habría gustado ver a los espíritus de los antepasados guerreros del clan, para saber que seguían cuidando de ella.

Una vez fuera, se dirigió al matorral de hojas verdes y brillantes en el que había cazado el ratón. Pinta iba a su lado.

—Me alegro muchísimo de que hayamos encontrado a Solo —murmuró —. Ahora ya podemos irnos a casa.

Carrasca asintió.

—No me gusta separar a Puma de Solo —confesó.

—Pero ¡si Solo es un asesino! —Pinta se detuvo, mirándola con los ojos muy abiertos—. ¿Y si también lo mata a él?

—Solo no haría eso.

—¿Cómo lo sabes? Tenemos que llevarlo al campamento cuanto antes, para evitar que cause más daño. Estrella de Fuego sabrá qué hacer con él.

Carrasca negó con la cabeza con impotencia. No había forma de responder a las preguntas de Pinta. Además, si Solo no regresaba al Clan del Trueno con ellos, ¿qué pasaría con la búsqueda del asesino de Cenizo? ¿Estrella de Fuego se vería obligado a mirar más cerca de los suyos? A la guerrera se le heló el estómago al pensar en la posibilidad de que las acusaciones sobrevolaran su clan.

Se internó en el matorral para cazar, pero esta vez las presas no acudieron a sus patas. Al final tuvo que conformarse con una sola musaraña. Volvió a la casa sintiéndose avergonzada, pero el resto de la patrulla tampoco había cazado mucho.

—Las presas escasean por aquí —admitió Puma cuando se sentaron a comer—. Aun así, puedo encontrar lo suficiente para Solo y para mí durante la estación sin hojas. ¡No me he muerto de hambre!

«Debe de sentirse tan poco acompañado que está dispuesto a compartir lo que tiene con un desconocido», pensó Carrasca, apenada, engullendo su parte de musaraña.

Cuando terminaron de comer, la guerrera se acomodó para dormir. El suelo de piedra de la casa estaba húmedo y frío, y el viento se colaba por los agujeros de la pared. Apretujándose contra Leonado para obtener algo de calor, la joven echó de menos el musgo espeso y las frondas de su lecho, y la protección que le proporcionaban las ramas de la guarida de los guerreros.

Carrasca durmió muy mal, y al despertar vio cómo la fría luz del amanecer de ese día de la estación sin hojas se deslizaba oblicuamente por el suelo. Zarzoso y Fronde Dorado ya se habían levantado; Betulón y Pinta habían empezado a moverse soñolientos, mientras que Puma seguía siendo un bulto desaliñado que dormitaba en el rincón opuesto.

Solo estaba ovillado en el hueco resguardado que habían dejado un par de piedras caídas de una de las paredes interiores de la casa. Zarzoso fue a despertarlo.

—Es hora de partir —maulló el lugarteniente.

Solo levantó la cabeza parpadeando y luego se puso en pie.

—Como desees.

—Me pone los pelos de punta —susurró una voz al oído de Carrasca.

La joven se volvió sobresaltada y se encontró a Betulón.

—¡No te acerques con tanto sigilo! —le espetó, molesta consigo misma porque a ella el solitario también le provocaba escalofríos—. No es más que un gato —añadió.

Justo entonces, Solo pasó por delante de camino a la entrada de la vivienda.

—Te dije que regresaría —le murmuró, lo bastante bajo para que nadie más lo oyera.

Haciendo un esfuerzo para librarse de sus inquietudes, Carrasca fue a despertar a Leonado, y el sonido de las voces despertó a Puma, que, todavía adormilado, se dirigió hacia los restos del conejo.

—Deberíais comer algo antes de iros —maulló.

—Tú lo necesitas más que nosotros —protestó Fronde Dorado.

—Puedo cazar otro —replicó el viejo, erizando el pelo del cuello—. Si vais a hacer un viaje tan largo, necesitáis todas vuestras fuerzas.

Los gatos del Clan del Trueno se miraron entre ellos. Era evidente que Puma se ofendería si rechazaban su invitación, así que se sentaron alrededor de lo que quedaba de la presa y se obligaron a engullir unos pocos bocados cartilaginosos. Puma los observó mientras Solo aguardaba en la puerta, con la vista alzada al cielo.

—No os acerquéis a los monstruos —les aconsejó Puma—. Os aplastarán en cuanto os vean. Y algunos de los perros suelen dar problemas. Saben que no tienen que meterse conmigo, pero con los jovenzuelos como vosotros…

—Hemos conocido a los perros, Puma —le dijo Pinta—. Tienes razón: son peligrosos. Tendremos cuidado.

El viejo atigrado se dio un lametazo en el pecho, complacido por haberles sido de ayuda. A Carrasca los bocados de presa le sabían a tierra; le habría gustado que hubieran podido hacer algo para que Puma no se quedara solo.

Cuando terminaron de comer, Carrasca se despidió de Puma. El viejo gato seguía intentando mostrarse alegre, pero la joven vio soledad y miedo en sus ojos. Le restregó el hocico contra el suyo cariñosamente.

—Que el Clan Estelar te acompañe, Puma —murmuró—. Espero que volvamos a vernos.

—Quizá sea así —masculló él, aunque Carrasca sabía que era muy poco probable—. Tened cuidado, ¿me oís?

Zarzoso encabezó la marcha camino de la entrada de la casa. En cuanto a Solo, se puso en pie para situarse al lado del lugarteniente mientras los demás salían al jardín. Para entonces, el sol ya brillaba en un cielo despejado y azul claro, propio de la estación sin hojas, y una leve brisa susurraba entre las hojas de los arbustos.

Cuando ya habían cruzado medio jardín, Zarzoso se detuvo para mirar a Puma, que se había quedado en uno de los agujeros de la pared más cercanos.

—Ven con nosotros, Puma —lo apremió—. En la guarida de los veteranos hay sitio para ti. Estrella de Fuego te recibirá de buen grado.

El viejo se quedó mirándolo.

—Bueno, yo… no sé qué decir.

A pesar de la lástima que le inspiraba el anciano, Carrasca sintió que se sulfuraba. «¡Eso no está bien! Puma no es un gato de clan. ¿Qué dirán los otros clanes? —Luego contuvo un estremecimiento—. Aunque puede que yo tampoco sea una gata de clan. ¿Significa eso que debería vivir sola, sin amigos que me ayuden a cazar?».

Solo miraba hacia delante, inexpresivo.

«¿Puma le importa algo?», se preguntó Carrasca.

—¿Y bien? —lo instó Zarzoso.

—No, tranquilo, estaré bien. —Se sacudió el desgreñado pelaje—. No tenéis por qué sentir pena de mí. He sobrevivido más de una estación sin hojas por mi cuenta.

—Nos vendría bien tu ayuda para salir de este poblado de los Dos Patas, ¿sabes? —maulló Fronde Dorado, acercándose a él—. Tú conoces la zona muchísimo mejor que nosotros.

—Y cuando lleguemos al campamento, tendrías mucho que enseñar a nuestros aprendices —añadió Zarzoso—. Seguro que Carrasca y Leonado no han olvidado cómo los salvaste de los perros.

Leonado asintió y Carrasca contuvo un escalofrío al recordar a los perros que los habían acorralado en el granero, de camino a las montañas. Sin el ingenio de Puma, ellos dos y Ventolero habrían terminado despedazados.

—Tenemos muy en cuenta a los veteranos a la hora de decidir la forma como organizamos el clan —continuó Zarzoso—. Sería un honor que vivieras

con nosotros, con toda tu experiencia y lo mucho que sabes sobre los Dos Patas… quiero decir, sobre los Caminaerguidos.

Carrasca hundió las zarpas en la tierra. Zarzoso y Fronde Dorado estaban mintiendo. No sería fácil integrar a un nuevo solitario en el clan, y no necesitaban saber cómo vivir entre los Dos Patas porque en el lago había muy pocos. «¿Por qué no podemos dejar a Puma donde está si él es feliz? ¿Por qué los gatos de clan siempre creen saber qué es lo mejor?».

—Bueno, vale.

Puma salió del agujero de la pared y se unió a la patrulla.

—De momento, iré hasta el límite del poblado de los Dos Patas. Tal vez sí necesitéis algo de ayuda para encontrar el camino. —Y volviéndose hacia Solo, añadió—: No he terminado de contarte la historia del zorro…

Zarzoso los condujo al agujero de la valla por el que la patrulla había entrado la noche anterior. Allí se detuvo a saborear el aire, levantando la cabeza con las orejas plantadas. El resto aguardó en silencio. Carrasca cerró los ojos, concentrándose, hasta que notó en las zarpas el tirón que le indicaba la dirección del lago.

—¿Sabéis hacia dónde ir? —preguntó Pinta, nerviosa.

Era obvio que no confiaba en su propia guía interior. Zarzoso asintió.

—Creo que sí. Estoy intentando recordar lo que vimos desde lo alto del tejado.

—¡Yo no pienso volver a subir ahí! —aulló Betulón.

—No será necesario —lo tranquilizó Zarzoso—. Pero uno de nosotros podría trepar a un árbol para ver si vamos por el buen camino. En marcha.

Carrasca se coló por el agujero de la valla, siguiendo de cerca al lugarteniente. Cuando salió del otro lado, se encontró en una loma herbosa junto a un sendero atronador. Habían cruzado por allí la noche anterior, cuando todo estaba oscuro y en calma. Sin embargo, ahora había monstruos corriendo de un lado a otro. Sus colores brillantes mareaban a la guerrera, y tampoco ayudaba que el aire estuviera cargado con sus gruñidos y su hedor acre.

—Odio esto —le dijo Carrasca a Leonado entre dientes—. No me importa cuántas veces lo hayamos hecho, me sigue dando miedo que alguien acabe aplastado.

Zarzoso se acercó hasta el mismo borde del sendero atronador, hasta que se le alborotó el pelo con el paso de los monstruos.

—Cuando yo os diga que corráis, corred como si os persiguiera una jauría de perros —ordenó el lugarteniente.

Leonado suspiró.

—Sí, tenemos bastante práctica.

Carrasca advirtió que Fronde Dorado se había colocado junto a Puma, como si pretendiera vigilarlo cuando llegara el momento de cruzar. Solo estaba al otro lado del viejo gato, con la vista fija en el extremo opuesto del sendero atronador.

Un monstruo pasó a toda velocidad, y el rugido de su vientre fue más estruendoso que todo un clan de gatos gruñendo a la vez. Cuando el monstruo desapareció, Zarzoso miró a ambos lados del sendero.

—¡Ahora! ¡Corred!

Carrasca salió dispara como una flecha, flanqueada por Leonado y Betulón. Notó la dureza del sendero atronador bajo las zarpas, pero luego se encontró tambaleándose agradecida sobre la hierba del otro lado.

Cuando se volvió, vio que todos habían cruzado excepto Puma, que zigzagueaba errático en mitad del sendero mientras Fronde Dorado, que iba junto a él, intentaba que se diera prisa.

—Tómatelo con calma, jovenzuelo —maulló Puma—. No viene ningún monstruo.

—Pero… —empezó a decir el guerrero, desesperado.

El sonido de un monstruo que en ese momento doblaba la curva rugiendo hizo que se interrumpiera. Acto seguido, Fronde Dorado le dio un fuerte empujón al viejo gato, que trastabilló sorprendido y se derrumbó sano y salvo en la hierba del arcén, mientras el monstruo pasaba gruñendo a apenas un ratón de distancia. Fronde Dorado se había puesto a salvo por los pelos.

—¡Puma, nunca más vuelvas a darnos un susto como este! —bufó Zarzoso, exasperado.

El viejo se recompuso parpadeando.

—¿Cómo? Pero si no había peligro. Y tú no tenías por qué empujarme —añadió, dirigiéndose, dolido, a Fronde Dorado.

El guerrero suspiró.

—Lo siento —dijo.

—Los jóvenes siempre os dejáis llevar por el pánico —masculló Puma.

Carrasca puso los ojos en blanco.

—Este viaje va a ser interesante… —le susurró a Leonado.

Zarzoso reunió a la patrulla con un movimiento de la cola y echó a andar por el borde del sendero atronador. Al poco, Carrasca captó el sonido de muchos cachorros de los Dos Patas. Sus voces agudas atravesaban el frío aire matinal.

—¿Qué es eso? —preguntó, con un hormigueo de recelo en las zarpas.

—Nada de lo que preocuparse —la tranquilizó Puma—. Ya lo verás.

Carrasca no estaba segura de si debía confiar en la sensatez del viejo atigrado. Al doblar la esquina, vio una de las enormes viviendas de los Dos Patas, rodeada de una gran extensión de suelo de piedra. Una verja de arbolillos finos y relucientes la separaba del sendero atronador. Una multitud de cachorros de los Dos Patas —había más Dos Patas juntos de los que Carrasca había visto jamás— corrían, chillaban y se tiraban cosas los unos a los otros.

—¿Qué es este sitio? —preguntó la joven guerrera con curiosidad.

Puma se encogió de hombros.

—No lo sé. Vienen aquí casi todos los días.

A Carrasca se le contrajo el estómago del susto al ver que el viejo se acercaba a la valla y metía el hocico por un hueco. De inmediato, varios cachorros corrieron hasta él alargando las manos.

—¿Qué está haciendo? —masculló Fronde Dorado—. ¡Puma!

Sin embargo, el veterano no le hizo el menor caso. Los cachorros de los Dos Patas habían metido las manos entre la verja para acariciarlo. El gato ronroneaba tan fuerte que la patrulla podía oírlo incluso a unas cuantas colas de distancia.

—Recordad que antes era un minino casero —murmuró Betulón—. Seguro que por eso a veces se comporta de un modo tan raro.

Zarzoso no dijo nada; se limitó a mover la cola para llevar a la patrulla más allá de la verja reluciente, a una distancia segura. Esperaron al atigrado al lado del sendero atronador. Carrasca vio cómo uno de los cachorros humanos sacaba algo y se lo tendía a Puma, que lo lamió entusiasmado.

«¿Es que no tiene cerebro?», pensó la joven guerrera.

De pronto, se oyó un estridente ruido metálico procedente del interior de la casa y todos los cachorros de los Dos Patas corrieron hacia allí y formaron una fila delante de la entrada. Puma dio media vuelta y se dirigió saltando hacia la patrulla.

—¿Qué estáis mirando? —maulló, resoplando.

—Puma, ¿crees que eso ha sido una buena idea? —le preguntó Zarzoso, intentando disimular su irritación—. ¿Qué te ha dado ese cachorro?

—No lo sé. —A Puma le brillaron los ojos mientras se relamía—. Pero la verdad es que estaba delicioso.

Zarzoso suspiró.

—Venga, vámonos.

Un poco más adelante, las viviendas de los Dos Patas comenzaron a espaciarse, y luego desaparecieron, dejando paso al bosque a ambos lados del sendero atronador. Carrasca sintió muchísimo alivio cuando Zarzoso se alejó del sendero para internarse entre los árboles. Después de avanzar apenas un par de colas, el lugarteniente se detuvo.

—Este sería un buen lugar para comprobar si vamos en la buena dirección —maulló—. ¿A quién le apetece subir a un árbol?

—¡Yo lo haré! —se ofreció de inmediato Leonado.

—No, subiré yo —protestó Pinta—. Soy mucho más ligera. Podré trepar hasta más arriba.

Zarzoso asintió.

—De acuerdo, Pinta.

Leonado se mostró contrariado mientras su compañera saltaba al tronco del árbol más cercano y clavaba las garras en la corteza. A Carrasca se le desbocó el corazón viendo a su amiga trepar entre las ramas peladas, cada vez más y más alto, hasta alcanzar la copa, a la que se aferró con fuerza, balanceándose al ritmo de la brisa. Carrasca no podía dejar de pensar en que Carbonera se había roto una pata al caerse de un árbol en el bosque. «¿Qué haremos si Pinta resulta herida, cuando todavía nos queda tanto camino por delante?».

Sin embargo, al cabo de unos instantes, su amiga comenzó a descender. No tardó en llegar a la rama más baja y aterrizar de un salto junto a sus compañeros de clan.

—¡He visto hasta muy pero que muy lejos! —exclamó.

—¿Vamos en la buena dirección? —le preguntó Zarzoso.

—¡Sí! —Pinta tenía el pelo esponjado de la emoción—. No he podido ver el lago, pero sé dónde está, detrás de las colinas del Clan del Viento. Tenemos que ir por ahí —añadió, señalando con la cola hacia los árboles—, y llegaremos sin necesidad de cruzar más poblados de los Dos Patas.

—Qué gran noticia. —Zarzoso le dedicó un gesto de aprobación—. Bien hecho, Pinta.

A Pinta le centellearon los ojos, orgullosa.

La patrulla volvió a ponerse en marcha. Ahora que la senda era más ancha, Carrasca reparó en que Betulón y Fronde Dorado caminaban flanqueando a Solo.

El solitario miró a los guerreros con un brillo risueño en los ojos.

—No hace falta que me pongáis bajo vigilancia, ¿sabéis? No voy a huir.

Puma se detuvo y miró a Solo con expresión desconcertada.

—¿«Bajo vigilancia»? ¿De qué va esto?

Zarzoso se vio obligado a detenerse también, y se volvió agitando los bigotes con irritación.

—No tiene importancia. Sigamos adelante.

—El Clan del Trueno cree que he hecho algo —le explicó Solo a Puma, ninguneando a Zarzoso—. Por eso quieren que vuelva con ellos.

—¡¿Qué?! —soltó el viejo con un respingo—. ¡Eso es una insensatez! —Y se volvió hacia el lugarteniente para añadir—: Estáis muy equivocados. Solo es un gato decente. Jamás haría nada malo.

Zarzoso no intentó explicarse. Se limitó a mover la cola para que la patrulla se pusiera de nuevo en marcha, y casi de inmediato asustó a un faisán, que salió atropelladamente de una mata de helechos lanzando un grito estridente de alarma. En ese mismo instante, una ardilla, alertada por el faisán, apareció corriendo de su escondrijo y salió disparada hasta el árbol más cercano. De un gran salto, Carrasca la interceptó y acabó con ella de un zarpazo veloz.

—¡Buena captura! —exclamó Betulón.

Todos se reunieron para compartir la inesperada presa, y se olvidaron de las incómodas preguntas de Puma. Sin embargo, Carrasca sabía que el viejo volvería a preguntar. «¿Y quién de nosotros va a contarle la verdad?».

La patrulla siguió avanzando por el bosque, pero, poco después de que el sol llegara a su cenit, Carrasca notó que Puma estaba cada vez más cansado, pues trastabillaba y tropezaba con los helechos y las zarzas. La guerrera se puso a su lado para intentar guiarlo con la cola, pero era evidente que el atigrado no podría continuar hasta que cayera la noche.

Carrasca corrió a hablar con Zarzoso.

—Se trata de Puma —maulló—. Está agotado. ¿Qué vamos a hacer?

El lugarteniente miró hacia atrás.

—¡Cagarrutas de ratón! No podemos dejarlo aquí —dijo; no cabía duda de que se arrepentía de haberle pedido al viejo que se uniera a ellos—. De acuerdo; pararemos pronto —decidió—. Haz todo lo que puedas para ayudarlo, Carrasca.

—Claro.

La guerrera aguardó a que Puma llegase a su lado, a duras penas, para seguir juntos.

—¿Quieres apoyarte en mí? —le propuso.

El atigrado la fulminó con la mirada.

—¿Crees que no puedo arreglármelas solo? ¡No seas tan atolondrada e insolente, jovenzuela!

—Lo siento.

La gata supuso que Puma se había enfadado porque sabía que necesitaba ayuda, pero el orgullo no le permitía aceptarla. Se quedó unos pasos por detrás para poder echarle un ojo, y se sintió aliviada cuando Zarzoso dio la orden de parar.

—¿Tan pronto? —preguntó Leonado, alzando la vista hacia el sol, que todavía se colaba entre los árboles—. Podríamos llegar mucho más lejos antes de que oscurezca.

—Ya lo sé —respondió Zarzoso, lanzando una mirada a Puma—. Pero el paso por el poblado de los Dos Patas ha sido muy duro, y necesitamos cazar y descansar. Aquí debería haber presas de sobra.

El lugar que había escogido para detenerse era un pequeño claro que estaba rodeado de unos robles gigantescos. Una alfombra de hojas muertas cubría el suelo. A un lado, un hilillo de agua discurría entre unas piedras cubiertas de musgo y terminaba en una charca. Puma fue tambaleándose hacia allí, bebió un poco y se dejó caer formando un bulto desgarbado. Al cabo de unos segundos, empezó a roncar sonoramente.

El solitario se dirigió hasta un espacio soleado y se sentó con la cola enroscada alrededor de las patas. Sus ojos ámbar relucían bajo la luz dorada. Era evidente que no tenía la mínima intención de cazar.

Carrasca se internó en el sotobosque. Los olores eran intensos, y no tardó en atrapar un ratón y un tordo. «Quizá no sea tan mala idea habernos detenido pronto —pensó, echando tierra sobre las presas—. Ahora hace menos frío, así que hay presas por todas partes».

Tras añadir otro ratón a sus capturas, regresó deprisa al claro, donde sus compañeros de clan ya estaban formando un montón con la carne fresca cerca de la charca.

Alzando la cola con orgullo, Betulón apareció arrastrando un conejo enorme.

—Allí hay más —dijo, señalando con la cola—. Hoy cenaremos bien.

Tras dejar un ratón y el tordo en el montón de la carne fresca, Carrasca cogió el otro ratón para llevárselo a Puma, al que tuvo que despertar clavándole la zarpa.

El viejo gato se sobresaltó y soltó un respingo, mirando a su alrededor despavorido.

—¿Qué ocurre? ¿Zorros? ¡Dejádmelos a mí!

—Tranquilo, Puma. —Carrasca le puso la cola en el lomo—. Te he traído un ratón.

Él parpadeó.

—Es muy amable de tu parte.

Y empezó a devorar la pieza a bocados hambrientos. De repente se detuvo y se apartó avergonzado.

—Ten… come un poco tú también.

—No, es para ti —maulló Carrasca, preguntándose desde cuándo no hacía una comida decente—. Hay de sobra.

Cuando todos hubieron comido —Zarzoso se aseguró de que Solo recibiera su parte de las capturas—, se acomodaron para dormir entre los árboles. Para entonces, el sol se había puesto y cada vez estaba más oscuro. Las ramas desnudas entrechocaban bajo una brisa fría.

Carrasca se dio cuenta de que Puma estaba temblando, y llamó a Pinta con la cola.

—Puma no puede cuidar de sí mismo —le susurró a su amiga—. Vamos a dormir junto a él para que esté calentito.

—De acuerdo —maulló Pinta, aunque parecía indecisa—. Espero que no tenga pulgas.

«Seguro que las tiene —pensó Carrasca, mientras Pinta y ella amontonaban hojas secas para formar un lecho—. Y garrapatas. ¡Habrá que darle un buen repaso con bilis de ratón antes de permitir que se acerque a Musaraña!».

Cuando Carrasca se despertó, todavía estaba oscuro. Apenas se distinguía el contorno de las ramas peladas contra el cielo, y las estrellas aún brillaban en lo alto. Puma roncaba más fuerte, y Pinta estaba ovillada a su lado tapándose las orejas con la cola.

La guerrera sabía que no iba a poder dormirse de nuevo. Así que, sin hacer ruido para no molestar a nadie, se puso en pie y miró a su alrededor, parpadeando para adaptar la vista. Zarzoso, Fronde Dorado y Betulón se habían instalado cerca, al otro lado de la charca. Los tres dormían tranquilamente; Betulón agitaba la cola en sueños.

«Tres gatos… no cuatro… ¡Solo se ha ido!». Carrasca recorrió el claro con la vista, pero no vio ni rastro del característico pelaje del solitario. Saboreando el aire, la joven captó su olor, aún reciente aunque débil.

El primer impulso de Carrasca fue despertar a Zarzoso. Pero el instinto guio sus patas en la dirección opuesta, siguiendo el rastro tenue de Solo. La joven guerrera avanzó con todo el sigilo que pudo entre los árboles, haciendo muecas cuando sus patas aplastaban las hojas quebradizas. Al poco, oyó el sonido de una corriente de agua. Esta sonaba cada vez más cerca, hasta que por fin llegó a un lugar con menos árboles y donde el suelo descendía hasta un arroyo que borboteaba entre piedras. Solo estaba sentado en lo alto de la ladera, de espaldas, con la vista clavada en las estrellas.

—¿Sigues creyendo que las estrellas tienen todas las respuestas, Carrasca? —le preguntó sin volverse.

A la joven se le erizó hasta el último pelo, pero se dio cuenta de que el viento le daba de espaldas; Solo debía de haberla olido mientras se acercaba.

—No… no lo sé —respondió al cabo—. Yo ya no sé nada.

Solo se dio la vuelta, con un brillo comprensivo en sus ojos ámbar.

—¿Y eso por qué?

Carrasca suspiró.

—Todo era muchísimo más sencillo cuando podía fiarme de lo que decían los demás.

La guerrera no podía creer que estuviera diciéndole eso a Solo. Ni siquiera había compartido esas dudas con sus hermanos.

—Debes aprender a confiar en ti misma —maulló él, con esa voz tan profunda que lo caracterizaba y que parecía inspirar confianza—. Solamente tú sabes qué es lo correcto.

—A veces me siento confundida. —Le tembló la voz—. No quiero tener que decidirlo todo yo sola.

—Cada vez será más fácil, pequeña.

Solo se puso en pie.

—Venga, regresemos con los demás —dijo al fin.

A Carrasca se le contrajo el estómago mientras seguía al gato solitario hasta el claro. «¡Casi destruye al Clan de la Sombra y todos creen que ha matado a Cenizo! Entonces, ¿por qué yo siento como si pudiera confiarle mi vida?».

Cuando llegaron al claro, la patrulla ya se estaba levantando. Zarzoso, que estaba lavándose, alzó la cabeza con expresión sorprendida, pero se limitó a decir:

—Me preguntaba adónde habríais ido.

Y fue a ver cómo estaba Puma.

El viejo atigrado salió del lecho trabajosamente.

—Estoy tan en forma como una ardilla —dijo, sacudiéndose del lomo las hojas muertas—. No tenéis por qué armar tanto revuelo, jovenzuelos.

Cuando terminaron con la carne fresca de la noche anterior, se pusieron en marcha. Al pasar por el lugar en el que había hablado con Solo, Carrasca se dio cuenta de que estaban llegando al lindero del bosque. No tardaron en alcanzar los últimos árboles, desde donde se veían los campos salpicados de nubecillas blancas y grises.

—Esto no me gusta —rezongó Puma, mirando receloso a las ovejas mientras cruzaban los campos—. ¿Qué criaturas son esas?

—Son ovejas, Puma —respondió Carrasca, caminando a su lado—. ¿No había ninguna en la granja donde te conocimos?

El viejo sorbió por la nariz.

—Jamás las había visto. —Se le erizó el pelo y pegó un brinco cuando una oveja se separó de las demás y trotó hacia los gatos—. ¡Deprisa… corred!

—Tranquilo —maulló Carrasca. La oveja se detuvo a comer en una zona herbosa—. No nos hacen ni caso.

—Hay demasiado… espacio por aquí —se quejó el atigrado, pegándose al suelo—. No hay árboles. Ni Caminaerguidos… Dos Patas, como los llamáis vosotros.

—¿Insinúas que quieres que haya Dos Patas?

La exasperación de Carrasca se derramó como la lluvia recogida en una hoja.

—Eso no es bueno si vas a vivir con el Clan del Trueno —añadió.

—Eh, tómatelo con calma —dijo Leonado, que se acercó al viejo para posarle la cola sobre el lomo—. Puma no puede evitar no ser un gato de clan.

«¡Nosotros tampoco!». Carrasca estuvo a punto de espetarle eso a su hermano, pero se detuvo a tiempo. «¿Cuánto pasará antes de que alguno de nosotros revele el secreto?».

Haciendo un gran esfuerzo, se obligó a relajarse.

—Lo sé. Perdona, Puma.

Cuando el sol llegó a su punto más alto, Carrasca vio que el atigrado volvía a mostrar síntomas de cansancio, y Zarzoso no tardó en ordenar que se detuvieran al abrigo de algunos árboles rodeados de aulagas. Puma se derrumbó de costado, respirando con dificultad. Solo se alejó unos pasos y se sentó, contemplando los campos.

—¡Eh, mirad esto! —exclamó Pinta, que olfateaba algo que parecía vilano de cardo y que estaba enganchado en uno de los arbustos de aulaga—. ¿Qué es?

Carrasca se acercó a mirar, y Betulón la siguió con curiosidad.

—Huele a oveja —maulló Carrasca.

Al inspeccionar a su alrededor, vio que había más mechones en otros arbustos.

—Se les debe de enganchar el pelo en las espinas al pasar.

—Es muy suave. —Pinta arrancó un bocado con los dientes—. Voy a llevarme un poco a la maternidad.

Betulón reprimió un ronroneo de risa.

—Parece como si te hubieras tragado un cardo.

Y se agachó cuando Pinta le atizó con la cola.

—Es una buena idea —se apresuró a añadir—. Yo también recogeré un poco, para mis cachorros.

Carrasca los dejó arrancando mechones de oveja de los arbustos, y fue a ver a Puma. El viejo estaba reviviendo, y parecía más sosegado ahora que las ovejas estaban a una distancia segura.

—¿Tenemos tiempo para cazar? —le preguntó la joven a Zarzoso.

El lugarteniente agitó las orejas sorprendido.

—¿Ya tienes hambre?

—No. —Y bajó la voz para añadir—: Solo quiero un ratón, por la bilis. Se nos caerá el pelo si dejamos que Puma entre en el campamento con tantas pulgas y garrapatas. —Levantando una pata para rascarse detrás de la oreja, añadió—: Creo que a lo mejor ya me ha pegado alguna.

—De acuerdo —aceptó Zarzoso con un brillo risueño en los ojos—. Pero no tardes. Quiero seguir un poco más. Estamos cerca del lago; lo noto en las zarpas.

Estaba atardeciendo cuando la patrulla dejó atrás los campos y llegó a un sendero atronador pequeño. Saboreando el aire, Carrasca captó olor a caballos.

—¡El cercado de los caballos! —exclamó—. ¡Ya casi estamos en casa!

Zarzoso encabezó la marcha, deslizándose por debajo de la verja reluciente y a través de la extensión de piedra blanquecina, más allá de la vivienda de los Dos Patas y los establos. Carrasca miró a su alrededor, pero no había ni rastro de los animales.

—Deben de estar encerrados en sus guaridas de madera —le susurró a Leonado.

Tampoco vio a Humazo ni a Pelusa, aunque distinguió su olor. Carrasca sentía un hormigueo apremiante en las zarpas. Quería regresar a la cálida familiaridad de la hondonada rocosa, aunque sabía que la seguridad que el lugar le proporcionaba no era real.

«¿Dónde terminarán todas las mentiras y traiciones?», reflexionó con tristeza.

15

—Gracias, Glayo —ronroneó Candeal cuando el joven curandero dejó un fardo de hierba cana delante de ella.

En la maternidad se estaba calentito y en silencio. Dalia y Mili habían sacado a sus cachorros para que hicieran algo de ejercicio y para dejar que la reina blanca descansara un poco.

—Cómetela toda —le dijo Glayo—. No tardarás mucho en dar a luz, y vas a necesitar todas las fuerzas que puedas reunir.

—Lo sé —suspiró Candeal—. Espero que sea pronto. ¡Estoy enorme!

—Estás estupenda —la tranquilizó él.

Luego se despidió. Al salir de la maternidad notó el aire frío, pero los débiles rayos de sol de la estación sin hojas empezaban ya a derretir la escarcha nocturna.

—Y ahora —masculló para sí mismo— espero que Hojarasca Acuática siga en el bosque buscando milenrama.

Cuando cruzó la cortina de zarzas de la guarida de la curandera, no captó el olor de su mentora, pero sí el de otro gato que desprendía irritación.

«¡Cagarrutas de ratón! Ahora tendré que lidiar con él», pensó Glayo.

—Bayo —maulló—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Se trata de mi cola —le explicó el guerrero—. Me duele, y huele raro.

Al olfatear el muñón de la cola de Bayo, el hedor a podrido casi hizo retroceder a Glayo.

—Está infectada —le informó.

—¿Cómo? —Bayo sonó indignado—. Se me quedó la cola atrapada en una trampa para zorros, pero Hojarasca Acuática me dijo que se me curaría.

—Y así fue. Tal vez se te haya vuelto a abrir la herida. ¿Recuerdas si te la has enganchado en algún sitio últimamente?

Bayo vaciló.

—En unas zarzas cuando perseguía un conejo —maulló al cabo.

—Pudo ser eso. Pero no tienes por qué preocuparte. Solo necesitas una cataplasma de caléndula. Espera aquí un momento.

El curandero se dirigió a la cueva donde tenían almacenadas las hierbas, y localizó la caléndula. Regresó junto a Bayo mascando unas cuantas hojas.

—No te muevas mientras te aplico esto —le indicó con la boca llena.

—¿Puedes dispensarme de mis obligaciones? —preguntó esperanzado el guerrero de color tostado.

Glayo no se mostró nada comprensivo con él.

—No. No patrullas ni cazas con la cola. Pero vuelve mañana y te aplicaré otra cataplasma.

—De acuerdo —maulló—. Gracias, Glayo. Ya me encuentro mejor.

«Venga, ahora ya puedo poner en marcha mi plan…», pensó el curandero cuando se quedó solo.

Regresó al almacén y cogió unas hojas de perifollo, diente de león y borraja. Luego corrió a la guarida de los veteranos y las dejó delante de Musaraña.

—¿La hierba es alguna de estas?

Musaraña soltó un bufido, molesta.

—¿Qué hierba?

Ya sin las hojas en la boca, Glayo detectó olor a carne fresca y entendió que había interrumpido la comida de los veteranos.

—La hierba de la que me hablaste, la que Hojarasca Acuática mezcló con la atanasia.

—Ah, esa —repuso la vieja gata, ahora ya malhumorada—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo curiosidad.

Glayo se dio cuenta de que sonaba demasiado ansioso. No quería que Musaraña le contara a su mentora lo que estaba haciendo.

—Nunca se sabe, podría resultarme útil —añadió.

La veterana soltó un gruñido y olfateó las hierbas con recelo.

—Déjame olerlas a mí también —pidió Rabo Largo—. Yo no la probé, pero quizá recuerde su olor.

—¿Y bien? —preguntó Glayo cuando los dos veteranos olisquearon las hojas a fondo.

—No, no es ninguna de estas —aseguró Musaraña finalmente—. Conozco estas hierbas. Hojarasca Acuática las usa constantemente para tratar la fiebre y las heridas infectadas.

—Así es —coincidió Rabo Largo—. Lo lamento.

Glayo reprimió un suspiro de frustración.

—¿Ni siquiera esta? —insistió, acercándoles el perifollo.

—¿Qué parte del «no» no has entendido? —gruñó la anciana, dándole un coletazo en la oreja.

—Vale. —El joven recogió las hojas—. Gracias. Os traeré otras más tarde.

—¡Primero deja que nos acabemos el conejo! —le espetó Musaraña mientras él salía de la guarida.

El curandero regresó a la suya con la intención de buscar más hierbas para los veteranos. Pero en cuanto volvió a dejar en su sitio el perifollo, el diente de león y la borraja, oyó que entraba Hojarasca Acuática. Con ella llegó un fuerte olor a milenrama.

—Glayo, ¿qué estás haciendo? —le preguntó la curandera secamente—. ¿Por qué hueles como si hubieras estado durmiendo encima de las provisiones?

—Mmm… Me he caído en el almacén —tartamudeó él—. Tengo polvo de hierbas en el pelo.

Hojarasca Acuática soltó un largo suspiro.

—En serio, Glayo, ¡es como tener un cachorro aquí dentro! ¿Y por qué estabas fisgoneando en el almacén?

El joven sintió que se le erizaba el pelo ante el nerviosismo y el miedo que su mentora emitía en oleadas. «¿Por qué no quiere que mire en el almacén? —se preguntó—. ¡Yo tengo tanto derecho a entrar ahí como ella! ¿Qué está ocultando ahora?».

—No estaba fisgoneando —replicó—. Y lo he limpiado todo.

Hojarasca Acuática resopló.

—Entonces guarda esta milenrama —le ordenó—. Quiero ir a comprobar la respiración de Mili. Está ahí fuera retozando con sus cachorros, y quizá sea demasiado para ella.

En cuanto la gata se fue, Glayo guardó la milenrama y cogió una hoja de margarita y un pedacito de raíz de lampazo. «¡Si tampoco es nada de esto, entonces yo soy un ratón!».

Tras asegurarse de que Hojarasca Acuática seguía junto a la maternidad con Mili, corrió de nuevo a la guarida de los veteranos.

—¡Tú otra vez! —masculló Musaraña—. ¿Y ahora qué?

Olfateó brevemente lo que Glayo le puso delante y mordisqueó la hoja de margarita.

—No. No es ninguna de estas.

Rabo Largo también se acercó a olisquear, pero tampoco reconoció en las muestras la hierba que buscaba Glayo.

El joven suspiró.

—Vale, lo seguiremos intentando.

—Tienes el cerebro lleno de abejas —maulló Musaraña mientras se ovillaba para echar una siesta.

Glayo estaba comiéndose un campañol cerca del montón de la carne fresca cuando oyó que Estrella de Fuego pasaba junto a él, de camino a la guarida de la curandera. Engullendo los últimos bocados, el joven lo siguió, pero se quedó justo delante de la cortina de zarzas para poder oír lo que decía.

—Hojarasca Acuática, quería preguntarte… —Estrella de Fuego sonó casi azorado.

—¿Sí? —lo instó ella con tono seco.

—Tan solo me preguntaba si ya habías tenido la ocasión de hablar con el Clan Estelar.

Glayo percibió que el líder quería sonar despreocupado, como si no le importara mucho la respuesta, pero no le salió nada bien.

Al joven se le contrajo el estómago cuando pensó en cuál sería la respuesta de su mentora; luego se relajó: «Si Hojarasca Acuática hubiera hablado con Cenizo, todo el clan lo sabría».

—¡No! —le espetó la gata—. Cuando lo haga, tú serás el primero en saberlo.

—Vale, de acuerdo… Gracias.

Estrella de Fuego salió de la guarida de la curandera sin reparar siquiera en la presencia de Glayo.

«¿Por qué Hojarasca Acuática no quiere hablar con el Clan Estelar? —se preguntó el joven—. ¿A qué le tiene tanto miedo?».

Sintió un cosquilleo en las zarpas, deseosas de salir del campamento, quizá para bajar al lago, buscar el palo y ver si Pedrusco volvía a hablar con él. Pero el gato le había dicho que buscara las respuestas allí, entre su propio clan. «Clan Estelar, ¿por qué no me ayudas? —clamó Glayo en silencio—. ¿No es esa vuestra obligación, guiar a los clanes?».

Como en respuesta a su plegaria silenciosa, Tormenta de Arena cruzó el claro y se detuvo frente a él.

—¿Quieres salir conmigo a dar un paseo por el bosque?

Glayo agitó las orejas, sorprendido.

—¿Para qué?

Tormenta de Arena soltó un quedo ronroneo de risa.

—¿Es que no puede apetecerme tu compañía? No, tienes razón —admitió —. Tengo que hablar contigo en algún sitio donde no nos interrumpan.

—Vale —respondió Glayo—. Pero debería preguntárselo primero a Hojarasca Acuática. Ella… bueno, está un poquito susceptible últimamente.

—Lo sé. Espera aquí —maulló Tormenta de Arena.

Cuando cruzó la cortina de zarzas, el joven curandero la oyó decir:

—Hojarasca Acuática, me llevo un rato a Glayo. Nos vamos al bosque.

—De acuerdo —respondió la gata, aunque, por su tono, pareció que aceptaba de mala gana—. Dile que traiga un poco de atanasia.

Glayo sintió un cosquilleo en las zarpas cuando siguió a Tormenta de Arena a través del túnel de aulagas y a lo largo de la senda que llevaba a la frontera del Clan del Viento. Siempre había respetado a la guerrera rojiza, y, aunque había descubierto que no estaban emparentados, seguía confiando en ella.

Tormenta de Arena no dijo nada particularmente provechoso mientras bordeaban el arroyo que marcaba el límite con el clan vecino. Glayo escuchaba con impaciencia sus comentarios sobre cómo iban las presas y sobre las probabilidades de que el Clan del Viento traspasara la frontera. Pero no se quejó, sabía que ella no hablaría hasta que estuviera lista.

Por fin llegaron al punto en el que los árboles daban paso al páramo, y un viento frío silbó desde las colinas que se extendían hasta la Laguna Lunar.

—Descansemos un poco —sugirió Tormenta de Arena, sentándose al borde del arroyo.

Glayo se acomodó junto a ella, volviéndose hasta que el viento le dio en la cara, para disfrutar de las ráfagas con olor a nieve que le pegaban el pelo a los costados.

—Glayo —empezó Tormenta de Arena—, ¿crees que Hojarasca Acuática está bien? Parece muy tensa últimamente.

«¡Así que se trata de eso…!», se dijo él.

—Sí, yo también lo he notado —respondió con prudencia.

—¿Es por la presión de lidiar con la tos verde? —quiso saber la guerrera —. ¿O es por algo peor? ¿Tú… tú crees que es posible que se culpe por la muerte de Cenizo?

El curandero hundió las garras en la hierba para mantenerse firme. «¡Esto no me lo esperaba!». Deseaba decirle a Tormenta de Arena que la muerte de

Cenizo no tenía nada que ver con Hojarasca Acuática. «¡Puedo garantizarlo!». Pero sabía lo absurdo que sería darle voz a su certeza. Eso le generaría más preguntas a Tormenta de Arena… preguntas que él no tenía forma de responder sin provocar que todo el Clan del Trueno se derrumbara a su alrededor.

—Creo que no —murmuró.

—Quizá sienta que debería haber predicho su muerte o haberla impedido de algún modo —continuó Tormenta de Arena—. O quizá cree que debería ser capaz de verlo en el Clan Estelar y descubrir la verdad.

«Así que Estrella de Fuego no le ha contado a Tormenta de Arena que le ha pedido a Hojarasca Acuática que busque a Cenizo en el Clan Estelar para hablar con él. ¿Cuántos gatos más se ocultan cosas?».

—Creo que Hojarasca Acuática está agotada tras el brote de tos verde —maulló, consciente de que debía decir algo para explicar el extraño comportamiento de su mentora—. Y sé que le preocupa que Candeal vaya a dar a luz en esta estación tan fría. Además, todo el mundo está triste por la muerte de Cenizo.

«Bueno, tal vez no todo el mundo…». Flexionó las garras al mentir.

—Puede que tengas razón. —Tormenta de Arena suspiró—. Estrella de Fuego y yo estamos muy preocupados por ella. Al fin y al cabo, no es solo nuestra curandera, también es nuestra hija. Zarzoso y Esquiruela sentirían exactamente lo mismo si vosotros tuvierais problemas.

«O no…». A Glayo le costó mucho asentir con seriedad, y confió en que su expresión no revelara la confusión que sentía.

—Si te enteras de algo, me lo contarás, ¿verdad? —maulló la guerrera.

—Por supuesto.

«¡Por supuesto que no!».

Mientras seguía a Tormenta de Arena de vuelta al campamento, Glayo se preguntó quién sería el siguiente en sondear sus secretos y cuánto tiempo podrían permanecer ocultas las cosas horribles que él sabía.

—A la maternidad, pequeños —maulló Dalia con ternura—. Es hora de irse a dormir.

—Pero ¡el Clan del Viento nos está atacando! —protestó Rosina—. ¡Y yo voy a ser la líder del clan y voy a combatirlos!

—Podrás ser la líder del clan mañana —le prometió Dalia.

Glayo oyó cómo los cachorros entraban en la maternidad a trompicones y entre chillidos. Una brisa fría nocturna le alborotó el pelo. El joven se dirigió a su guarida mientras se desperezaba.

Habían transcurrido dos días desde su conversación con Tormenta de Arena. Hojarasca Acuática seguía irritable, y Glayo aún no sabía por qué. Su mentora tenía miedo de algo, de eso estaba convencido, pero no se atrevía a pedirle que se lo explicara.

Había alcanzado la cortina de zarzas cuando oyó aullar a Nimbo Blanco, que montaba guardia en la entrada del túnel de espinos.

—¡Zarzoso! ¡Fronde Dorado! ¡Han vuelto!

De la guarida de los guerreros comenzaron a salir gatos. Muchos adelantaron a Glayo para ir a recibir a la patrulla. Él los siguió, pero se mantuvo detrás, intentando distinguir los olores mezclados de quienes estaban entrando en el campamento. Zarzoso iba en cabeza, seguido de Fronde Dorado. El joven curandero sintió un escalofrío al reconocer el olor de Solo, que apareció tranquilamente por el túnel y se detuvo un instante antes de pisar el claro. Irradiaba seguridad en sí mismo, no era un prisionero al que llevaran a rastras para responder de sus crímenes.

Los gatos del clan empezaron a especular.

—¡Ese es Solo!

—¡Lo han encontrado!

—Parece muy tranquilo —maulló Centella, confundida—. Desde luego, no da la impresión de que haya matado a Cenizo.

—Yo me esperaría cualquier cosa de ese gato —gruñó Manto Polvoroso —. Recuerda lo que le hizo al Clan de la Sombra.

—¿Qué va a hacer con él Estrella de Fuego? —quiso saber Raposino, temblando de emoción—. Yo creo que debería arrancarle el pellejo y dárselo a los cuervos.

—No —replicó Látigo Gris, elevando la voz por encima del parloteo—. Esa no es la manera que tiene Estrella de Fuego de hacer las cosas. Hablará con Solo y descubrirá la verdad.

«Pues espero que no», pensó Glayo.

Otro gato seguía a Solo. El joven curandero no reconoció su olor, aunque sabía que debía recordarlo. Luego entró Pinta, y, en último lugar, Carrasca y Leonado. Glayo se relajó al comprobar que sus hermanos habían vuelto a casa ilesos.

El clan enmudeció cuando Estrella de Fuego se abrió paso entre los gatos.

—Saludos, Solo —maulló el líder, con tono frío pero educado—. Gracias por venir.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar… —respondió el solitario con la misma cortesía.

—Esta noche te dejaré descansar —continuó Estrella de Fuego—. Debes de estar agotado después de un viaje tan largo. ¡Bayo, Melada!

—¿Sí, Estrella de Fuego? —maullaron los dos guerreros.

—Preparad un lecho para Solo, por favor. Ese arbusto que hay entre la guarida de la curandera y la de los guerreros sería un buen sitio. Está bien resguardado, justo debajo de la pared rocosa.

«Y tiene una entrada muy estrecha, así que es fácil de vigilar», añadió Glayo para sus adentros.

—Bien hecho, Zarzoso, y enhorabuena a todos los demás —continuó Estrella de Fuego cuando Bayo y Melada se marcharon—. Sé que ha sido muy difícil.

—Más de lo que esperábamos —admitió el lugarteniente—. Encontramos a Solo en un poblado de los Dos Patas, con…

—¡Conmigo! —lo interrumpió una voz enfadada.

De repente, Glayo recordó a quién pertenecía el olor que no lograba identificar. «¡Puma! ¿Qué está haciendo aquí?».

—¡Me gustaría saber por qué habéis arrastrado a Solo hasta aquí! —continuó el viejo—. Espero que no vayáis a acusarlo de algo que no ha hecho.

Entre los reunidos brotó un murmullo de asombro. Glayo no estaba seguro de si lo había provocado la simple presencia de Puma o su feroz defensa de Solo.

—Zarzoso, ¿quién es este gato? —preguntó Estrella de Fuego, sorprendido.

—Se llama Puma —respondió el lugarteniente—. Es el solitario que conocimos en nuestro primer viaje al lugar donde se ahoga el sol. Puma, este es el líder de nuestro clan, Estrella de Fuego.

—Bienvenido, Puma. —El guerrero rojizo inclinó la cabeza para dar la bienvenida al campamento al viejo atigrado—. Puedes instalarte en la guarida de los veteranos. Raposino, ¿te importaría acompañarlo y presentárselo a Musaraña y Rabo Largo?

—Gracias, Estrella de Fuego —respondió el anciano—. Solo, si me necesitas, llámame, ¿vale?

A continuación se fue tras Raposino, que lo guio hacia la guarida de los veteranos.

Cuando Puma se retiró, Hojarasca Acuática se acercó a olfatear a Solo de arriba abajo.

—¿Te has hecho daño durante el viaje? —le preguntó—. ¿Tienes las patas agarrotadas?

—No —contestó él con un leve tono risueño—. Estoy acostumbrado a recorrer distancias largas.

«Claro, porque nadie te quiere cerca durante mucho tiempo». Glayo tuvo el buen juicio de no pronunciar esas palabras, aunque las tenía en la punta de la lengua.

—Vamos, Solo, te llevaré a tu lecho —maulló Fronde Dorado.

Cuando los dos se alejaron, Estrella de Fuego llamó a Zancudo en voz baja.

—Tú harás la primera guardia —murmuró—. Llévale algo de comer, y luego asegúrate de que permanece en la guarida hasta por la mañana.

—No hay problema, Estrella de Fuego —dijo Zancudo, antes de dirigirse al montón de la carne fresca.

El líder regresó a su propia guarida, dejando al resto del clan apiñado cerca de la entrada del campamento.

—¡Estoy segura de que es un asesino! —exclamó Rosella—. ¿Habéis visto esos ojos? Parece como si pudiera verte por dentro.

—Yo estoy demasiado asustada para irme a dormir —maulló Albina—. ¿Y si nos mata mientras descansamos?

—Ya —dijo Ratonero—. No sé por qué Estrella de Fuego permite que se quede aquí.

—Estrella de Fuego necesita descubrir la verdad —replicó Centella.

—Y yo estoy convencida de que no hay nada de lo que preocuparse —añadió Acedera de repente—. Zancudo se encargará de que Solo no salga de la guarida.

A pesar de las palabras tranquilizadoras de la guerrera, Glayo notó un hormigueo en las zarpas, y se le erizó el pelo como si una tormenta estuviera a punto de estallar en el claro. La tensión provocada por el miedo y la incertidumbre se sentía en el ambiente, como si todos supieran que algo muy grande pendía sobre ellos.

Para intentar sobreponerse a sus nervios, Glayo fue a reunirse con sus hermanos, que se habían dejado caer al suelo al lado de la barrera de espinos.

—Hola —los saludó—. ¿Qué tal el viaje?

—Largo —respondió Leonado con voz lúgubre—. Pensaba que no volveríamos.

—Hemos conocido a otros gatos —añadió Carrasca—. Tuvieron problemas con unos perros y Solo los animó a luchar. Varios terminaron muertos, y desde entonces deben enfrentarse a esos salvajes cada vez que salen de la guarida. —Soltó un suspiro de agotamiento—. Más estragos causados por Solo.

—Es un alborotador —coincidió Leonado con un bostezo.

«¿Creéis que mató a Cenizo?», se dijo Glayo, pero la pregunta que tanto quería hacerles se quedó en el aire. De sus hermanos solo captaba sensaciones de cansancio, miedo y abatimiento, así que no se atrevió a internarse más en sus mentes.

—Es estupendo teneros en casa de nuevo —maulló.

Ninguno de los dos respondió. Glayo se dio cuenta de que, aunque la ausencia de sus hermanos le había provocado un dolor tan agudo como un zarpazo, ahora que estaban de vuelta el cadáver de Cenizo seguía interponiéndose entre ellos. Sin embargo, rechazó ese pensamiento y les propuso:

—Venid a comer. Luego también necesitaréis dormir bien.

«Me pregunto si tendré la oportunidad de hablar con Solo —pensó mientras seguía a sus hermanos hasta el montón de la carne fresca—. Al fin y al cabo, él es el único que conoce la profecía. —Y entonces se le ocurrió otra cosa—: Solo habló como si no tuviera duda de que nosotros éramos los tres que mencionaba la profecía. Pero no puede ser, ¡porque Esquiruela no es nuestra madre!».

¿Acaso Solo no lo sabía? ¿O es que también él les había mentido?

16

Leonado se despertó al oír maullidos de emoción y movimientos a su alrededor. Cuando levantó la cabeza, vio que sus compañeros estaban empujándose para salir de la guarida de los guerreros. El joven se levantó trabajosamente, sin poder evitar poner muecas por los pinchazos que le daban sus doloridos músculos, y salió al claro.

El cielo estaba despejado, pero el sol no se había elevado lo suficiente para entrar en la hondonada. Unas sombras densas rodeaban las guaridas y mantenían a Zancudo en su puesto de vigilancia en una oscuridad casi completa, delante de la guarida de Solo. A pesar de lo temprano que era, parecía que el Clan del Trueno al completo se había reunido en el claro. Dalia, Mili y Candeal estaban sentadas delante de la maternidad, con las colas enroscadas protectoramente alrededor de los cachorros, que contemplaban la hondonada con los ojos muy abiertos y llenos de pavor. Raposino y Albina se unieron a los guerreros, sintiendo la necesidad de estar cerca de los gatos mayores y más experimentados.

Carrasca ya se había levantado y estaba con Pinta y Fronde Dorado, pero no se dirigió a Leonado. Por su parte, él tampoco se acercó a ella. «Es como si una parte de nosotros, una parte de lo que éramos, hubiese muerto con Cenizo», pensó.

Estrella de Fuego salió de su guarida, apareció en la Cornisa Alta y bajó por las rocas desprendidas para reunirse con Látigo Gris. Cuando el clan vio a su líder, el entusiasmo entre los gatos que esperaban en el claro aumentó.

—¡Ahí está Estrella de Fuego!

—¡Algo va a ocurrir!

Leonado flexionó los músculos, intentando librarlos del agarrotamiento. Oyó unas pisadas, y la patrulla del alba entró en el campamento con Espinardo en cabeza.

—¿Qué ha pasado? —resolló el guerrero, deteniéndose en mitad del claro —. ¿Nos hemos perdido algo?

Zarzoso se le acercó.

—¿Qué hacéis aquí tan pronto? —quiso saber—. Es imposible que hayáis recorrido toda la frontera del Clan de la Sombra.

—Bueno, es que está todo tranquilo —maulló Bayo, asomándose por detrás de Espinardo—. No hay de qué preocuparse.

Zarzoso agitó la punta de la cola.

—De acuerdo —gruñó—. Pero la próxima vez tomaos el tiempo necesario. —Se volvió hacia los gatos que se habían congregado delante de la guarida de los guerreros—. ¡Patrullas de caza! —anunció—. Tormenta de Arena, dirige una tú, por favor. Y, Centella, tú puedes…

Se interrumpió, sacudiendo la cola con irritación, porque vio que nadie estaba escuchándolo.

Miró frustrado a Estrella de Fuego, que se le acercó acompañado de Látigo Gris.

—No se van a tranquilizar —maulló el lugarteniente—. Nadie quiere comer siquiera.

Látigo Gris asintió, y susurró algo al oído del líder que Leonado logró captar:

—Quizá deberías hacerlo de una vez.

Estrella de Fuego plantó las orejas.

—Tienes razón. Zarzoso, ve a por Solo.

Todos los gatos siguieron con la mirada a Zarzoso cuando se dirigió al arbusto donde habían instalado al solitario. El lugarteniente intercambió unas palabras con Zancudo y luego desapareció entre las ramas. Al cabo de un instante volvió a salir, seguido de Solo.

Cuando este echó a andar hacia Estrella de Fuego, los primeros rayos de sol se colaron por la cima de la hondonada y le encendieron el pelaje. Se veía tan lustroso que parecía que se hubiera pasado la última luna lavándose, en vez de cruzando el poblado de los Dos Patas y campos abiertos para llegar al campamento. En comparación, Leonado se sentía exhausto y desaliñado.

Mientras Zarzoso escoltaba a Solo al centro del claro, los miembros del Clan del Trueno se apartaron a su paso, con los ojos muy abiertos y el pelo erizado.

«Pero ¿qué les ocurre? —pensó Leonado—. ¡Solo no es más que un gato! ¿Por qué se comportan como un puñado de conejos acobardados?».

—¡Solo! ¡Espérame!

El aullido de Puma resonó por toda la hondonada. El viejo salió a trompicones de la guarida de los veteranos, seguido de Musaraña y Rabo Largo, que se detuvieron justo en las ramas exteriores del avellano mientras veían al viejo avanzar penosamente. Tenía el pelo de punta, cubierto de trocitos de musgo, y sus ojos ardían de rabia.

Fronde Dorado lo interceptó antes de que llegara hasta Solo.

—Tranquilo, Puma —le dijo quedamente—. Nadie va a hacerle daño. Quédate con los demás.

El viejo soltó un respingo, asombrado, pero, antes de que pudiera responder, Pinta lo empujó con delicadeza para que se sentara entre ella y Betulón.

Estrella de Fuego se situó frente a Solo en mitad del círculo de gatos.

—¿Sabes por qué te hemos traído hasta aquí? —le preguntó.

Solo ladeó la cabeza.

—Han matado a un gato, y creéis que yo soy el responsable —respondió, sosteniendo impasible la mirada del líder y con el pelaje reluciéndole a la pálida y fría luz del sol.

—¡Tú mataste a Cenizo! —gruñó Espinardo.

—Sí —coincidió Nimbo Blanco—. Estabas en la frontera del Clan del Viento. ¡No intentes negarlo!

—¿Por qué lo mataste? —quiso saber Acedera—. ¿Qué te hizo él?

Solo no prestó ni la menor atención a los alaridos de hostilidad, y mantuvo los ojos clavados en los de Estrella de Fuego, que exigió silencio con un movimiento de la cola.

—Encontramos a uno de nuestros guerreros en el arroyo que marca la frontera con el Clan del Viento, con marcas de colmillos en el cuello —maulló el líder cuando cesó el ruido de los otros—. ¿Niegas haber sido tú?

Solo siguió mirándolo sin pestañear.

—Piensa en lo que dices, Estrella de Fuego. La verdad se sabrá cuando llegue el momento.

Leonado captó un destello de frustración en los ojos verdes del líder. Solo no aceptaba ni negaba la acusación.

—¡Oblígalo a confesar! —bufó alguien desde el fondo.

Estrella de Fuego hizo oídos sordos a aquella violenta petición sin dejar de mirar a Solo.

—¿Qué estabas haciendo en la frontera del Clan del Viento? —le preguntó.

El solitario se encogió.

—¿Cómo voy a recordarlo? Eso ocurrió hace muchos amaneceres.

—¿Viste a Cenizo allí? —Al líder le estaba costando mantener el tono firme y sosegado.

—¿A Cenizo?

—Un gato musculoso de pelo gris espeso —aclaró Estrella de Fuego con cierta irritación.

Leonado estaba seguro de que Solo sabía de sobra quién era Cenizo.

El interrogado negó con la cabeza.

—Allí no vi a nadie.

—¿Captaste el olor de algún gato?

Leonado detectó un brillo divertido en los ojos de Solo, como si hubiese notado la creciente desesperación en Estrella de Fuego.

—Capté olores del Clan del Trueno y del Clan del Viento —respondió el aludido—, pero no reconocí ningún olor en particular.

—¿Captaste algún sonido de lucha?

Solo parpadeó lentamente.

—No.

Estrella de Fuego hizo una pausa, agitando la punta de la cola con frustración. Leonado sintió como si una fría garra le tocara el estómago; ni siquiera el líder de su clan podía penetrar en los secretos de Solo.

—Ve a comer algo —maulló Estrella de Fuego al cabo—. Pero no creas que esto ha terminado —avisó al solitario—. Volveremos a hablar de esto. Nimbo Blanco, ¿te ocupas tú ahora de montar guardia, por favor?

—Será un placer —gruñó el guerrero blanco.

Y se fue detrás de Solo, al que Zarzoso escoltó hasta el montón de la carne fresca y de nuevo hasta su guarida. A continuación, Nimbo Blanco se sentó delante del arbusto, con expresión seria y el pelo erizado.

Cuando el solitario desapareció, Zarzoso pudo organizar por fin las patrullas de caza.

—Todos los gatos que partieron en busca de Solo pueden tomarse la mañana libre para recuperarse —le dijo el lugarteniente a Leonado—. Asegúrate de que descansan.

Leonado no estaba convencido de que eso fuera posible. Sus compañeros de clan se habían apiñado alrededor de todos los que habían participado en la misión, porque querían saber qué había pasado.

—¿Os costó traerlo de vuelta? —preguntó Rosella.

—Sí. ¿E intentó escaparse? —añadió Raposino, ansioso.

—No —respondió Leonado—. Se mostró dispuesto a acompañarnos. Hizo exactamente lo que nosotros queríamos.

«Lo cual es muy raro —añadió para sus adentros—. ¿Habrá alguna razón personal para que haya aceptado regresar? —Sintió un hormigueo por todo el cuerpo—. ¿Acaso cree que puede hacernos lo que le hizo al Clan de la Sombra?».

—¿Tuvisteis miedo? —susurró Ratonero con los ojos muy abiertos, como si imaginara toda clase de desastres—. Ese gato es capaz de cualquier cosa.

—¡Cuidadito con lo que dices, jovenzuelo! —restalló la voz de Puma, que irrumpió en el grupo de gatos—. No sabes de lo que estás hablando. Solo es un buen gato. Es mi amigo.

Ratonero retrocedió de un salto, alarmado por la ardiente protesta del viejo atigrado.

—Pero lo vieron… —empezó Carbonera.

—Solo jamás le haría daño a otro gato —insistió Puma, alzándose sobre los jóvenes—. ¿Es que tenéis pelusa en el cerebro?

—Mira, Puma… —comenzó Leonado, intentando convencerlo.

Tormenta de Arena lo interrumpió:

—Cálmate, Puma. Nadie le hará daño a Solo si es inocente. Venga, deja que te enseñe dónde está el montón de la carne fresca.

Mascullando entre dientes, el atigrado fulminó con la mirada a los jóvenes antes de permitir que la guerrera rojiza se lo llevara de allí.

—¡Uf! —Leonado miró a Carrasca—. Pensaba que iba a dejarme inconsciente con su aliento a perro.

Su hermana fue más comprensiva.

—Bueno, es el único que defiende a Solo. Los demás ya han decidido que es culpable.

Leonado abrió la boca para preguntarle: «¿Y tú qué crees?», pero ella ya había empezado a alejarse. Cuando lo pensó mejor, Leonado ya no estaba seguro de querer saber la respuesta.

Iba hacia la guarida de los guerreros a descansar cuando oyó una llamada de Estrella de Fuego y vio que el líder estaba al pie de las rocas desprendidas, haciendo señas para que los guerreros se reunieran a su alrededor. Cuando se acercó a la Cornisa Alta, Leonado se dio cuenta de que Estrella de Fuego parecía nervioso: flexionaba las garras, como si quisiera acción pero no estuviese muy seguro de cuál.

—Hojarasca Acuática —comenzó el líder, al ver a la curandera en el grupo—. ¿Conoces alguna forma de saber con certeza si Solo mató a Cenizo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué pasa con las marcas de colmillos? —maulló Acedera—. ¿No podría Solo morder una hoja para luego comparar las marcas con la herida de Cenizo?

—¡Una idea genial! —exclamó Estrella de Fuego, mirando con aprobación afectuosa a la guerrera parda—. Yo…

—No funcionará —lo interrumpió Hojarasca Acuática—. Cenizo lleva demasiado tiempo enterrado.

—Hay algo más en lo que debemos pensar —intervino Látigo Gris—. ¿Recordáis cuando el Clan del Trueno hizo prisionero a Cola Rota, allá en el viejo bosque? Terminó haciéndose amigo de Estrella de Tigre y atacando al Clan del Trueno desde dentro. ¡No podemos fiarnos de Solo mientras esté en nuestro campamento!

—Tenemos que castigarlo —dijo Betulón sacudiendo la cola—. No podemos permitir que cause más problemas.

—¡Que recoja bilis de ratón!

A Rosella le centellearon los ojos; evidentemente, estaba recordando las tareas que tenía que hacer ella como aprendiza.

—Podríamos obligarlo a cazar para el clan —sugirió Fronde Dorado.

—Pero entonces podría escapar —señaló Leonado.

—No podemos castigarlo hasta que estemos convencidos de que es culpable —maulló Estrella de Fuego—. Lo único que podemos hacer es esperar. Hojarasca Acuática, ¿estarás atenta por si el Clan Estelar envía alguna señal? Seguro que nuestros antepasados saben la verdad. —Arañó el suelo, dejando unos surcos profundos en la tierra húmeda—. ¿Por qué no nos han mostrado algo todavía?

—El Clan Estelar nos dirá lo que quiera que sepamos a su debido tiempo —repuso Hojarasca Acuática con expresión cauta.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza, aceptando las palabras de su curandera.

—Entonces, Solo se quedará aquí, bajo vigilancia, hasta que tengamos más pruebas —decidió, y lanzando otra mirada a Hojarasca Acuática, añadió —: Hasta que el Clan Estelar decida ayudarnos.

En los días que siguieron, el Clan del Trueno se instaló en la molesta rutina de tener que alimentar a Solo, verlo paseándose cuando se le permitía salir al

claro y escoltarlo al aliviadero. El solitario nunca perdía su aire calmado y trataba a todo el mundo con la misma cordialidad.

Leonado aguardaba con frustración la ocasión de poder conversar con él a solas. Estaba desesperado por hablar de la profecía. No era capaz de olvidarse de la sensación de poder y control que había sentido frente a los perros, sensación que lo había hecho convencerse de que seguía siendo uno de los tres. Sin embargo, Solo siempre tenía a alguien cerca, y únicamente los guerreros más experimentados podían vigilarlo.

Seguía haciendo un tiempo seco y soleado, aunque todas las mañanas los árboles amanecían ribeteados de escarcha. A veces, la temperatura era incluso cálida cuando el sol llegaba a lo más alto, y podían disfrutar en las rocas planas que había al pie del muro de la hondonada. A Musaraña en especial le encantaba tumbarse allí y empaparse del calor de los rayos.

—Los veteranos deberían poder tomar el sol aquí siempre que quisieran —maulló la anciana—. Nuestros viejos huesos lo necesitan. —Y suspiró, agitando las orejas—. Allá en el viejo bosque teníamos las Rocas Soleadas. Todos los gatos del clan podían disfrutar juntos del sol si querían.

Desde la llegada de Puma, Musaraña se había aficionado a tumbarse en las rocas con él. A Leonado le sorprendía que hubieran entablado amistad, aunque supuso que hablarían de cosas como lo groseros que eran ahora los jóvenes y de cuánto más sabrosas eran antes las presas.

Varios días después del regreso de la patrulla de búsqueda, Leonado estaba volviendo al campamento con Melada y Bayo. Habían pasado la mañana entrenando con Esquiruela y Fronde Dorado y los dos aprendices. Fronde Dorado se había convertido en el mentor de Raposino porque a Candeal ya le faltaba poco para dar a luz.

—Lo están haciendo muy bien —ronroneó Melada—. ¿Habéis visto cómo salta Albina?

—Y Raposino ya sabe esquivar a un enemigo muy deprisa —coincidió Leonado—. Esquiruela les ha hecho practicar el movimiento una y otra vez, y ahora ya lo dominan los dos.

Bayo se detuvo a bostezar.

—Me apetece tumbarme un rato al sol para recuperar el aliento. Me pregunto si Musaraña nos dejará disfrutar de las rocas planas.

—Buena idea —maulló Leonado.

Al entrar por el túnel de espinos, vieron que Musaraña, Puma y Rabo Largo estaban dormitando en las cálidas rocas. Bayo se acercó a ellos ansioso; Leonado lo siguió con Melada.

Pero Puma no estaba durmiendo.

—De modo que mi Caminaerguido —maullaba el viejo— me dice: «Oye, Puma, tú eres el único que puede librarme de ese ratón, y…». —Se interrumpió, parpadeando, al ver a los jóvenes guerreros.

Leonado se dio cuenta de que Musaraña y Rabo Largo, a los que Puma estaba contando su historia, se habían quedado profundamente dormidos.

—Hola, Puma —lo saludó—. Nos preguntábamos si podríamos tomar un poco el sol aquí. Hemos pasado toda la mañana entrenando y estamos cansados.

—Los jóvenes de hoy en día… no tienen aguante —rezongó el atigrado, pero se puso en pie, se desperezó, y luego despertó a sus compañeros.

—¿Qué? —le espetó Musaraña, sobresaltada.

—Estos jovenzuelos quieren tomar el sol —le explicó Puma.

La anciana agitó la punta de la cola, pero, para sorpresa de Leonado, no puso pegas.

—Bueno —masculló—. Os dejamos libres las rocas si nos lleváis algo de carne fresca a la guarida. Yo podría comerme un campañol bien rollizo.

—Yo me encargo —respondió Melada, corriendo hacia el montón de las presas.

Musaraña le apoyó la cola en el lomo a Rabo Largo para ayudarlo a bajar de las rocas, y los tres veteranos se dirigieron hacia la guarida.

—¡Gracias! —exclamó Leonado.

—Te has dormido y te has perdido una parte de la historia —le dijo Puma a Musaraña mientras se retiraban—. Será mejor que empiece desde el principio. Resulta que había un ratón…

Leonado y Bayo treparon a las rocas planas, y Melada se les unió al cabo de unos momentos. La superficie desprendía calor donde habían estado los veteranos, y estaba bañada por la brillante luz del sol. Leonado se estiró, dejando que su pelo absorbiera la calidez de los rayos. «Ojalá pudiera estar así eternamente, sin tener que volver a preocuparme por nada», pensó.

En la roca de al lado, Bayo y Melada compartían lenguas, mientras veían cómo los cachorros de Mili jugaban en el claro.

Bayo pegó la cabeza a la de Melada.

—Algún día, nosotros tendremos cachorros como esos —ronroneó.

Melada lo miró asombrada y parpadeó con timidez.

—Eso me encantaría.

A Leonado le sorprendió lo dulce que sonaba Bayo. Solía ser un incordio, siempre mangoneando, dando órdenes a los demás como si fuera a salirse con

la suya. Quizá tener a Melada como pareja fuera bueno para él.

«Al menos así me dejará en paz».

El guerrero de color tostado pasó su áspera lengua por el lomo de la joven gata.

—Serás una madre maravillosa —dijo.

Al verlos juntos, Leonado sintió una punzada de soledad en las entrañas. «¿Quién es mi madre? ¿Por qué no me quiso?». Cerró los ojos, preguntándose cómo sería ella y si alguna vez pensaría en los hijos que había abandonado.

—¡Miradme! ¡Miradme! —exclamó la voz de Floreta desde el claro—. ¡Puedo saltar más que nadie!

—No, de eso nada. ¡Yo puedo saltar más alto! —protestó Pequeño Abejorro.

Leonado abrió los ojos. Los tres hijos de Mili saltaban y retozaban a un par de zorros de distancia de las rocas planas. Gabardilla rodó por el suelo hasta quedar junto a una grieta en el muro rocoso. Se levantó de un brinco, se plantó sobre las patas traseras y estiró las delanteras hacia arriba.

—¿A que vosotros no podéis hacer esto? —alardeó.

En ese mismo instante, Leonado captó una sombra larga y oscura que salía de la roca, detrás de la cachorrita, y que se alzaba contra la piedra gris. Sin embargo, Gabardilla estaba demasiado emocionada para darse cuenta. El guerrero se incorporó de golpe.

«¡Una serpiente!».

Tensó los músculos para saltar, pero Melada fue más rápida que él. La joven bajó de la roca plana a toda prisa y apartó a Gabardilla de un empujón. La serpiente arqueó el cuello. Antes de que Melada pudiera moverse, el reptil le clavó los colmillos curvados en el lomo.

Melada retrocedió soltando un alarido de dolor.

—¡Ayuda!

17

Carrasca cruzó el túnel de espinos cargada con un campañol y dos ratones, y se dirigió hacia el montón de la carne fresca. A su patrulla de caza le había ido muy bien, pero ella tenía las patas y el hocico entumecidos por el frío. El sol de la estación sin hojas no alcanzaba las sombras de debajo de los árboles, y el suelo seguía congelado.

Al dejar las presas en el montón, oyó un alarido al pie del muro rocoso, en el extremo opuesto de la guarida de la curandera. Cuando se volvió en redondo, vio a Leonado en mitad del claro con el pelo erizado, como si lo persiguiera todo un clan de enemigos.

—¡Ayuda! ¡Deprisa! —bramó el joven guerrero—. ¡Una serpiente ha mordido a Melada!

Carrasca sintió que el horror le helaba la sangre en las venas y atravesó el claro a la carrera. ¡Nunca habían visto una serpiente en la hondonada! Cuando llegó al muro rocoso, vio a Gabardilla encogida, temblando, con los ojos desorbitados por el pavor. Mili se la llevó de allí rodeándola con la cola para protegerla.

Bayo estaba inclinado sobre Melada, que yacía de costado desmadejada, respirando de manera rápida y superficial, y con los ojos rebosantes de terror. Una fina línea de sangre en el bíceps revelaba dónde le había mordido la serpiente.

Acedera y Fronde Dorado salieron disparados de la guarida de los guerreros, ambos con la misma expresión de espanto al ver que su hija estaba herida. Carbonera, la hermana de Melada, los siguió.

Todos frenaron en seco, y Acedera hundió el hocico en el lomo de Fronde Dorado.

—No… Oh, no… —susurró—. ¡No puedo perder más hijos! ¡Ya perdí a Topero! Por favor, Clan Estelar…

—¿Dónde está Rosella? —le susurró Carrasca a Leonado cuando él regresó.

Acedera necesitaba a todas sus hijas a su lado.

—Ha salido con una patrulla. Ella…

Se interrumpió cuando Hojarasca Acuática se abrió paso entre los gatos que se apretujaban.

—Apartaos y dejadme espacio —les ordenó.

Bayo la fulminó con la mirada.

—Yo no me voy —gruñó.

Sin hacerle el menor caso, la curandera se agachó junto a Melada y le puso una pata en el lomo.

—Intenta no moverte —maulló.

Carrasca aguardó expectante a que Hojarasca Acuática empezara a ayudar a su amiga. Seguro que ella sabía qué hacer. Sin embargo, no traía consigo ninguna hierba, y se limitaba a permanecer sentada junto a la temblorosa guerrera.

La curandera levantó la cabeza y deslizó la mirada por los presentes, hasta detenerse en Carbonera. Había una súplica en sus ojos, tan desesperada y esperanzada, que Carrasca se estremeció.

«No lo entiendo. ¿Qué es lo que quiere de Carbonera?», pensó.

—¡Ayúdame! —Melada había empezado a sacudirse y retorcerse de dolor —. ¡Me arde la sangre! ¡Ayúdame, por favor! ¡Me duele mucho!

Bayo miró fijamente a Hojarasca Acuática.

—¡Haz algo! —le pidió.

Luego miró a los demás.

—¡Que alguno de vosotros haga algo!

Hojarasca Acuática no pareció oírlo. Se limitó a despegar los ojos de Carbonera y a bajarlos de nuevo hasta Melada, que luchaba por respirar.

Acedera desenvainó las uñas, mirando con incredulidad a la curandera.

—¿Por qué no estás haciendo nada?

Hojarasca Acuática bajó la cabeza.

—Lo lamento muchísimo —susurró—. No hay nada que pueda hacer. El veneno ya se ha apoderado de ella.

Acedera alzó la cabeza y soltó un aullido de angustia, mientras Fronde Dorado la rodeaba con la cola para atraerla hacia él.

Melada, agónica, dobló las patas contra la barriga y arqueó el lomo. Cuando el espasmo terminó, se quedó inerte, solo un movimiento leve del

pecho mostraba que aún respiraba. Las patas no dejaban de temblarle, y los ojos se le pusieron vidriosos.

Todos los gatos retrocedieron en silencio, dejándole sitio a Bayo para que ayudara a Melada en su viaje al Clan Estelar. El guerrero tostado se agachó a su lado, acariciándola.

—Habríamos tenido unos cachorros preciosos —musitó—. Tan fuertes y hermosos como tú. Un día volveré a verte en el Clan Estelar.

Melada movió la boca y emitió un sonido gutural, como si intentara responderle.

—Le has salvado la vida a Gabardilla —continuó Bayo, inclinándose para lamerle la cabeza—. Todos los miembros del Clan Estelar te honrarán.

Melada soltó un largo suspiro. Carrasca vio con impotencia cómo su amiga iba quedándose inmóvil y cómo se apagaba su respiración. Al final, sus ojos azules se quedaron mirando, ya ciegos, el cielo.

Carrasca sintió un dolor tan agudo como la mordedura de la serpiente. Al ver la expresión horrorizada de Carbonera, intentó imaginar cómo se sentiría ella si perdiera a uno de sus hermanos.

«¡No! —Hundió las garras en la tierra—. ¡Esto no debería suceder!».

Hojarasca Acuática se acercó a Melada, pero Fronde Dorado la detuvo. A continuación se acercó a Bayo y le posó la cola sobre el lomo.

—Melada se ha ido —le dijo—. Ahora está cazando con el Clan Estelar.

Con tanta ternura como si fuera su padre, Fronde Dorado ayudó al joven a ponerse en pie y se lo llevó de allí, haciéndole un gesto a Hojarasca Acuática. En ese instante, la curandera se sentó junto a Melada y le puso una zarpa en el pecho, para comprobar si aún respiraba. Negando levemente con la cabeza, le dijo a Leonado:

—Busca a algunos guerreros para que te ayuden a llevarla al claro. Tenemos que alejarla del muro, por si la serpiente sigue rondando por aquí.

—Yo os ayudaré —se ofreció Carrasca de inmediato.

Leonado llamó con la cola a Zancudo y Espinardo, y los cuatro levantaron el cuerpo inerte de Melada para llevarlo a un lugar sombreado, no muy lejos de la guarida de los guerreros.

Mientras cruzaban el claro, Látigo Gris apareció por el túnel de espinos con la boca llena de presas. Lo seguían Rosella y Ratonero. En cuanto la joven guerrera vio el cuerpo de su hermana, soltó las presas y echó a correr.

—¿Qué ha pasado? —aulló—. ¡Melada, despierta!

Acedera se le acercó, y juntas acompañaron al cadáver de Melada, hasta que los guerreros lo depositaron en el suelo y los suyos pudieron apiñarse a su

alrededor, consolándose unos a otros.

El sol seguía brillando, pero Carrasca sintió como si se le estuviera helando la piel y no podía dejar de temblar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la joven a Leonado—. Tú lo has visto todo.

El guerrero asintió desolado, pero no dijo nada.

—Melada será una gran pérdida para el clan.

Carrasca se sobresaltó al oír la voz de Solo. Cuando se volvió, descubrió que el solitario había abandonado su arbusto. Espinardo debía de haber ido a ver lo que estaba ocurriendo y Solo se había quedado sin vigilancia. Los ojos ámbar del gato destellaban con tristeza; estaba cabizbajo, como si lamentara de corazón la muerte de la joven guerrera.

—Es muy duro que una vida quede segada tan pronto —añadió.

Carrasca sabía que debía mandarlo de vuelta a su guarida, pero fue incapaz de reunir las fuerzas necesarias para hacerlo. Los demás gatos también estaban demasiado apenados como para preocuparse de lo que hiciera Solo.

«Podría quedarse —pensó la joven—. ¿Qué daño va a hacer?».

Puma y los veteranos también habían aparecido en el claro para unirse a sus compañeros de clan.

—No hay nada peor que perder a un joven —maulló Puma—. Tenía toda la vida por delante.

—Era una gran gata —coincidió Musaraña—. Lo último que hizo fue traerme una pieza de carne fresca.

Todos los gatos se arremolinaron en el centro del claro, sin saber bien qué hacer. Carrasca se sintió aliviada cuando Látigo Gris se situó en medio de todos y alzó la cola para pedir silencio.

—Ratonero, ve a por Estrella de Fuego —ordenó—. Se ha llevado una patrulla de caza hacia la vivienda abandonada de los Dos Patas. Zarzoso ha salido en una patrulla fronteriza, así que tendremos que esperar a que regrese, porque no sabemos dónde está exactamente —añadió cuando Ratonero se fue corriendo—. Hojarasca Acuática, ve a ver a Gabardilla para comprobar que se encuentra bien, ¿de acuerdo?

La gata asintió, contenta de tener algo que hacer. Mili llevó a su cachorrita junto a la curandera, y esperó arañando el suelo, con ojos rebosantes de preocupación. Dalia la siguió, sin quitarles la vista de encima a los demás cachorros, que parecían tan conmocionados como Gabardilla.

Mientras Hojarasca Acuática olfateaba a la cachorrita de arriba abajo, Carrasca le susurró a Leonado:

—Gabardilla tiene que estar bien. Melada no puede haber muerto en vano.

Al cabo, la curandera anunció:

—Tu hija se recuperará, Mili. Le daré una semilla de adormidera para que descanse esta noche.

—Pero ¿y qué hay de la serpiente? —gimió Dalia—. Nunca habíamos tenido serpientes en el campamento…

—Sí, ¿qué pasa con eso? —quiso saber Mili—. Hay que hacer algo. Podrían morir más gatos.

Látigo Gris se volvió hacia Leonado.

—Enséñame dónde ha atacado la serpiente exactamente.

Carrasca siguió a su hermano y a Látigo Gris hasta las rocas planas. Admiraba la forma en que el guerrero gris se había hecho cargo de la situación; debió de ser un gran lugarteniente en el viejo bosque.

—Esa es la grieta por la que ha salido —maulló Leonado, señalando una hendidura profunda en el muro rocoso—. Pero no he visto si volvía a entrar.

Con mucha cautela, Látigo Gris se acercó a olisquear por el muro, inspeccionando todas las grietas.

—No he visto ni rastro de ella —dijo cuando regresó junto a Leonado—. Pero podría estar en cualquier parte. Algunas grietas son muy profundas. Hay muchos sitios en los que podría haberse escondido.

Carrasca sintió que la recorría un hormigueo de miedo. ¿Cómo iban a seguir viviendo en la hondonada si la muerte podía aparecer sigilosamente en cualquier momento y atacar a otro gato?

—Mili tiene razón —maulló—. Debemos hacer algo.

Antes de que Látigo Gris pudiera responder, vieron el destello de un pelaje rojo en la entrada del túnel y Estrella de Fuego entró disparado en el campamento. Látigo Gris corrió a su encuentro. Carrasca vio que la expresión de angustia de su líder se transformaba en espanto. Estrella de Fuego fue a sentarse junto al cadáver de Melada, al lado de su afligida familia.

—Lo siento muchísimo —susurró el líder con voz temblorosa—. Melada debería haber estado a salvo aquí. Os prometo que no permitiré que esto vuelva a suceder.

«¿Y cómo vas a impedirlo? —se preguntó Carrasca, que había oído sus palabras—. No ha sido culpa tuya. No podías saber que había una serpiente escondida en el muro rocoso».

Ratonero había seguido a Estrella de Fuego al campamento, junto con Manto Polvoroso y Betulón, el resto de los que habían salido a patrullar. Al poco aparecieron Centella y Glayo, cada uno con un fardo de nébeda. Por su expresión aturdida, Carrasca imaginó que Ratonero se había cruzado con ellos y les había dado ya la espantosa noticia. Por último, tras revisar la frontera del Clan del Viento, regresó la patrulla liderada por Zarzoso, cuyos gritos de conmoción y angustia resonaron por toda la hondonada. Carrasca ansiaba volver a su lecho de la guarida de los guerreros, hundirse entre el musgo y los helechos, y cerrar los ojos con todas sus fuerzas. Así, tal vez la muerte de Melada se quedara en una pesadilla horrible.

Antes de que sus patas la llevaran hasta la guarida, Estrella de Fuego subió a la Cornisa Alta.

—¡Gatos del Clan del Trueno! —Alzó la voz para que lo oyeran hasta en todos los rincones de la hondonada—. Ha sucedido algo pavoroso, pero debemos mantener la calma. Melada ha muerto como una auténtica guerrera, protegiendo a una cachorrita de su clan. Lloraremos su muerte, no solo esta noche, sino durante todas las lunas venideras. Y nos aseguraremos de que la serpiente no regresa para hacer daño a otros gatos.

—¡Dinos qué hacer y lo haremos! —exclamó Zarzoso.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

—Para empezar, construiremos una barrera de zarzas a lo largo de esa parte del muro rocoso. Manto Polvoroso, ¿te encargarás tú de eso? —preguntó.

El atigrado marrón asintió al instante.

—Nadie debe acercarse a esa zona —prosiguió el líder del clan—. Mili, Dalia, aseguraos de que los cachorros lo entienden. Y será mejor que no usemos más las rocas planas. Las serpientes suelen dormir durante la estación sin hojas, pero creo que a esta pudieron molestarla los gatos que toman el sol en ellas.

Puma y Musaraña intercambiaron una mirada despavorida.

—¡Podríamos haber muerto nosotros! —exclamó Puma.

Musaraña bajó la cabeza, con los ojos rebosantes de tristeza.

—Mejor que hubiera sido yo, en vez de esa pobre joven… —murmuró.

—Seguid con vuestras obligaciones —continuó Estrella de Fuego—, todos. Esta noche velaremos el cuerpo de Melada.

Dicho eso, bajó ágilmente para reunirse con Zarzoso.

—¡Leonado! —lo llamó Manto Polvoroso—. Ayúdame con la barrera, por favor. Llévate a Raposino y Albina al bosque a recoger zarzas.

—Voy.

El joven se detuvo brevemente a restregar el hocico contra el de Carrasca antes de salir corriendo a por los dos aprendices.

Dalia y Mili estaban reuniendo a sus cachorros para llevarlos de vuelta a la maternidad.

—Que ninguno de vosotros se atreva a acercarse a esa parte del muro rocoso —maulló Mili muy seria—. Ya habéis oído a Estrella de Fuego.

—No lo haremos —dijo Floreta, con la voz aguda de miedo.

Todos los cachorros parecían insólitamente mansos.

Candeal los seguía de camino a la maternidad cuando Betulón se le acercó corriendo para hundirle el hocico en el lomo.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? —le pidió desazonado.

La reina blanca lo miró con los ojos llenos de amor.

—Por supuesto. No tienes por qué preocuparte.

Betulón ladeó la cabeza hacia Bayo, que seguía tumbado en silencio junto al cuerpo de Melada.

—No quiero que te marches con el Clan Estelar —insistió él— hasta dentro de mucho pero que mucho tiempo.

Se restregaron el uno contra el otro, entrelazando las colas.

Carrasca se quedó inmóvil mientras el resto de los gatos se dispersaba. No sabía qué hacer. Quería ir a consolar a Carbonera, pero no se atrevía a molestar a los dolientes familiares de Melada. Estaba dirigiéndose indecisa hacia la guarida de los guerreros, cuando Hojarasca Acuática se le acercó.

—Carrasca, ¿puedes ayudar a Centella a almacenar las hierbas? —le pidió —. Glayo y yo vamos a examinar a las reinas y los cachorros, por si sufren algún tipo de conmoción.

—Claro.

La joven se sintió aliviada por tener algo que hacer. Recogió el fardo de nébeda de Glayo y lo entró en la guarida de la curandera, donde Centella ya estaba clasificando las hojas. Carrasca se le unió. Le sentó bien aspirar el aroma de las hierbas que colmaba la guarida; le recordó los días en que fue aprendiza de Hojarasca Acuática. «Entonces me preocupaba mucho cuando no me acordaba de qué hierba era cuál. ¡Ojalá eso fuera lo único de lo que tuviese que preocuparme ahora!».

—Daría cualquier cosa por conocer una hierba que curara la mordedura de serpiente —murmuró Centella con aflicción mientras revisaba las hojas, retirando con destreza las que estaban marchitas o estropeadas.

Carrasca asintió, aunque sabía que, por mucho que lo desearan, no lograrían revivir a Melada. De pronto movió las orejas cuando oyó que entraba alguien. Al mirar por encima del hombro, vio que se trataba de Hojarasca Acuática.

—Necesito semillas de adormidera para Dalia —explicó la curandera—. Se está poniendo histérica.

—No la culpo —maulló Centella—. Si yo tuviera cachorros ahora, estaría aterrorizada.

Hojarasca Acuática enrolló las semillas en una hoja, y estaba a punto de salir cuando Estrella de Fuego se asomó por la cortina de zarzas.

—¿Sí? —le preguntó la curandera, con un tono cortante que Carrasca no entendió.

—Debemos asegurarnos de que la serpiente no es una amenaza para el clan —maulló el líder quedamente también.

Hojarasca Acuática parpadeó, desconcertada.

—¿Y qué quieres que haga yo? No puedo llamar a la serpiente para que salga de su escondrijo.

—No —respondió Estrella de Fuego—, pero puedes controlar que no llegue al corazón del campamento. Quiero que pongas bayas mortales alrededor del lugar por el que salió.

Cuando el líder mencionó las bayas mortales, Carrasca sintió que las patas se le congelaban en el suelo. Intercambió una mirada de espanto con Centella. Todo el mundo sabía que Hojarasca Acuática se negaba a tener bayas mortales en el campamento porque eran muy peligrosas.

—Estrella de Fuego, ya sabes… —empezó la curandera.

—Explícales a los cachorros y a todos los demás qué son las bayas y por qué no deben tocarlas ni comérselas —la interrumpió él—. Lo entenderán. Tenemos que hacerlo. No pienso perder a ningún otro gato del mismo modo.

Hojarasca Acuática vaciló, pero al final asintió de mala gana.

—Muy bien. Glayo y yo iremos a recolectar unas cuantas hoy mismo. Pero no me gusta nada la idea —añadió con más contundencia—. Si las bayas mortales no matan a la serpiente en una luna, tendremos que probar con otra cosa.

18

Leonado se llevó a Raposino y Albina al bosque a recoger zarzas. Se sentía entumecido; la espantosa escena se repetía una y otra vez en su mente.

«¿Podría haber hecho algo? Si hubiese sido más rápido… Quizá si hubiera saltado sobre la serpiente, podría haberla matado».

Los dos aprendices temblaban de miedo y se asustaban cada vez que crujía una hoja, como si esperaran que una serpiente se ocultara en cada hueco. «Por lo que yo sé —se dijo Leonado—, su temor podría estar fundado…».

—No puedo creer que, además de a Solo, tengamos una serpiente en el campamento —maulló Albina, apartándose de un salto con el pelo erizado cuando una hoja de roble aterrizó a su lado.

—Me pregunto si Solo habrá atraído a la serpiente para que mate a Melada —añadió Raposino con voz temblorosa.

—¡No seáis ridículos! —les espetó Leonado, en voz más alta de lo que pretendía.

Los dos aprendices retrocedieron de un salto.

—La serpiente estaba allí, sin más. Podría haber mordido a Solo en vez de a Melada —zanjó el guerrero.

—Ojalá —masculló Raposino.

Leonado no dijo nada. ¿No había habido ya bastantes muertes en el clan?

Guio a los aprendices hasta un zarzal que crecía cerca del viejo sendero atronador, y se coló por debajo para arrancar los largos tallos por la parte inferior, donde no tenían espinas. Los dos aprendices vacilaron al borde de la dura superficie, parpadeando nerviosos.

—¡Vamos! —los instó Leonado—. ¿Qué ocurre?

—¿Hay serpientes ahí? —gimoteó Albina.

—Si las hay, voy a morir —replicó el joven guerrero irritado—. De acuerdo —añadió con un suspiro—. Yo corto los tallos y vosotros tiráis de ellos.

Durante un rato trabajaron sin pausa, y el montón de zarcillos comenzó a crecer. Luego, Raposino se detuvo, con el extremo de un tallo en la boca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leonado—. Necesito que me quites esto de en medio para llegar al siguiente.

El aprendiz soltó el zarcillo.

—¡Huelo al Clan del Viento!

Albina soltó el tallo que estaba arrastrando hacia el montón y saboreó el aire.

—¡No! ¡Es el Clan del Río! —exclamó.

Leonado salió a toda prisa de debajo del zarzal y aspiró profundamente.

—Tenéis razón los dos —maulló, erizando el pelo del cuello—. Y también huele al Clan de la Sombra.

Raposino pegó las orejas a la cabeza y se agachó.

—¡¿Nos están invadiendo de nuevo?! —chilló.

—Creo que no. —Leonado se obligó a permanecer tranquilo—. Los olores no son lo bastante fuertes como para indicar que se acercan muchos gatos. —Haciendo un gesto con la cola, añadió—: Quedaos detrás de mí. Y no hagáis nada a menos que yo os lo diga.

Los dos aprendices se apretujaron a su espalda, muy cerca de él. Leonado se encaró hacia la vegetación de la que procedían los olores. Una mata de helechos tembló, y aparecieron Estrella Negra y Serbal, del Clan de la Sombra. Al cabo de unos segundos los siguieron Estrella Leopardina y Juncal, con Estrella de Bigotes y Oreja Partida a la zaga.

«¡Los tres líderes! —Leonado se quedó mirándolos con el corazón desbocado—. ¿Qué clase de patrulla es esta?».

—Saludos, Leonado. —Estrella Negra inclinó la cabeza—. Tenemos que hablar con Estrella de Fuego.

—De-de acuerdo. Seguidme. Raposino, Albina, llevad las zarzas al campamento, por favor.

Dejó que los aprendices terminaran con la tarea y condujo a los visitantes hasta la hondonada rocosa. El claro estaba más silencioso que cuando se había marchado. El cuerpo de Melada permanecía tendido a la sombra. Su familia estaba reunida a su alrededor, acompañándola hasta que llegara el momento de velarla por la noche. Solo había desaparecido; Espinardo estaba de nuevo

en su puesto de vigilancia. Las reinas y los cachorros se habían retirado a la maternidad.

Estrella de Fuego se hallaba en el centro del claro, hablando con Látigo Gris y Zarzoso. Los tres levantaron la vista, sorprendidos, cuando entró Leonado seguido de aquella patrulla insólita.

—Saludos —maulló Estrella de Fuego, inclinando la cabeza con cortesía ante los demás líderes. Su tono era receloso, y había empezado a erizar el pelo del cuello—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Estrella Negra no se molestó en devolverle el saludo.

—¿Solo está aquí? —quiso saber.

—¿Y es verdad que mató a Cenizo? —añadió Estrella Leopardina.

Estrella de Bigotes mostró los colmillos en un gruñido.

—¿Cuándo ibas a contarnos que tenías prisionero a un asesino?

Estrella de Fuego irguió las orejas sacudiendo la punta de la cola, con expresión conmocionada.

—¿Cómo os habéis enterado tan deprisa? —preguntó.

—Una de mis patrullas vio a tus gatos volver con Solo por la orilla del lago —respondió Estrella de Bigotes—. Mi patrulla se lo contó a una del Clan del Río, y el Clan del Río al Clan de la Sombra.

Estrella de Fuego miró a todos los líderes.

—¿Desde cuándo esto es asunto de los demás clanes? —maulló con tono glacial.

—Desde que tú los pones en peligro —replicó Estrella Leopardina.

—Sabes de sobra la amenaza que supone ese gato —dijo Estrella de Bigotes, amasando el suelo con las zarpas—. Y, aun así, ¡lo has traído de vuelta a nuestros territorios!

Estrella Negra dio un paso adelante. Leonado no creía que fuese a atacar a Estrella de Fuego en el campamento del Clan del Trueno, pero tensó los músculos, listo para defender a su líder si alguno de los otros alzaba una sola pata.

—¿Ya te has olvidado de lo que le hizo al Clan de la Sombra? —bufó Estrella Negra—. ¡Intentó obligarnos a dejar de creer en el Clan Estelar!

«¡Y yo soy un ratón!», se indignó Leonado para sus adentros. Látigo Gris y Zarzoso intercambiaron una mirada breve, y Leonado entendió que los dos pensaban lo mismo que él. Estrella Negra no estaba preparado para admitir ninguna responsabilidad, aunque, en su momento, había escuchado las palabras de Solo de muy buena gana.

—¿Qué vas a hacer con él? —exigió saber Estrella Leopardina.

Estrella de Fuego vaciló. Parecía cada vez más alterado, pero mantuvo las garras envainadas.

—Aún no lo he decidido —dijo al cabo—. Todavía estamos intentando averiguar qué pasó exactamente.

Estrella de Bigotes dilató las fosas nasales, entornando los ojos.

—Solo es demasiado peligroso para permanecer cerca del lago. Deberías mandarlo muy lejos ahora mismo.

—Deberías haberlo dejado donde lo encontraste —gruñó Estrella Leopardina—. Cualquier gato con el sentido común de una pulga habría visto que era lo mejor.

—En ese caso, el asesino de Cenizo habría quedado impune —rebatió Estrella de Fuego.

—La venganza no lo es todo —bufó Estrella de Bigotes—. Has puesto en peligro a todos los clanes al traerlo de vuelta. Pase lo que pase a partir de ahora, no contarás con nuestro apoyo.

Los otros dos líderes asintieron, y sus acompañantes murmuraron amenazadoramente. Leonado sintió un escalofrío, a pesar de que le ardía la sangre; deseaba clavarles las uñas a aquellos arrogantes. «¡No tienen ningún derecho a inmiscuirse en los asuntos del Clan del Trueno de esta manera!».

Estrella Negra alzó la barbilla.

—Solo debe abandonar el territorio de los clanes antes de la próxima Asamblea —maulló—. De lo contrario, nos uniremos los tres para librarnos personalmente de él.

19

Glayo seguía los pasos de Hojarasca Acuática mientras ascendían por el risco, donde los árboles disminuían y las agujas de pino le pinchaban las almohadillas. Notaba el suelo húmedo, y al descender por el otro lado resbaló hasta una maraña de vegetación. Cuando recuperó el equilibrio, captó un olor a corteza de tejo y bayas.

—Ya hemos llegado —maulló Hojarasca Acuática—. Voy a trepar al árbol y a doblar una rama para que la alcances.

Luego le dio un empujoncito para que se adelantara unos pasos.

—Quédate justo aquí —le indicó.

Glayo oyó cómo su mentora subía al árbol, y al cabo de unos instantes notó que una rama del tejo le rozaba la cabeza. Se le erizó el pelo ante el olor abrumador de las bayas mortales.

—Estírate todo lo que puedas —le indicó Hojarasca Acuática desde lo alto—. Hay un tallo con bayas justo ahí. Ten muchísimo cuidado.

«¡Como si no lo supiera!», pensó Glayo.

Se estiró hacia arriba, con las patas delanteras alzadas, hasta que un tallo se le clavó en la cara y sintió el roce del pesado racimo de bayas mortales. Consiguió morder el tallo en el punto donde se unía a la rama, y notó el hocico de Hojarasca Acuática pegado al suyo, ayudándolo a cortarlo.

La curandera irradiaba oleadas de pesadumbre, tan potentes que Glayo estuvo a punto de perder el equilibrio. El joven tuvo que cambiar de posición, clavando las zarpas con más firmeza en las agujas de pino, antes de poder seguir con la tarea de separar el tallo con la carga letal. Hojarasca Acuática rebosaba ansiedad, la atormentaba llevar más muerte a la hondonada rocosa. Estaba saturada de tristeza, tan llena de aflicción que apenas podía moverse.

Sin embargo, maulló con voz firme:

—Ya está.

El joven curandero percibió que el tallo caía al suelo, justo a sus pies. Se relajó, estirándose para liberar la tensión de los músculos, y luego recogió el extremo del tallo con el racimo de bayas, cuidando de no tocarlas con la boca.

Hojarasca Acuática saltó del árbol.

—Si puedes cargar con eso —le dijo a su aprendiz—, yo te seguiré para comprobar que no se cae ninguna. Si pasa aquí arriba, no importa, pero no quiero que se vayan esparciendo cerca del campamento.

Cuando cruzaron el túnel de espinos, el claro estaba repleto de gatos, cuyas voces zumbaban como un enjambre de abejas furiosas. Glayo localizó a Leonado y dejó las bayas en el suelo un momento para preguntarle:

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué ha ocurrido ahora?

—Los líderes del resto de los clanes han estado aquí —maulló su hermano con un gruñido sordo y rabioso—. Le han dicho a Estrella de Fuego que tiene que librarse de Solo antes de la próxima Asamblea, o lo harán ellos personalmente.

—¿Qué? —Glayo sacudió la cola—. ¿Qué derecho tienen a decirle al Clan del Trueno qué hacer?

Notó las chispas de ira que brotaban del guerrero.

—A ellos no les importa que hayan asesinado a Cenizo —gruñó Leonado —. Son como conejos atemorizados, están convencidos de que Solo va a saltarles encima para despedazarlos. ¡Estrella de Fuego no puede ceder a sus exigencias!

Glayo coincidió con un murmullo, pero sintió un hormigueo de inquietud en las zarpas. No le gustaba que los demás clanes lo supiesen todo sobre el asesinato de Cenizo. Las ondas producidas por la muerte del guerrero gris seguían expandiéndose más y más, y no había señales de que sus efectos fueran a diluirse.

Intentó quitarse de encima aquella sensación cuando oyó que Hojarasca Acuática lo llamaba.

—Glayo, pon las bayas en esta hoja. Tenemos que asegurarnos de que todos los cachorros sepan lo peligrosas que son.

Alisó una hoja delante del curandero. Él dejó el racimo en el centro, y luego siguió a su mentora mientras arrastraba la hoja hasta la maternidad.

—Ve también a por Raposino y Albina —añadió la curandera.

El joven saboreó el aire y localizó a los dos aprendices cerca del muro rocoso, donde Manto Polvoroso estaba levantando la barrera de zarzas.

—¡Raposino! ¡Albina! —los llamó—. Hojarasca Acuática os busca.

—¡Ya vamos! —exclamó Albina.

—Supongo que terminaremos esta barrera para cuando llegue la estación de la hoja verde —rezongó Manto Polvoroso—. ¡Regresad aquí en cuanto terminéis con Hojarasca Acuática! —les ordenó.

—¡Mili! ¡Dalia! —llamó la curandera cuando Glayo volvió a su lado, ya en la maternidad—. Que salgan vuestros cachorros, por favor.

—¿Por qué? —preguntó Dalia, con voz soñolienta por las semillas de adormidera.

—Hay algo que tengo que enseñaros a todos.

Glayo y su mentora esperaron a que las dos reinas salieran con sus hijos. Candeal las siguió y se sentó en la entrada.

—Y ahora —empezó Hojarasca Acuática—, ¿veis estas bayas?

Glayo percibía la curiosidad de los cachorros, aunque seguían estando adormilados y no respondieron a la pregunta.

—Parecen sabrosas —se atrevió a decir Pequeño Abejorro al fin.

—¡No! ¡No son sabrosas! —A Hojarasca Acuática le tembló la voz con furia y repulsión—. Estas bayas son funestas. Las llaman «bayas mortales», y si os coméis tan solo una, no sufriréis un simple dolor de barriga: moriréis. No habrá nada que ningún curandero pueda hacer por vosotros.

Glayo sabía que eso no era del todo cierto. Musaraña le había contado que Carbonilla había salvado a Acedera después de que comiera bayas mortales provocándole el vómito, aunque sí que había estado a punto de morir. Sin embargo, Hojarasca Acuática tenía que asustar a los cachorros para que no se acercaran a las bayas mortales ni en sueños.

—Entonces, ¿por qué las has traído al campamento? —se alarmó Dalia.

—Porque Estrella de Fuego quiere que las use para matar a la serpiente —respondió Hojarasca Acuática—. Tengo que asegurarme de que todos entendéis que no debéis acercaros a ellas.

—¿Lo habéis oído? —les preguntó Mili a los cachorros—. Miradlas bien, para que podáis reconocerlas la próxima vez.

—Tendremos cuidado —maulló Rosina, atemorizada.

Los demás coincidieron con un murmullo.

—¿Raposino? ¿Albina? —quiso saber Hojarasca Acuática.

—Lo recordaremos —contestó el aprendiz—. No las tocaremos.

—Y también estaremos ojo avizor en el bosque por si las vemos —añadió su hermana.

—Muy bien. Entonces ya podéis iros. Pero no olvidéis lo que os he dicho.

La gata comenzó a arrastrar por el claro la hoja con su carga letal, pero luego se detuvo para decirle a Glayo:

—Tráeme un ratón del montón de la carne fresca.

El joven obedeció, y volvió a la guarida de la curandera con la presa.

—Es muy carnoso.

—No voy a comérmelo —replicó Hojarasca Acuática—. Es para la serpiente. Voy a rellenarlo de bayas mortales. Déjalo en el suelo y sujétalo con una pata.

—¡Acabarás con veneno en las zarpas! —protestó Glayo.

—No. Voy a usar un palo para meterle las bayas por la garganta.

Mientras sujetaba el ratón, Glayo notó la repugnancia que le provocaba a su mentora lo que estaba haciendo. Casi podía leerle el pensamiento. «¡Soy curandera! ¡Se supone que tengo que curar, no matar!». Pero no dijo nada mientras esta introducía las bayas mortales en el cuerpo de la presa.

«Si abro la boca, solo conseguiré que me arranque la piel», pensó.

Por fin, Hojarasca Acuática soltó un suspiro.

—Ya está. Esto debería bastar. También le he metido unas cuantas espinas. Cortarán a la serpiente desde el interior, y el veneno se extenderá más deprisa por su cuerpo.

Glayo asintió. Le sorprendía cuánto detestaba su mentora usar sus habilidades de aquella manera, teniendo en cuenta que su víctima iba a ser la serpiente que había matado a Melada. A él le fascinaba descubrir que había plantas que podían hacer daño en vez de sanar. «Me pregunto si habrá más…».

Hojarasca Acuática depositó el ratón en la hoja y la arrastró de nuevo al claro, hasta donde Manto Polvoroso estaba levantando la barrera de zarzas, alrededor del escondrijo de la serpiente. Leonado y los dos aprendices lo ayudaban.

Glayo se acercó a su hermano, mientras Hojarasca Acuática le explicaba a Manto Polvoroso lo que había hecho.

—Buena idea —masculló el atigrado marrón—. Lo pondré detrás de la barrera, cerca de la grieta.

—Ten mucho cuidado —le advirtió la curandera.

—No te preocupes —la tranquilizó el guerrero, que sonaba insólitamente amable—. Mira, voy a agarrarlo por la cola.

Saltó por encima de las zarzas y regresó al cabo de un instante.

—Ya está hecho —maulló—. Bueno, ¿y a qué estáis esperando vosotros? —añadió, volviéndose hacia sus ayudantes—. Terminemos de una vez con

esta barrera.

De vuelta en su guarida, Glayo y Hojarasca Acuática envolvieron en la hoja el resto de las bayas mortales.

—Será mejor que las guardemos por si lo del ratón no funciona a la primera —dijo la gata—. No me gusta, pero…

La interrumpió un fuerte alarido.

—¡Hojarasca Acuática! ¡Hojarasca Acuática!

—¿Qué pasa ahora? —rezongó Glayo.

Captó el olor de Betulón, que irrumpió a las bravas en la guarida.

—¡Hojarasca Acuática, tienes que venir enseguida! —dijo el guerrero, resollando—. A Candeal le duele el vientre.

—De acuerdo, que no cunda el pánico. —Hojarasca Acuática se puso en pie—. Estoy segura de que no será nada grave. Puede que se haya puesto de parto. Glayo, guarda esa hoja —le ordenó al joven cuando pasó por su lado—. Asegúrate de dejarla al fondo del almacén, donde nadie pueda tocarla por error.

Con cuidado, el joven empujó el fardo hasta el fondo, entre una capa de viejas hojas dobladas y unos montones de hierbas resecas.

—Tenemos que limpiar esto —masculló cuando dejó las bayas mortales en el rincón más apartado.

Regresó a la guarida agitando los bigotes con asco. Tenía el pelo cubierto de polvo de plantas y tallos pegajosos. Había empezado a lavarse cuando Hojarasca Acuática volvió.

—Candeal se encuentra bien —le informó la gata—. Solo tiene dolor de barriga. Le llevaré un par de bayas de enebro —añadió, entrando en el almacén, de donde salió con las bayas envueltas en una hoja—. Acabo de acordarme —dijo con la boca llena—. Con todo lo que ha pasado, me he olvidado de examinar las almohadillas doloridas de Puma. ¿Podrías encargarte tú, Glayo?

—Claro.

El joven suspiró, resignándose a seguir un rato más con el pelo hecho un desastre. Sacó la cataplasma de milenrama del almacén y se dirigió a la guarida de los veteranos.

Cuando se coló por debajo de las ramas de la guarida, oyó la voz de Puma:

—Lo que no entiendo es por qué estáis todos en contra de Solo. ¡Esos otros líderes que han venido hoy quieren que Estrella de Fuego se libre de él!

—Sonaba confundido—. ¿Por qué nadie me escucha cuando digo que es un buen gato?

—Puma, tú tampoco escuchas a los demás cuando te cuentan lo que Solo hizo aquí.

Era evidente que Musaraña estaba perdiendo la paciencia.

«Tampoco hay mucho que contar», pensó Glayo, deteniéndose en el interior de la guarida.

Puma soltó un resoplido.

—Sí, sí, no sé qué tonterías sobre decirles a otros gatos en qué deben creer. No tenían por qué prestarle oídos si no querían.

«Cierto. —Glayo reprimió un ronroneo de risa—. ¡Puma no es tan bobo como algunos creen!».

—El Clan Estelar es muy importante para nosotros, Puma —murmuró Rabo Largo—. Lo entenderás si te quedas.

—¡Gatos en el cielo! —resopló de nuevo el atigrado—. Los erizos volarán antes de que yo me lo crea. Además, eso no tiene nada que ver con la forma en que Estrella de Fuego está tratando a Solo. No es normal mantener a un gato encerrado de ese modo. Tiene que recuperar el sentido común y permitir que Solo viva con el resto del clan.

Glayo dio un paso adelante; notó que el enfado de Musaraña iba en aumento, y quería evitar una riña. Al verlo, la veterana soltó un bufido de irritación y fue a tumbarse en el extremo más alejado de la guarida.

—Hola, Puma. Vengo a echarles un vistazo a tus almohadillas —anunció Glayo.

—Ya era hora —refunfuñó el viejo—. Noto como si me ardieran.

Se tumbó de lado, estirando las patas para que el joven se las examinara.

Glayo le palpó las almohadillas con cuidado. Las tenía agrietadas, calientes e hinchadas, probablemente por el largo viaje.

—Este ungüento te ayudará —maulló, comenzando a extendérselo—. Procura caminar lo menos posible. Los aprendices te traerán carne fresca.

Puma soltó un largo suspiro.

—Eso está mucho mejor, jovenzuelo. Puede que seas un chicuelo escuchimizado, pero sabes lo que haces.

—Muchísimas gracias —respondió Glayo apretando los dientes—. Vendré todos los días…

De pronto, se interrumpió cuando Rabo Largo estiró el cuello para olfatearlo.

—Glayo, esa hierba… —empezó el veterano.

—¿Qué hierba?

—La que llevas pegada al pelo. No estoy seguro, pero creo… Musaraña, ven aquí, por favor.

—¿Qué?

La gata todavía sonaba malhumorada, pero se acercó a Glayo para olisquearle el pelo. A continuación le dio un lametazo a uno de los tallos que se le habían pegado al joven al salir del almacén de las hierbas, y lo mascó lentamente.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber el curandero.

—¡Es esta! —exclamó Musaraña con voz aguda debido a la sorpresa—. ¡Glayo, es la hierba que Hojarasca Acuática mezcló con mi atanasia!

20

Glayo se retorció para olfatear los trozos de la hierba que aún tenía pegados al pelo. El olor era intenso, y al tocar una hoja con la nariz, notó los bordes dentados. No tenía ni idea de qué planta era. Hojarasca Acuática debía de haberla usado muy poco, y, desde luego, jamás se la había mencionado.

Terminó de aplicar a toda prisa el ungüento de milenrama en las almohadillas de Puma.

—Con esto deberían mejorar —maulló—. Te pondré más mañana.

—¿Eso es todo?

El curandero se volvió en redondo y salió de la guarida, haciendo caso omiso del lamento de Puma.

Regresó corriendo a su propia guarida, donde encontró a Hojarasca Acuática ovillada en su lecho.

—Hojarasca Acuática, ¿qué…? —empezó, pero frenó en seco a su lado y se interrumpió al instante.

Recordó que su mentora se había puesto a la defensiva la primera vez que le había preguntado por la hierba misteriosa. «Mejor me callo y averiguo lo que pueda por mi cuenta», decidió.

—Glayo, ¿por qué entras corriendo de esa manera? —le preguntó la gata con tono exhausto—. Quiero echar una cabezada antes de que caiga el sol. El clan va a celebrar una vigilia por Melada esta noche.

—Lo siento —musitó él, aliviado porque Hojarasca Acuática no le hubiera preguntado qué era lo que iba a decirle.

—Esta noche hay media luna, así que deberíamos ir a la Laguna Lunar —continuó la curandera—. Tendrás que ir tú solo. Yo no puedo ausentarme de la vigilia.

—De acuerdo —asintió Glayo.

Se obligó a sonar tranquilo, aunque le habían entrado ganas de ponerse a dar brincos como un cachorro entusiasmado. Sin su mentora, seguro que podía sonsacar información acerca de la planta misteriosa a los demás curanderos.

Una brisa fresca hacía que las ramas desnudas entrechocaran mientras Glayo atravesaba el bosque. El entusiasmo que había sentido en la guarida se había esfumado. Caminaba con paso seguro, pero por dentro estaba lleno de dudas. ¿Qué dirían los otros curanderos sobre Solo?

Cuando llegó a lo alto del risco, encontró a Cascarón y Azorín esperándolo junto al arroyo. Justo cuando llegaba a su lado, apareció Cirro, procedente del Clan de la Sombra. Glayo plantó las orejas, sorprendido, al captar que Cirro iba acompañado de otro gato.

—¡Roso! —exclamó.

—¡Te acuerdas de mí! —Roso desbordaba emoción, como una charca en una tormenta—. Nos conocimos cuando Trigueña me llevó a vuestro campamento con Zarpa de Tigre y Canelita. Somos familia —añadió muy ufano.

«No, no lo somos». Glayo sintió una punzada de pena. Le caían muy bien los tres entusiastas aprendices.

—Ahora Roso es mi aprendiz —anunció Cirro—. Esta noche se lo presentaré al Clan Estelar.

—Felicidades —maulló Glayo, tocándole el lomo con la cola.

Recordó lo decepcionado que estaba Roso cuando había llegado al campamento del Clan del Trueno con sus hermanos. La causa: Solo había convencido a Estrella Negra de que el Clan de la Sombra no necesitaba curanderos. Se alegró mucho de saber que ahora el joven era feliz siguiendo el camino que el Clan Estelar había trazado para él. Por eso aquel no le pareció el momento oportuno para contarle que no estaban emparentados.

«Aun así, nunca será un buen momento», pensó Glayo.

Cuando todos se hubieron saludado, seguía sin haber rastro de Ala de Mariposa y Blima, del Clan del Río.

—No vamos a esperar más —decidió Cascarón—. Esta noche tenemos mucho que hacer.

—Quizá nos alcancen —repuso Cirro.

«O a lo mejor a Ala de Mariposa no le apetece hacer el largo trayecto hasta la Laguna Lunar solo para recuperar el sueño atrasado —pensó Glayo

—. Aunque últimamente suele mandar a Blima».

Los curanderos estaban ascendiendo el último tramo de la pendiente escarpada hacia los arbustos que rodeaban la Laguna Lunar, cuando oyeron un aullido estrangulado a sus espaldas.

—¡Esperad! ¡Esperadnos!

Cuando se volvió, Glayo captó el olor, cada vez más intenso, de Ala de Mariposa y de su aprendiza, pues las gatas avanzaban corriendo para darles alcance.

—Lo siento —resolló Ala de Mariposa al llegar al pie de las rocas—. Nos hemos retrasado porque a Petalina se le ha clavado una espina en el ojo.

—Pobre cachorrita… —murmuró Cascarón—. Espero que hayas podido sacársela.

—Sí, solo he tenido que darle un buen lametazo —respondió Ala de Mariposa—. La he dejado dormida en la maternidad.

—No sé si lo has probado —maulló Cirro—, pero a mí la celidonia siempre me ha resultado muy útil para tratar los ojos dañados. Con apenas unas gotitas de jugo dentro del ojo se mitiga el dolor.

—¡Oh, gracias! —exclamó Ala de Mariposa—. No lo sabía. Lo probaré en cuanto volvamos. Blima, ¿tenemos celidonia entre las provisiones?

—Creo que sí —respondió su aprendiza—. No queda mucha, pero debería bastar.

—Sigamos —maulló Cascarón—. Estamos desperdiciando luz de luna.

Glayo ascendió por la ladera rocosa y se internó en los arbustos del borde de la hondonada en la que se hallaba la Laguna Lunar. Al instante oyó el tenue chapoteo de la cascada, y se imaginó la superficie del agua, moteada por la luz que despedían las incontables estrellas.

—Tengo algo que deciros —anunció Cascarón cuando se sentaron junto a la laguna—. Glayo, sé que nuestros líderes visitaron tu clan para hablar de Solo.

El joven sintió que se le encogía el estómago y se preparó para lo que creía que iba a pasar.

—Quiero decir que debe de haber sido una decisión muy difícil de tomar para Estrella de Fuego —prosiguió el viejo curandero—. Y creo que ninguno de nosotros debería juzgar si ha hecho bien o no.

Los demás coincidieron con un murmullo.

Glayo agitó las orejas. Eso era lo último que esperaba oír, estaba sorprendido y conmovido por la comprensión de sus colegas.

—E-está en ma-manos del Clan Estelar —tartamudeó.

—En cuanto a nosotros, es hora de compartir lenguas con el Clan Estelar. —Cirro se levantó para ir hasta el mismo borde del agua—. Pero primero debo presentar a Roso a los espíritus de sus antepasados guerreros. Roso, ¿estás listo?

—Sí —respondió él casi con un gritito.

Glayo percibió el azoramiento del joven mezclado con un temor reverencial.

—Roso, ¿deseas introducirte en los misterios del Clan Estelar como curandero? —continuó Cirro, pronunciando las palabras del antiquísimo ritual.

—Lo deseo —contestó él, con el control de la voz ya recuperado, aunque todavía vibraba de emoción.

—En ese caso, ven aquí.

Roso pasó ante Glayo para situarse delante de su mentor.

—Guerreros del Clan Estelar —maulló Cirro—, os presento a este joven aprendiz. Ha elegido el sendero de la curandería. Concededle vuestra sabiduría y perspicacia para que pueda comprender las costumbres y obligaciones de los curanderos y sanar a su clan de acuerdo con vuestra voluntad. —Tras una pausa, añadió con un susurro—: Agáchate y bebe de la laguna.

Mientras Roso obedecía, Glayo y los demás también estiraron el cuello para beber de la Laguna Lunar. Cuando el agua helada le bajó por la garganta, el curandero del Clan del Trueno se ovilló, intentando relajarse. «Por favor, Clan Estelar —suplicó—, muéstrame algo útil. Mi clan está rompiéndose en pedazos».

Cuando abrió los ojos, se encontró en un sendero forestal estrecho, con unos helechos frondosos arqueándose sobre su cabeza a ambos lados. La luz del sol le calentaba la piel y moteaba la hierba. Pero no vio a otros gatos, y al saborear el aire solo captó el aroma de vegetación en crecimiento.

—¿Dónde están todos? —masculló para sí, echando a andar.

De repente oyó un susurro más adelante, y las hojas de los helechos se balancearon. Glayo olisqueó ansioso, pero el olor que distinguió no era ninguno de los que esperaba.

—¡Roso! —exclamó cuando el joven aprendiz irrumpió en el sendero y se quedó mirando a su alrededor, con los ojos desorbitados y el pelo erizado, lleno de ilusión y temor.

—¡Glayo, eres tú! —gritó—. ¿Dónde estamos? ¿Esto es lo que se supone que tiene que pasar?

—Tranquilízate —respondió Glayo—. No pasa nada, todo va bien.

«¡Cagarrutas de ratón! —añadió para sí—. ¡Estoy dentro de su sueño! ¿De qué me va a servir eso?».

—Tenía la esperanza de conocer a Estrella de Tigre —confesó Roso, mirando el camino arriba y abajo con los ojos relucientes y curiosos—. Era el padre de mi madre, y he oído hablar mucho de él.

—No estoy seguro de dónde está —respondió Glayo, cuidándose de no contarle nada sobre el bosque oscuro—. Aun así, deberías alegrarte de conocer a cualquier guerrero del Clan Estelar.

—Lo sé, pero… ¿se alegrarán ellos de conocerme a mí?

Roso se agazapó, y de repente pareció muy pequeño y asustado.

—¡No sé qué decirles!

Glayo le tocó el lomo con la punta de la cola.

—Cuando los veas, lo harás bien —le aseguró—. Solo tienes que escuchar.

Roso lo miró poco convencido, pero se levantó resueltamente y echó a andar por el camino.

—Entonces nos vemos luego —se despidió.

«Ahora mismo, a mí me encantaría encontrarme con cualquier antepasado del Clan Estelar —pensó Glayo—. ¿Se están escondiendo de mí a propósito?».

Siguió el sendero en dirección contraria a la que había tomado Roso, hasta que llegó a un claro donde, alrededor de un estanque, crecían unas hierbas de aroma dulce. Recordó que ya había estado en ese lugar, una vez que habló con Jaspeada, pero en ese momento no había rastro de la curandera parda.

Se acercó al borde del estanque y, cuando se asomó al agua, se quedó paralizado de la impresión. Aunque el sol seguía brillando, en las verdes profundidades resplandecían innumerables estrellas.

—¿Qué estáis haciendo ahí abajo? —aulló el joven, arañando la hierba—. ¡Venid a hablar conmigo!

Un manto de oscuridad espeso y asfixiante cayó sobre él. Esa fue la única respuesta que obtuvo. Desorientado, Glayo se tambaleó al descubrir que sus garras volvían a arañar piedra en vez de hierba. Estaba despierto, de regreso en la Laguna Lunar. A su alrededor, los demás curanderos empezaban a levantarse.

Todavía frustrado y perturbado por el sueño, Glayo se puso en pie y ascendió con los otros por el sendero en espiral. Cuando ya habían bajado la

pendiente rocosa que llevaba al páramo, el joven se encontró caminando al lado de Cirro.

—Creo que Roso lo ha llevado muy bien para ser su primera vez —maulló el curandero del Clan de la Sombra—. Ha conocido a Estrella Nocturna, que fue uno de nuestros líderes en el viejo bosque.

—Qué bien —murmuró Glayo, sin mencionar que había visto al aprendiz en su sueño.

—Creo que será un gran curandero —continuó Cirro—. Ya conoce un gran número de hierbas.

«¡Hierbas!». En su desesperación por hablar con el Clan Estelar, Glayo había olvidado el misterio que quería resolver.

—Pues yo me he encontrado con una que no conozco —empezó, pensando: «¡Por favor, Clan Estelar, que no quiera saber por qué no se lo he preguntado a Hojarasca Acuática!».

—¿Qué clase de hierba es? —le dijo Cirro.

—Tiene un olor fuerte, y las hojas parecen dentadas —contestó el joven, deseando poder detallarle qué aspecto tenía; sin embargo, aunque hubiera podido ver el trozo marchito, no habría sabido cómo era la planta fresca—. Sabe a frío, a escarcha en el pelo, e incluso las hojas cuando están secas tienen el frescor de la hierba —añadió, recordando lo que le había dicho Musaraña.

—Mmm… —Cirro avanzó pensativo unos segundos—. Por lo que dices, podría ser perejil. Sus hojas tienen una forma muy característica, están como bordeadas de pequeñas garras, y saben igual tanto si está seco como si está fresco.

—¿Y para qué se usa? —indagó Glayo, intentando ocultar la emoción de su voz.

—Para poca cosa. Pero es bueno para que las reinas dejen de producir leche cuando mueren sus recién nacidos.

Glayo frenó de golpe.

«¡O cuando los cachorros no mueren, pero se los entregan a otra gata!».

El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que se le iba a salir del pecho. Todos los retazos de información que había ido recopilando sobre su nacimiento encajaron de repente, formando una imagen aterradora.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Cirro, preocupado.

—¿Qué? Oh… sí, muy bien.

Glayo se obligó a reanudar la marcha. La cabeza le daba vueltas, la mente rebosaba destellos de luz, y apenas se acordó de despedirse de los demás

curanderos cuando llegaron a los límites de sus territorios.

Siempre le habían contado que Esquiruela no tenía leche, por eso Fronda y Dalia tuvieron que amamantar a su camada. Eso significaba que Esquiruela no habría necesitado tomar perejil. «¡Quizá tuvo que tomarlo nuestra verdadera madre para ocultar que acababa de dar a luz!».

Los recuerdos de Glayo lo llevaron de nuevo al día en que avanzaba penosamente por la nieve cuando aún era un cachorro diminuto. «¡Tienes que recordar! —se dijo—. Piensa en los olores». Ahí era donde estaban las respuestas. Su sentido del olfato nunca lo había defraudado cuando había habido algo importante en juego. Tampoco podía fallarle en ese momento.

Había una gata cerca de él, caminando despacio por la nieve, con olor a leche en el pelo. No se trataba de Esquiruela… no podía ser Esquiruela. De pronto, Glayo dio un respingo. Sabía exactamente a qué gata pertenecía ese olor.

Todo cuadraba. ¿Qué gata podía confiar tanto en la lealtad de Esquiruela, con la seguridad de que mantendría el engaño durante lunas y lunas, incluso aunque eso implicara mentirle a su propia pareja? ¿Qué gata les había mostrado a él y a sus hermanos mucho amor y mucha preocupación? ¿Qué gata jamás podría admitir que había tenido hijos?

«¡Hojarasca Acuática! ¡Nuestra madre es Hojarasca Acuática!».

21

Carrasca parpadeó agotada en el neblinoso amanecer mientras Puma y los veteranos salían del campamento cargando con el cuerpo de Melada. El sol había desaparecido, y el cielo se había cubierto de unas nubes grises y densas. En el aire se percibía que iba a llover. Todo el clan permaneció en silencio, viendo cómo se llevaban a su compañera muerta para enterrarla.

Cuando los veteranos salieron por el túnel de espinos, Zarzoso comenzó a organizar las patrullas del día. Carrasca vio que Acedera se dirigía con tristeza a la guarida de los guerreros, con la cabeza gacha y arrastrando la cola por el suelo. La joven fue hacia ella y la alcanzó delante del arbusto donde dormían.

—Lo siento mucho —maulló—. Voy a extrañar muchísimo a Melada.

—Todos la extrañaremos —respondió Acedera, con la voz estrangulada por la tristeza—. De cachorrita era muy dulce, ¡y aprendía muy rápido! Antes de ser aprendiza ya conocía la mayoría de los movimientos de caza.

—Siempre era muy divertido jugar con ella —recordó Carrasca, tocándole el lomo con la nariz.

Acedera parpadeó.

—Disfrutaba mucho contigo y con tus hermanos. Y le preocupaba que no tomarais leche suficiente, porque Esquiruela no podía alimentaros.

A Carrasca comenzó a erizársele el pelo al oír el nombre de la gata a la que había considerado su madre, y tuvo que hacer un esfuerzo para que se le alisara de nuevo. No quería pensar en esa traición cuando era mucho más importante consolar a Acedera.

—Esquiruela no tuvo la culpa —añadió la gata parda, malinterpretando la desazón de Carrasca—. Y a vosotros os cuidaron muy bien. Fronda y Dalia os alimentaban, y creo que Hojarasca Acuática apenas salía de la maternidad, se pasaba el día llevándoles borraja para que produjeran más leche y todas las hierbas fortificantes que encontraba.

—¿Hojarasca Acuática hizo todo eso?

—¡Sí, sí, siempre os estaba mimando! Quizá porque erais los hijos de su hermana, o quizá porque ella estaba con vosotros cuando llegasteis al campamento.

—No lo sabía.

Carrasca sintió que un hormigueo le recorría la piel. «Si Hojarasca Acuática estaba con nosotros… ¡debe de saber quién es nuestra madre!».

Acedera asintió y luego se estiró arqueando el lomo.

—Voy a ver si puedo dormir un poco —murmuró—. Tal vez Melada se pasee por mis sueños.

En cuanto Acedera desapareció en la guarida de los guerreros, Carrasca miró a su alrededor, en busca de la curandera. Se había jurado no preguntarle nada a Esquiruela sobre sus verdaderos padres; no quería dirigirle la palabra a la gata que tanto le había mentido. Sin embargo, Hojarasca Acuática tal vez le contara algo.

De repente vio que la curandera estaba hablando con Estrella de Fuego cerca de la entrada del túnel de espinos. Se dirigió hacia allí y se quedó a un par de colas de distancia, esperando la ocasión de hablar a solas con ella.

—Te has pasado la noche en vela —le estaba diciendo Estrella de Fuego a la gata—. Estás agotada. ¿Por qué no sales al bosque a que te dé un poco el aire? A estirar las patas, e incluso podrías buscar un sitio tranquilo donde echar una cabezada sin que nadie te interrumpa.

—No debería dejar solo al clan… —protestó ella.

—Glayo ya ha vuelto de la Laguna Lunar —señaló el líder—. Nos las arreglaremos sin ti, es solo un rato.

A continuación le restregó el hocico contra el suyo con afecto.

—Podría ordenarte que lo hicieras…

Hojarasca Acuática bostezó.

—De acuerdo, Estrella de Fuego, pero regresaré antes de que el sol llegue a lo más alto.

—Tómate el tiempo que necesites.

El líder inclinó la cabeza y se alejó.

Carrasca esperó a que Hojarasca Acuática saliera por el túnel de espinos, y luego la siguió al bosque. No veía a la curandera por ninguna parte, pero la joven rastreó su olor hasta encontrarla en lo alto de un risco sin árboles que daba al lago. La curandera estaba sentada con la cola enrollada alrededor de las patas, mirando más allá del agua.

Se levantó de un salto cuando la guerrera se colocó a su lado.

—¡Carrasca! ¿Me estabas buscando?

—Sí, yo-yo quería preguntarte una cosa.

Ahora que había llegado el momento, la joven ya no estaba tan segura de lo que iba a hacer. La respuesta cambiaría su vida para siempre. ¿Era eso lo que quería? «¡Tengo que saber la verdad!».

Hojarasca Acuática la miró con expresión cautelosa.

—Tú dirás.

«¡Sabe que hemos descubierto la mentira! —pensó Carrasca, con el estómago encogido—. Esquiruela le habrá contado lo que sucedió el día del incendio».

—¿Y bien? —la instó la curandera.

Carrasca respiró hondo.

—Dime lo que sabes. Todo. ¡Tengo que saber la verdad!

Los ojos ámbar de Hojarasca Acuática rebosaron congoja. Dio un paso hacia la joven, levantando la cola como si fuera a posarla en su lomo, pero el gesto se quedó en el aire.

—No tienes que preocuparte —maulló la curandera por fin—. Jamás se lo contaré a nadie. Pero, por favor, dime por qué lo hiciste.

Carrasca sintió como si una presa gigantesca se le hubiese atascado en la garganta. No era esa la dirección en la que quería que fuese la conversación.

—¿Por qué hice el qué? —logró preguntar la guerrera a duras penas.

Hojarasca Acuática soltó un largo suspiro, cerrando los ojos como si tuviera que armarse de valor para decir lo que iba a decir.

—¿Por qué mataste a Cenizo?

«¡No! —Carrasca clavó las garras en el suelo—. ¡No acaba de preguntarme eso! ¡Es imposible que Hojarasca Acuática lo sepa!». Abrió la boca para contestar, pero no le salieron las palabras para negarlo.

—Lo sé, Carrasca —maulló la curandera en voz baja—. Cuando estaba preparando el cuerpo de Cenizo para la vigilia, encontré un mechón de tu pelo entre sus garras. Pero lo escondí donde nadie pudiese encontrarlo. Aunque en realidad creo que quería escondérmelo a mí misma. —Hizo una pausa, tragó saliva y repitió—: ¿Por qué?

—¡Cenizo tenía que morir! —Enfurecida, Carrasca bufó apretando los dientes—. ¡Tú ya sabes por qué!

—No, no lo sé.

Hojarasca Acuática parecía desconcertada de verdad, y Carrasca comprendió que Esquiruela no le había contado a su hermana que le había revelado su espantoso secreto al guerrero.

—¡Cenizo tenía que morir porque lo sabía! —gruñó Carrasca—. La noche del incendio y la tormenta, en lo alto de la hondonada, Esquiruela le contó que nosotros no somos hijos suyos. Cenizo planeaba decírselo a todos los clanes en la Asamblea, ¡y yo no podía permitir que lo hiciera! Todos creen que somos verdaderos gatos de clan, que nacimos en el bosque como los demás. No podía dejar que descubrieran la verdad: que el clan de Estrella de Fuego es incluso menos puro de lo que todos piensan. Cenizo habría destruido el Clan del Trueno.

Mientras Carrasca hablaba, los ojos de Hojarasca Acuática se fueron abriendo más y más por la angustia.

—¡Oh, Clan Estelar, no! —susurró—. Todo esto es culpa mía…

A Carrasca le daba vueltas la cabeza. En aquel momento solo podía pensar en que tenía delante a una gata que lo sabía todo.

—Esquiruela te contó la verdad acerca de nosotros, ¿a que sí? Estabas con nosotros cuando llegamos a la hondonada. Tú tienes que saber quién es nuestra verdadera madre.

Hojarasca Acuática la miró a la cara, tranquila.

—Sí, lo sé.

—Entonces tienes que decírmelo… ¡Por favor!

La curandera permaneció en silencio unos segundos. Se quedó parpadeando, con los músculos tensos como si estuviera a punto de saltar por encima de un abismo enorme. Entonces dijo:

—Yo soy vuestra madre, Carrasca. Esquiruela estaba intentando protegerme.

Durante un momento, que pudo durar un segundo o quizá una luna entera, Carrasca la miró boquiabierta. «¡No! ¡No puede ser!». Sin embargo, sabía que Hojarasca Acuática acababa de decirle la verdad.

La joven se volvió en redondo para echar a correr. Pero resbaló con las hojas muertas, y patinó hasta el pie de la cuesta en una maraña de patas y cola. Tras levantarse atropelladamente, salió disparada hacia la zona más profunda del bosque, lo más lejos posible de la hondonada. No sabía adónde iba; solo que quería dejar atrás las mentiras y el sabor de la sangre de Cenizo que tenía en la boca.

«¡Todo fue en vano! Lo hice para salvarnos a todos, pero ¡no ha servido de nada! Todo se ha echado a perder…».

22

Glayo avanzaba con dificultad por la nieve, que le llegaba hasta la barriga. Tenía terrones congelados entre las almohadillas, lo cual volvía doloroso cada paso que daba. Justo delante de él iba una gata; reconoció su pelaje atigrado y gimoteó para que acudiera a ayudarlo, pero ella no giró la cabeza. De repente, el suelo nevado cedió bajo sus patas, y el curandero comenzó a caer y caer…

Despertó en su propio lecho, con todo el musgo desparramado por las patadas que había dado en sueños. Cuando se incorporó con el corazón desbocado, oyó a Hojarasca Acuática revolver en lo más hondo del almacén. La curandera estaba envuelta en una marea de angustia tan intensa que durante un segundo Glayo creyó que estaba aullando.

El joven se levantó de un salto y fue hasta la entrada de la cueva. En su interior brotó una llama de desesperación; deseaba preguntarle a Hojarasca Acuática si era su madre, pero no podía pasar por alto el profundo sufrimiento que ella emanaba.

—¿Hojarasca Acuática? ¿Qué ocurre?

La gata salió del almacén.

—Yo… yo… le he dicho a Carrasca algo que no debería haberle dicho —confesó.

Glayo lo entendió al instante: todos los secretos estaban saliendo a borbotones, como el agua cuando se rompe una presa. El curandero levantó la barbilla, desafiante.

—Le has dicho que eres nuestra madre, ¿verdad?

Hojarasca Acuática soltó un respingo, conmocionada.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No lo he sabido hasta este momento. Pero he estado juntando los datos, y anoche todo terminó por encajar. La lealtad de Esquiruela a nuestra verdadera madre. Los vagos recuerdos que conservo de un viaje por la nieve.

La forma en que te has comportado siempre con nosotros tres. Y el hecho de que Musaraña recuerda que, por aquel entonces, mezclaste un poco de perejil con su atanasia. El perejil se usa para cortarles la leche a las reinas. Tú debiste de necesitarla para dejar de producirla.

Se instaló un largo silencio, durante el cual Glayo pensó que casi podía oír los latidos de su propio corazón.

—Si sabes tantas cosas —maulló Hojarasca Acuática al cabo—, entonces sabrás qué va a pasar ahora, ¿no?

—No.

Glayo tuvo la fuerte sensación de que Hojarasca Acuática quería decirle algo más, pero guardó silencio. Y aunque pensó en colarse en su mente para averiguar de qué se trataba, no se atrevió. No le gustaba la idea de lo que pudiera descubrir.

—Tienes que ayudar a tus hermanos —maulló la curandera con tono seco y urgente—. Debéis aprender a vivir con esto, por el bien del clan.

«Tú no tienes ningún derecho a decirnos lo que debemos hacer», pensó Glayo, pero tampoco eso lo dijo en voz alta. Y es que su mentora tenía parte de razón. Tarde o temprano, todos tendrían que encontrar la manera de seguir adelante.

—Por favor —añadió Hojarasca Acuática, con una nota de desesperación en la voz—, busca a Leonado y Carrasca antes de que ocurra algo más.

«¿Y qué más podría ocurrir?», se preguntó el joven, pero asintió y salió de la guarida. Hojarasca Acuática temía por sus hijos —por los tres—, igual que siempre que había problemas en el clan.

Glayo inspeccionó el claro hasta localizar a Leonado, que se estaba acercando al montón de la carne fresca con la boca llena de presas. Fue hacia él.

—Deja eso y ven conmigo —le dijo, haciendo un gesto con la cabeza—. Tenemos que hablar.

El curandero percibió el desconcierto de su hermano, pero este no protestó, se limitó a dejar las presas en el montón y a acompañarlo hacia la entrada del campamento.

—¿Dónde está Carrasca? —preguntó Glayo.

La sensación que este tenía de que un desastre inminente iba a ocurrir aumentó todavía más al comprender que aquella nueva información le haría a su hermana más daño que a ninguno de los tres. «¡El código guerrero significa muchísimo para ella!».

—No tengo ni idea —respondió Leonado—. Creo que ha salido del campamento, pero no la he visto desde que hemos terminado la vigilia.

—Hay que encontrarla —maulló Glayo cuando salieron al bosque—. Ella… ha descubierto algo que puede disgustarla.

—¿El qué?

—Te lo contaré cuando la encontremos —contestó, levantando la cabeza para saborear el aire, buscando algún rastro del olor de su hermana.

—Cuéntamelo ahora —replicó Leonado—. ¿No tenemos bastantes secretos? Y encima parece que nosotros tres apenas nos hablamos ya.

Glayo se volvió hacia él.

—Hojarasca Acuática es nuestra madre.

El curandero notó el impacto que la noticia produjo en su hermano, como la caída de un rayo.

—¡No me lo creo! —exclamó Leonado con la voz estrangulada—. Hojarasca Acuática es curandera. ¡Es imposible!

—Pues es mejor que empieces a creértelo —maulló Glayo, desolado—. Me lo ha confesado ella misma. Y ahora tenemos que decidir qué vamos a hacer al respecto.

• • •

Tras una larga búsqueda a través del bosque intentando seguir los rastros confusos del olor de su hermana, localizaron a Carrasca en lo alto de la ribera musgosa que llevaba al lago. Glayo percibió lo tensa que estaba en cuanto llegó a su lado.

—Carrasca, tenemos que hablar —le dijo.

—No hay nada de que hablar —repuso ella con tono distante.

No se había vuelto hacia sus hermanos. En vez de eso, mantenía la vista clavada en el agua, como si las respuestas estuvieran escondidas entre las olas.

—Tenemos que descubrir quién es nuestro verdadero padre. Y eso supondrá el final de todos los secretos —añadió la guerrera.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Leonado—. Nadie sabe quién mató a Cenizo, a menos que Solo confiese. El clan no descansará hasta desvelar ese secreto.

—Pues qué pena —replicó Carrasca con desdén, aunque Glayo detectó en ella una nueva tensión—. Porque hay secretos más importantes. Tenemos que averiguar quién es nuestro padre.

—Tienes razón —coincidió Glayo, sintiendo que un cosquilleo de curiosidad le recorría todo el cuerpo—. Pero no va a ser fácil hacerlo por nuestra cuenta. ¿Se lo has preguntado a Hojarasca Acuática?

—No, y no creo que nos lo diga si se lo preguntamos.

Glayo estuvo de acuerdo en eso. Imaginaba que Hojarasca Acuática no querría contar la verdad sobre el tema ahora, después de haber guardado el secreto durante tantas lunas. Cuando el clan se enterara de lo que la curandera había hecho —y terminaría por enterarse, porque Glayo no veía cómo el secreto podía permanecer oculto más tiempo—, su vida quedaría destrozada. Y Hojarasca Acuática no querría que eso le sucediese también a otro gato.

—Esperad un momento —maulló Leonado—. ¿De verdad queremos hacer esto?

—¿A qué te refieres, cerebro de ratón? —bufó Carrasca—. ¿Es que quieres a pasarte el resto de tu vida sin saber quién es tu padre? —Arañó el musgo—. ¡Porque yo no!

—Piensa un poco en lo que dices. —Leonado se sentó al lado de Glayo—. Nosotros nunca hemos querido que el secreto saliera a la luz, y ahora que Cenizo está muerto, no tiene por qué salir. Hojarasca Acuática no le contará la verdad a nadie.

—¡Yo quiero saberlo!

Carrasca sacudió la cola entre las hojas muertas que cubrían el suelo.

—Pero ¿por qué? —insistió Leonado—. Si guardamos silencio, todo volverá a ser como antes.

«Si te crees eso, es que te crees cualquier cosa», pensó Glayo, pero no dijo nada.

—¿Acaso no os habéis dado cuenta de lo que significa todo esto? —continuó Leonado, cada vez más emocionado—. Hojarasca Acuática es nuestra madre, y ella es hija de Estrella de Fuego. ¡Seguimos siendo parte de la profecía!

23

Leonado se escabulló del campamento a través del túnel del aliviadero, y rodeó el borde de la hondonada hasta llegar al lugar en el que sus hermanos y él estuvieron a punto de morir quemados la noche de la tormenta. La hierba continuaba ennegrecida y cubierta de trozos de ramas chamuscadas. El guerrero se estremeció al recordar las ávidas llamas y el odio enloquecido en los ojos de Cenizo.

Por encima de su cabeza, la luna flotaba en el cielo añil, creciente y rodeada del resplandor gélido de las estrellas. Ni una nube emborronaba su luz. «¿Significa eso que apruebas lo que voy a hacer, Clan Estelar?», les preguntó Leonado en silencio a sus antepasados guerreros. Había trazado el plan en cuanto cayó en la cuenta de que sus hermanos y él seguían siendo parte de la profecía, pero le había costado un día más decidirse a ponerlo en práctica. «Penséis lo que penséis, tengo que hacerlo», añadió para sus adentros.

Cuando miró hacia abajo, a la hondonada, vio el arbusto de espino en el que Solo estaba prisionero, y a Betulón montando guardia justo delante. Las ramas del espino, densamente entrelazadas, ocultaban al solitario, pero Leonado captó su olor al saborear el aire.

—Muy bien —susurró—. ¡Adelante!

Paso a paso, comenzó a bajar por la pendiente escarpada, tanteando el suelo antes de dar un paso. No solo tenía miedo de caer; si se desprendía una piedra o resbalaba y tenía que luchar por salvarse, el ruido alertaría a Betulón. Se detuvo tras rozar un arbusto que crecía en una grieta, y otra vez más al provocar una lluvia de piedrecillas que bajaron rodando hasta el campamento. Sin embargo, Betulón no se movió.

«¿Se ha dormido estando de guardia?», se asombró Leonado.

Le pareció que habían transcurrido lunas antes de que saltara el último trecho para aterrizar con agilidad junto al espino. Le temblaban las patas, pero tras lanzar una mirada rápida al bulto dormido en el que se había convertido Betulón, se coló por debajo de las ramas del arbusto.

Gracias a la tenue luz que se filtraba entre las ramas, vio a Solo ovillado en un lecho musgoso, con la cola enrollada por encima del hocico, y con la respiración rítmica de los que duermen. Leonado se le acercó con sigilo y le dio un empujoncito. Solo se despertó de golpe, y durante un momento Leonado creyó ver un destello de sorpresa en sus ojos ámbar. Luego abrió la boca, pero el guerrero le puso la cola en el hocico antes de que pudiera hablar.

—¡Silencio! —susurró.

Solo asintió, y el joven gato retiró la cola.

—Lo siento, Leonado. Por un instante he pensado que eras una serpiente. —Solo había recuperado la compostura y hablaba en un susurro tan quedo que el joven apenas lo oía—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Yo… necesito hablar contigo.

Ahora que estaba frente al prisionero del clan, le resultaba mucho más difícil de lo que esperaba decir lo que tenía que decir.

—He descubierto que mi madre no es quien yo creía, y necesito saber si eso afecta a la profecía.

—Ya veo… —repuso Solo quedamente.

Luego se incorporó y empezó a retirarse del pelo trocitos de musgo.

—Puedes empezar ayudándome a salir de aquí.

—No-no puedo hacer eso —dijo Leonado, por poco olvidando que debía bajar la voz.

—Por supuesto que puedes. Debes de haber bajado por el despeñadero para llegar aquí sin que te haya visto Betulón. Así que puedes enseñarme el camino por donde has venido. Yo no maté a Cenizo. Ya lo sabes.

—En lo que se refiere al Clan del Trueno, tú eres el único gato que puede haberlo hecho —replicó el joven.

Leonado no estaba seguro de lo que pensaba. No olvidaba que Solo le había prometido ayudarlo a cumplir la profecía —ni lo mucho que necesitaba él esa ayuda en ese momento—, pero no se atrevía a traicionar a su clan dejando escapar al solitario.

—¿Por qué debería ayudarte si tú no me ayudas a mí? —le espetó Solo, mirándolo largamente con sus relucientes ojos ámbar, antes de lamerse una pata con toda la calma del mundo para lavarse la cara.

Leonado lo miró con frustración. «No puedo hacer que hable, pero ¡tampoco puedo enseñarle la forma de salir de aquí!».

—De acuerdo —masculló al final—. Me voy. No puedo ayudarte a escapar, eso causaría demasiados problemas.

—¿A ti?

—A mi clan —bufó el joven.

Era demasiado fácil imaginar qué pensarían los demás líderes cuando se enteraran de que Solo andaba suelto. Culparían al Clan del Trueno, de eso no cabía duda. Leonado se pegó al suelo para deslizarse por debajo de las ramas del espino.

—¡Espera! —exclamó Solo—. ¿No quieres saber quién es tu padre?

El guerrero se detuvo para mirar por encima del hombro.

—¿Lo sabes?

—Por supuesto.

Solo se pasó una pata por la oreja.

—Bueno, pues dime, ¿quién es? —le preguntó Leonado con el estómago encogido.

A Solo le centellearon los ojos, risueño.

—Nada a cambio de nada, Leonado. Te contaré la verdad cuando me saques de aquí.

—¿Y cómo sé que puedo confiar en ti? —habló más alto de lo que pretendía, y se quedó de piedra cuando se oyó un ruido en el exterior.

—¿Solo? —llamó Betulón—. ¿Te encuentras bien?

Solo guardó silencio agitando los bigotes. Leonado sintió como si tuviera hormigas en el pelo, y contuvo la respiración mientras esperaba a que lo descubrieran. «¡Estrella de Fuego me arrancará el pellejo y se lo lanzará a los cuervos!».

—¿Solo? —repitió Betulón, más nervioso esa vez.

—Estoy bien, Betulón —respondió el solitario—. Estaba hablando conmigo mismo.

—Vale, buenas noches.

Leonado se relajó al oír que Betulón volvía a tumbarse, aunque seguía ardiendo debido a la tensión.

—¿Cómo sabes que puedes confiar en mí? —continuó Solo, sonando divertido—. No lo sabes. Pero el conocimiento es poder, Leonado, y ahora mismo yo poseo más conocimientos que ningún gato de clan.

—De acuerdo —maulló el joven despacio—. Te mostraré cómo salir de aquí. Pero tienes que prometerme que me contarás quién es mi padre… y que

me aconsejarás sobre la profecía.

Solo inclinó la cabeza.

—Te doy mi palabra.

«Si es que eso vale para algo…», se dijo Leonado.

—Bien, sígueme —susurró—. Pisa donde pise yo. Es un ascenso peliagudo, y será diez veces más difícil porque nadie debe vernos.

Leonado se abrió paso entre las espinosas ramas con Solo a la zaga, y comenzó a trepar. La empinada pared parecía alzarse por encima de ellos sin tener fin, y al guerrero le costó creer que no los descubrirían pegados a la roca, bajo la brillante luz de la luna. Pero del claro no brotó ningún aullido acusador, y por fin Leonado logró elevarse hasta lo alto de la hondonada, donde se dio la vuelta esperando a que Solo se reuniera con él.

El solitario soltó un resoplido cuando alcanzó la cima, y luego le hizo un gesto con la cola al guerrero para que lo siguiera lejos del borde. Se detuvo a unos pocos zorros de distancia.

—¿Y bien? —le exigió el joven—. Ya eres libre. ¿Qué hay de tu parte del trato?

—Aquí no —respondió Solo—. Es demasiado peligroso. Además, si pasas tanto tiempo fuera, alguien podría reparar en tu ausencia. Deberías regresar a la guarida de los guerreros.

—Pero ¡me lo has prometido!

—Y mantengo mi promesa.

Solo señaló con las orejas en dirección al territorio del Clan de la Sombra.

—Me quedaré en la vivienda abandonada de los Dos Patas que hay más allá de la frontera del Clan de la Sombra, y os esperaré allí. Ven con tus hermanos en cuanto podáis.

—De acuerdo. —Leonado tenía el estómago revuelto por la frustración—. Pero más te vale estar allí.

Solo hizo un gesto desdeñoso con la cola.

—Estaré.

Giró sobre sus patas y se dirigió hacia la frontera del Clan de la Sombra.

Leonado se quedó mirándolo hasta que desapareció entre la vegetación. Luego se deslizó por debajo de la barrera de espinos y regresó al campamento por el mismo camino por el que había salido. Esperaba que nadie le preguntase por qué había tardado tanto en hacer sus necesidades.

«He hecho lo correcto —intentó convencerse a sí mismo—. Carrasca dijo que teníamos que averiguar quién es nuestro padre. Y, más importante aún, ¡Solo es el único que puede ayudarnos a cumplir la profecía!».

• • •

—¡Estrella de Fuego! ¡Estrella de Fuego!

Los gritos de Betulón sacaron a Leonado de un sueño profundo. En la guarida de los guerreros, sus compañeros de clan empezaron a levantarse a su alrededor.

—¿Nos atacan? —A Centella se le erizó el pelo—. ¡Betulón suena aterrorizado!

Se puso en pie a trompicones y salió al claro, seguida de cerca por Nimbo Blanco.

—¡Estrella de Fuego! —chilló Betulón, justo delante de la guarida de los guerreros.

—¿Qué diantres le pasa? —rezongó Manto Polvoroso, levantándose para sacudirse el musgo del pelo—. ¿Es que un gato no puede dormir como es debido aquí?

Salieron más guerreros, exigiendo a voces saber qué estaba ocurriendo. Leonado sabía exactamente qué era lo que angustiaba a Betulón, pero tenía que parecer tan preocupado como los demás. Se levantó de un salto y salió a la grisácea luz del alba. El claro aún estaba rodeado por unas sombras densas, y el suelo estaba cubierto de escarcha.

Estrella de Fuego bajaba por las rocas desprendidas. Betulón cruzó el claro a la carrera para reunirse con él.

—¡Estrella de Fuego! —exclamó el guerrero sin aliento—. ¡Solo se ha escapado!

El líder del clan plantó las orejas. Corrió hacia el arbusto de espino e introdujo la cabeza entre las ramas, seguido de Betulón, que iba resollando detrás de él. Tras ellos acudieron más gatos del Clan del Trueno, incluido Leonado, que se aseguró de dejar su olor al pie del muro rocoso, donde Solo y él habían empezado a ascender.

—¿Es verdad que se ha ido? —preguntó Zarzoso, que se había apresurado junto a su líder.

Estrella de Fuego sacó la cabeza del arbusto y asintió.

—¡Eh, hay marcas en la pared! —Pinta se plantó sobre las patas traseras para señalar un lugar en el que se habían desprendido dos piedras—. Solo debe de haber escapado por aquí.

—Pues, por mí, que se largue con viento fresco —gruñó Nimbo Blanco, sacudiendo la cola—. Tampoco podíamos retenerlo eternamente.

Hubo un murmullo de aprobación, y Leonado percibió alivio en los ojos de más de un gato.

—No pensarás ir tras él, ¿verdad, Estrella de Fuego? —le preguntó Tormenta de Arena—. Ya ha causado bastantes problemas, y jamás habríamos podido castigarlo lo suficiente por matar a Cenizo.

—Es evidente que era culpable —intervino Zancudo—. De lo contrario, no se habría arriesgado a partirse el cuello trepando por el precipicio.

—Eso es cierto —maulló Espinardo, mientras Estrella de Fuego parecía pensativo—. Debe de haber temido lo que pudiéramos hacerle. ¡Seguro que le hemos dado una buena lección!

Estrella de Fuego se alejó unos pasos de la guarida del solitario para mirar a los gatos que lo rodeaban.

—Tenéis razón —murmuró al cabo—. Esperemos que Solo haya aprendido que no puede meterse con los clanes y que no intente traspasar más fronteras. Zarzoso, a partir de ahora doblaremos las patrullas, hasta que estemos seguros de que ha abandonado nuestro territorio.

—Claro, Estrella de Fuego —maulló el lugarteniente, asintiendo con decisión.

—¿Qué vas a decirles a los otros clanes? —le preguntó Látigo Gris, con expresión preocupada—. Si les contamos que Solo se ha escapado, pensarán que no hemos sido lo bastante duros como para retenerlo; y si provoca más problemas, podrían culparnos de haberlo dejado suelto.

El líder agitó las orejas.

—Les diré que lo he expulsado del territorio de los clanes, tras obligarlo a prometer que jamás volverá a pisarlo.

—Pero eso no es verdad. —Tormenta de Arena pareció incómoda—. ¿Deberíamos mentir a los demás clanes?

—¡Como si ellos nos dijeran siempre la verdad! —espetó Nimbo Blanco.

—Yo creo que Tormenta de Arena tiene razón —intervino Centella, mirando con severidad a su pareja—. ¿Y si Solo sigue rondando por aquí? ¿Qué pensarán de nosotros los demás clanes en ese caso?

Estrella de Fuego vaciló mirándose las patas, y al final levantó la cabeza.

—Haremos lo que he dicho. Es por el bien del Clan del Trueno —añadió —. Tenemos que demostrar que somos fuertes, que estamos comprometidos con el código guerrero y que resolvemos nuestros asuntos a nuestra manera. Nos aseguraremos de que Solo no siga por aquí —concluyó.

Cuando los gatos comenzaron a dispersarse y Zarzoso se puso a organizar las patrullas, Leonado vio a Carrasca plantada en el borde del claro. Sus ojos eran como llamas verdes, pero le resultó imposible saber qué estaba mirando. Se deslizó entre Tormenta de Arena y Pinta, y se situó junto a su hermana.

—Tengo que contarte una cosa —le susurró.

Ella no dio muestras de haberlo oído.

—¡Solo se ha escapado! —bufó, flexionando las garras.

Leonado no supo si la noticia la alegraba o la entristecía. Con tantos compañeros de clan alrededor, no se atrevía a contarle qué había sucedido en realidad.

—¿Dónde está Glayo? —le preguntó.

Carrasca agitó las orejas.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Iré a buscarlo. Tú ve al bosque y nos reuniremos en el claro de entrenamiento. ¡Y no protestes! —añadió al ver que ella abría la boca—. Hazlo. Es importante.

Carrasca puso los ojos en blanco en señal de hastío, pero se dirigió hacia la salida del campamento siguiendo las sombras del lindero. Una vez que se aseguró de que su hermana estaba en camino, Leonado se dirigió a la guarida de la curandera, pero, antes de llegar, Glayo salió de la maternidad. Leonado corrió hacia él.

—¿A qué venían todos esos gritos? —quiso saber Glayo.

—Es Solo, que se ha escapado.

—¿En serio?

Los ojos se le desorbitaron por la sorpresa. Luego resopló.

—Muy oportuno.

—Tenemos que hablar —masculló Leonado, mirando hacia las patrullas, que ya se estaban formando—. Ven conmigo al bosque. Nos reuniremos con Carrasca junto al claro de entrenamiento.

Para su alivio, Glayo no protestó.

—Le diré a Hojarasca Acuática que voy a buscar milenrama. Se nos está acabando, y a Puma todavía le duelen las almohadillas.

A continuación, se marchó a la guarida. Leonado no se quedó a esperarlo; era mejor que salieran del campamento por separado. Aunque detestaba recurrir al engaño, se situó detrás de una patrulla que se marchaba en ese mismo instante y que encabezaba Tormenta de Arena. Una vez en el bosque, se quedó rezagado; si alguien lo veía, fingiría que se le había clavado una

espina en la almohadilla. En cuanto la patrulla desapareció, corrió hasta el claro de entrenamiento.

Carrasca estaba sentada en la hondonada, debajo de la raíz de un árbol.

—¿Y bien? —quiso saber en cuanto Leonado se acercó.

—Vamos a esperar a Glayo.

No pasaron muchos segundos antes de que el guerrero oyera un susurro entre la vegetación y captara el olor de su hermano. El curandero surgió entre la hierba alta y se unió a sus hermanos.

—¿Y ahora vas a contarnos de qué va todo esto? —maulló Carrasca.

Con la mayor brevedad posible, Leonado les contó cómo se las había arreglado para colarse en la guarida de Solo y hablar con él, y cómo lo había guiado para escapar por el despeñadero.

—Está escondido en la vivienda abandonada de los Dos Patas, donde se instaló al principio. Nos está esperando para contarnos quién es nuestro padre…

—¿Es que tienes abejas en el cerebro? —gruñó Carrasca, sacudiendo la cola—. ¿Has dejado escapar a un prisionero del Clan del Trueno? ¡Eso va en contra del código guerrero! ¿Qué crees que nos hará Estrella de Fuego si se entera?

—No hay razón para que se entere —replicó Leonado con firmeza—. ¡Pensaba que eras tú quien quería descubrir la verdad sobre nuestro padre! Ahora estamos a punto de hacerlo. ¿Vais a venir conmigo o no?

Glayo pareció inquieto, pero asintió.

—Iremos —dijo, y le dio un empujón a Carrasca—. Ya no vale la pena lamentarse. Sabes que no tenemos elección. No podemos vivir sabiendo solo la mitad de la verdad, y esta parece nuestra única oportunidad de descubrirla.

El sol se había elevado por encima de la copa de los árboles cuando llegaron al final del territorio del Clan de la Sombra y se internaron en el desconocido bosque. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvieron allí, y Leonado no estaba seguro de cuál era el camino, pero el olor de Solo los guio.

«Parece que ha ido directo a la casa de los Dos Patas. Así que a lo mejor sí que pretende cumplir con su parte del trato».

Por fin tuvieron delante las paredes ruinosas de la casa abandonada, apenas visibles entre matas altas de adelfas, helechos y cardos. El olor de Solo era intenso y reciente. Leonado se dirigió hacia la entrada y se asomó al

interior. En las grietas del suelo de piedra crecían malas hierbas, y había telarañas en los rincones.

—¿Solo? —llamó Leonado—. ¿Estás aquí?

—Saludos —dijo una voz por encima de su cabeza.

El joven levantó la vista. Solo estaba sentado en lo alto de una de las paredes, semioculto por las ramas de un avellano que se colaban desde el exterior.

El solitario se puso en pie y bajó de un salto junto a los tres hermanos.

—Saludos —repitió—. Os he visto venir…

—¡Estamos aquí para averiguar la verdad! —Carrasca se adelantó—. Dinos lo que sabes.

Solo parpadeó.

—La verdad no os servirá de nada; ya lo sabéis, ¿no? Mientras seáis parte de la profecía, ¿qué importa quién sea vuestro padre?

—Importa mucho —gruñó Carrasca.

—Espera. —Leonado se colocó al lado de su hermana—. Yo estoy de acuerdo con Solo. Me gustaría saber la verdad sobre nuestro padre, pero lo importante es la profecía.

—Pero necesitamos saberlo —protestó Glayo—. Un nombre, eso es lo único que queremos.

En los ojos de Solo brotó un destello gélido de diversión. Leonado supo que estaba disfrutando con el poder que ejercía sobre ellos. De repente ya no estaba seguro de que Solo supiera quién era su padre. Quizá solamente estaba riéndose de ellos, porque estaba convencido de que no podían llevarlo de vuelta al campamento. Aun así, desde el principio había sabido quiénes eran ellos tres, y se había ofrecido a ayudarlos…

—Esta es nuestra oportunidad de cumplir la profecía —maulló Leonado con desesperación, volviéndose hacia sus hermanos—. Solo sabe muchas cosas… ¡sabía incluso que el sol iba a desaparecer!

Ninguno de ellos respondió. Glayo parecía obstinado, y Carrasca había tensado los músculos, dispuesta a saltar sobre Solo para obligarlo a decirles la verdad.

«¡No! Si le pone una zarpa encima, ¡jamás nos contará nada!».

La mirada ámbar de Solo se paseó lentamente por Carrasca, sin inmutarse ni lo más mínimo ante su hostilidad rabiosa.

—Pensad en lo que yo puedo ofreceros —maulló en voz baja—. ¡Muchísimo más que saber simplemente quiénes son vuestros ancestros! El

verdadero poder significa mucho más que eso. Escuchadme, y os enseñaré cómo tener de verdad en vuestras manos el poder de las estrellas.

Carrasca, llena de ira, soltó un bufido y se dispuso a saltar.

—¡No! —aulló Leonado.

A continuación, se abalanzó sobre ella, la agarró por el pescuezo y la sacó a rastras de la casa, sin hacer caso de sus patadas y sus chillidos de indignación.

—¿Es que tienes el cerebro de un ratón? —le espetó, soltándola entre los helechos secos—. Si enfureces a Solo, nunca nos ayudará.

—¿Para qué lo necesitamos? —preguntó con calma Glayo, que los había seguido hasta el exterior y ladeaba la cabeza—. La profecía no dice que necesitemos ayuda. ¿Cómo puede Solo ser más poderoso que nosotros?

—Nosotros todavía no tenemos el poder de las estrellas, ¿o sí? —les dijo Leonado, con el estómago revuelto mientras intentaba que sus hermanos entraran en razón—. Dejemos que nos enseñe lo que sabe. ¿Qué daño puede hacernos eso? Luego nos dirá quién es nuestro padre.

Frustrado, comprendió que no había servido de nada ir hasta la casa de los Dos Patas. Ni Carrasca ni Glayo estaban preparados para hablar sensatamente con Solo. Lo más probable era que creyesen que había matado a Cenizo, como el resto del clan. Más les valía que regresaran de inmediato a la hondonada rocosa.

El guerrero miró hacia atrás y vio a Solo plantado en la entrada de la vivienda, observándolos a los tres con sus ojos ámbar.

—Todavía no estáis preparados para escucharme —maulló—. Cuando lo estéis, volved. Os estaré esperando aquí.

24

Carrasca sentía un hormigueo de frustración por todo el cuerpo mientras los tres se dirigían de nuevo hacia su territorio. ¡Habían estado muy cerca de descubrir quién era su padre! Sin embargo, Solo había disfrutado manteniendo esa información fuera de su alcance, como una presa jugosa que pretendiera guardarse para él.

«¡Yo podría haberlo hecho hablar si Leonado no se hubiera entrometido!».

Estaba tan furiosa que apenas reparaba en lo que había a su alrededor. De repente, Glayo la empujó con fuerza por un costado, y por poco la derriba.

—¿Qué…? —empezó ella.

Leonado le tapó la boca con la cola.

—¡El Clan de la Sombra! —siseó—. ¡Escondeos!

Los tres corrieron a ocultarse debajo de un zarzal. Carrasca bufó irritada cuando se le clavó una espina en la almohadilla, e intentó sacársela mientras el olor del Clan de la Sombra la rodeaba.

—Yedra, Chamuscado y Rapacero —informó Leonado, espiando entre los zarcillos—. Están patrullando por la frontera. Espero que no nos hayan olido.

La patrulla no soltó aullidos desafiantes, y los olores se fueron desvaneciendo poco a poco, y persistió solo el olor de las marcas fronterizas.

—Supongo que ya es seguro salir —maulló Leonado al cabo de unos segundos—. Volvamos a casa lo más deprisa posible.

El guerrero se puso en cabeza, corriendo sobre la áspera hierba rabiosa, y serpenteando entre avellanos y matas de helechos, hasta que dejaron atrás sus propias marcas olorosas y se detuvieron resollando a varios zorros de distancia de la frontera, ya dentro del territorio del Clan del Trueno.

—Será mejor que cacemos en el camino de regreso —maulló Leonado—. Así podremos fingir que hemos salido a reabastecer el montón de la carne

fresca.

Glayo asintió.

—Y yo buscaré milenrama. Si vuelvo con las patas vacías, Hojarasca Acuática querrá saber por qué.

Aunque Carrasca hizo lo que Leonado decía, y se movió con sigilo entre la maleza con las orejas plantadas y la boca abierta en busca de presas, sentía un hormigueo de resentimiento por todo el cuerpo. «¡No deberíamos tener que mentir y engañar de esta manera! ¿Por qué no podemos estar orgullosos de lo que sabemos hacer?».

Mientras acechaba a una ardilla, pensó en cómo podría lograr que Solo les revelara el nombre de su padre. «¡Haría cualquier cosa! ¡Cualquier cosa!», se dijo enfurecida. Luego recordó la facilidad con que había cerrado las mandíbulas alrededor del cuello de Cenizo…

«¡No, no pienses en eso! Cenizo tenía que morir porque lo habría destruido todo. Ahora él es lo de menos. ¡Lo importante somos nosotros tres!».

Sus garras arrancaron el musgo que cubría el suelo. Alertada, la ardilla salió corriendo hacia la seguridad del árbol más cercano.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó la joven.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Leonado, acercándose a ella con un mirlo en la boca—. ¿Acaso esperas que las presas vengan a lanzarse a tus garras?

Ella se encogió de hombros y dio media vuelta. «Cuando nuestro padre se entere de quiénes somos, ¡se sentirá muy orgulloso de nosotros! ¡Quizá no sepa siquiera que existimos! A lo mejor siempre ha querido tener hijos, y ahora resulta que tiene una familia de tres guerreros para el resto de su vida».

En cuanto estuvieron más cerca del campamento logró cazar un ratón, aunque tuvo que admitir que parecía a punto de morir de lo viejo que era y que ni siquiera había intentado huir. Las presas escaseaban, y cuando llegaron a la hondonada rocosa, Leonado y ella no habían conseguido atrapar nada más, aunque Glayo había encontrado una mata de milenrama e iba cargado con un buen fajo.

Cuando Carrasca entró en el campamento seguida de sus hermanos, vio a Zancudo, Betulón y Pinta apiñados cerca del montón de la carne fresca.

—Yo no creo que Solo se haya ido —maulló Betulón cuando Carrasca pasó por su lado—. Estará merodeando por ahí.

Pinta se estremeció.

—Espero que no. Sabía desde el principio que no deberíamos haberlo traído de vuelta.

Zancudo se encogió de hombros.

—Ya no puede causar más daño. Dejemos que se vaya a donde quiera.

—¿Para matar a más gatos? —A Pinta se le erizó el pelo del cuello—. ¡Eso es una insensatez!

—Si Solo está aquí, nuestras patrullas lo encontrarán —la tranquilizó Betulón, tocándole el lomo con la cola—. Y Estrella de Fuego…

Lo interrumpió una llamada de Manto Polvoroso, que estaba cerca de la barrera que rodeaba el agujero de la serpiente.

—Estoy alertando a todo el mundo —maulló el atigrado marrón—. El ratón con las bayas mortales está intacto. La serpiente debe de seguir rondando por aquí.

Y corrió a avisar a Zarzoso y su patrulla, que acababan de aparecer por el túnel.

Una sensación de poder estremeció a Carrasca desde las orejas hasta la cola. ¡El Clan del Trueno no había estado tan vivo jamás! Todos los gatos trabajaban juntos para enfrentarse a las amenazas que los rodeaban. No había nada que no fueran capaces de hacer. «¡Y yo también haría cualquier cosa si pudiera liderarlos!».

—Carrasca.

La joven guerrera se sobresaltó cuando Hojarasca Acuática habló tras ella. Tras dejar su presa en el montón de la carne fresca se volvió y vio a la curandera acompañada de Esquiruela.

—Tenemos que hablar —maulló Esquiruela.

Carrasca se quedó mirando a Hojarasca Acuática con el corazón de repente desbocado. «¿Es que va a contarles a los demás lo que hice?», se preguntó.

Entonces, Hojarasca Acuática negó levemente con la cabeza, y la guerrera se relajó.

—¿Qué queréis decirnos? —preguntó Leonado, que había depositado su presa justo a tiempo de oír a Esquiruela.

—Sí, ¿de qué tenemos que hablar? —añadió Glayo con tono retador, a pesar de tener la boca llena de tallos de milenrama.

—Aquí no —murmuró Hojarasca Acuática, mirando de soslayo a los gatos que había a su alrededor—. Venid con nosotras al bosque.

Carrasca vaciló, intercambiando una mirada con Leonado; él parecía estar esperando a que decidiera su hermana. Al cabo, ella asintió.

—De acuerdo. Hablaremos con vosotras.

Una vez que Glayo dejó la milenrama en la guarida de la curandera, Esquiruela los guio al interior del bosque, hasta un roble enorme con las raíces cubiertas de musgo.

—¿Y bien? —quiso saber Glayo con tono cortante—. ¿De qué va esto?

Esquiruela y Hojarasca Acuática los miraron durante lo que les pareció un buen rato. Carrasca advirtió que, aunque eran dos gatas muy diferentes, la expresión que exhibían sus ojos era la misma. La joven no quería reconocerlo, no quería admitir que se trataba de amor.

Por fin, Esquiruela respiró hondo y empezó:

—Hojarasca Acuática es vuestra madre, pero quiero deciros que yo no podría haberos amado más aunque hubierais sido mis propios hijos. Os criamos las dos juntas, y estoy segura de que eso es lo que importa.

—¡Nos criasteis haciéndonos creer una mentira! —bufó Carrasca, sin darles a sus hermanos la ocasión de responder—. No tenemos nada que deciros a ninguna de las dos. —Pasando por alto las caras conmocionadas de Leonado y Glayo, añadió—: Vamos. Aquí no veo a ninguna madre. Una madre amaría a sus hijos lo bastante como para decirles la verdad.

Permaneció en su lugar un largo instante, saboreando la angustia que su rechazo había provocado en las dos gatas, y luego se volvió en redondo y se dirigió hacia el campamento a grandes zancadas.

—¡Carrasca, espera! —la llamó Leonado.

La guerrera los miró por encima del hombro, enfurecida, y mostró los dientes con un gruñido:

—¡Vamos!

Leonado corrió tras ella, seguido por Glayo al cabo de un segundo.

—Esto es una insensatez —protestó—. Al menos podríamos hablar. Quizá estén preparadas para contarnos cosas que necesitamos saber.

—¿Como decirnos el nombre de nuestro padre? —le espetó Carrasca sin reducir el paso—. No. Es inútil preguntárselo. Solo obtendríamos más mentiras.

Sacudió la cola, intentando con todas sus fuerzas quitarse de la cabeza a Esquiruela y Hojarasca Acuática.

—Nos lo dirá Solo.

—Traed musgo —ordenó Carrasca—. Candeal no tardará en dar a luz y necesita un lecho confortable.

Desde el desastroso encuentro que habían tenido con Solo el día anterior, la joven se había esforzado por dejar de pensar en la sensación de traición y concentrarse en sus obligaciones, pero no lo había logrado. ¿Cómo iba a convertirse en una buena guerrera sabiendo que ni siquiera debería haber nacido? Todos los gatos sabían que a los curanderos no se les permitía tener hijos. Sus hermanos y ella no eran más que un error. Un error que a Hojarasca Acuática le había dado demasiada vergüenza confesar. Quizá su verdadero padre lo viera de un modo distinto…

La maternidad parecía repleta de reinas y cachorros inquietos cuando Raposino y Albina entraron con unas bolas enormes de musgo. Candeal yacía ovillada en un rincón.

—Muchas gracias, Carrasca —maulló—. Serás una mentora magnífica cuando tengas tu propio aprendiz.

—Eso espero —respondió ella, pensando: «¿Cómo voy a tener un aprendiz? ¿Cómo voy a enseñarle el código guerrero a un joven, sabiendo lo que sé?».

Estaba ayudando a los dos aprendices a extender el musgo cuando de repente la sobresaltó un aullido de alarma procedente del claro. Rosina irrumpió en la maternidad con todo el pelo de punta.

—¡Es el Clan de la Sombra! —chilló—. ¡Hay gatos del Clan de la Sombra en el campamento!

Mientras Dalia se acercaba a consolar a la cachorrita, que estaba aterrorizada, Carrasca salió al claro con las uñas desenvainadas para repeler un ataque. Sin embargo, una vez que estuvo fuera, se relajó. Solo eran tres los gatos que estaban entrando en el campamento, e iban flanqueados por Zancudo y Ratonero: Bermeja, Robledo y Yedra. Estrella de Fuego ya estaba cruzando el claro para recibirlos, con su pelaje rojizo resplandeciendo bajo la luz escarlata del sol poniente, mientras el resto del clan se agrupaba tras él.

Carrasca se acercó a sus hermanos.

—¿Qué está pasando? —susurró—. ¿Más problemas por culpa de Solo?

Leonado negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Saludos. —Estrella de Fuego inclinó la cabeza ante la patrulla—. Solo se ha marchado.

—No estamos aquí por Solo —le informó Bermeja secamente—. Ayer vieron a tres de tus gatos cerca de la frontera del Clan de la Sombra… bastante lejos de vuestro territorio. ¿Qué estaban haciendo?

—¡Cagarrutas de zorro! —masculló Glayo.

A Carrasca se le empezó a erizar el pelo. «Si Estrella de Fuego se entera de lo que estábamos haciendo, ¡nos hará picadillo!».

—¿Tres gatos del Clan del Trueno? —preguntó Estrella de Fuego—. ¿Estáis seguros?

—Reconocemos el olor del Clan del Trueno cuando lo captamos —replicó Bermeja—. Y Yedra los vio bien. Yedra, señálalos.

La guerrera del Clan de la Sombra se adelantó y alzó la cola para señalar a Carrasca, Leonado y Glayo.

—Son esos tres.

Los demás miembros del Clan del Trueno soltaron una exclamación. Carrasca los miró desafiante. «¡No estábamos molestando al Clan de la Sombra! ¿Por qué tienen que venir a causar problemas?».

Estrella de Fuego miró pensativo a los tres hermanos. La guerrera sintió un calor incómodo por todo el cuerpo, e intentó no moverse. Al cabo, el líder del Clan del Trueno se volvió hacia la patrulla del Clan de la Sombra.

—Estoy seguro de que mis guerreros tenían una buena razón para estar allí —maulló—. Deberíais saber que es muy improbable que un curandero forme parte de una patrulla invasora. ¿Habéis considerado la posibilidad de que estuvieran buscando hierbas?

Los tres hermanos asintieron.

—Milenrama —dijo Glayo, como retando a los gatos del Clan de la Sombra a que lo contradijeran.

—Hierbas… —bufó Bermeja, de modo que la palabra se oyó lo justo.

Era evidente que no se lo creía, pero no estaba preparada para acusar de mentir a los gatos del Clan del Trueno.

—Os pido disculpas si se acercaron demasiado a vuestra frontera —continuó Estrella de Fuego—. No volverá a suceder.

—Más os vale —replicó Bermeja.

Luego reunió a sus compañeros con un movimiento de la cola y se dirigió al túnel de espinos. Zancudo y Ratonero los siguieron para escoltarlos hasta la frontera.

En la entrada del túnel, Bermeja se volvió a mirar al líder del Clan del Trueno.

—Estrella de Fuego, espero que pronto puedas volver a mantener a tu clan bajo control —maulló.

Y desapareció por el túnel antes de que nadie pudiera responder.

Carrasca sabía que sus compañeros de clan estaban mirándolos a los tres cuando Estrella de Fuego cruzó el claro hasta ellos. La joven se obligó a

sostenerle la mirada, esa mirada verde que la abrasaba.

—Fuera lo que fuese lo que estabais haciendo, no quiero saberlo —les dijo el líder con voz tensa—. Pero no volváis a hacerlo. ¿Es que creéis que no tengo suficientes cosas de las que encargarme?

«¿Y qué pasa con nosotros? —pensó Carrasca, resentida—. No tienes ni idea de lo que estamos pasando nosotros».

—Lo lamento, Estrella de Fuego —se disculpó Leonado.

El líder se limitó a soltar un suspiro antes de ir a reunirse con Tormenta de Arena, Látigo Gris y los demás alrededor del montón de la carne fresca.

Cuando Estrella de Fuego ya no podía oírlos, Carrasca se volvió hacia sus hermanos.

—Vamos a tener que…

Se interrumpió al notar que Leonado le daba un toquecito para advertirla, y cuando se dio la vuelta vio que Zarzoso se les acercaba. «Oh, genial».

El lugarteniente los miró a los tres con frialdad.

—¿Vais a contarme qué estabais haciendo?

Carrasca cerró la boca con fuerza y lo miró con expresión rebelde. Sus hermanos también guardaron silencio.

—No sé qué os ocurre últimamente —suspiró el atigrado—. Estáis todos…

—¡Oye, Zarzoso! —lo llamó Manto Polvoroso, que estaba delante de la guarida de los guerreros—. Voy a encabezar la patrulla del anochecer. ¿Qué gatos quieres que me acompañen?

—Tengo que irme —les dijo a los tres—. Intentad no meteros en problemas, ¿de acuerdo?

Carrasca lo vio marcharse y luego se apretujó contra sus hermanos.

—Mañana volveremos a hablar con Solo. Me da igual lo que piense el Clan de la Sombra. ¡Tenemos que saber la verdad!

Leonado la miró con cautela, como preguntándose si su hermana perdería los nervios con Solo también al día siguiente. Glayo, por su parte, parecía pensativo. Finalmente, asintió.

—Estoy de acuerdo. Esta vez tiene que hablar con nosotros. Y si se niega, lo obligaremos. Recordad que la profecía nos pertenece a nosotros, no a él.

25

El sol había llegado a su cenit y lo había rebasado cuando Carrasca y sus hermanos lograron escabullirse para ir de nuevo a la vivienda abandonada de los Dos Patas. Las nubes se habían ido acumulando durante la noche, y para cuando los tres gatos alcanzaron el límite de su territorio, ya llovía sin parar.

En cuanto traspasaron la frontera, Leonado los guio dando un rodeo a través de árboles larguiruchos, manteniéndose lo más alejado posible de la frontera del Clan de la Sombra. Los tres permanecieron alerta ante cualquier posible señal de una patrulla del clan vecino.

«Si esta vez nos pillan, nos meteremos en un grave problema», pensó Carrasca.

Al llegar a la vivienda abandonada, Solo estaba sentado en la entrada, como si los estuviese esperando.

—Saludos —maulló, poniéndose en pie mientras los hermanos avanzaban entre las zarzas goteantes—. Pensé que vendríais hoy.

—Hablemos claro desde el principio —maulló Carrasca, adelantándose—. No queremos discutir más. Dejaremos que nos ayudes a cumplir la profecía siempre y cuando nos digas el nombre de nuestro padre.

Solo la miró con los ojos relucientes, y la guerrera se estremeció. En una ocasión sintió como si pudiera pasarse toda la vida mirando a los ojos a aquel gato y escuchando su voz. Aunque sabía lo peligroso que era, aún no se había librado del todo del influjo de su encanto.

—¿Entramos? —los invitó el solitario, como si aquello no fuera más que una visita entre amigos.

Los tres hermanos lo siguieron al húmedo interior, y se sacudieron la lluvia de encima antes de buscar dónde sentarse entre las piedras agrietadas.

—Por cierto, quizá tengas que buscar un sitio nuevo donde instalarte —lo avisó Carrasca—. El Clan de la Sombra ha mandado una patrulla para

informar a Estrella de Fuego de que nos habían visto fuera de nuestro territorio.

—¿Qué? —Solo empezó a erizar el pelo—. ¿Estrella Negra se ha atrevido a hacer eso? ¿Tiene autoridad para imponer hasta dónde pueden llegar los gatos cuando cruzan sus propias fronteras?

—Bueno, él cree que sí… —masculló Glayo.

—Pero ¡vosotros no estabais haciendo nada malo! —dijo el solitario, erizando aún más el pelo y con ojos llameantes—. Estrella Negra lo está usando como excusa para humillar al Clan del Trueno.

—No estoy seguro… —Leonado parecía incómodo—. Yo creo que Estrella Negra solo se ha excedido un poco a la hora de demostrar que se está ateniendo de nuevo al código guerrero.

Solo soltó un resoplido de desprecio.

—¡El código guerrero! ¡La fe en el Clan Estelar! No logro entender por qué creéis que todo eso es tan importante.

A Carrasca se le encogió el estómago. «¡El código guerrero importa más que nada!». Pero sabía que debía mantener la calma. Si se enfrentaba a Solo, perderían la oportunidad de descubrir quién era su padre.

—Yo sé muchísimo más que el Clan Estelar —continuó el solitario—. ¿Os contaron vuestros antepasados que el sol iba a desaparecer? Sabéis de sobra que no. ¿No me vuelve eso más poderoso que los espíritus guerreros? Y si yo soy tan poderoso sin una profecía, ¡entonces los poderes que tenéis vosotros tres deben de ser magníficos!

A Leonado le centellearon los ojos, y Glayo flexionaba las garras sin cesar, inconscientemente. Carrasca tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no verse cautivada por la voz del gato. «De momento no nos ha dado nada —se recordó—. Sus palabras solo son niebla y rayos de luz, imposibles de apresar».

—Todo eso está muy bien —le espetó—, pero ¿qué tenemos que hacer?

—¡Los gatos del Clan de la Sombra no valen nada! —exclamó él—. No tienen derecho a su territorio, pero, si los dejáis hacer, no tardarán en invadir el vuestro. Debéis falsear pruebas que hagan pensar que el Clan de la Sombra está robándole presas al Clan del Trueno, para que vuestro líder organice un ataque contra ellos. En cuanto os hayáis hecho con el territorio del Clan de la Sombra, podréis invadir el del Clan del Río y el del Clan del Viento. —Miró a su alrededor, bajando la voz hasta que la transformó en un ronroneo profundo y vibrante—. En eso consiste el poder absoluto. ¡Controlar a todos los gatos de los territorios del lago!

Carrasca se quedó mirando a Solo mientras un hormigueo le recorría las zarpas. ¿De verdad era eso lo que tenían que hacer para obtener poder: luchar contra todos los gatos de los clanes rivales? Intentó imaginarse a Estrella de Fuego permitiendo que eso sucediera, y no pudo.

—Yo no creo… —empezó dubitativa.

Pero Solo no estaba escuchándola. Se dirigió hasta un rincón de la vivienda y de las sombras sacó a rastras un conejo. Cuando lo dejó delante de la joven, ella captó el olor del clan vecino mezclado con el de la presa.

—Lo he cazado esta mañana en el territorio del Clan de la Sombra, y lo he restregado contra sus marcas olorosas —explicó el solitario—. Podéis llevároslo a vuestro campamento y contarle a Estrella de Fuego que habéis echado de vuestro territorio a una patrulla del Clan de la Sombra. —Le brillaban los ojos con frialdad, el solitario se estaba divirtiendo—. ¿Qué podrá hacer el Clan de la Sombra para negarlo? Esos estúpidos gatos… Preferirían creer en cuentos para cachorros sobre antepasados muertos a intentar resolver las cosas por sí mismos. ¡Todas esas tonterías sobre las señales del Clan Estelar…!

Carrasca se volvió hacia Leonado. Su hermano miraba a Solo con los ojos entornados, mientras iba erizando lentamente el pelo del cuello.

—Tú no eres distinto de Estrella de Tigre —gruñó el guerrero—. No haces esto por nosotros. Esto es solo lo que tú ambicionas.

Tensando los músculos, pegó un salto con las garras extendidas hacia el solitario. Carrasca se lanzó contra él y logró derribarlo antes de que lo tocara.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó sin aliento a su hermano, inmovilizándolo contra el suelo.

—Esto no forma parte de la profecía —dijo Leonado, que se la quitó de encima y se incorporó, fulminando a Solo con la mirada—. Nos quiere utilizar. Eso es todo. ¡El poder es nuestro, no suyo!

—Tienes razón —asintió Glayo.

El curandero se puso en pie y señaló con la cola al solitario, que no se había inmutado por el ataque de Leonado ni había intentado rebatir sus acusaciones.

—A Solo no le importamos lo más mínimo —prosiguió—. Él sigue en su batalla personal contra el Clan de la Sombra porque Estrella Negra lo expulsó de su territorio. Esa batalla no tiene nada que ver con nosotros. La verdad sobre nuestro padre se halla en algún sitio, pero esta no es la forma de encontrarla.

Leonado se levantó.

—Nos marchamos —anunció—. Y no pensamos volver.

Carrasca miró a su hermano con incredulidad.

—¡No podemos! —protestó—. Necesitamos saber…

—No necesitamos nada que pueda decirnos Solo —zanjó Leonado—. Hemos sido unos imbéciles al confiar en él, sabiendo lo que les ha hecho a otros gatos. ¿Es que no ves que lo único que quiere es provocar una guerra entre todos los clanes? La profecía no dice nada sobre eso. Dice que nosotros nacimos con poder… ¡así que no tendríamos que luchar por él! Vámonos.

Y salió de la casa con Glayo a la zaga. Carrasca dio un paso para seguirlos, mirando hacia atrás por encima del hombro, pero el solitario se limitó a sostenerle la mirada, sin ofrecerle ayuda.

Con un bufido de rabia y desesperación, la guerrera corrió tras sus hermanos. «¡Nosotros somos los tres! ¡No puedo hacerlo sola!».

Leonado y Glayo esperaban a unos pocos zorros de distancia de la casa, bajo la lluvia torrencial. Cuando Carrasca se les unió, Solo apareció en la entrada.

—¡Esperad! —los llamó—. ¿No queréis saber quién es vuestro padre?

Leonado no le hizo el menor caso.

—Vamos —le dijo a Carrasca—. Esta no es la única manera de descubrir la verdad. Hagamos esto por nosotros, no por otro gato.

Carrasca bajó la cabeza, cediendo, pero, mientras echaba a andar entre la hierba chorreante junto a Leonado, siguió notando la mirada abrasadora de Solo en la piel.

26

Para cuando los tres hermanos llegaron al campamento, Glayo estaba ya tan agotado que apenas notaba las patas, y tan empapado que tenía todo el pelo pegado al cuerpo. Sentía como si se debatiera por salir de una telaraña gigantesca tejida con mentiras y sombras, mientras la araña permanecía escondida, a la espera para atacar.

En la vivienda abandonada de los Dos Patas había estado seguro de que hacían lo correcto al abandonar a Solo, pero en ese momento ya no estaba tan convencido.

«¿Qué vamos a decir cuando Estrella de Fuego nos pregunte dónde hemos estado? ¡Nos hará pedazos y nos lanzará al montón de la carne fresca!».

Sin embargo, cuando entró cojeando en el claro, oyó un murmullo de emoción entre sus compañeros de clan, que se apiñaban cerca de la maternidad. Nadie prestó atención a los tres hermanos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leonado.

Raposino corrió hasta ellos.

—¡Es Candeal! —exclamó—. ¡Va a dar a luz!

En ese momento, Centella llamó desde la maternidad:

—¡Glayo! Ven, rápido… ¡Hojarasca Acuática te necesita!

El joven curandero reprimió un suspiro. Habría preferido ir a su guarida a secarse el pelo y dormir, pero en vez de eso se dirigió a la maternidad y pasó junto a Betulón, que estaba arañando la hierba, presa de los nervios.

Dentro, Dalia y Mili habían llevado a sus cachorros a sus respectivos lechos para dejar espacio a Candeal y Hojarasca Acuática. La joven reina blanca estaba tumbada de costado, respirando de forma acelerada y superficial.

—Lo estás haciendo muy bien —la tranquilizó la curandera—. Y tus pequeños también. Nacerán antes de que te des cuenta.

—Eso espero —resolló Candeal.

Aunque Hojarasca Acuática sonaba calmada, Glayo percibió su miedo. Inclinándose sobre él, la gata le susurró al oído:

—Candeal está exhausta. Temo que no le queden fuerzas suficientes para dar a luz.

Glayo posó una pata en el vientre dilatado de la joven y se concentró. En su interior notó un latido doble de corazón, débil pero constante.

—Va a tener dos cachorritas —anunció—. Venga, Candeal. ¡Tú puedes!

«Tranquilas, pequeñinas —las animó para sus adentros, agachándose junto a la reina—. Ya casi estáis a salvo. Solo falta un poco más».

De pronto, su mente se coló en la de Candeal. Oyó unos gruñidos crueles, y tuvo una visión: unas fauces abiertas y lenguas colgantes, como si la joven gata estuviera imaginándose a sus hijas siendo atacadas salvajemente por unos perros, como le había ocurrido a Centella, su madre. Oyó también los alaridos de una batalla con otros clanes, y vio sangre que manaba de unos zarpazos profundos, de color rojo contra un pelaje claro. Sintió que el hambre le atenazaba el estómago mientras contemplaba un bosque cubierto por una capa espesa de nieve.

Glayo retrocedió, con la cabeza dándole vueltas. «¿De verdad las madres visualizan toda la vida de sus hijos antes de que nazcan?». Detectó el espanto de Candeal, que permanecía tumbada, suplicándole ayuda en silencio.

A medida que fue volviendo en sí, Glayo se acercó de nuevo a la joven reina.

—No te preocupes —le susurró—. Tus hijas estarán bien. Recibirán amor y protección de sus compañeros de clan. —Le acarició la barriga con delicadeza—. Ha llegado la hora.

—Sí —jadeó Candeal.

Glayo notó que el cuerpo de la gata era presa de un fuerte espasmo. Soltó un grito, y un bultito minúsculo y húmedo cayó sobre el musgo.

—¿Está bien? —preguntó Candeal sin aliento.

—Está perfecta —la tranquilizó Glayo—. Y ahora la otra.

La reina permaneció inmóvil un instante, luego arqueó el lomo con un nuevo espasmo, y un segundo bultito cayó al lecho.

—¡Bien hecho! —exclamó Hojarasca Acuática—. Felicidades, cachorritas. Bienvenidas al Clan del Trueno.

La primera chilló sonoramente, y Hojarasca Acuática soltó un ronroneo risueño.

—Esta es diminuta pero fuerte. Venga, chiquitinas, id con vuestra madre.

—¡Son una preciosidad! —ronroneó Candeal—. Gracias, Glayo. Y gracias a ti también, Hojarasca Acuática.

Con una zarpa, atrajo a las cachorritas hacia ella y comenzó a lamerlas vigorosamente.

Glayo sintió una oleada de triunfo mientras se dirigía hacia la entrada de la maternidad.

—¡Betulón! —llamó—. Ven a conocer a tus hijas.

Betulón pasó junto a él y entró atropelladamente. Glayo se tambaleó un poco por el torrente de alivio y felicidad que emanaba del guerrero.

—¡Candeal, ¿estás bien?! —exclamó con la voz estrangulada—. ¡Oh, gracias, Clan Estelar! ¡Qué cachorritas tan hermosas…!

Al sentarse junto a Hojarasca Acuática, que estaba atendiendo a la reina blanca, Glayo se preguntó si la curandera habría sentido lo mismo cuando lo tuvo a él y a sus hermanos. «¿Y nuestro padre estaba igual de contento?».

Quería hablar con su mentora más que cualquier otra cosa, oír su versión de la historia y descubrir la verdad. Con la cercanía que les proporcionaba trabajar juntos, durante unos segundos sintió que eso era posible.

—Hojarasca Acuática… —empezó.

La gata se volvió hacia él.

—Candeal se recuperará bien —maulló, cortando el intento de Glayo de hablar con ella—. Ve a por hierbas revitalizantes y a por unas hojas de borraja para ayudarla a producir leche.

El momento había pasado.

—Claro —respondió el joven.

Y salió de la maternidad. Para cuando terminó con las hierbas, la lluvia estaba amainando. Glayo fue al montón de la carne fresca para comer algo antes de regresar a su guarida. Había varios gatos reunidos alrededor, compartiendo presas. Glayo se contagió de su alegría mientras se comía un campañol.

—Es muy duro dar a luz en plena estación sin hojas —maulló Fronda—. Candeal lo ha hecho estupendamente.

—Criará muy bien a sus pequeñas —añadió Musaraña, que sonaba menos cascarrabias que de costumbre—. Candeal es uno de los mejores miembros de este clan. Cuando era aprendiza, siempre se aseguraba de que tuviésemos musgo limpio y bien seco.

—Tendremos que vigilarnos la cola cuando esas chiquitinas tengan edad suficiente para salir de la maternidad —dijo Manto Polvoroso con tono

risueño—. Tienen tu sangre, Nimbo Blanco, y todos sabemos lo mal que se lo hiciste pasar a Estrella de Fuego cuando eras un cachorro.

Nimbo Blanco soltó un resoplido.

—Serán muy buenas guerreras, Manto Polvoroso, y le arrancaré el pellejo a cualquiera que diga lo contrario.

Glayo, que estaba comiéndose su presa, se detuvo un instante cuando Carrasca y Leonado se sentaron a su lado a escuchar en silencio la animada conversación. Ninguno quería intervenir, pero, además, Glayo percibió como si ellos tres ya no estuvieran conectados.

—Recuerdo cuando vosotros erais cachorros —maulló Fronde Dorado, que se había acercado a ellos, y le tocó la oreja a Glayo con la cola—. ¡Salisteis a cazar zorros! Es asombroso que lograrais sobrevivir y convertiros en aprendices.

—Sí, bueno… —masculló Glayo.

De repente, no pudo soportar la felicidad de sus compañeros de clan. Sin decir ni una palabra más, ni siquiera a sus hermanos, engulló el último bocado de campañol y se dirigió a su guarida.

Ovillado en su lecho, Glayo se despertó al oír unos pasos, y cuando abrió los ojos vio a una gata escuálida inclinada sobre él.

—¡Fauces Amarillas! —exclamó, incorporándose.

Seguía en la guarida de la curandera, bajo la pálida luz de la luna. Hojarasca Acuática dormía a un par de colas de distancia.

La antigua curandera dejó una pluma larga y oscura sobre el musgo del lecho del joven.

—El tiempo de las mentiras y los secretos ha terminado —maulló—. La verdad debe salir a la luz. El Clan Estelar se equivocó al no contarte mucho tiempo atrás quién eras.

—Entonces, ¿qué…? —empezó Glayo.

Pero la figura de Fauces Amarillas empezó a desvanecerse, fundiéndose con la luz de la luna, hasta que desapareció.

La luz de la luna también se apagó de repente, dejando a Glayo en la oscuridad y despierto tras el sueño.

—¡Cagarrutas de ratón! ¿Por qué nadie puede hablar claro? —bufó.

Sin embargo, el peso helado que sentía en el estómago le indicó que Fauces Amarillas le había dicho todo lo que él necesitaba saber.

Palpando alrededor del lecho, encontró la pluma que la vieja gata le había llevado, y deslizó una zarpa por su superficie larga y lisa. Recordó cómo había resplandecido bajo la luz plateada de la luna.

—Fauces Amarillas me ha traído una pluma de cuervo… —susurró.

Se levantó con dificultad y salió de la guarida con sigilo, cuidándose de no despertar a Hojarasca Acuática. Una vez que estuvo en el claro, se dirigió a la guarida de los guerreros. La rodeó sin hacer ruido, saboreando el aire hasta localizar a Leonado, que dormía pegado a las ramas interiores.

Glayo rebuscó hasta encontrar una ramita suelta y la introdujo entre las espinas para clavársela a su hermano.

—¿Eh? ¡Quita!

Leonado le dio un zarpazo a la rama.

—¡Leonado! —susurró Glayo, pegándose todo lo que pudo al arbusto—. Tengo que hablar contigo. Ve a buscar a Carrasca.

—¡Estamos en mitad de la noche! —protestó él.

—¡Baja la voz! ¿Es que quieres despertar a todos los gatos del campamento? ¡Es importante! Tenemos que ir a un sitio.

—Vale, vale, no te sulfures.

Glayo esperó con impaciencia hasta que sus hermanos salieron de la guarida de los guerreros.

—¿Qué quieres decir con «ir a un sitio»? —susurró Leonado—. ¿Adónde?

—Al bosque. A un lugar donde podamos hablar.

Carrasca bostezó.

—Más te vale que valga la pena.

—Vale la pena —le prometió Glayo.

Los tres hermanos se escabulleron del campamento por el túnel que llevaba al aliviadero, manteniéndose en las sombras para no alertar a Rosella, que estaba de guardia. Luego Glayo los guio a través de los árboles en dirección a la frontera del Clan del Viento.

—Aquí fuera hace un frío que pela —se quejó Carrasca—. No pienso dar ni un paso más hasta que te expliques.

—De acuerdo. —Glayo se volvió hacia ellos—. Ya sé quién es nuestro padre. —Vaciló, pues la repentina oleada de sentimientos que brotó de sus hermanos casi lo tira al suelo. Luego respiró hondo y anunció—: Se trata de Corvino Plumoso.

Durante unos segundos, el silencio se instaló entre ellos. Las emociones que bullían en los guerreros eran tan complejas que Glayo supo que jamás

podría descifrarlas.

—¿Tenemos sangre de dos clanes? —espetó Carrasca por fin, con la voz estrangulada.

—¿Cómo lo sabes? —Leonado sonó desconcertado.

—Fauces Amarillas se me ha aparecido en un sueño —les explicó Glayo —. Me ha dicho que ya es hora de que sepamos la verdad, y me ha dado una pluma de cuervo. De todos los gatos que conocemos, el único cuyo nombre guarda relación con plumas y cuervos es Corvino Plumoso.

—Pero eso no tiene por qué significar que… —Carrasca dejó a medias su protesta.

Los tres conocían el significado de la señal. Era inútil fingir que no era cierto.

—¿Corvino Plumoso lo sabe? —quiso saber Leonado.

—¿Por eso Hojarasca Acuática lo ha mantenido en secreto? —maulló Carrasca.

Las preguntas acribillaron a Glayo.

—No lo sé. Tenemos que hablar con Corvino Plumoso. Vamos.

Los tres se internaron silenciosamente en el bosque. Las gotas del reciente chaparrón los salpicaban al avanzar entre la vegetación. Se levantó un viento frío que les alborotó el pelo. Por encima de su cabeza, Glayo oyó los primeros trinos de los pájaros más madrugadores.

No podía dejar de darle vueltas. «¿Cómo ha podido pasar algo así?». Su madre era curandera; su padre, guerrero del Clan del Viento. Los dos deberían haber sabido que jamás podrían estar juntos.

«¿Cómo vamos a ser parte de la profecía si ni siquiera deberíamos haber nacido?».

Caminando a su lado, Leonado irradiaba ráfagas constantes de rabia, una furia abrasadora hacia aquellos dos gatos que habían abandonado el código guerrero y levantado un muro de mentiras alrededor de los cachorros que habían nacido como resultado de su infracción. Al otro lado caminaba Carrasca, aturdida, con un torbellino de pensamientos demasiado difíciles de desenmarañar.

Por fin, Glayo oyó el borboteo del arroyo fronterizo y saboreó el olor a agua fresca.

—Todavía es temprano —señaló—, pero quizá veamos a su patrulla del alba.

Se detuvieron en la ribera. Al joven curandero le temblaban las patas de cansancio; y aunque le habría gustado tumbarse entre la alta hierba que crecía

en la orilla, sabía que tenía que encararse a su padre de pie.

A su alrededor, el canto de los pájaros fue volviéndose más ruidoso, y el frío cortante de la noche se fue suavizando poco a poco. Finalmente, Glayo captó el olor del Clan del Viento, y en ese mismo instante Carrasca exclamó:

—¡Ahí están!

—Cárabo, Genista y Turón —maulló Leonado—. Esperad aquí. Voy a hablar con ellos.

—Un momento… —protestó Glayo al oírlo saltar el arroyo.

Pero su hermano ya se había ido, demasiado furioso para preocuparse de que iba a traspasar la frontera.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le soltó Cárabo.

Toda la ira contenida de Leonado se mostró en su voz.

—Ve a por Corvino Plumoso. Ahora.

—¡¿Qué?! —exclamó Turón, indignado—. ¿Quién te crees que eres para decirnos qué debemos hacer?

—Eso —añadió Genista—. Regresa a tu territorio o te arrancaremos la piel.

Leonado soltó un gruñido sordo. Glayo se lo imaginó plantándose ante los tres gatos del Clan del Viento, erizando su pelaje dorado hasta doblar su tamaño.

—¡Hacedlo! —les ordenó.

—De acuerdo —maulló Cárabo con la voz aguda al intentar ocultar el miedo—. Pero puedes esperar en tu lado de la frontera.

Los guerreros del Clan del Viento se marcharon, y Leonado volvió a cruzar de un salto el límite y aterrizó junto a Glayo. Mientras esperaban, se dedicó a arrancar la hierba con las garras, como si necesitara desahogar la furia.

A Glayo se le revolvió el estómago cuando captó en la brisa el olor de un gato del Clan del Viento acercándose. Solo era uno: Corvino Plumoso había acudido sin compañía. Carrasca sintió un estremecimiento y rozó a su hermano con la cola temblorosa.

Por fin sonó la voz del gato gris oscuro desde el otro lado de la frontera.

—¿Qué queréis?

A Glayo se le atascaron las palabras en la garganta cuando se encaró al guerrero del Clan del Viento desde el otro lado del arroyo. Carrasca dio un respingo.

Pero Leonado no vaciló.

—No somos hijos de Zarzoso y Esquiruela —anunció—. Nuestra madre es Hojarasca Acuática, y tú eres nuestro padre.

Tras un momento en silencio, Corvino Plumoso espetó:

—No seáis descerebrados. Eso es imposible.

Sonaba tan seguro que, durante un segundo, Glayo se preguntó si era posible que se hubiesen equivocado. Respiró hondo y se coló en la mente de Corvino Plumoso. Se vio frente a una vegetación enmarañada y se dio cuenta de que estaba en lo alto de la hondonada rocosa. Hojarasca Acuática colgaba del precipicio, aferrándose, con la cara suplicante, mientras Corvino Plumoso la agarraba por el pescuezo para elevarla hasta un lugar seguro.

Luego los entrevió juntos y agazapados, debajo de un arbusto, y oyó que Corvino Plumoso le decía:

—Escápate conmigo, Hojarasca Acuática. Cuidaré bien de ti, te lo prometo.

A continuación los vio a los dos ascender por una larga cuesta del páramo, y después aparecían en una hondonada, hablando con Medianoche, la tejona.

—Tengo que regresar —maulló Hojarasca Acuática.

Gritos y alaridos atravesaron la visión de Glayo, que descubrió la hondonada rocosa llena de tejones agresivos, mientras sus compañeros de clan los combatían con fiereza. Y, por último, la imagen de Hojarasca Acuática frente a Corvino Plumoso entre los restos de la batalla.

—Tu corazón está aquí —murmuraba él, con tanta dulzura que Glayo apenas pudo creer lo que oía—. No conmigo. Nunca ha sido realmente mío.

La visión no duró más que un instante, pero cuando Glayo abandonó la mente del guerrero del Clan del Viento quedó convencido de que había interpretado bien la señal de Fauces Amarillas. Igual de convencido de que Corvino Plumoso no tenía ni idea de que Hojarasca Acuática había dado a luz a tres hijos suyos.

—Es cierto —maulló el joven—. Tú no lo sabías, ¿verdad?

—No…

Durante un segundo, Corvino Plumoso sonó desconcertado, pero luego lo inundó la rabia.

—Yo ya tengo pareja —gruñó—. Se llama Nube Negra. Y tenemos un hijo, Ventolero. No sé por qué habéis venido hasta aquí a contarme semejante mentira. Marchaos a vuestro territorio y no volváis. ¿Por qué habrían de importarme unos gatos del Clan del Trueno? Vosotros no significáis nada para mí. ¡Nada!

Carrasca soltó un grito estrangulado, y Leonado arañó la piedra.

Glayo se encaró a su padre con calma.

—Ahora la verdad ha salido a la luz —le advirtió—. Ninguno de nosotros podrá seguir escondiéndose de ella nunca más.

27

El resto del día transcurrió en una nebulosa de dolor, y cuando Carrasca se ovilló por fin en su lecho, sus sueños se llenaron de oscuridad. La rodeaba una vegetación espesa que apenas dejaba entrever el cielo. Oyó aullidos de gatos en la distancia, pero, por mucho que corría hacia ellos, no lograba alcanzarlos.

Cuando se despertó, la luz del alba se filtraba entre las ramas de la guarida. Se sentía agotada, como si de verdad hubiese estado corriendo a través del oscuro bosque. Se puso en pie tambaleándose y le clavó una zarpa a Leonado.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó en un susurro apremiante cuando él la miró bizqueando—. ¡Yo no puedo seguir así!

—No lo sé.

Leonado miró deprisa a su alrededor, como si temiera que alguien pudiese oírlos.

—Ya hablaremos más tarde —dijo.

Y salió de la guarida. Convencida de que su hermano intentaba evitarla, la guerrera fue tras él.

—¡Carrasca! ¡Leonado! —los llamó Zarzoso en cuanto los vio aparecer —. Tormenta de Arena va a dirigir una patrulla de caza. ¿Podéis ir con ella?

—Por supuesto —respondió Leonado, cruzando el claro hacia donde estaba Tormenta de Arena, con Zarzoso, Bayo y Pinta.

Carrasca fue tras él todavía aturdida, como si sus patas pertenecieran a otro gato. ¿Cómo iba a adaptarse a la rutina diaria del clan, ahora que conocía el secreto tan espantoso que envolvía su nacimiento? Sentía que el cielo debería haberse resquebrajado o que la luna debería haber caído en la hondonada.

—No olvidéis que esta noche hay Asamblea —les recordó Zarzoso—. El clan necesita comer bien antes de la caminata.

—No lo olvidaremos, no te preocupes —le aseguró Tormenta de Arena, agitando los bigotes.

A continuación, hizo una seña con la cola a la patrulla antes de dirigirse al túnel de espinos.

Carrasca la siguió, pero no podía concentrarse en la caza. El dolor le aturdía la mente como los rayos hendían el cielo. Había construido su vida basándose en el código guerrero, y ahora este le había fallado. El código ya no tenía ninguna importancia, lo habían quebrantado demasiadas veces: Esquiruela al mentirles, al igual que Corvino Plumoso al enamorarse de una curandera; pero lo peor era lo que había hecho Hojarasca Acuática, había destrozado el código guerrero y lo había pisoteado hasta convertirlo en polvo. Había traicionado a su clan, a sus hijos y sus obligaciones como curandera.

En ese momento, un ratón pasó corriendo por delante de las zarpas de Carrasca, que instintivamente saltó sobre él y clavó las garras en su tierno cuerpecillo. Una imagen de Hojarasca Acuática destelló delante de los ojos de la joven, que se dispuso a despedazar la presa, imaginándose que estaba terminando con la vida de la gata a la que tanto odiaba.

—¡Carrasca, para! —exclamó Pinta, horrorizada—. ¿Qué estás haciendo?

Cuando a la guerrera se le aclaró la visión, vio que sus patas goteaban color rojo. La presa había quedado reducida a una papilla sanguinolenta. Ya no tenía nada que llevar al montón de la carne fresca.

Encendida de furia, la joven se volvió hacia Pinta.

—¡Déjame en paz!

Pinta retrocedió con los ojos abiertos de par en par y asustados; luego se volvió en redondo y desapareció entre los helechos.

Cuando Carrasca regresó con la patrulla de caza, la guerrera estaba demasiado alterada para quedarse en el campamento. No quería hablar con nadie, y menos aún con Leonado o con Glayo. Así que se marchó sola, bajó hasta el lago y luego siguió a lo largo de la frontera con el Clan del Viento, hasta que llegó al risco, desde donde se podía ver el páramo ondulado.

Allí, en algún sitio, estaban el campamento del Clan del Viento y su padre. Por las venas de Carrasca corría la sangre del clan vecino. «Pero ¡yo no me siento mestiza!», se dijo.

Sabía que su hogar se hallaba debajo de los árboles, cazando ratones y ardillas. Los conejos del Clan del Viento parecían escuálidos e insípidos de tanto correr por las colinas. La joven detestaba los espacios abiertos y el viento, que en aquella zona era implacable.

Mirando en dirección al territorio de su padre, aulló en silencio: «¡No! ¡No! ¡No!».

Cuando las sombras empezaron a caer sobre la hondonada rocosa, Estrella de Fuego convocó a los gatos que iban a asistir a la Asamblea. Carrasca se colocó junto a Leonado y Glayo, cuidándose mucho de mirar a Hojarasca Acuática y Esquiruela, que estaban a unos pasos de distancia. Se acercaron también Látigo Gris, Zarzoso y Tormenta de Arena, seguidos de Carbonera, Rosella y Bayo.

—En marcha —maulló Estrella de Fuego—. Y cuanto menos digamos sobre Solo, mejor, ¿entendido?

Tras cruzar el arroyo fronterizo, el líder del clan guio a sus gatos hasta el lago y luego por la orilla. Cuando pisaron el territorio del Clan del Viento, Carrasca sintió que la invadía un hormigueo de repugnancia. «¡Yo no pertenezco a este lugar! ¡No quiero tener nada que ver con este clan!».

Ese día también había llovido, pero ya no había nubes y la luna llena resplandecía con intensidad. La guerrera se detuvo a contemplarla. «¿Apruebas lo que voy a hacer, Clan Estelar?».

Con cada paso que daba, se mantenía alerta por si veía u olía algún gato del Clan del Viento. Se preguntó si Corvino Plumoso asistiría a la Asamblea. «¿Qué importa eso? —se dijo enfurecida—. Él no significa nada para mí. ¡Nada!».

Justo delante de ella iba Estrella de Fuego, flanqueado por Tormenta de Arena y Látigo Gris.

—¿Sabéis? Todavía añoro los Cuatro Árboles —murmuró Tormenta de Arena—. Por alguna razón, allí la luna parecía más brillante.

Estrella de Fuego le dio un empujoncito cariñoso.

—¡Suenas como una veterana!

Tormenta de Arena le dio un coletazo.

—Espera y verás. Seré la veterana más cascarrabias que los clanes jamás hayan visto. ¡A mi lado, Musaraña os parecerá dulce y amable!

—Y para entonces los erizos volarán —maulló Látigo Gris—. Pero yo también echo de menos el viejo bosque —añadió—. Es el lugar donde

nacimos. Los jóvenes sentirán exactamente lo mismo por el lago. ¿No es así? —preguntó, mirando por encima del hombro a Leonado y Carrasca.

Leonado logró asentir con la cabeza, pero Carrasca fue incapaz de responder. Sintió mucha envidia, muchos celos de aquellos gatos que sabían a qué clan pertenecían, que tenían buenos recuerdos de haber vivido según el código guerrero, estación tras estación.

«¡No saben que es todo mentira!».

El cercado de los caballos estaba oscuro y en silencio cuando el Clan del Trueno lo dejó atrás. Como seguían sin percibir el rastro del Clan del Viento, Carrasca dio por sentado que habrían llegado a la isla.

Cuando alcanzaron el árbol puente, se encontraron con que el Clan del Río estaba cruzándolo. Estrella de Fuego retuvo a sus guerreros, saludando educadamente a Estrella Leopardina. Carrasca esperó sin dejar de sacar y guardar las garras, con el estómago revuelto.

«¡Esta Asamblea jamás la olvidará nadie!».

Cuando saltó desde las raíces del árbol caído al suelo de la isla, se detuvo a saborear los olores mezclados de los otros tres clanes.

—Somos los últimos —maulló Carbonera, aterrizando a su lado—. Será mejor que nos demos prisa.

Carrasca siguió a su amiga por la franja de guijarros y entre la maleza. No había por qué apresurarse. Ella había echado a andar por el camino que había elegido, y el momento de actuar llegaría con la misma seguridad con la que una estación daba paso a la siguiente.

Tras cruzar la vegetación y entrar en el claro, alrededor del Gran Roble, la joven titubeó, impresionada a su pesar por la gran cantidad de gatos que tenía delante. Los clanes se mezclaban unos con otros mientras sus miembros buscaban sitio en torno al árbol. Las patas de Carrasca la llevaron hacia delante, serpenteando entre la multitud. Apenas reparó en que Trigueña la saludaba, ni en su expresión ofendida cuando ella pasó de largo. Ni siquiera hizo caso de los retazos de chismorreos que captaba al avanzar. «¿Qué tiene eso que ver conmigo ahora?».

Encontró un hueco muy cerca del Gran Roble, en cuyas ramas se habían instalado los líderes: Estrella de Bigotes, cómodamente sentado en una horcadura; Estrella Negra, en la rama más baja, con la cola colgando; Estrella Leopardina, una cola más arriba, arañando la corteza con impaciencia. Por último, Estrella de Fuego se les unió de un salto y se posó en una rama, de la que se desprendieron unas cuantas bellotas al balancearse bajo su peso.

Leonado había seguido a Carrasca a través del claro y se sentó a su lado.

—Corvino Plumoso está aquí —masculló.

—Lo sé.

Carrasca ya había visto al guerrero del Clan del Viento, pero él no parecía haber reparado en ella. Miró hacia donde señalaba Leonado y vio a su padre sentado junto a Nube Negra y Ventolero, con la cabeza vuelta hacia otro lado. No obstante, la joven supuso que sabía exactamente dónde estaban ella y sus hermanos. «Todos sus hijos, juntos en el mismo lugar. Seguro que le parece una escena preciosa».

Un aullido estridente sonó desde las ramas del roble, y Estrella Leopardina se adelantó. En el claro cesó el ruido; todos los gatos enmudecieron volviéndose hacia la líder.

—La Asamblea ha comenzado —anunció—. El Clan del Río será el primero en dar cuentas. Vamos bien de presas. Vaharina, Juncal y Chubasco expulsaron a un zorro de nuestro territorio.

Dicho eso, retrocedió haciéndole una breve seña a Estrella Negra.

El líder del Clan de la Sombra se levantó; mientras, abajo, Carrasca hundía las garras en la tierra, con todo el cuerpo temblando de la tensión. De repente no estaba segura de si sabría cuándo sería el momento de actuar. «¡Clan Estelar, dame una señal! Si es que sigues observándonos…».

—El Clan de la Sombra está prosperando —informó Estrella Negra—. Cirro ha tomado a Roso como aprendiz de curandero, y ya lo ha presentado al Clan Estelar en la Laguna Lunar.

Entre los gatos congregados se elevó un murmullo de congratulación, y algunos lanzaron gritos de «¡Roso! ¡Roso!». Carrasca vio al joven, que estaba sentado con Cirro y los demás curanderos y tenía los ojos resplandecientes de orgullo. La guerrera tuvo la sensación de que le desgarraban el corazón. «Yo me sentí igual una vez».

Aunque no tenía mucho que decir, Estrella de Bigotes tomó la palabra después de Estrella Negra y contó que habían encontrado una oveja muerta en el arroyo fronterizo y que sus guerreros habían tenido que sacarla de allí para mantener el agua limpia.

Luego llegó el turno de Estrella de Fuego. Poniéndose en pie en su rama, miró hacia el claro; sus ojos verdes centellearon en la oscuridad.

—Solo ha abandonado el bosque —empezó—. Nosotros…

—Ya era hora —gruñó Estrella Negra.

Estrella Leopardina inclinó la cabeza hacia el líder del Clan del Trueno haciendo muestra de una cortesía distante.

—Me alegro de que por fin hayas entrado en razón, Estrella de Fuego.

Él le devolvió el gesto con la misma educación, aunque Carrasca se dio cuenta de que clavaba las garras en la rama.

—Aparte de eso…

«¡Ahora!».

—¡Espera! —Carrasca se levantó de un salto—. Tengo algo que decir y todos los clanes deberían oírlo.

—¡¿Qué?! —exclamó Leonado, tirando de ella para intentar que volviera a sentarse—. ¿Es que tienes el cerebro de un ratón? ¡Aquí no hablan los guerreros!

—Esta guerrera sí —bufó Carrasca, quitándoselo de encima.

Luego vio a Glayo entre los demás curanderos. Su hermano estaba completamente horrorizado, pero también a él lo ignoró.

—Vosotros creéis que… —empezó.

—¡Carrasca! —la voz de Estrella de Fuego resonó desde la rama del roble; el líder del clan la miraba con un fuego verde abrasador—. Si tenías algo importante que decir aquí, deberías habérmelo comunicado a mí primero. Ahora guarda silencio; sea lo que sea lo que te preocupa, hablaremos de ello mañana.

Las numerosas lunas que la joven llevaba viviendo según el código guerrero casi la forzaron a cerrar la boca y sentarse. «¡Tengo que obedecer al líder de mi clan!». Sin embargo, al momento se preparó para lo que quería hacer. «¡El código guerrero está muerto! Es absurdo tratar de seguirlo».

—¡No! —exclamó, sin dejar que los gritos de asombro de los gatos que la rodeaban la inmutaran—. ¡Voy a hablar ahora!

—Sí, Estrella de Fuego, déjala hablar. —Estrella Leopardina se adelantó al líder del clan vecino, mirando a Carrasca con curiosidad—. Me gustaría saber qué tiene que decir.

—A mí también —gruñó Estrella de Bigotes.

—¿O acaso el Clan del Trueno tiene secretos que le asusta demasiado revelar? —se mofó Estrella Negra, moviendo la cola con desdén hacia Estrella de Fuego.

Por todo el claro comenzaron a oírse aullidos de los otros tres clanes, desafiando al Clan del Trueno. Carrasca se mantuvo extrañamente tranquila en mitad de todo aquel alboroto; sabía que ya solo tenía que esperar unos pocos segundos más.

Al final, Estrella de Fuego alzó la cola para exigir silencio.

—Muy bien, Carrasca —maulló cuando se apagó el ruido—. Di lo que tengas que decir. Y quiera el Clan Estelar que no te arrepientas.

El claro se había sumido en un silencio tan absoluto que Carrasca pudo oír a un ratón que escarbaba al pie del Gran Roble, entre las hojas muertas.

—Vosotros creéis que me conocéis —empezó de nuevo la joven—. Y que conocéis a mis hermanos, Leonado y Glayo, del Clan del Trueno. Creéis que nos conocéis, pero ¡todo lo que os han dicho sobre nosotros es mentira! No somos hijos de Zarzoso y Esquiruela.

—¡¿Qué?! —gritó Zarzoso, que estaba sentado entre los otros lugartenientes.

Acto seguido se puso en pie de un salto, con sus ojos ámbar llameando.

—Esquiruela, ¿por qué Carrasca está diciendo semejante sandez?

Esquiruela se levantó a su vez. El destello de pánico que había en sus ojos se desvaneció y fue reemplazado por… ¿Por qué? ¿Por arrepentimiento? ¿Culpabilidad? ¿O por el dolor de una madre que estaba a punto de perder a sus hijos para siempre…?

—Lo lamento, Zarzoso, pero es verdad. Yo no soy su madre y tú no eres su padre.

El lugarteniente del Clan del Trueno la miró sin pestañear.

—Entonces, ¿quiénes son sus padres?

Esquiruela volvió su triste mirada hacia la gata a la que siempre había llamado «hija».

—Cuéntaselo, Carrasca. Yo llevo guardando el secreto estaciones enteras, no voy a desvelarlo ahora.

—¡Cobarde! —le espetó la joven.

Luego paseó la vista por el claro y vio que todos los gatos tenían la mirada clavada en ella.

—¡A mí no me da miedo la verdad! Nuestra madre es Hojarasca Acuática, y nuestro padre Corvino Plumoso… Sí, Corvino Plumoso, del Clan del Viento.

Sus palabras recibieron alaridos de conmoción como respuesta, pero Carrasca continuó a gritos para que la oyeran por encima del vocerío.

—¡Esos dos gatos se avergonzaban tanto de nosotros que nos entregaron, y a todos vosotros os mintieron para ocultar el hecho de que habían quebrantado el código guerrero! ¡Todo es culpa de ella! —Se volvió en redondo para señalar a Hojarasca Acuática con la cola—. ¡¿Cómo se supone que van a sobrevivir los clanes cuando en ellos viven cobardes y mentirosos?!

Los gritos y respingos de espanto alcanzaron tal volumen que Carrasca dejó de oírse. Pero no le pareció necesario que siguieran escuchándola. Ya había dicho lo que quería decir. Le temblaban tanto las patas que parecía que

hubiera cruzado todo el territorio a la carrera, y tuvo que sentarse. En su interior sentía una paz extraña, como si hubiera sajado una llaga inflamada y estuviera viendo cómo salía el pus.

La voz de Corvino Plumoso se elevó por encima de las demás en un aullido iracundo:

—¡Eso no es verdad!

Se había puesto en pie y tenía el pelo erizado. Junto a él, Nube Negra y Ventolero parecían desconcertados y furiosos.

—¡Ella es la única que miente!

En ese instante se levantó Hojarasca Acuática. Y la multitud enmudeció, volviendo sus ojos hacia ella.

—Todo lo que ha dicho es verdad, Corvino Plumoso —maulló—. Lo lamento. Quería contártelo, pero nunca encontré el momento oportuno.

Sus ojos ámbar estaban marchitos de pena. Carrasca sintió lástima por ella, pero la sofocó enseguida. «¡La odio! ¡Nos ha mentido y traicionado a todos!».

—Tú ya no significas nada para mí, Hojarasca Acuática —dijo Corvino Plumoso con frialdad—. Esa luna ya pasó. Ahora solo soy leal al Clan del Viento, y, por lo que a mí respecta, no tengo más hijos que Ventolero.

Miró a Nube Negra y a Ventolero. La gata tenía las orejas pegadas a la cabeza, mientras que el joven mostraba los colmillos con un gruñido.

Hojarasca Acuática agachó la cabeza como si no fuera a discutir, pero luego miró a Estrella de Fuego, que seguía en lo alto de su rama, tan inmóvil como si se hubiese convertido en piedra.

—Sé que no puedo seguir siendo la curandera del Clan del Trueno —maulló—. Lo lamento muchísimo por ti, Estrella de Fuego, y por todos mis compañeros de clan. Por favor, ten en cuenta que lo hice lo mejor que supe, y que me he arrepentido cada segundo desde entonces. —Se le quebró la voz con la última palabra, y tuvo que hacer una pausa para tragar saliva antes de continuar—: Pero jamás me he arrepentido de haber tenido a mis hijos. Son unos gatos estupendos, y siempre estaré orgullosa de ellos.

Lanzó una última mirada a Corvino Plumoso y luego cruzó el claro cabizbaja. Los gatos se apartaron para dejarla pasar mientras se dirigía hacia los arbustos. Todos se quedaron mirándola, todavía mudos de asombro, hasta que desapareció entre la vegetación.

Zarzoso fue el primero en moverse, para ponerse frente a Esquiruela.

—¿Por qué?

—¡Tenía que hacerlo! —exclamó la gata con desesperación—. ¡Hojarasca Acuática es mi hermana!

—¿Y no pudiste confiar en mí?

A Zarzoso le temblaba la voz, y Carrasca vio que se estremecía de arriba abajo. Durante un segundo, la joven lamentó lo que había hecho. El lugarteniente era un gato noble y no había sido responsable de ninguna de las mentiras. «Estaba tan orgullosa cuando creía que era mi padre…».

Esquiruela no respondió, se limitó a sostenerle la mirada sin encogerse.

—¿No pudiste confiar en mí? —repitió él—. ¿No crees que te habría ayudado si me hubieses contado la verdad? Ahora ya es demasiado tarde.

Dio media vuelta y se fue, abriéndose paso entre la multitud.

—Zarzoso…

Esquiruela dio un paso tras él, pero luego se detuvo, con la cabeza y la cola gachas por la desesperación.

Carrasca le dio la espalda. «Déjala que sufra. ¡Se lo merece!».

De repente, alguien la tocó por detrás. Se trataba de Carbonera.

—¿Qué has hecho? —le espetó.

Carrasca parpadeó sorprendida.

—He hecho lo correcto.

La gata gris negó con la cabeza.

—No hay nada correcto en todo esto. Lo que acabas de hacer solo provoca más sufrimiento.

Por la sabiduría que transmitía su voz parecía que esta procediera de una gata muchísimo más vieja y experimentada. Carrasca esperó a que le dijera algo más, algo que mostrara cuánto lo sentía por ella y por sus hermanos. Pero Carbonera se limitó a dar media vuelta y alejarse.

Carrasca se quedó mirándola. ¿Por qué su amiga no la entendía? Seguro que cualquiera veía que no podían seguir adelante viviendo una mentira. Además, el Clan Estelar no había mandado nubes para tapar la luna. A sus antepasados guerreros debía de complacerles que los secretos hubiesen salido a la luz y que el engaño hubiera llegado a su fin.

Sin embargo, ningún gato se veía contento; ni siquiera sus propios compañeros de clan. Tormenta de Arena la observaba con desconcierto y tristeza. Los ojos ámbar de Látigo Gris estaban empañados de incredulidad. Rosella y Bayo se susurraban de forma apremiante mientras le lanzaban miradas hostiles.

De repente, la guerrera no soportó que siguieran mirándola así ni un segundo más. A trompicones, llegó hasta los arbustos y los cruzó, sin

preocuparse de las espinas que le arrancaron mechones de pelo, y pasó como una flecha por la zona de guijarros y el árbol puente. Dejó atrás el cercado de los caballos a la carrera y comenzó a ascender el risco, bordeando la frontera del Clan del Viento hasta que llegó a lo más alto y pudo contemplar el lago.

Un sendero plateado de luz lunar se extendía sobre la superficie del agua. A su alrededor brillaba el reflejo de innumerables guerreros del Clan Estelar.

—¡¿Ha valido la pena?! —les gritó Carrasca—. ¡¿Ha valido la pena ser aprendiza, trabajar duro para aprender el código guerrero?! ¡¿Qué podríamos haber hecho nosotros para que las cosas fueran distintas?!

Las titilantes estrellas no le respondieron.

Carrasca siguió a lo largo del risco hasta llegar a su propio territorio y se internó entre los árboles. Cuando entró en la hondonada rocosa, todo estaba en silencio. La patrulla de la Asamblea no había regresado aún, y los demás dormían, excepto Centella, que montaba guardia junto a la entrada. Carrasca pasó por su lado sin responder a su saludo.

Cruzó el claro bajo la brillante luz de la luna y entró en la guarida de la curandera. Se le aceleró el corazón al ver que allí no había ni rastro de Hojarasca Acuática. «Ya sé lo que voy a hacer. Todo esto es culpa suya».

Fue derecha al fondo del almacén, donde encontró las bayas mortales envueltas en una hoja. La sacó con cuidado, colocó el fardo en el suelo y lo abrió para dejar expuestos los frutos rojos y relucientes. Habían empezado a secarse, pero la joven sabía que aún conservaban su veneno letal.

La guerrera se sentó junto a las bayas, con la cola enroscada alrededor de las patas, y esperó. No tardó en oír unos pasos lentos, y luego Hojarasca Acuática apareció por la cortina de zarzas y se detuvo delante de ella.

—Carrasca. —La curandera no parecía sorprendida de encontrar allí a su hija. Sus ojos rebosaban agotamiento y pesadumbre—. Tranquila —maulló—. Te perdono.

—¿Qué? —Carrasca se levantó de un salto—. ¿Que tú me perdonas a mí? ¡Eres tú quien necesita ser perdonada! ¡Tú abandonaste a tus hijos! Nos dejaste vivir en una telaraña de mentiras, y ahora el código guerrero podría haber quedado destrozado para siempre por tus actos estúpidos y egoístas.

—¿De verdad crees que es necesario contarme todo eso? —le preguntó Hojarasca Acuática con la misma calma exhausta—. Yo solo puedo decirte cuánto te quiero. Y que lamento muchísimo lo que hice.

—¿Y esperas que te perdone? —gruñó la joven—. ¡Pues que sepas que jamás lo haré!

Con el pelo erizado, rodeó a la curandera hasta quedar delante de la entrada de la guarida.

—¿Ves esas bayas mortales? Bueno, pues vas a comértelas… ¡o te obligaré a hacerlo!

—¿Qué? —Hojarasca Acuática sonó confundida.

—¡Que te las comas! Mereces morir.

Carrasca se agazapó, lista para saltar si la curandera no hacía el menor movimiento en dirección a las bayas.

—Ya he matado una vez —gruñó—, puedo hacerlo de nuevo.

A los ojos de su madre asomó una emoción que Carrasca no supo descifrar.

—Carrasca —maulló Hojarasca Acuática—. He perdido a mis hijos, al gato que una vez amé, y no voy a poder volver a ser curandera. ¿Qué crees que sería más fácil para mí: morir o seguir viviendo?

Solo había una respuesta a esa pregunta. En silencio, Carrasca se apartó y Hojarasca Acuática pasó junto a ella para salir de la guarida.

28

Glayo entró por el túnel de espinos y se quedó resollando en mitad del claro. Había regresado corriendo desde la isla nada más disolverse la Asamblea, abriéndose paso a trompicones entre los desconcertados gatos para cruzar el árbol puente.

Captó el olor de Hojarasca Acuática saliendo de su guarida, pero, en ese preciso instante, ella era el último miembro del clan con quien quería hablar. Más allá captó el olor atenuado de Carrasca.

«¿Qué está haciendo en nuestra guarida? ¿Qué le ha dicho a Hojarasca Acuática?».

Cruzó el claro a la carrera para ir a hablar con su hermana.

—¡Carrasca! ¿Qué haces aquí?

Y entonces detectó otro olor.

—¿Por qué no están las bayas en su sitio?

—¡Déjame en paz! —gritó ella.

Antes de que Glayo pudiera esquivarla, Carrasca saltó sobre él, lo derribó y le arañó el bíceps. El curandero pataleó, y con las patas traseras golpeó la barriga de la joven. A continuación percibió toda la rabia y la desesperación de su hermana cuando esta le propinó un zarpazo en la oreja y salió disparada de la guarida.

—¡Carrasca, espera!

Glayo se puso en pie penosamente y corrió tras ella. Cuando llegó al claro, la guerrera ya estaba saliendo por el túnel de espinos. La persiguió, rozando casi el suelo con el pelo de la barriga al salir al bosque. De pronto lo rodearon los olores de otros gatos: el resto de la patrulla de la Asamblea estaba regresando al campamento.

—¡Glayo, ¿qué ocurre?! —exclamó Leonado, que echó a correr tras él—. ¿Qué pasa? —insistió entre resuellos.

—Se trata de Carrasca. Tenemos que alcanzarla.

Carrasca estaba internándose en lo más profundo del bosque, cruzando helechos y zarzas como si hubiese perdido la vista de repente.

—¡Carrasca, vuelve! —aulló Leonado—. ¡Tenemos que hablar!

Pero ella no redujo el paso. En un abrir y cerrar de ojos salió al viejo camino de los Dos Patas que llevaba a la vivienda abandonada, y luego se dirigió de nuevo hacia el sotobosque.

—¡Ya sé adónde va! —exclamó Glayo, sintiendo que lo recorría un escalofrío—. A los viejos túneles…

Al rodear un zarzal, Leonado y Glayo se encontraron de frente con su hermana, que se había detenido justo en la boca de un túnel a medio camino del risco, por encima de la vivienda abandonada de los Dos Patas. No era ninguno de los túneles que Glayo había usado con anterioridad; por encima del olor a agua y piedras que brotaba de la oscuridad, el lugar desprendía un tufo rancio a zorro.

Glayo intentó hablar con calma.

—Carrasca, tienes que escucharnos.

Ella no pareció oírlo.

—Lo siento —maulló quedamente—. Yo solo intentaba hacer lo mejor. ¡No podía permitir que Cenizo viviera! ¡Por el bien de todos nosotros! Lo comprendéis, ¿verdad?

A Glayo se le cortó la respiración y Leonado soltó un respingo.

—¿Tú mataste a Cenizo?

Si Carrasca respondió, Glayo no llegó a oírla. Detestando su poder más que nunca, se coló en los recuerdos de su hermana. Carrasca acechaba a Cenizo a lo largo del arroyo fronterizo del Clan del Viento, avanzaba con sigilo, evitando piedras en las que sus zarpas pudieran dejar marcas y helechos que pudieran rozarla. Cenizo, concentrado en cazar, no reparó siquiera en que la joven estaba allí. Carrasca lo siguió como una sombra hasta un punto donde la ribera era más empinada y resbaladiza y donde el arroyo más abajo parecía una serpiente espumeante. Carrasca lo atacó desde una roca, agarrándolo con las patas delanteras y torciendo la cabeza para clavarle los colmillos en la garganta. Dentro de la nebulosa roja que turbaba los sentidos de la gata, Cenizo no era nada más que una presa, algo que había que aniquilar para proteger el código guerrero y el futuro del clan.

Cuando Cenizo la arañó levemente, de su cuello ya manaba sangre. Su cuerpo se quedó inerte de pronto y Carrasca se separó de él de un salto, dejando que cayera al arroyo. Lo miró un instante, hasta que la corriente veloz

se llevó toda la sangre. Luego se acercó a una charca en lo alto de la ribera y se lavó las patas, volviendo roja el agua. A su espalda, el cadáver de Cenizo cabeceó contra la orilla antes de flotar arroyo abajo.

—El agua debería haberlo arrastrado hasta el lago, así no habríamos vuelto a verlo. —La voz de Carrasca arrancó a Glayo de sus recuerdos espantosos—. Pero lo encontraron, y ahora todo se ha estropeado. No puedo quedarme aquí. —La voz le vibraba por la desesperación—. Sé que hice lo correcto, pero nadie lo entenderá, jamás.

Luego se volvió en redondo y se internó rápidamente en el túnel. Mientras su hermana corría, Glayo oyó el rugido del río subterráneo chocando ávidamente contra la roca.

—¡Carrasca, no! —aulló—. Podemos solucionar esto juntos…

Un retumbo ensordecedor lo interrumpió, un retumbo que no cesaba. El joven curandero imaginó tierra húmeda y piedras desprendiéndose mientras el túnel se hundía, derrumbándose sobre la guerrera, aplastándola contra el suelo, destrozándola, enterrándola…

Corrió hacia la boca del túnel.

—¡Carrasca!

Leonado se lo impidió de un empujón y lo inmovilizó contra el suelo. Glayo se retorció furiosamente bajo su hermano.

—¡Deja que me levante! —chilló—. ¡Tenemos que sacarla de ahí!

—No podemos ayudarla —gruñó Leonado—. El túnel se ha hundido. No podemos ir tras ella.

Glayo se quedó quieto, resollando, mientras el estruendo de piedras y tierra desprendiéndose se apagaba. En el silencio que siguió, Leonado se apartó para que su hermano se pusiera en pie. Carrasca había visto en los túneles una manera de escapar de su clan y de todo lo que había salido mal. Solo que no había escapado, por lo menos no del modo en que ella pretendía.

—Todo ha terminado —maulló Leonado con voz temblorosa.

—No lo entiendo. —Glayo se estremecía por la conmoción y la pena—. Carrasca mató a Cenizo para mantener a salvo el secreto, pero luego ha terminado revelándolo delante de todos los gatos de la Asamblea.

—No era lo mismo.

Leonado se apretó contra Glayo hasta que este notó que su abatimiento se fundía con el de su hermano.

—Carrasca no soportaba la idea de ser la hija de una curandera. No soportaba la idea de ser mestiza. El código guerrero lo significaba todo para ella, y nuestro nacimiento lo hizo añicos.

—Deberíamos haber hecho algo. ¿Qué vamos a contarle al clan?

Leonado soltó un suspiro de agotamiento.

—No podemos contarles que Carrasca mató a Cenizo. ¿Cómo vamos a permitir que sea recordada solo por eso?

Glayo asintió. Después de todo lo que habían pasado, al final tendrían que guardar un nuevo secreto por el bien de su hermana.

—Diremos que se ha metido en el túnel porque iba persiguiendo a una ardilla, y que se le ha derrumbado encima. Así la recordarán por ser una cazadora valiente que alimentaba a su clan. No tienen por qué saber la verdad, que Carrasca estaba intentando escapar de los suyos.

Lentamente, cojeando, regresaron al campamento. Glayo notó que una brisa fresca le alborotaba el pelo, y aspiró unas largas y frías bocanadas de aire. Estaba empezando un nuevo día, pero lo único que él quería era volver a la guarida, ovillarse en el lecho e intentar escapar en brazos del sueño. ¿Cómo iba a poder salir el sol después de todo lo que había sucedido?

De repente se detuvo.

—¡La profecía! —exclamó.

Leonado, que había seguido andando, se detuvo.

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora?

—Pero ¿es que no lo ves? —Glayo arañó la hierba—. ¿Qué pasa con la profecía si Carrasca está muerta? ¡Decía que serían tres gatos, y ahora solo somos dos!

Glayo estiró sus agarrotadas patas y volvió la cara hacia los primeros y débiles rayos de sol. El clan había celebrado una vigilia por Carrasca que había durado toda la noche, aunque no tenían cuerpo que enterrar. Los gatos estaban empezando a levantarse alrededor del joven, que oyó a unos pocos zorros de distancia cómo Zarzoso convocaba quedamente a la patrulla del alba.

Habían transcurrido todo un día y una noche desde la Asamblea y la muerte de la guerrera en los túneles. El día anterior, desde la Cornisa Alta, Estrella de Fuego se había dirigido al Clan del Trueno, cuyos miembros se habían quedado destrozados.

—Anoche, Carrasca reveló secretos que nos han conmocionado a todos —había maullado—. Pero esa presa ya nos la hemos tragado. No se puede volver atrás. En vez de eso, debemos hallar la manera de seguir adelante, por todos nosotros.

—¿Y qué pasa con los demás clanes? —quiso saber Manto Polvoroso—. Todos saben lo que sucedió gracias a ella.

—Quizá Carrasca no debería haberlo contado —admitió el líder—. Pero ha pagado un precio espantoso por haberlo hecho. Respecto a los otros clanes… creen que estamos hechos pedazos. Está en nuestras patas demostrarles que se equivocan. ¡El Clan del Trueno sobrevivirá!

Alaridos de aprobación brotaron de los gatos allí reunidos. Glayo percibió cómo su espanto y su tristeza daban paso a un propósito nuevo.

El joven se levantó para desperezarse del todo y luego se sentó a atusarse el pelo del lomo. Al cabo de unos instantes, reparó en que algo se movía en la entrada de la maternidad, donde se habían congregado varios de sus compañeros de clan. Fue hacia allí para ver qué ocurría.

—Son las hijas de Candeal —le explicó Leonado—. Van a salir de la maternidad por primera vez.

—¡Ya han abierto los ojos! —anunció Candeal, encantada, cuando los dos hermanos se acercaron—. ¿A que son preciosas?

Glayo oyó un sonoro gritito y los pasos de unas patas diminutas que se aproximaban a ellos. De pronto, percibió una potente curiosidad dirigida a él.

—Hola, pequeñuelas —murmuró Leonado—. Bienvenidas al Clan del Trueno.

—Esta tiene un pelaje gris muy esponjoso —comentó Tormenta de Arena —. Y la chiquitina atigrada y blanca es monísima. ¿Ya tienen nombre?

—Sí —respondió Betulón, que parecía a punto de reventar de orgullo—. La cachorrita gris se llama Pequeña Tórtola, y la atigrada Pequeña Espinela.

—Qué nombres tan bonitos… —ronroneó Centella.

La guerrera estaba sentada junto a Nimbo Blanco, contemplando a las hijas de su hija. Glayo percibió su felicidad al ver a toda su familia sana y fuerte. Era más brillante que el sol que acababa de asomar por encima de la copa de los árboles en lo alto de la hondonada.

Glayo captó otro olor: Estrella de Fuego acababa de llegar.

—Qué bueno es ver esto… —maulló el líder del clan—. Se convertirán en aprendizas antes de que nos demos cuenta.

De repente, Glayo notó una sacudida en el estómago, como si lo hubieran golpeado, y pinchó a Leonado con una zarpa.

—La profecía… —susurró.

—¿Qué? ¡Deja de pincharme! —le espetó su hermano, irritado.

—«Habrá tres, sangre de tu sangre…». —A Glayo le tembló la voz al preguntarse si tenía razón—. Nimbo Blanco es pariente de Estrella de Fuego,

Candeal es hija de Nimbo Blanco, y ahora Pequeña Tórtola y Pequeña Espinela… ¿No lo ves? ¡La profecía no ha terminado! Nosotros no somos los únicos gatos emparentados con Estrella de Fuego. No importa cuál de las hijas de Centella sea la elegida. ¡Seguimos siendo tres!

Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, *Los gatos guerreros*.